
*A*ristides
ROJAS

Humboldtianas

Recopiladas y Publicadas por
Eduardo Röhl

TIPOGRAFIA VARGAS
Agüerrevere & Guruceaga
CARACAS - MCMXXIV

987
R741
1811-100
ARISTIDES ROJAS

LIBRARY
E. R. NUNEZ
Humboldtianas

Recopiladas y publicadas por

EDUARDO RÖHL



CARACAS

Tipografía Vargas - 1924

Edición de 400 ejemplares numerados



GPK 3496

LR/1 e.2

Etiqueta e.2

HUMBOLDTIANAS

AL LECTOR

Más de cuarenta años hace que el insigne escritor don Aristides Rojas comenzó a publicar, en diversos órganos de la prensa de Caracas, una serie de estudios geográficos e históricos inspirados en la obra de Humboldt.

Durante la vida del doctor Rojas, absorbida toda ella en la investigación de nuestros Anales, escaso vagar tuvo para darle forma definitiva a esas bellas producciones de su ingenio, que sacó a luz con el sugestivo nombre de HUMBOLDTIANAS. Entre las que dejó en preparación, casi en esbozo, se encuentra una titulada El elemento germano en la Historia de Venezuela.

En los últimos años de su meritísima existencia y con el apoyo del Gobierno de la República, publicó el doctor Rojas su obra de mayor aliento sobre Historia Patria: un volumen de Orígenes Venezolanos y dos de Leyendas Históricas. En el primero de estos libros, confiando en la prolongación de sus días, anunciaba la aparición de sus HUMBOLDTIANAS. La muerte, inesperadamente, puso fin a sus labores.

La familia del doctor Rojas deseosa de continuar la publicación de sus trabajos, hizo una selección de ellos y los editó en París, el año de 1907, en un grueso volumen intitulado Obras Escogidas. Someramente pudo espigarse el predio exuberante del infatigable y fecundo historiador.

Persuadidos nosotros de que al correr de los años se perderán para siempre los magníficos precitados estudios, que aparecieron en periódicos de efímera existencia o que sólo se hallan en el cuerpo de grandes volúmenes, como son los archivos de la prensa en las Bibliotecas públicas, nos propusimos con diligente acucia, y creemos haberlo realizado, reunir las dispersas HUMBOLDTIANAS y ofrecerlas, aunque en corta edición, a los hombres estudiosos de la presente generación.

Sea, además, nuestra labor de meros compiladores, una ofrenda a la grata memoria del doctor Rojas, quien siempre pleno de abnegado patriotismo, exhumó numerosos documentos que ilustran nuestros orígenes, y en forma anecdótica popularizó hechos memorables de la historia colonial de Venezuela y de su gloriosa Independencia.

Eduardo Röhl.

Caracas, Enero de 1923.

Heriberto Ramiro

Jarria

LAS HUMBOLDTIANAS

¿Cuál será el plan que se ha propuesto seguir el autor de estos brillantes cuadros históricos científicos? ¿Serán aislados? ¿Formarán parte de una obra?

Varias veces me he hecho estas preguntas y las he oído formular a algunos amigos, hasta que leí en *La Opinión Nacional* de ayer, la *Humboldtiana* titulada "Las dos noches", y recordando otras publicadas anteriormente, ha quedado para mí en evidencia el fecundo plan que sirve como de núcleo luminoso a la serie de ideas que hemos visto desenvolverse en esas lecturas, bellísimas en la forma, pintorescas en la expresión, profundas y trascendentales en los conceptos.

Como la ciencia abarca el mundo físico y el mundo moral en sus infinitas manifestaciones, el señor Dr. Rojas se ha situado en la cumbre de la ciencia, simbolizada por Humboldt, para descubrir desde su altura ideal, todas las prominencias del mundo de Colón y estudiarlas comparativamente, teniendo por grande objetivo nuestra patria y luégo la patria americana.

Así, ha logrado darle unidad al vasto plan de sus Humboldtianas y hacer que aparezcan concurriendo a la obra múltiple y sorprendente de la civilización americana, los tesoros de sabiduría acumulados por el hombre en el transcurso de los siglos, unidas sus diversas partes por el hilo de oro de la historia.

Siguiendo los pasos del ilustre viajero en su tránsito por la América meridional, evoca el autor los recuerdos de tres civilizaciones, y en análisis y síntesis basados en la filosofía de la historia, marca los vestigios aún existentes, anota las coincidencias y fija la tendencia de los hechos para fundirlos en la turquesa de la idea cristiana y proclamar triunfantes un sólo Dios, una ley moral y la verdadera sabiduría, que tiene por fuente el Evangelio.

En esas páginas pasan, en majestuosa revista, la civilización indígena con su sencillez primitiva y su tosca cosmogonía; sus sacerdotes, sus caciques y sus bronceadas tribus: la civilización europea amparada a la sombra del lábaro de la cruz y propagada por el valor impetuoso de los conquistadores y por el fervor de la palabra apacentadora de los misioneros: y la civilización que surgió en la época de la independencia, difundida entre el estruendo de los combates y la inestabilidad de los comicios populares, por Miranda, Bolívar, Sucre, Zea, Roscio y tantos va-

rones preclaros que ostentan en sus manos los instrumentos del martirio, mientras que sus frentes esplenden con la aureola de la gloria.

Forman allí contrastes sublimes, desde las escenas de la naturaleza hasta las pasiones humanas en todas sus gradaciones; se hace el recuento de luchas prolongadas, de inmensos sacrificios, de horrendas hecatombes; al mismo tiempo que de útiles enseñanzas, de esperanzas remisas, de aspiraciones indefinidas hacia el progreso que ha de realizarse en lo porvenir en la *última Thule*, postrer refugio de la humanidad.

Llegados los tiempos, de esa aparente congérie habrá de nacer la armonía entre civilizaciones antagonistas, entre razas, con intereses distintos e ideales divergentes. Cristóbal Colón, en nombre de Jesucristo y de la católica España, llamó a la luz naciones que estaban sentadas en las tinieblas, para que se cumpliese la ley de la historia, realizándose la unidad del género humano bajo la dirección llena de justicia y misericordia de la Providencia.

De la amplitud del punto de vista y del superior criterio con que están escritos esos verdaderos cantos, fluyen la forma original y la encantadora naturalidad que admiramos en la producción del publicista venezolano.

Como señeros iluminados con la luz de la verdad, se destacan en los cuadros del doctor Rojas, grandes tipos y, luégo el escritor, con singular habilidad y maestría, va agrupando acontecimientos en insensible progresión, hasta que se presenten, manifiestas al espíritu, las afinidades históricas para concentrarse en las ideas capitales que constituyen el pensamiento dominante en sus estudios. Tal es el proceso lógico de las inteligencias creadoras.

Entre los divulgadores de la ciencia, acaso ninguno ha encontrado la unidad en la variedad, comprendiendo mayor espacio de tiempo y más vastos horizontes, por lo que la obra de Aristides Rojas, si cautiva la atención de las presentes generaciones, está llamada a perdurar, como que lleva en sí la investidura de lo memorable.

ANGEL M. ALAMO.

Caracas, 12 de octubre de 1880.

RECUERDOS DE HUMBOLDT

Al doctor Adolfo Ernst.

I

¿Qué nombre darán al siglo XIX las futuras generaciones? ¿Será el siglo de Napoleón, quien conmueve, durante quince años la Europa, derriba tronos, crea dinastías, funda la aristocracia del saber, cambia el mapa de un continente, y cae, para hundirse en una roca del océano que le sirve de expiación y de tumba? ¿Será el siglo de Bolívar, quien, después de una lucha de titanes, transforma la mitad del Nuevo Mundo, funda nuevas nacionalidades y lleva su estandarte victorioso hasta los más elevados pueblos de la Tierra, repitiendo las proezas y episodios de la conquista española? ¿Será, finalmente, el siglo de Humboldt, quien durante setenta años, de pie sobre el pedestal de la civilización universal, domina con sus miradas todos los horizontes de la idea, y tiene por teatro de sus conquistas océanos y continentes, y el firmamento estrellado que sirve de corona a su gloria?

Napoleón desaparece como un meteoro, y a su caída recupera el mundo su equilibrio: maldiciones le acompañan a la tumba, y la historia que le enaltece, le condena. Bolívar cruza igualmente las regiones de América como un meteoro: pueblos libres le saludan en la cumbre de su gloria; pero águila asfixiada entre la vociferación de los partidos, por las pestilentes emanaciones de la calumnia, desciende para hundirse solitario a orillas del océano. Tuvo una desgracia; la de haberse anticipado en un siglo a sus coetáneos.

Cincuenta años han pasado, y Napoleón, en la apoteosis, tiene por juez inexorable la historia que le juzga, en su grandeza que fascina y en sus errores que sorprenden. Más afortunado, Bolívar se levanta de su tumba, para exhibirse al mundo como un astro después de la borrasca, radiante, en medio de la conquista que él solo realizó y que le levanta a la más grande altura de la historia.

De los tres principales genios que llenan las páginas del siglo XIX, Napoleón y Bolívar desaparecen en medio del torbellino político: la muerte los arrebató jóvenes, como para entregarlos, vigorosos, a la posteridad. Sólo a Humboldt estaba reservado adormecerse: él no sucumbe, sino se ausenta. La muerte lo reclama cuando ya las fuerzas físicas se extinguen y la materia solicita nuevas formas.

Su espíritu entonces, como un faro de luces multiformes, saluda por la última vez los dilatados horizontes, y se oculta a las miradas del mundo. Su apoteosis, que había principiado durante la vida, le acompaña en su sueño: y quince años no habían pasado, cuando ambos mundos celebran el primer centenario del sabio.

Durante tres cuartos de siglo, Humboldt tiene por teatro el Cielo y la Tierra: pueblos y reyes por auditorio; por escalas los Andes y el Himalaya, y tres generaciones por cortejo. Aparece como la Pitonisa del progreso, y extendiendo sus brazos a proporción que conquista, domina al fin el mundo. Durante su vida ha llevado sobre sus hombros el Cosmos; y cuando fatigado, ya con los cabellos canos y las fuerzas debilitadas, reclama el descanso, la muerte viene a su encuentro para despojarle de tan pesada carga.

Todo ha pasado durante el siglo actual como visiones de tempestad. Sólo a Humboldt estaba destinado contar las horas del tiempo y marcar en el reloj de la historia, la caída de los imperios y el renacimiento de los pueblos. El fué el alma del progreso y el Néstor en las fecundas metamorfosis del espíritu humano. Asiste a las grandes conquistas de la civilización moderna: la independencia de la América del Norte: la muerte de Washington; la gran Revolución francesa y el nacimiento del Consulado; el advenimiento de Napoleón el grande, y la libertad de Sur América. Contempla a Bolívar en su nacimiento, ve desmoronarse el gigante de Córcega, saluda a los reyes constitucionales, ve levantarse de nuevo la República francesa y el segundo de los Napoleones, y desaparece cuando su patria se prepara a ese duelo de titanes que debía verificarse, diez años más tarde, entre los dos grandes pueblos que se disputan hoy el imperio del mundo.

Desde el Teide al Vesubio, desde los Alpes al Himalaya; en los desiertos de Asia y en las llanuras y bosques del Nuevo Mundo; desde el Mississipí al Amazonas y a los afluentes del Plata; desde el Cotopaxi y Chimborazo hasta el Popocatepetl; en las cumbres nevadas y en los llanos abrasadores, y a orillas de los grandes lagos y sobre la lava de los viejos volcanes, por todas partes, ha dejado su nombre. Un día pisa las regiones del Orinoco, evoca la sombra de Colón y traza el camino que debía seguir Bolívar. Estos tres grandes hombres, que resumen toda la historia de Sur América, los reúne la casualidad en una misma región: la única del continente que debía conocer el intrépido genovés; aquella donde Humboldt debía principiar sus grandes exploraciones: Orinoco, donde debía Bolívar decretar la libertad de Colombia, soñar con la libertad de América y lanzar un reto a muerte a los conquistadores del Nuevo Mundo. Estaba escrito que de estos tres hombres providenciales, Colón desaparecía de la escena, y que los otros continuarían en solicitud del Chimborazo; el uno para cantar desde la altura la epopeya de la naturaleza americana, el otro para clavar en el corazón del gigante el estandarte tricolor que había conducido, en triunfo, de uno a otro mar.

Pero, apesar de tanta grandeza, Humboldt no dará su nombre al siglo XIX; ni será tampoco el siglo de Napoleón, ni el de Bolívar; que cuando una época es fecunda en grandes hombres y en elocuentes conquistas, una parte del drama no

puede sintetizar el conjunto armonioso de la obra. El siglo de la emancipación del espíritu, será el nombre que dará la historia a esta época de glorias que nace en medio de los resplandores de la revolución francesa, y continúa, sin ocuparse en cuál será su fin. La emancipación del espíritu; la inteligencia humana en sus grandes conquistas físicas y morales; la voluntad nacional sobre las preocupaciones y los absurdos; la libertad y el deber como bases de todo progreso, y la lucha constante de las sociedades, que exhibe cada día hombres ilustres en todos los países del mundo: éste es el siglo XIX, múltiple en sus ideas, en sus genios, en sus adelantos y en sus tendencias.

Uno de los caracteres más notables de la civilización moderna es el influjo que cada revolución y cada uno de los hombres que la han presidido, ya en el orden físico y moral, ya en el orden científico y filosófico, han tenido sobre las tendencias de la sociedad actual. Humboldt no está sólo en el teatro de sus conquistas. Pocos hombres han tenido, como él, la fortuna de encontrar numerosos biógrafos en todos los países, y ovaciones espontáneas a su memoria y a sus obras de parte de todos los pueblos civilizados. La celebración de su primer centenario deja atrás, por su universalidad y tendencias, a cuanto se ha hecho, hasta hoy, en lugares muy limitados del Viejo Mundo; y el influjo que su solo nombre ejerce sobre los espíritus pensadores, no se palpa sino en el estudio de ambos hemisferios y en las tendencias prácticas de los estudios científicos. Independientemente del influjo que él ha ejercido en todos los países, basta considerar el movimiento científico alemán para comprender, en todo su esplendor, las brillantes adquisiciones del siglo, desde que Humboldt trazó con mano maestra la vía segura del progreso humano. Si dejamos a un lado todos los hombres de diversas nacionalidades que han continuado sus investigaciones sobre todos los ramos del saber humano, así en Europa como en Asia, Africa y *Norte-América*, y nos detenemos en la América latina, tendremos que admirar esa pléyade alemana que se ha fundido en las diversas nacionalidades del continente, aceptando, como aceptó Humboldt, la América cual una segunda patria. No pueden ya separarse de la historia del Brasil los nombres de Varnhagen, de Maximiliano de Neuwied, o los de Spix y de Martius: los hermanos Schomburgk han dejado los suyos en las regiones del Orinoco y del Esequibo: la fauna del Amazonas y del Plata aparecen en todo su esplendor en los trabajos y exploraciones de Burmeister: Buschmann y Gabelentz han sacado del olvido multitud de lenguas indígenas: los hermanos Philippi han hecho de Chile una segunda patria, y la naturaleza andina se levanta en relieve al influjo de estos exploradores incansables: Poeppig ha unido a sus trabajos sobre Chile, sus investigaciones sobre las dilatadas regiones del Amazonas: Tschudi ha penetrado en las huacas peruanas para revelarnos la grandeza de las antigüedades incas y todo lo pasado de uno de los grandes imperios de América: la zoología del Paraguay se ostenta en los trabajos de Rengger: los insectos del Surinam brillan bajo la pluma de una mujer, María Sibila Mérian, cuyos estudios han servido de tema a las inmortales páginas de Michelet: Wiegmann y

Lichtenstein han estudiado la fauna mexicana, mientras Schiede y Deppe han revelado las riquezas de su flora. Heller ha estudiado las plantas de la América central, Frantzius las de Costa Rica: Seemann las de Nicaragua y Panamá: Appun las del Orinoco; en tanto que Wagner ha trepado los Andes de *Centro-América* y del Ecuador, y Stübel y Riess los de Colombia para estudiar la geología de sus volcanes y las metalíferas formaciones de sus terrenos: últimamente Karsten ha enriquecido la ciencia con sus inmortales trabajos sobre la geología de los Andes y la flora de Colombia, en tanto que Grisebach ha immortalizado con los suyos el dilatado archipiélago antillano.

Y para limitarnos de una vez a Venezuela, ¡cuántos alemanes pensadores e ilustrados han contribuido con sus viajes y exploraciones después que Humboldt visitó nuestras playas, al conocimiento científico de esta rica sección del continente! Ahí están los importantes trabajos de Schomburgk, y las contribuciones de Tams, de Otto, de Gollmer, de Wagener, de Moritz, de Engel, de los hermanos Fendler y de Birschel: Karsten ha realizado la flora andina e interrogado los terrenos volcánicos: Appun acaba de publicar su extensa exploración en el Orinoco: Gœring ha hermoñado el arte con sus paisajes de la naturaleza venezolana y enriquecido la ornitología con sus estudios prácticos, y últimamente el Dr. Ernst, para quien escribimos estas páginas, culto a la memoria del grande Humboldt y recuerdo al amigo, sigue las huellas de sus predecesores, estudiando la flora del Avila y del valle de Caracas y contribuyendo con ilustradas elucubraciones al progreso de las ciencias naturales en todos sus ramos.

No hay país de la América española, desde el Cabo de *Hornos* hasta las montañas Peñascosas, donde no haya penetrado alguno de los zapadores de Humboldt.—Sus bosques, sus desiertos, sus llanuras, los Andes con sus volcanes y nevados, los ríos con sus selvas, donde la vida orgánica es como un eterno canto que eleva al cielo la naturaleza tropical; por todas partes ha penetrado la ciencia germana y ha estudiado la roca y el vegetal, el animal y el hombre, la estadística, la riqueza y la historia de América.

Hé aquí los hombres de Humboldt.—Unid a éstos los nombres que hemos omitido, los que en las diversas regiones de Norte América y del Viejo Mundo interrogan la naturaleza y la historia del hombre y tendréis la constelación germana que tiene por radiante a Humboldt y por teatro la sociedad moderna.

Hay países que nacen con un privilegio concedido por Dios; tal es la Alemania, que tiene aptitudes para todas las necesidades, que introduce su industria y comercio en todos los países del globo, que al civilizar enseña, que explora, difunde, fraterniza con todos los progresos y se levanta a la altura de todas las tendencias del siglo.

Tal nación es digna del hombre providencial que ha dejado su nombre, como un rico legado, a las generaciones futuras, y quien, según la feliz expresión

de Varnhagen, trepó a las más altas cimas de la gloria, de la misma manera que había trepado a las más altas cimas de la Tierra.

Humboldt pisó a Caracas en 21 de Noviembre de 1799. Acababa de visitar las regiones de Cumaná, en las cuales había contemplado la vegetación de Paria, el cielo azul y sereno de Oriente y se había familiarizado con multitud de fenómenos desconocidos para él hasta entonces. Encontrábase tan satisfecho de su primera exploración en el continente y tan reconocido a las finas atenciones de que había sido objeto, ya de los empleados del gobierno, ya de las familias venezolanas que habían tenido la honra de tratarle, que parecía encontrarse poseído de aquella apacibilidad que alienta el trabajo y aguza el espíritu, cuando éste tiene que reconcentrarse en el filosófico estudio de los grandes fenómenos de la creación.

Brillante acogida dió la sociedad de Caracas al ilustre viajero. Cuanto había en ella más distinguido, se apresuró a conocerle y tratarle. Con recomendaciones tan amplias y valiosas como las que había traído de la corte de España, Vasconcelos, capitán general de Venezuela, hombre adusto y limitado, pero caballeroso y cumplido, se puso a disposición de Humboldt, facilitándole noticias y allanándole todos los inconvenientes que se opusieran al libre y concienzudo estudio de la provincia venezolana. Todas las autoridades secundaron estas miras, en tanto que la culta sociedad de Caracas, si bien impotente para ilustrar los estudios del sabio, abundaba en esa galantería que cautiva sin ilustrar y que flexible como las lianas en torno a los grandes árboles, imprime cierta gracia a las más solemnes situaciones de la vida.

Humboldt quedó cautivado de la buena sociedad de Caracas, a los pocos días de su llegada. Al mismo tiempo que interrogaba y estudiaba la Naturaleza en unión de Bonpland, frecuentaba el agradable trato de todas las familias que le habían recibido, con esa benevolencia ingénita, que es una de las virtudes sociales de nuestros pueblos. Conducido, como en triunfo, de casa en casa, porque para todos fué honra el recibirle, limitóse a poco a un grupo de familias, cuya sociedad debía frecuentar más por el contacto, casi diario, que tenía con sus jefes. Eran estas familias las de Uztáriz, Ybarra, Toro, Avila, Soublotte, Tovar, Montilla, Sanz, Blandin y otras más, que ligadas por el parentesco y los vínculos de la amistad constituían un grupo social donde brillaban los espíritus talentosos de aquella época. Humboldt se hallaba, en medio de este grupo, tan lleno de cultura y de virtudes domésticas, y el cual frecuentaban las principales autoridades españolas, como un joven patriarca a quien eran rendidas todas las atenciones, y a quien todos escuchaban con esa veneración que inspiran el talento brillante y la bondad de un carácter tan franco como expansivo. Humboldt hablaba ya el español lo suficiente para sostener una conversación animada, y aunque algunas de las señoritas y caballeros de sus tertulias favoritas conocían muy bien el francés, prefirió

el habla castellana, porque deseaba perfeccionarse, como él decía, en el conocimiento de una lengua tan dulce y armoniosa como rica y sencilla.

¡Cosa singular! El sabio no había encontrado en Caracas ni instrucción general, ni publicaciones de la prensa, que son en todos los países el termómetro de la cultura intelectual de un pueblo; menos aún, ideas de progreso de parte de autoridades retrógradas e ignorantes, destinadas más bien para custodiar un rebaño de ilotas que para gobernar un estado tan favorecido por la naturaleza y donde abundaban los talentos y hombres caballerosos. Sin embargo, apesar de esta ausencia de progreso científico, encontrábase un grupo de hombres ilustrados, bibliotecas privadas, conversación amena y talentos que en el silencio del oscurantismo se habían educado a solas, sin haber tenido que apelar al claustro de una Universidad, que tenía más de convento que de instituto literario.

Humboldt encontró en las familias de la capital manifiesto gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, notable predilección a la música, que cultivaban con buen éxito, y la cual, según él escribió en sus viajes, sirve, como lo hace siempre el cultivo de las bellas artes, de centro de unión que acerca las diversas clases de la sociedad. Fuera de estos ratos amenos y de las conversaciones ilustradas de algunos de sus mejores amigos, Humboldt no encontró como representante de la ciencia del Cosmos, en Caracas, sino a un anciano venerable, el Padre Puerto, franciscano, que calculaba en el silencio del claustro el almanaque para las provincias de Venezuela, y quien, según la confesión de Humboldt, tenía nociones exactas del estado de la astronomía moderna.

De mañana, y una que otra vez al caer el sol, Humboldt y su compañero salían a los campos y alrededores de Caracas, para herborizar y recoger rocas, estudiar los terrenos, penetrando como niños curiosos en todas las veredas, quebradas y sitios salvajes en solicitud de todo aquello que se ocultaba a sus miradas. Unas veces a caballo hasta los lugares en que los criados y peones debían cuidar de las bestias, otras a pie, Humboldt frecuentó los caminos y pueblos cercanos a la capital; pero hay un sitio que desde el principio fué el tema de sus predilecciones: las vertientes del Avila, Anauco, Blandin, Catuche, Chacao y las haciendas que lindan con las orillas del Guaire, al oriente de Caracas. Al regresar de las excursiones se almorzaba o comía en la hacienda de los Avilas, en Blandin, o en el hermoso parque de Bello Monte, propiedad del señor D. Andrés Ybarra, con cuya familia y hermanos le ligaba una estrecha amistad.

Al pasar la casa actual de la hacienda de Bello Monte, en el camino de Sabana Grande, el viandante se encuentra a pocos pasos con un callejón lleno hoy de maleza y de bucares, que dan sombra al café. En la altura de una eminencia, a manera de meseta, se presentan de pronto arcos y columnas, en ruina, cubiertos de vegetación salvaje, y hermosas gradas que conducen a la parte superior de aquel recinto solitario y melancólico. Fué en este lugar donde estuvo la romántica vivienda del parque, rodeada de jardines y miradores, con animales curiosos,



Las Ruinas de Bello-Monte

Dibujo de H. Neun - 1877.

juegos de agua y graciosas palmeras, que unidas a arbustos y árboles frutales siempre verdes, parecían coronar con sus penachos flotantes aquel templo de verdura tropical. Detrás de la casa y en el fondo del campo había un bosque que servía para las excursiones de los cazadores, y el cual se extendía hasta cerca de las orillas del Guaire: era un lugar de meditaciones, mientras delante de la casa, y en una portada al pie de la primera escalinata, un reloj de sol marcaba las horas del tiempo. Este reloj había sido un obsequio de Humboldt a su digno amigo, el señor Ybarra, quien, en vista del dibujo exacto trazado por el sabio, había hecho esculpir una copia del modelo: es un cuadro de mármol de Caracas, de 61 centímetros de diámetro con 4 de espesor, y con muestra por ambas caras. (1)

Era Bello Monte un sitio de recreo, en el cual la abundancia se unía a los modales graciosos, el trato afable y culto, a la hospitalidad espontánea y franca. Humboldt se encontraba allí como en su patria, y sus frecuentes visitas a la familia Ybarra atestiguan que no era indiferente a los obsequios que recibía. Tan luego como llegaba Humboldt, ya de las excursiones, ya directamente de la capital, los criados de la casa se apresuraban a abrir la puerta del coche o tomar

(1) Este precioso recuerdo de Humboldt pertenece a la muy estimable familia Alderson, dueña, hasta ahora poco, de la hacienda Bello Monte. (Iloy en poder del suscrito, Edo. Rohl).

las riendas del caballo, en tanto que la familia llena de satisfacción, descendía las primeras gradas para estrechar las manos del ilustre huésped y conducirlo a la sala de recibo.

Al hablar de estas ruinas, que por tantos años han resistido a la acción del tiempo, la pluma se detiene y el espíritu se reconcentra evocando las imágenes de lo pasado. Lo pasado es siempre elocuente al corazón humano; pero cuando en las ruinas de la naturaleza está también la historia del hombre, cada roca, cada planta, cada suspiro del viento entre los muros derruidos, despierta un recuerdo; porque las ruinas son, en todos los países de la tierra, un libro que nos refiere a cada instante los episodios de la infancia, de la familia y de la patria.

En una noche de Enero de 1800, el jefe de la familia Ybarra quiso obsequiar a Humboldt de una manera campestre, y al efecto se preparó un baile al cual asistieron muchas de las señoritas y caballeros de la capital. Eran los días de Reyes, cuando los campos se animan y el corazón, lleno de júbilo, saluda el nuevo año que es siempre una esperanza. Comparsas bulliciosas llenaban con sus cantos nacionales las aldeas y los caminos vecinos a Sabana Grande: farolillos en las ramas de los árboles daban al bosque y a los jardines del parque un aspecto fantástico, en tanto que graciosas arañas en el salón de baile, bellamente adornado, y cortinas y festones en las arcadas del edificio hacían aparecer todo aquel recinto como una mansión de hadas. La belleza de la noche estrellada y plácida, el perfume de los campos, la alegría de los danzantes, la variedad de obsequios con que Humboldt era festejado, todo contribuía a hacerle felices aquellas horas de su vida, que debían quedar grabadas en su memoria como uno de los más placenteros recuerdos de Caracas. Humboldt admiró aquella fiesta nocturna; pero lo que más cautivó su atención, fueron las estrofas nacionales de las comparsas campestres, que de las aldeas vecinas vinieron a recitar sus endechas en torno de la casa del parque. El ruido de las *maracas*, en unión de los *cincos*, el solo de cada bardo y los coros de los acompañantes, formaban un conjunto lleno de gracia española e indígena en que admiraba Humboldt la mezcla de dos civilizaciones que, después de las luchas de la conquista, principiaban a fundirse. La poesía primitiva de todos los pueblos produce siempre un encanto agradable en el espíritu del hombre civilizado; pero la nuestra, que debía Humboldt encontrar en toda su originalidad en los llanos de Venezuela, despierta cierta melancolía, que parece ser la triste reminiscencia de lo pasado indígena.

Doce años después de aquella noche de júbilo, una ruina inevitable amenazaba la casa de Bello Monte: eran los días en que las familias de la capital, huyendo a los campos, y horrorizadas por los constantes sacudimientos de la tierra, buscaban un asilo bajo los árboles y aguardaban con resignación, se aplacara lo que ellas creían ser la cólera celestial, para regresar a sus hogares convertidos en ruinas. Desde aquel instante se destechó la casa del parque, para fundar la que actualmente existe. Para entonces la guerra principiaba a segar la flor de los talentos venezolanos. De los amigos de Humboldt, unos desaparecían bajo las ruinas

del terremoto; otros iban a sucumbir en los cadalsos y el destierro, los más en los campos de batalla; y aquella juventud inocente, los hijos, los sobrinos y demás deudos de los amigos que le obsequiaban, y que asistían al festín, sin darse cuenta del porvenir, debían igualmente desaparecer unos, sobrevivir otros para poder relatarnos los sublimes episodios de los tiempos orfénicos.

¿Quién hubiera dicho, en aquella noche, a Humboldt, que sesenta y ocho años más tarde, en la misma mansión convertida en escombros y bajo la sombra de las *erythrinas*, cuando ya no quedaba de sus amigos de Caracas sino el recuerdo, vendría uno de sus más ilustrados admiradores y compatriotas, el Dr. Ernst, para celebrar en nombre de la Alemania progresista, el centenario del sabio? ¿Quién le hubiera dicho, que las bujías del festín serían sustituidas con los hachones campestres y que al mágico resplandor de éstos y envuelta la multitud por los misterios de lo pasado, se dejaría escuchar la voz de la admiración en su triple homenaje a la vida, a la muerte y a la gloria?

Celebrar a Humboldt en los mismos lugares donde había pasado tan felices días ¿no es unir lo pasado a lo presente por medio de recuerdos llenos de gloria y de amargura, pero también de noble orgullo y de enseñanza? Un escritor alemán, al hablar de esta fiesta, al insertar las elocuentes palabras con las cuales evocó Ernst la augusta sombra de Humboldt, concluye con aquellos conceptos de Goethe en el *Tasso*: “Los lugares donde ha morado un hombre eminente, quedan consagrados para siempre: los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de repetir el eco de su nombre y de sus acciones”. (1)

Más adelante de Bello Monte y a la izquierda de Chacaíto está el jardín y arboleda de *Sans Soucy*. Era este bello campo, a fines del siglo pasado, una mala estancia llena de árboles frutales; pero tan luego como la compró el señor Carlos Arvelo, uno de los jóvenes progresistas de aquella época y amigo de Humboldt, todo principió a transformarse, siendo, a poco andar, un lugar de recreo, por sus arboledas, jardín y sementeras de café. Humboldt había manifestado a su joven amigo el deseo que tenía de que aquel pintoresco sitio llevara el nombre de *Sans Soucy*, lo que concedido con gusto, motivó que el mismo Humboldt trazara el nombre, que se conservaba hasta ahora poco en la cornisa de la entrada. Al querer conservar en el Valle de Caracas un nombre que recordara al gran Federico de Prusia, quiso Humboldt dejar también algo que recordase a Postdam, lugar de su infancia y juegos juveniles, lugar donde debía pasar su senectud hermosea por la gloria.

De día recibía Humboldt visitas y estudiaba sobre los instrumentos, clasificaba plantas y animales, redactaba sus notas de viaje y se comunicaba con sus amigos de Europa. Instrumentos, planos, mapas y libros por todas partes, y los trofeos de cada excursión daban a sus salas un aspecto de museo, al que contribuían los venezolanos con lo poco que cada cual podía conseguir. Los ami-

(1) Weser Zeitung. 1872.

gos de confianza eran recibidos en medio de la fajina científica, y tanto Humboldt como Bonpland se familiarizaron con esta tertulia en la cual no faltaban los chistes y ocurrencias oportunas. Habíase dado a los viajeros una casa espaciosa en la plaza de la Trinidad, más arriba del puente. Al pie de la bajada occidental que conduce al Catuche, estaba el parque de artillería; y todavía se divisaba en la hondonada la derruida garita; mientras en el extremo opuesto, en el ángulo que cruza hacia los cementerios, estaba la casa de Humboldt. Tan cómodo se encontró en ella, que no se cansaba de elogiar un sitio, desde el cual dominaba a la par las crestas y alturas del Avila, toda la ciudad de Caracas y los alegres valles del Guaire; estaba en el punto en que el pavimento de la Trinidad, la cima del Calvario y el pie de la torre de la Catedral forman un triángulo, cuyos lados están a un mismo nivel. Encontrábase por lo tanto, en las mejores condiciones, para estudiar el cielo y las alturas de las montañas vecinas a la capital.

“Nuestros amigos ya no existen, exclamó Humboldt con dolor, al saber la catástrofe de Caracas, en Marzo de 1812. La casa que habitábamos es un montón de escombros, la ciudad que he descrito ha desaparecido”... Setenta y tres años han pasado, y ya la ciudad de ruinas ha vuelto a levantarse, mas la casa de Humboldt yace aún en escombros... ¿Qué importa si su preclaro nombre brilla en la historia del Cosmos y sus obras serán más duraderas que el mármol?

Por la tarde, Humboldt salía en calesa acompañado de Vasconcelos o con alguno de los amigos de confianza. El paseo no tenía entonces un interés científico sino de pura distracción. Ya se dirigían a los alrededores y calles de la ciudad, ya al pueblo de La Vega, y ya en fin a Bello Monte, o al interesante sitio de Blandín, uno de los lugares que más frecuentaba Humboldt, porque en él encontraba siempre caballeroso y amable, al señor Blandín, dueño de la posesión, y jefe de una respetable familia que sabía unir la gracia francesa a la hospitalidad venezolana. Como entonces no había en Caracas sino media docena de calesas a lo sumo, y todas ellas tiradas por mulas, que era la moda en la capital, preferíase en algunas tardes salir a caballo, y la cabalgata, en este caso, era embellecida por algunas amazonas tan llenas de donosura como ágiles en el manejo de la rienda. La cabalgata se dirigía con frecuencia a los lugares indicados, y a su regreso tocaba en las que hoy son ruinas de San Lázaro, donde existía un palacio bellamente arreglado, con sus pintorescos jardines y juegos de agua. Este edificio que servía a los capitanes generales para obsequiar a los viajeros ilustres que por casualidad visitaban a Caracas, fué en todo tiempo lugar de recreo, cada vez que un grupo de familias querían reunirse para danzar o pasar un día de campo. En él comían con frecuencia Humboldt y Bonpland y recibían de Vasconcelos atenciones tan merecidas como delicadas. “Si tenemos justos motivos de satisfacción, ha escrito Humboldt en sus viajes, por las ventajas de nuestra vivienda, los teníamos más por la acogida que nos daban

todas las clases de la sociedad; y es un deber para mí citar la noble hospitalidad que ha ejercido con nosotros el jefe del gobierno, el señor de Guevara Vasconcelos, entonces capitán general de las provincias de Venezuela”.

Uno de los primeros deseos de Humboldt, después que se fijó en Caracas, fué ascender a la silla del Avila. Como los primeros días de Diciembre fueron por lo regular nublados, aguardóse a que el tiempo cambiase. Vasconcelos que no quiso o no pudo disponer de alguno de sus empleados para que sirviesen al viajero de compañía, se limitó solamente a proporcionar los peones que debían conducir las provisiones y los instrumentos. Verificóse la salida el 2 de enero sin que ninguno de los amigos de Humboldt le acompañase; ningún hombre de letras, ningún apasionado a las ciencias había querido seguirle en su difícil y penosa ascensión. No había en esto nada extraño en un país, en el cual el estudio de la naturaleza era un enigma y en que no había iniciativa ilustrada de parte del Gobierno. El abandono y el indiferentismo obraban a la manera de un tósigo que enerva las facultades físicas e intelectuales del hombre; y lo que en otra situación habría sido un deber, un amor a la ciencia, o al menos una galantería, habría pasado en aquella época como una solemne necedad. Nadie había, hasta entonces, subido y explorado la montaña, y menos trepado a la cima. Estaba reservado a Humboldt ser el primer hombre que imprimiera sus huellas sobre las rocas primitivas del gigante de la costa venezolana y clavara sobre su cima el estandarte de la ciencia. Imponente y solitario desde los primitivos días de la historia del globo, aguardaba al hijo de Germania, quien debía con su martillo de geólogo herir la cabeza del coloso, medir con sus instrumentos su talla gentil, y penetrar en los secretos que, por tantos siglos, había ocultado a las miradas del hombre.

Humboldt sobre la silla del Avila, dominando con su mirada todos los horizontes e interrogando el cielo y la tierra, se asemeja a aquellos sacerdotes druidas, que teniendo por culto la naturaleza e interpretando la obra de los dioses, conocían las veredas secretas y los lugares en que bajo la sombra del árbol sagrado, debían revelar sus misterios, en medio de la soledad de la naturaleza, a la multitud atónita que los oía.

El Homero de los Andes, hemos llamado a Humboldt cada vez que en nuestros escritos hemos tropezado con esta gran figura; no porque la imaginación sea el carácter distintivo de sus brillantes facultades, ni porque la poesía sea lo único que constituye la estética de sus obras; mas porque poeta e historiógrafo de la naturaleza no puede dejar de concebirse sino como concibió Lamartine a Homero: “el hombre múltiple, resumen vivo de todos los deseos, de todas las inteligencias; de todos los instintos, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa como puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible”.

Como Homero, Humboldt es único y civilizador; y como Homero, se ha creado un culto por todas partes; y cualesquiera que sean los adelantos de la

ciencia y el cambio de las observaciones, pues la naturaleza no se deja sorprender de un solo golpe, Humboldt será inmortal, por haber tomado a la paleta de la naturaleza sus colores para pintar el paisaje de Dios, por haber pedido al cielo su luz para crear la ciencia del Cosmos.

Muchos fueron los ofrecimientos y muchos los caballeros que prometieron acompañar a Humboldt en su excursión a la Silla cuando el viaje fué un proyecto; pero desde el momento en que llegó el día fijado, las excusas principiaron y, al fin, los más resueltos abandonaron la idea; así fué que Humboldt tuvo que subir con Bonpland y los peones conductores de los instrumentos. A su regreso, la misma comitiva que le había acompañado hasta el pie de la montaña, vino al encuentro de los viajeros. Un espléndido banquete en la hacienda de Blandín se había preparado de antemano para obsequiar a Humboldt: allí estaban sus numerosos amigos y admiradores; y los viajeros, aunque fatigados, aceptaron con gusto la nueva prueba de cordialidad venezolana. De los numerosos brindis que se pronunciaron en honra de Humboldt, sólo conservamos el siguiente soneto que pronunció el Dr. José Antonio Montenegro, vice-rector en aquella época del Seminario tridentino:

Sabio Barón de Humboldt, que la alta frente
Del Avila soberbio hoy has pisado,
Y en su empinada Silla colocado,
Dominas nuestro vasto continente:

No necesitas, nó, de esa eminente
Situación para ser por mí admirado,
Pues de altura mayor en lo elevado
Te celebra la Europa justamente.

La celestial esfera tachonada
De luminosos astros, instrumento
Astronómico forma tu morada:

Allí asombroso te hace el gran talento;
Que dejando la tierra ya humillada
Te da por mejor silla el firmamento.

La idea es bella, pero los versos son detestables. Montenegro, hombre de luces, adolecía de la manía muy común en aquellos días, de escribir décimas y sonetos para cada fiesta. En la infancia del arte todos creían ser poetas, cuando en realidad sólo uno poseía el espíritu de las Musas: Andrés Bello, a quien la posteridad debía discernir su corona de triunfo.

En un país como Venezuela, en el cual no se habían visto todavía instrumentos matemáticos, ni sér humano que se ocupara en la historia de la naturaleza, Humboldt y Bonpland debían interesar la curiosidad pública, y aun pasar por

visionarios, cada vez que, empolvados y cargados de plantas y de rocas, se les veía entrar a la ciudad, después de sus correrías por los montes vecinos, o de estudiar los instrumentos en los declives y alturas de los cerros. Un día llamaron a su puerta: no era uno de sus amigos predilectos, ni menos un campesino cargado de flores o de ramas, sino una prolongada fila de frailes franciscanos, que presidida por el Padre Puerto, el astrónomo del convento, solicitaba permiso del sabio para contemplar sus instrumentos. Humboldt, lleno de bondad, accede al deseo, y tiene la paciencia de dar una prolongada lección de física y de astronomía a los buenos franciscanos, que partieron agradecidos a sus celdas.

Más liberal con sus amigos familiares, conversaba con éstos sobre todos los ramos del saber humano y aun les facilitó muchos extractos de su diario de observaciones, como veremos más adelante.

Después de los paseos vespertinos, Humboldt recibía visitas, o salía para pasar las primeras horas de la noche en la amable compañía de alguna de sus familias predilectas. Silencioso unas veces, como el hombre que está reconcentrado en sus ideas y que observa y escucha para aprender algo; festivo en otras; siempre agradable porque él conocía el arte de hacerse admirar, las horas se deslizaban en medio de la franqueza más culta. Humboldt había encontrado en la sociedad de Caracas una civilización con fisonomía europea, y este juicio que había formado desde un principio, lo ratificó, más tarde, ya en sus escritos, ya en sus cartas, cuando considera a Caracas como la primera capital de Sur América y la que había dejado más gratas impresiones en su espíritu y en su corazón.

Apesar de vivir en medio del oscurantismo oficial, las familias poseían todas las ventajas de una sociedad adelantada: casas cómodas, riqueza efectiva, galantería en el trato, hombres distinguidos por el estudio y la nobleza de sentimientos; el talento natural, que por sí solo se abre camino cuando está acompañado de las gracias sociales; la sólida instrucción que reconocía Humboldt en un grupo de hombres, y las buenas costumbres, en unión de la paz de que disfrutaban los espíritus en una época en que no existían las divisiones políticas, todo contribuía a hacer gratos a Humboldt y a su compañero los días que debían pasar en la capital de Venezuela. España no había podido dar a su colonia las luces y la libertad política de que carecía, pero había arraigado en ella la gentileza en el trato, la hospitalidad digna, esa cultura social y caballerosa, que en toda época es una de las principales virtudes de aquella gran nación.

Humboldt palpó todo esto desde que llegó a Cumaná, y en una carta fechada en Caracas en 3 de febrero de 1800, dirigida al Barón Forell, Ministro de Sajonia en Madrid, le dice: "No puedo menos de elogiar bastante la bondad con que los oficiales del Rey han favorecido nuestras excursiones literarias. Admiro en los habitantes de estos hermosos países aquella lealtad y hombría de bién que en todo tiempo han sido peculiares a la nación española. Es cierto que las luces no han hecho aún grandes progresos; pero, en cambio, las costum-

bres se conservan puras. A cuarenta leguas de la costa, en las montañas de Guaguana, hemos llegado a posesiones cuyos dueños ignoraban hasta la existencia de nuestra patria. Mas, ¿cómo podré yo pintar con exactitud la hospitalidad cordial con que nos trataron? Después de haber estado en su compañía sólo cuatro días, se separaban de nosotros como si hubiéramos pasado juntos toda la vida. Cada día me agradan más las colonias españolas; y si tengo la dicha de regresar a Europa, recordaré con interés y placer los días que pasé en ellas”.

En los tiempos de Humboldt tenía Caracas un hermoso teatro, que podía contener hasta dos mil espectadores. (1) Con tres órdenes de palcos, patio exterior y galerías espaciosas para el libre paseo de la concurrencia, presentaba el defecto de tener descubierto el patio interior, lo que obligaba a los espectadores a contemplar los actores y las estrellas, como con tanta gracia decía Humboldt. “Como el tiempo nublado, escribe el sabio, me hacía perder muchas observaciones sobre los satélites, podía asegurarme de antemano, desde uno de los palcos del teatro, si Júpiter estaría visible durante la noche”.

He aquí el arte y la astronomía, Moratín y Galileo hermanados en obsequio de Humboldt en el templo de la Talía venezolana. Pero esa fraternidad del arte y de la ciencia dependía casi siempre de la buena o mala voluntad de un tercer factor, Eolo, a quien, en un momento de displicencia podía antojársele suprimir la función: por esto en los cartelones de avisos impresos no con tipos, sino hechos con cartulina, y los cuales eran siempre conducidos por las calles de la ciudad con acompañamiento de cajas y pitos y una cola de muchos gritones, se leía: “*Si el tiempo lo permite*”. Todo podía faltar en los pormenores del anuncio, menos esta frase que se conservó durante muchos años en un país, en que se cree todavía que la lluvia es un obstáculo aun en las más imperiosas necesidades de la vida.

Para aquella época todos los hombres de la revolución de 1810 principiaban a despertar como espíritus progresistas. Unos habían terminado sus estudios, otros los cursaban todavía. Humboldt, que siempre rindió culto al talento, se familiarizó, desde luego, con unos y otros. Sanz era el alma de aquellos días, en que las ideas de emancipación principiaban a germinar, como corolario indispensable de las ejecuciones del patriota España, y sus cómplices, llevadas a término de una manera escandalosa por Vasconcelos. Sanz, con el vuelo del águi-

(1) Este espacioso teatro estaba situado cerca de la esquina del Conde, frente a la casa actual del señor R. Francia. Su fachada se extendía desde la casa del señor G. Rivas hasta la que ocupa el señor Presidente de la República, teniendo un fondo de bastante extensión. En 1800 representaba en este edificio una compañía de actores venezolanos las obras dramáticas del antiguo teatro español y algunas traducciones del francés. En el patio estaban completamente separados los dos sexos, y como la mayor parte de los palcos era de propiedad particular, sucedía, que un gran número de familias acomodadas tenían que ver la función a campo raso. La entrada general no excedía de medio franco, y aunque las compañías de actores eran por lo común detestables, sucedía que siempre estaba lleno el teatro. Fué el edificio propiedad del Cabildo hasta 1812, en que habiendo quedado en ruinas pasó a otras manos. Pero lo más singular de las funciones es que nadie se quedaba en su casa, y que hasta los clérigos asistían a ellas sin ningún escrúpulo.

A fines de 1810 se estrenó en este teatro la compañía francesa Faucompré, primera ópera que visitó a Caracas. Desde 1800 hasta 1812 figuraron como primeros profesores de la orquesta los señores Cordero, que fué el director, Rodríguez, Gallardo, Carreño, Olivares, Landaeta, Meserón, Borges y Mármol, que debió su vida, en la sangrienta toma de Maturín en 1814, a su fagote.

la y el corazón del espartano, era como el núcleo de todas las ideas y el faro de todas las esperanzas. En torno de él, como hombres de letras, Montenegro, los Jugo, Buroz, Roscio, los Paúles, Luis y Javier Ustáriz, tan queridos de Humboldt, Escalona, Rosillo, Mendoza, los Montilla, Briceño, Salias, García de Serna, Maya, Rodríguez y otros más, a cuyo estímulo se levantaban todavía jóvenes, Bello, José L. Ramos, Revenga, Gual, Muñoz Tébar y el futuro obispo de Tricala, en unión de las florecientes espigas que debía segar la guerra a muerte desde 1812 hasta 1820. De esta juventud debían nacer los hombres de la Revolución, los adalides de la guerra magna.—¿Quién debía presidirlos? Con ellos no estaba entonces aquél, que sin que nadie lo previera, debía ser el alma de todas las inspiraciones y el impulso de todos los movimientos. En las grandes revoluciones sociales, el genio que debe realizarlas, no se presenta jamás en los momentos problemáticos, en que todo parece augurar un brillante resultado, sino en los días del conflicto y de las amargas decepciones: son como el rayo eléctrico en medio de la tempestad, que la domina, la vence y sirve de luz a los naufragos, que sin timón y sin guía, zozobran en medio de las olas agitadas.

Bolívar viajaba por Europa, mientras Humboldt exploraba la América; pero tan luego como éste regresó a París, en 1804, aquellos dos hombres que todavía no se habían conocido, hubieron de encontrarse. Aguardaba Bolívar la llegada del explorador de los Andes para principiar con él una amistad que no debía terminar sino con la muerte del primero. Un día en que Humboldt, en el silencio de su gabinete, se ocupaba en recolectar sus notas de viaje, llamó a la puerta una visita: era Bolívar que venía a presentar sus respetos al sabio, a felicitarle por sus importantes trabajos y a traerle un eco de los recuerdos de Caracas. Era Bolívar un joven como de veinte años, delgado, de elegantes modales, buena persona, ojos centelleantes, conversación fluida e ilustrada; pero con arranques impetuosos en la discusión, pues tenía una imaginación volcánica e ideas exageradas sobre los hombres y los sucesos de aquella época.

En la primera visita, después de los cumplidos y felicitaciones recíprocas, Humboldt fué el primero que se reveló en sus aspiraciones y tendencias. Acababa de realizar uno de sus más grandes deseos, y se encontraba con la esperanza de emprender un nuevo viaje que enriqueciera la ciencia y le llenara de gloria. Humboldt comunicó a Bolívar sus impresiones sobre Venezuela, el estado de su sociedad y el porvenir que la aguardaba, desde el momento en que el gobierno de España, animado de un espíritu progresista, protegiera la instrucción de las masas y abriera el comercio de la colonia a las naciones del mundo. Bolívar apoyó las ideas del viajero, y reconcentrándose en las suyas se despidió de Humboldt, ofreciéndole volver.

En efecto, volviéronse a ver por repetidas ocasiones, y en una de estas, provocó Bolívar la cuestión de independencia de Venezuela. Después que Humboldt, quien tenía quince años más que su interlocutor, escuchó con calma las ideas avanzadas del joven entusiasta, contestó con mucho laconismo: "No conozco al hom-

bre capaz de realizar semejante empresa". Bolívar no se dió por entendido, y continuando en la discusión, diafanizó al fin sus aspiraciones, y manifestó al sabio, cuáles eran las tendencias que le empujaban.—“¡Locura! contestó Humboldt, España es bastante fuerte para apagar todo espíritu revolucionario en Venezuela; por otra parte, no existe en los pueblos de Sur América ningún síntoma que indique un cambio radical en las ideas; y las opiniones de un círculo ilustrado, pero pequeño, no pesan sobre la muchedumbre ignorante, aferrada en sus creencias por hábitos seculares. Os aseguro que esto sería una locura y una desgracia en estos momentos”.

Humboldt no había podido presentir que departía con el futuro Libertador de América.

Después de haber pasado en Caracas dos y medio meses, Humboldt dejó la capital de Venezuela el 7 de febrero de 1800. ¡Cuán diversas las impresiones que experimentaba al dejarla, de las que había experimentado al entrar en ella! A su llegada, la ciudad le había parecido triste y sombría, y su alma se había penosamente conmovido, como si hubiese presentido la catástrofe de 1812, como dice uno de sus biógrafos. Al dejarla, llevaba en su memoria los recuerdos de la gratitud, y en su corazón las dulces emociones que le habían hecho placenteros los más bellos instantes de su vida. En su nueva peregrinación debía igualmente encontrar espíritus caballerosos que le colmaran de atenciones delicadas. En El Consejo, en la hacienda Barrios, le recibe la familia Montero, y Humboldt, agradecido a los obsequios que de ella recibiera, se impone el deber de recordar en la relación de sus viajes al joven eclesiástico, espíritu ilustrado, que le acompañó hasta La Victoria. “Casi todas las familias, ha escrito Humboldt, con quienes habíamos tenido una estrecha amistad en Caracas, los Ustáriz, los Tovares, los Toros, estaban reunidos en los pintorescos valles de Aragua: propietarios de las más ricas plantaciones, rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra mansión en aquellos lugares; y antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos por una vez más, de todas las ventajas de una civilización adelantada”.

A los pocos días abandonaron Humboldt y Bonpland La Victoria, donde habían sido tan obsequiados, y a su paso por la Concepción se detuvieron algunas horas para dar el adiós postrero a la familia Ustáriz, tan respetable como instruida, según la opinión de Humboldt, y en cuya casa pintorescamente situada sobre una altura, debía el viajero tropezar por otra vez más con una biblioteca de obras escogidas. Allí se despidieron, en medio de una efusión amigable, los hermanos Ustáriz del grande Humboldt para no volverse a ver.—¡Cuán diverso el destino que aguardaba a cada uno! Dos de aquéllos debían morir en los campos de batalla defendiendo la independencia y la libertad de su patria, pocos años después, mientras Humboldt debía contemplar, en los días de su senectud, todo el resplandor de su *gloria*.

¿Qué recuerdos nos quedan de Humboldt? ¿Qué documento, qué objeto, qué carta que podamos conservar, con el respeto que inspira su memoria? Todos sus amigos han bajado al sepulcro, y de la generación que él dejó en la infancia no quedan sino restos octogenarios que le recuerdan entre sombras.—¿Qué hemos hecho por nuestra parte, de qué manera hemos contribuido para avivar, durante su prolongada vida, el recuerdo de las impresiones que recibiera en nuestro suelo?

Grato, y muy grato, era a Humboldt hablar de Caracas y de Venezuela, cuando alguno de los venezolanos que visitaban a Berlín, en pasada época, solicitaba un permiso del Néstor de la ciencia, para ofrecerle un saludo en nombre de la patria. Lleno de benevolencia, el anciano recibía la visita y al instante se despertaban en su memoria los recuerdos de Caracas. Ya hablaba con veneración de Bolívar, a quien llamaba su *viejo amigo*; ya preguntaba por los hijos de sus amigos predilectos: conocía todos los sucesos de nuestra historia magna y la mayor parte de los hombres que en ella se habían sacrificado. Los pormenores de las localidades y sitios campestres los recordaba con una frescura admirable, y con frecuencia preguntaba, ya por los olivos del convento de San Felipe, ya por las ceibas de Cariaco, el fortín de la Cruz en el camino de La Guaira o por el gigantesco samán de Güere.

Allá, a lo lejos, en el camino, entre Turmero y Maracay, se encuentra un coloso de las selvas: es el samán de Güere o el árbol de Humboldt, como lo llama un viajero moderno. Un día, dos años antes de morir el anciano, Pablo de Rosti, que acababa de visitar a Venezuela, quiso obsequiar a Humboldt con un álbum de fotografías que había sacado en los lugares mismos, y entre las cuales se encontraba una vista del samán de Güere, tomada en 1858. Humboldt principió a contemplarlas lleno de emoción; pero cuando llegó a aquella en que se ostentaba, en toda su belleza, el hermoso árbol, llevó una de sus manos a la frente, como queriendo borrar la imagen de un recuerdo doloroso. Al instante los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, y en presencia de aquel dibujo que despertaba en su memoria las dulces impresiones de su primera juventud y el recuerdo de Venezuela, dijo al viajero: “Ved lo que es de mí hoy; y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví hace sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado; está exactamente tal como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios”.

A despecho del tiempo, el árbol de Humboldt se conserva. Tres siglos han pasado desde que el hombre europeo pisó el suelo de Venezuela, multitud de generaciones se han sucedido y él está aún de pie. Asistió a las guerras de la conquista y al triunfo de los conquistadores y a la fundación de los pueblos, y a las primeras luchas de la libertad; saludó a Humboldt y fué testigo de la guerra magna y del triunfo de Bolívar y ha sido después el impasible observador de nues-

tras guerras civiles y de nuestras luchas democráticas. Hombres y acontecimientos se han sucedido y él está todavía firme, como el representante de lo pasado; ya encanecido por los años, pero aún corre por sus venas la savia de la primavera eterna; porque él debe vivir para asistir al centenario de Bolívar en 1883, y después al de la Revolución en 1910, y continuar en su vida de patriarca hasta que al tiempo plazca entregar al fuego y al viento sus despojos y dejar su prole a las generaciones del porvenir.

Qué poseemos de Humboldt? De sus instrumentos uno quedó en Venezuela; una brújula que por olvido o de regalo dejó el viajero en la hacienda Barrios, cerca del Consejo, propiedad de la familia Montero en aquel entonces, quien obsequió a Humboldt en su paso por los Valles de Aragua. (1).

De los extractos del Diario de observaciones de Humboldt han llegado a nuestro poder tres copias que tienen la fecha de enero de 1800. La uniformidad de los datos sobre el termómetro, barómetro, alturas, declinación de la aguja magnética, longitud y latitud, oscilación del péndulo, mareas atmosféricas, humedad del aire, etc., etc., revela que todos fueron tomados de una misma fuente. En una de las copias, sin embargo, encontramos una nota sobre el aire vital, al hablar del viento de Catia que reproducimos a continuación.

“El aire vital es el que sostiene la vida, y el letal el que la destruye, por eso se le da este nombre. Así los países más saludables serán aquellos que tengan más aire vital.

“El viento de Catia tiene más riqueza por venir del mar, donde se impregna de muchas partículas nitrosas que son las que constituyen lo saludable del aire vital; y aunque es cierto que a las personas de complexión delicada suele proporcionarles esta corriente dolores de cabeza o reumatismo, esto no proviene sino de la impresión demasiado activa que ejerce un aire tan rico, sobre nervios delicados o poco vigorosos, especialmente si no están acostumbrados a recibirlo. Por lo tanto, el viento de Catia, aunque con su riqueza vital produce ligeras incomodidades, es en realidad el que contribuye a sostener la vida, sobre todo en la temperatura de Caracas, y debe recibirse con la boca abierta, como decía un sabio de este país y conviene en ello el Barón de Humboldt.

“En las montañas a cierta altura, ya por la mayor proximidad al mar u otros accidentes, hay en muchas ocasiones más aire vital y es más puro que en los valles y llanos; pero en las mismas montañas, si son muy elevadas, es menor la cantidad de aire vital, como sucede en el pico de Teide, la cual escaseando a medida que se asciende, llega un momento en que no puede sostenerse la vida. Por esto en los montes muy elevados se respira con dificultad y algunos sucumben”.

Pertenece esta nota al señor Rodríguez de Cosgaya, secretario de Vasconcelos en aquella época. Conexionado muy directamente con Humboldt, y hom-

(1) Esta brújula debe hoy encontrarse en poder de los herederos del señor Domingo Monzón, en La Victoria.

bre de luces, hubo de aprovecharse de su contacto frecuente con el ilustre explorador. Rodríguez de Cosgaya fué en toda época un hombre de sano criterio y de ideas fijas. Sirvió a España con lealtad, y habiendo tenido por esposa una hija de Sanz, favoreció a su suegro sin faltar a sus deberes, y continuó en Venezuela, después de perdida la causa española, no legando, en su muerte, a su familia, sino un nombre digno y honorable.

Después de su salida de Caracas, Humboldt se comunicó con Vasconcelos, desde Barcelona, a su regreso del Orinoco, y más tarde, durante su permanencia en Cuba, Nueva Granada y Perú, con sus amigos Ustáriz, Ibarra, Tovar, Toro y con Sanz, de quien había recibido cartas de recomendación para el sabio español Mútis en Nueva Granada. Fundada Colombia, Humboldt reanudó su amistad con Bolívar, felicitó a la patria y al caudillo insigne que había realizado la emancipación de la América.

De toda esta correspondencia nada nos queda hoy: la vorágine revolucionaria se llevó los hombres y las cosas, y los archivos públicos y privados fueron devorados por la incuria y por el tiempo. Algo, sin embargo, ha podido salvarse del naufragio; la interesante carta de Humboldt a Vasconcelos, fechada en Barcelona en diciembre de 1800, conocida ya del mundo europeo, y las siguientes inéditas que todavía no conoce el público y que una casualidad ha hecho llegar a nuestro poder, después de haber estado guardadas setenta y dos años. La primera es la carta dirigida al doctor José Antonio Montenegro; resumen de opiniones verbales dadas por Humboldt sobre las materias que en ella se expresan. Hela aquí:

“Caracas: enero de 1800.

Al señor doctor José Antonio Montenegro.

“Muy apreciado amigo. — Me ha encargado U. le dé por escrito, el resumen de las ideas que tuve la honra de exponerle sobre la cátedra de matemáticas que el consulado acaba de dotar en esta ciudad. Deseando sobremanera el progreso de las ciencias que cultivo, voy a cumplir su encargo con toda la franqueza con que un hombre de letras debe explicarse.

“La provincia de Caracas es uno de los países más bellos y más ricos en producciones naturales, que se han conocido en ambos mundos. Deséase instruir la juventud, no solamente, en las matemáticas, según los principios elementales, conforme a los cuales se divide y mide un terreno o la altura de una montaña o se construye una máquina; sino que se pretende igualmente comunicar los conocimientos relativos a la agricultura y a las artes, al modo de beneficiar el añil, azúcar, fabricar ladrillos, etc., etc. Solicítase un profesor a quien se pueda recurrir para tomar de él la instrucción necesaria en lo relativo a la utilidad que pueda sacarse de una producción vegetal, del jugo de una raíz, y sobre el valor de un mineral que se descubre. Hé aquí las ideas que han conducido a los suje-

tos respetables que han contribuido a dotar la nueva cátedra. Para llenar, pues, los deseos patrióticos de estos mismos señores, es necesario distinguir entre el fin que se proponen y la elección de la persona que para ello ha de solicitarse.

“Apenas habrá dos o tres hombres en la Europa que puedan a un mismo tiempo, desempeñar un curso de química (Física química) y de matemáticas. El sabio que es instruido en la construcción de una máquina no sabe discurrir sobre el añil: y tan raro es el que estas dos cosas se hallen reunidas en un solo hombre, como encontrar en un abogado un buen médico. Me parece, pues, que sería muy útil dotar, a un mismo tiempo, dos cátedras en lugar de una, constituyendo un profesor de *Matemáticas* (mecánica, arquitectura rural, fortificaciones) y otro de *Química* o Física experimental. Los miembros del Instituto nacional de Francia no tienen sino ochocientos pesos por año. No siendo muy subido el precio de los víveres en esta ciudad, juzgo que con aumentar la cantidad en cuatrocientos pesos, se conseguirían dos profesores, de los cuales, cada uno tendría la renta de mil doscientos pesos; pensión muy buena y bastante apetecible. Sin embargo, en el caso de que absolutamente no se quiera más que un solo profesor, me parece, *atendiendo a las necesidades de la Provincia*, que un profesor de Química y Física aplicada a las artes y a la agricultura es mucho más necesario que el profesor de Geometría, especialmente cuando no faltará en esta ciudad algún sujeto instruido en las matemáticas elementales para enseñar la juventud.

“En cuanto a la elección del sujeto que ha de ser el maestro o profesor, sería una cosa muy irregular el abandonarla a la casualidad, dejando en manos de alguno, que ocupado en asuntos más importantes, y separado de los sabios del país, encargase un negocio como éste a personas capaces, quizás, de obrar por intereses personales. La España tiene al presente, en Química, tres hombres de primer rango, a saber: el profesor Proust, residente en otro tiempo en Segovia, y ahora en Madrid, calle del Turco, fábrica de cristales, Don N. Fernández, ensayador de la Moneda Real, y Don Juan Manuel de Areyula, en Cádiz.

“Para la elección de un profesor de Química, es necesario ocurrir al profesor Proust, miembro del Instituto nacional de París, quien goza de una particular protección del señor Don N. Urquijo. Aquel es un caballero muy amigo de servir y uno de los primeros químicos de Europa. Será necesario hacerle presente la necesidad de la provincia, esto es, la *química aplicada a las artes*, y suplicarle ejercite, durante algunos meses, en su laboratorio a la persona que escogiere.

“Por lo que toca a las matemáticas y a la mecánica se deberá consultar al caballero Betancourt, quien goza de una gran reputación en Francia y en Inglaterra, (vive en el Buen Retiro), o a Don José Chai, profesor del cuerpo cosmográfico, en el cual tiene ya formados excelentes discípulos.

“Pero estos sujetos serán desde luego inútiles si vienen sin instrumentos. Es indispensable que traigan un pequeño aparejo químico de los conocidos: balan-

zas, barómetros, termómetros, higrómetros, etc. Por seiscientos o mil pesos puede conseguirse una bella colección de ellos.

Aceptad, etc.,

HUMBOLDT”.

Esta carta nos ratifica en la necesidad que tenemos, hace setenta y tres años, del estudio de las ciencias en sus relaciones prácticas con las artes e industrias del país.

La otra carta inédita que poseemos es la dirigida por Humboldt desde Huayaca (Perú) a su joven amigo Domingo Tovar y Ponte, hijo mayor del conde de Tovar. Humboldt tenía un motivo particular de consideraciones para con esta familia. A su llegada a Caracas, y antes que el capitán general Vasconcelos encontrase la casa donde debía hospedarse el recomendado de la corte de Madrid, el conde de Tovar, anciano venerable, había ofrecido su palacio en la esquina de las Carmelitas, y esto motivó el que Humboldt principiase desde el instante en que llegó a Caracas, a tratar a toda la familia del señor Tovar, la cual colmó de atenciones a los viajeros, durante los pocos días en que todos vivieron bajo un mismo techo.

Esta interesante carta es la siguiente:

“Huayaca, agosto 2 de 1802.

Señor Don Domingo de Tovar y Ponte.

“Muy señor mío y de todo mi respeto.—No sé si estas líneas tendrán la misma suerte que otras que, en diferentes ocasiones, desde la Habana, Santa Fe y Quito he dirigido a nuestros carísimos amigos Don Fernando Toro, Don Javier Ustáriz y a U., mi querido Domingo. Nunca he tenido la más pequeña contestación, ni de UU. ni de Cumaná. Estoy lejos de pensar que todos nuestros amigos nos han olvidado (pensamiento que me afligiría amargamente); pero creo que la rapidez de mis viajes me ha impedido recibir las cartas de UU.

“A cualquiera distancia a que me halle, nos recordaremos Bonpland y yo, con tiernos agradecimientos de las bondades y de la generosa franqueza con la cual la respetable casa de UU., los sabios y amables Ustáriz y la familia del Marqués del Toro se han servido recibirnos. ¡Con cuánta distinción hemos sido tratados en la Habana, en Cartagena de Indias, en Santa Fe de parte del señor Virrey y del Dr. Mútis, (en cuya casa hemos vivido en Popayán) y en Quito donde gobierna una persona igualmente instruida, amable y virtuosa, el Barón de Carrondelet. Cuántos motivos digo, tenemos para estar agradecidos a los buenos americanos en todas las partes de nuestro tránsito! *Con todo, no hay lugar del cual nos recordemos con más gusto que de la bella ciudad de Caracas, la que por su situación pintoresca, su temple, sus edificios, y particularmente, por la civiliza-*

ción intelectual y finura del trato social merece el lugar más distinguido entre las capitales del Nuevo Continente.

“Como ignoro cuáles de mis cartas anteriores han llegado a manos de UU. y de nuestros carísimos amigos, temo fastidiar a UU. con narraciones repetidas de nuestra expedición. UU. saben que después de una demora de tres meses en la isla de Cuba (donde he construido hornos de reverbero que han tenido mucha . . . (1) en las haciendas del conde Jaruco), hemos determinado surcar el mar del Sur, para incorporarnos a la expedición del capitán Baudin, la que por falsos avisos, se decía, haber salido por el Cabo de Hornos. La navegación de Batabano a la Tierra firme era de cuarenta días, y más peligrosa todavía que los nortes que hemos corrido desde Cumaná a la Habana. Después de una corta demora en el Darién, tierra no pisada por ningún naturalista, hemos llegado a Cartagena, donde he confrontado mis trabajos con las bellísimas operaciones de Fidalgo, hallándonos en una admirable armonía, desde la costa de Paria hasta la punta de San Blas de Puerto Bello.

El deseo de ver de cerca al ilustre Múti, nos ha obligado a preferir el penoso y costoso viaje del río de la Magdalena (cuyo plano he levantado en cuatro hojas como el del Orinoco, Río Negro, Casiquiare y Atabapo), al de Panamá. Infinitos han sido los frutos que hemos sacado de este dilatado viaje en el Nuevo Reino de Granada, la provincia de Popayán y la de los Pastos.

“La botánica, la astronomía y la geografía astronómica han sido igualmente enriquecidas. ¿Quién percibía que la civilización americana está tan adelantada, que en la última tule, Popayán, hemos visto más instrumentos y encontrado más conocimientos, que en la Habana? ¡Que en Popayán hay cuadrantes y un D. Carlos que observa los satélites de Júpiter!

“La cordillera de Los Andes es una suave margen en la cual vivimos hace más de ocho meses. Seis solamente hemos dedicado al estudio de los volcanes de Quito. ¿Creerán UU. que a fuerza de paciencia hemos llegado no solamente quinientas toesas más alto que La Condamine, sino casi a la misma cumbre del Chimborazo a tres mil quinientas toesas, de modo que no faltaban más que doscientas para llegar a la cima?

“Después de haber registrado las provincias de Cuenca, y las de Loja, tomamos el rumbo por Jaen de Maraón. De aquí fuimos por la cordillera a los minerales de Chota y Casca, Suarca, Trujillo y Lima.

“Una carta muy fina que hemos tenido de la Academia de París en el mismo día en que he medido el cráter del Pichincha (que tiene setecientas cuarenta y dos toesas de diámetro) nos ha anunciado que el capitán Baudin ha ido del Oeste al Este y está en Filipinas, pasando el Cabo de Buena Esperanza. Continuaremos entonces solos nuestra expedición por Acapulco y México, don-

(1) Parece faltar la palabra *aceptación*.



Alejandro de Humboldt

Del Colegio de Minería de México, D. C.-Año de 1803.

de estaremos en febrero de 1803. Como Baudin ha visitado las Filipinas y ya mis instrumentos principiaron a sufrir, en un viaje que dura ya tres años, pienso regresar a México, por la Habana a España.

“Nuestra salud ha resistido perfectamente a tanta mutación de climas.

“Bonpland y el célebre Cruz han tenido calenturas, mientras yo no he sentido hasta ahora ni un dolor de cabeza.

“He hecho venir de mi casa diez mil pesos por la Habana; de modo que con abundancia de dinero y salud, las dos virtudes cardinales, lo hemos pasado grandemente hasta este día.

“Expresiones a los Ustáriz, Toros, etc., etc.

HUMBOLDT.”

¡Cuánto honra semejante carta a su autor y a Venezuela! Las opiniones confidenciales, íntimas, aquellas en que el corazón se refleja en su expansión espontánea, franca y noble, encierran siempre una elocuencia que excede a cuanto se escribe en los libros o relatan los labios en presencia de los grandes auditorios. Cuanto ha dicho Humboldt en elogio de Venezuela, veinte años después de su viaje, al publicar sus obras, estaba ya consignado en su correspondencia amistosa; en los días en que las gratas impresiones que había recibido, conservaban todavía esa virginidad perfumada que no desaparece sino más tarde, cuando nuevas impresiones y los acontecimientos de la vida que nos lleva en una corriente, sobre la cual flotamos, nos hacen perder la memoria y aun el sentimiento que es el bello ideal de la gratitud.

Nos queda aún de Humboldt una carta muy interesante, que aunque publicada ahora treinta y dos años, no la conoce la actual generación: nos referimos a la carta de congratulación que escribió el sabio al coronel Codazzi, felicitándole por sus importantísimos trabajos sobre la geografía de Venezuela.

La comisión corográfica e histórica nombrada por el gobierno de la República y compuesta de los señores coronel Codazzi, Baralt y Díaz, se instaló en París, para realizar los trabajos, a mediados de 1840. No fué sino en 1841, en la sociedad de geografía, donde los comisionados tropezaron con Humboldt, quien acabado de llegar de Berlín, estudiaba los mapas de Codazzi en unión de los señores Arago, Savary, Elie de Beaumont y Boussingault, nombrados por el Instituto de ciencias para dar su opinión sobre la materia. Desde el momento en que los comisionados se pusieron en relación con Humboldt, éste pareció trasportarse a los días en que había visitado a Venezuela en 1800. Aparte de las discusiones científicas que tenía Humboldt con Codazzi en la sociedad de geografía, las cuales fueron animadas, pues los trabajos del geógrafo de Venezuela estuvieron sometidos a riguroso examen, Humboldt, puede decirse, que instaló su tertulia en la casa de los comisionados, calle de Hedler, número 16. Con mucha frecuencia almorzaba con éstos, y la conversación tenía que versar sobre lo pasado y lo porvenir de Venezuela.

Humboldt no se había olvidado ni de los lugares ni de los nombres y familias de la época en que visitó a Caracas. Los comisionados se admiraban de ver, cómo Humboldt conocía con más exactitud que ellos, todos los lugares, sitios y veredas de la cordillera del Avila, y hablaba de ésta como si la tuviese a la vista. El anciano no había olvidado ninguna de las numerosas familias a quienes había

tratado, y en muchas ocasiones, llegó a preguntar por algunas que habían desaparecido por completo, y de las cuales no tenían la más pequeña idea los venezolanos de la comisión: tal ha sucedido con las familias Lecumberri, Marrón, Uroza, Veroes, Urbina, Sojo, Aguado, Colón, Suárez, Arginsones y otras.

La conversación de Humboldt versaba, por lo general, sobre sus aventuras en el Orinoco y resto de América. No se cansaba de elogiar la sociedad de Caracas, a la cual reputaba como la primera de Sur-América, por su hospitalidad, modales cultos y talento natural. Recordaba los amigos que le habían obsequiado y hablaba siempre con ternura de los hermanos Ustáriz y sobre todo de Javier, cuya desgraciada suerte y la de uno de sus hijos, sacrificada por la horda del ferroz realista Morales, en 1814, compadecía vivamente. Recordaba al señor Carlos del Pozo, en Calabozo, y ponderaba la constancia de este excelente sujeto, quien sin estímulo y sin medios se había dedicado, sin tener maestros, al estudio de la física, en una época en que aspirar a la ilustración parecía un atentado a la paz de la colonia.

Y ya que nombramos al señor del Pozo, séanos permitido relatar un incidente gracioso que llenó de satisfacción a Humboldt al siguiente día de su llegada a Calabozo. Uno de los más vehementes deseos que tuvo el viajero al instalarse en esta ciudad de los Llanos, fué el de conocer y estudiar los gymnotes o anguilas eléctricas, conocidas por los llaneros con el nombre de tembladores. Como Humboldt se puso, desde el momento en que llegó a la ciudad, en relación con el notable físico, éste, para corresponder a los deseos del viajero, le invitó a que fuese al siguiente día a visitarle. Muy temprano el señor del Pozo se hizo traer uno de los animales al cual pudo, no sin gran trabajo, atarle en la cola un alambre que puso en comunicación con la puerta de la sala en que debía recibir a Humboldt. Preparada la sorpresa, encargó a su criado que cuando llegara un extranjero a quien tenía invitado, no se olvidara de recomendarle que golpeara con la aldaba la puerta de la sala.

Humboldt se presenta a la hora convenida y notificado de lo que debía hacer, toma la aldaba y llama a la puerta; mas ¡cuál fué su sorpresa cuando al instante recibe una descarga eléctrica que le echa por tierra! Repuesto del choque se levanta, y lleno de sonrisa exclama: "Bien, muy bien, he conocido los efectos primero que la causa". Entonces apareció el señor del Pozo, quien estrechando la mano de su ilustre huésped, le conduce a la sala para que conociera al importuno que sin dejarse ver le había sorprendido.

"El día en que se escriba la historia de las ciencias en Venezuela, ha dicho uno de nuestros más aprovechados hombres de ciencia, habrá de formar capítulo aparte este hombre verdaderamente extraordinario, a quien encuentra Humboldt en Calabozo en medio de máquinas eléctricas, electróforos, electrómetros, y una multitud de otros aparatos e instrumentos, que formaban en el centro de nuestras sabanas un gabinete casi tan completo como el de un físico europeo;

todos contruidos por él mismo sin haber visto antes ningún otro semejante. A Don Carlos del Pozo debe la ciudad de Calabozo los para-rayos que la circundan, montados por él, poco después de haber llegado a sus manos las “Memorias de Franklin sobre la electricidad”. (1)

Humboldt, satisfecho de la ciencia del señor del Pozo, escribió a la Corte de Madrid, pidiendo premiase a un hombre tan meritorio con un destino de importancia. Accedió gustoso el gobierno español y puso al recomendado en libertad de elegir el destino que fuese de su agrado; pero tan modesto anduvo el sabio venezolano que se contentó solamente con el de Administrador de Propios de Calabozo (hoy Rentas Municipales). (2)

A proporción que las páginas de la historia de Venezuela estaban listas para ser entregadas a la prensa, Humboldt se hacía leer por Baralt capítulos enteros, y entonces el anciano interrumpía a cada instante la lectura con exclamaciones de sorpresa y de júbilo. Los incidentes de la vida de Bolívar, sus desgracias y victorias, la tenacidad de los pueblos, los combates sangrientos, la lucha a muerte; el valor encarnizado de dos partidos, que de la vida pacífica se habían lanzado, sin práctica y enseñanza, a la vida militar: todo esto despertaba en Humboldt un entusiasmo del cual no podían darse cuenta.—“¿Cómo es posible, exclamaba con frecuencia, que un pueblo a quien yo había juzgado como inocente en materia de guerra, haya podido levantarse a esa altura? Sin duda alguna, ese es el pueblo más belicoso del continente, y esta realidad que desvanece por completo las opiniones que sobre él había formado, me hace amarle más y admirarle en sus nuevos destinos. ¿Quién me hubiera dicho que mi viejo amigo Bolívar iba a cubrirse de una gloria que ya es inmortal?” Y como supiera que la Comisión agenciaba el envío a Caracas de muchos objetos para los funerales del Libertador en diciembre de 1842, Humboldt exclamaba: “cuánto siento no poder estar en Caracas, para acompañarle en su paseo triunfal por las calles de esa ciudad para mí tan querida”.

Humboldt tenía un motivo para juzgar inocentes, en materia de guerra, a los pueblos de Venezuela: es la siguiente anécdota que había dejado consignada en sus viajes y que no se cansaba de recordar en sus conversaciones con los historiadores de Venezuela. Refería el viajero que, al llegar a Turmero, la milicia del pueblo, obedeciendo las órdenes de Vasconcelos que quería tenerla en todos los pueblos en constante ejercicio, celebraba un simulacro de batalla. Combatían como adversarios los batallones de Turmero y La Victoria, y como en todo simulacro hubo de haber fuego, detonaciones, pólvora y sol. Un teniente de milicias,

(1) Agustín Aveledo.—Observaciones meteorológicas durante el año de 1871.

(2) No conocemos los pormenores íntimos de la estada de Humboldt en las regiones de Cumaná, Carabobo, Barcelona y lugares del Orinoco. Sería de desear que los escritores de cada uno de estos Estados recogieran las noticias que aún se conservan acerca del ilustre sabio en su viaje a Venezuela. Una anécdota, una frase, un concepto, todo tiene interés en la carrera de este hombre ilustre; la historia al consignar en sus páginas todos los incidentes de una vida tan gloriosa, rinde un homenaje a la verdad. Tal es el destino de los grandes hombres.

conocido de Humboldt, decía a éste después de terminada la batalla, que se le había tenido al sol durante cuatro horas sin haber permitido a sus esclavos que le abrigaran con un paraguas; pero, que lo que más le había sorprendido era el haberse visto rodeado de fusiles que podían haber reventado a cada instante". "¡Cómo los pueblos que parecen más pacíficos toman de pronto hábitos guerreros!" exclama Humboldt veinte años más tarde, cuando publicaba sus viajes. "Sonreía entonces en presencia de una timidez que se anunciaba con un candor tan natural, agrega, y doce años después, aquellos mismos valles de Aragua, los llanos pacíficos de La Victoria y Turmero, el desfiladero de la Cabrera y las fértiles orillas del lago de Valencia, fueron el teatro de los combates más sangrientos y encarnizados entre patriotas y realistas".

No puede concebirse la familiaridad que se estableció entre Humboldt y los comisionados, sino escuchando a uno de éstos, que actualmente vive, nuestro respetable amigo el señor Ramón Díaz. Aquella colonia de venezolanos, entre la cual estaba la familia del coronel Codazzi, se encontró durante algunos meses presidida por Humboldt; y hubo días en que pasada la hora del almuerzo, todos se preguntaban si vendría el venerable anciano, cuando de pronto aparecía éste en la sala, llenos sus labios de benévola sonrisa.

Como Humboldt había llegado a París en los últimos meses que pasó en aquella capital la comisión corográfica, no pudo estampar su firma en el informe luminoso que había ya dado al coronel Codazzi la comisión de sabios nombrada por el Instituto. Contentóse entonces con pasar al geógrafo de Venezuela la siguiente carta de felicitación, un mes antes de que aquél regresara a Venezuela, en unión de los señores Baralt y Díaz.

"En París, a 20 de junio de 1841.

"Señor coronel: no puedo ver partir a U. para ese país que me ha dejado tan gratos recuerdos sin renovarle la expresión de mi grande y afectuosa consideración. Los trabajos geográficos de U. abrazan una inmensa extensión de tierra: y ofrecen a la vez los pormenores topográficos más exactos y medidas de alturas tan importantes para la distribución de los climas, que harán época en la historia de la ciencia. Dulce es para mí haber vivido bastante para ver terminada una empresa vasta, que, ilustrando el nombre del coronel Codazzi, contribuye a la gloria del Gobierno que ha tenido la sabiduría de protegerle. Lo que yo tenté hacer en un viaje rápido, estableciendo un conjunto de posiciones astronómicas e hipsométricas para Venezuela y la Nueva Granada, ha hallado, señor, por las nobles investigaciones de U., una confirmación y desarrollo que exceden a mis esperanzas. Miembro de la Academia de ciencias, habría firmado con placer, si hubiera estado en Francia, el excelente informe que dos de mis más íntimos amigos (los señores Arago y Boussingault) han hecho sobre la carta de U. y sobre las obras históricas y geográficas destinadas a ilustrarla.

“La fundación de un pequeño observatorio en Venezuela, dotado con el pequeño número de instrumentos sobre los cuales reposan hoy todos los trabajos de astronomía práctica, sería de una grande importancia para la ciencia. Las estrellas del cielo austral, entre las cuales se han observado recientemente cambios de intensidad tan notables; observaciones de declinación magnética hechas en las mismas épocas que en Europa para examinar el isocronismo de las perturbaciones (la extensión, por decirlo así, de las *tempestades magnéticas*), y algunas investigaciones sobre *estrellas cadentes* en los días notables de 10 de agosto y 13 a 15 de noviembre, darían una grande importancia a ese poco costoso establecimiento. El señor Arago se haría un placer y un deber de dar a U. sus consejos, y aun de proporcionar el joven astrónomo que el Gobierno podría colocar a la cabeza del pequeño observatorio de Venezuela.

“Suplico a U., señor, acepte la expresión renovada de mi viva gratitud y de mis sentimientos más afectuosos”.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

P. S.—“Cuando se trata de un objeto científico las pequeñas consideraciones de vanidad local deben ser puestas a un lado. La capital (Caracas) no puede ofrecer un clima favorable a las observaciones, y es por eso que Cumaná por su cielo admirablemente puro y las pocas lluvias merecería la preferencia sobre Valencia, Calabozo y aun Coro. Antes de escoger el capitán Herschel quería ir a Cumaná. ¿Deben temerse en Cumaná los temblores de tierra muy frecuentes”? (1).

Ningún juicio más honorífico podría agregarse a los que sobre la obra de Codazzi emitieron el Instituto de Ciencias y la Sociedad geográfica de París, que estas líneas de Humboldt. Ellas son bello gaje para Venezuela, la primera en la guerra y la primera en la paz, para realizar una empresa civilizadora que se ha llevado a término, en otros países de Sur América, muchos años después. Los trabajos de Codazzi son el más brillante corolario que podían tener los de Humboldt, y todas las ovaciones hechas a su memoria, en nuestra patria, no habrían tenido a los ojos del sabio una significación más elocuente que una obra que él pudo estudiar en sus pormenores, aplaudir en sus miras y sellar con su nombre inmortal.

Llegamos al fin de estas páginas. Cuando algún día se publique el *Libro de Humboldt*, donde se consignen las expresiones de los diversos pueblos sobre el hombre ilustre que nos ha servido de tema: cuando se soliciten los más pequeños incidentes de aquella vida laboriosa y fecunda, y se aglomeren los materiales para el monumento que le levantarán las generaciones de lo porvenir, entonces es-

(1) Esta carta fué publicada en “El Liberal” de 4 de agosto de 1841.

tas páginas tendrán cabida. En nuestro entusiasmo por el hombre hubiéramos ambicionado ser de los artífices de la obra y contribuir al relieve de la gran figura que se agiganta con el tiempo; mas sólo nos ha sido concedido depositar un grano de arena, pero expresión purísima de nuestro amor a lo bello y a lo grande en su más elevada síntesis: la naturaleza, la patria y la ciencia.

Caracas: marzo de 1874.



“Si el hombre, con el ánimo abierto a todas las emociones, recorre, investigador y lleno de presentimientos, el sublime reino de Dios, abrigando en su juventud la temeraria esperanza de descifrar el enigma de la naturaleza; en toda zona se siente excitado a goces intelectuales más altos; ya levante la vista a las eternas lumbreras de los espacios celestes, ya la baje a la acción de las fuerzas que juegan calladamente en las celdillas del tejido orgánico de las plantas. Por lo mismo que son tan poderosas, obran aisladamente estas impresiones. Mas cuando, después de una vida larga y agitadísima, la vejez y la decadencia de las fuerzas físicas ordenan el descanso; el caudal allegado se aumenta y se enriquece mediante la concatenación de los resultados que por sí mismo ha adquirido, y su cotejo con lo que precedentes investigadores han depositado en sus escritos. Así el espíritu se enseñorea de la materia, y se empeña en someter a lo menos en parte al conocimiento racional la masa acumulada de experiencia empírica. Se propone luego descubrir las leyes que rigen el universo. A la vista del esfuerzo científico encaminado a comprender la naturaleza, disípanse gradualmente, aunque sólo tarde las más veces, los ensueños por tanto tiempo halagados de mitos simbólicos. (1)

Berlín, noviembre de 1856.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

Un compatriota de Humboldt, Varnhagen, de Ense, el amigo de las revelaciones íntimas, el confidente del sabio, escribió igualmente en presencia del cuadro los siguientes versos:

Héle ahí! por el arte sorprendido
Ya en el hogar y al fin de la jornada,
Cual águila caudal que vuelve al nido
Ya los espacios de cruzar cansada:
Joven aún, él exploró atrevido
Vastísimas regiones, la empinada
Cumbre escalando que la gloria encierra
Como escaló las cumbres de la tierra.

Héle ahí! con feliz magnificencia
Le cercan los tesoros inmortales
Conque el genio del arte y de la ciencia
Ostenta sus poderes celestiales!
Héle ahí! contemplando a su presencia
Las varias maravillas naturales;
Y roto ante la ciencia ya el misterio
Cual Rey domina en su extendido imperio!

(1) Traducido del original en alemán por R. Seijas.

Su imagen es el Sol que vivifica
La pintoresca escena; y la elocuente
Frase, que graba en pensamientos rica,
La hace brillar con esplendor creciente,
Que el conjunto asombroso modifica;
Pues brilla en luz la pensadora frente,
Que a irradiarse con calor fecundo
Ciencia y verdad derrama por el mundo. (1)

Hé aquí la ciencia coronada por el arte en dos de sus sublimes creaciones: la pintura y la poesía.

¿Qué significan las líneas de Humboldt? ¿Qué dicen los versos del poeta? ¿Qué ha hecho el pintor? El uno ha sintetizado en rasgos brillantes la vida del alma investigadora en los luminosos horizontes del sublime reino de Dios: es un poema en el cual sólo se anuncian los capítulos. El poeta ha descrito el zapador infatigable abriendo el surco por donde debe correr la onda límpida del pensamiento, y ha seguido al genio en su ascenso por la doble escala que debía conducirle a la doble cima: la ciencia, la gloria. El pintor ha fotografiado al hombre: ha sorprendido a Néstor en una de esas horas silenciosas y apacibles de la tarde de la vida, cuando en la mirada se refleja lo pasado glorioso, cuando la cabeza encanecida revela la labor de la idea, y en las arrugas del rostro se lee la hoja de servicios. Lo ha sorprendido en uno de esos instantes de meditación sublime en que la mirada del espíritu parece sumergirse en la aurora del eterno día que sigue a la última noche terrestre.

Humboldt en su gabinete representa el águila que se posa sobre la primera cima que encuentra después de haber sondeado, desde las ignotas regiones del espacio, el cielo y la tierra. Es el árbol secular que desafió la tempestad y la muerte, y recoge sus ramas, y se cubre con ellas en la hora postrera, para recibir el rayo tibio del sol que debe aspirar la última gota de su licor vivificante. Es el patriarca que con la sonrisa del niño, contempla en los horizontes del pensamiento, la luz de la tumba, y aguarda con augusta serenidad la hora de la partida en la cual se emancipa el espíritu del cuerpo.

“He vivido tanto que he perdido ya la medida del tiempo”. Así decía Humboldt a uno de sus admiradores de América que había visitado al sabio poco antes que éste descendiese a la tumba. Había vivido mucho, en efecto, y la gloria le había abrumado más que el peso de los años. Había tenido tiempo para presenciar sus honores póstumos, contemplar en vida su apoteosis, abrazarse con la Gloria y sentir sobre su frente arrugada el beso de la diosa, antes que ésta batiera sus alas para anunciar al mundo la muerte de su predilecto.

(1) Traducción de Heraclio de la Guardia.

El otro cuadro es una alegoría. Humboldt se presenta en la tumba de sus antepasados con el Cosmos a cuestas. La Muerte viene a su encuentro, le despoja de tan pesada carga y le invita a entrar. El sabio se inclina, saluda lleno de sonrisa a la segadora y empujando la puerta de hierro desaparece.

¿Qué representa esta alegoría? ¿A dónde conduce la Muerte el Cosmos que durante más de medio siglo llevó Humboldt sobre sus hombros? ¿Va a sepultarlo en las aguas de otro Leteo o a lanzarlo, desde regiones ignoradas, para que ruede por los espacios como un meteoro perdido?

La Muerte no representa aquí el olvido sino la vida, el cambio de forma, metamorfosis de todas las fuerzas; ese círculo eterno en que los componentes se unen y se separan y vuelven a unirse para constituir la armonía del Universo.

La Muerte es aquí la idea inmortal del progreso, la faena de los pueblos, el espíritu vivificador siempre activo y luminoso en los horizontes de la humanidad, ya sea que trabaje en la vida, ya que retorne a la fuente purísima de Dios, después de abandonar el barro a la tierra.

La Muerte es la ley universal que sostiene al mundo, la vida material un incidente. Es la Muerte la segadora y al mismo tiempo la distribuidora de los gérmenes la que lanza a la luz del día todas las elucubraciones del espíritu silencioso, y proclama la inmortalidad de los genios y resucita todas las discusiones y crea la Historia y se cierne sobre toda la tierra.

La Muerte, al tomar el Cosmos de los hombros de Humboldt, es para entregarlo a la humanidad; al espíritu que fecunda; al alma pensadora y activa en solicitud de la verdad eterna. Esta, la que siembra, recoge, empuja y triunfa. El gran poder de la Muerte consiste en tener siempre la humanidad bajo su influjo; por esto le pertenece abrir el templo de la Justicia y de la Gloria a todas las acciones y a todas las grandezas.—¿Qué pide?—Pide la materia emancipada del espíritu para continuar, en su labor universal, las transformaciones; mientras aquél queda dueño de sus obras, en la memoria y tradiciones de la familia y de los pueblos, en los anales de la historia y de la ciencia. Cuanto hizo en solicitud de la verdad eterna queda, como recuerdos que flotan y estimulan al corazón, que aplaude o vitupera, que odia o ama. Ese ejemplo, siempre fecundo de enseñanza, siempre elocuente, es el que une la familia, alienta los pueblos, estimula las acciones generosas. De otra manera no podremos comprender el orgullo del hogar y de la patria, las aspiraciones a lo justo, el anhelo del buen nombre, la paz, el progreso de la humanidad.

Todo talento que desaparece, toda virtud, queda siempre como alimento y enseñanza para el espíritu de los que sobreviven, para las generaciones que se sucedan: de esta manera la muerte es un progreso, porque deja a la vida con su prestigio inmortal: la idea; mientras el cuerpo se desmorona, como un tributo a la eterna ley de las transformaciones.

De manera que del cuadro que representa a Humboldt en la tarde de la vida, al que lo representa en el umbral de la tumba, no hay más que un paso: son los dos crepúsculos del último día. El uno, es el patriarca que descansa al pie de su cabaña, después de la gran jornada, y tiene a su lado el haz de leña que debe servirle para la última comida: el otro, es el patriarca con su báculo de peregrino, que va en solicitud de la nueva patria donde reposan sus progenitores, y donde le aguarda la segadora inflexible, misteriosa amiga de toda senectud.

Pero en presencia de estos cuadros nace otra idea. Ellos conducen el pensamiento hacia lo pasado, y la mirada curiosa desea recorrer el camino trillado por esos espíritus luminosos que, después de haber llenado el mundo con sus nombres, como que quieren continuar por regiones desconocidas al género humano.

¿Qué divisáis en esa vía que ellos recorrieron? Nuevos hombres, nuevas ideas les han sucedido. Todo pasó, y ellos quedaron para cerrar la puerta que los separa de dos o más generaciones, lo pasado del porvenir. Todos han desaparecido antes que ellos, pueblos, gobiernos, familias; la idea fecunda ha renovado los pueblos, y la revolución humana ha arrojado a la fosa millares de víctimas; el tiempo ha pasado como llama invisible que asfixia, y surcos llenos de viejas cepas y de floridas espigas marcan su paso. Pero ellos quedan como el cedro secular, solitarios en medio de los nuevos rebaños ignorantes del tiempo y de la historia.

Retroceded a los días de Humboldt cuando con la savia de la juventud exploraba la tierra venezolana, y no encontraréis en ellos ni el hombre, ni la idea. En menos de un siglo todo pasó. Derribadas fueron por las convulsiones del planeta y por la onda del progreso, las primeras ciudades que visitó el sabio; desaparecieron los conquistadores, y la revolución con mano de gigante levantó sobre las ruinas de lo pasado el cimiento de los nuevos pueblos. Desaparecieron los Chaimas, primera nación indígena que debía encontrar Humboldt en América, y quedaron por descendientes tribus híbridas sin tradiciones, sin lenguaje, sin memoria de lo pasado heroico. Desaparecieron las misiones, y los apóstoles del Cristianismo; y los primeros templos del Nuevo Mundo vinieron a tierra, y sobre sus ruinas volvió el vegetal que a la presencia del hombre europeo, se había reconcentrado en las selvas. Ya no se escucha la campana del templo que llamaba a la casa de Dios a los neófitos indígenas, ni se ve al pastor del Evangelio perderse en el tupido bosque en solicitud del hermano descarriado, ni las tribus belicosas del Caribe salir armadas en defensa de su hogar y de sus penates. Todo lo arrasó el soplo de la muerte, mientras el olvido selló las tumbas. Y la guerra, y el incendio, y las venganzas, y las epidemias, y las pasiones, y la mano del tiempo, se llevaron en el espacio de ochenta años todo lo que parecía tener savia de vida y voz de aliento.

Todo pasó como la nube viajera que recorre las cimas; pero quedó la Naturaleza siempre regenerada, siempre joven, imagen de su Hacedor para quien no existe ni el tiempo ni el espacio.

Ahí está la Cueva del Guácharo habitada por los descendientes del guácharo de Humboldt. Ahí está la región de Paria con sus bosques y sus golfos testigos de lo pasado. Ahí está el Orinoco con sus raudales y sus árboles seculares y sus rocas graníticas y sus jeroglíficos mudos. Todavía se levantan de las malezas los fuegos fatuos; y los torpedos de las ciénagas descargan sus baterías eléctricas en lucha con el caballo salvaje; y brillan los insectos lucíferos; y la crisálida guarda el ser alado de la inconstante mariposa que debe morir acariciada por la luz del día. Todavía se remonta el águila y el carpintero hace resonar el tronco de las juvias, mientras a orilla de los grandes ríos legiones de gaviotas no han olvidado las costumbres de sus progenitores.

Todo continúa. El iris, *penacho de Dios*, como lo llama el caribe, se ostenta sobre la nube opuesta al sol; la cruz del Sur no ha dejado de anunciar la hora del alba al habitante de las dehesas; ni la luz zodiacal ha dejado de proyectar su pirámide crepuscular sobre la yerba de las sabanas, ni éstas han dejado de inundarse por las inundaciones de los ríos, en el invierno, imagen del antiguo mar que las cubría en los días geológicos de América.

Todavía ruge la tempestad en lo profundo de las selvas y bulle sobre la solitaria cima el rayo eléctrico y descienden sin ruido las exhalaciones de noviembre, lluvia de fuego que no quema, ósculo expansivo de dos astros que se encuentran.

El hombre pasó, y quedó la Naturaleza, *sublime reino de Dios*, como la llamó Humboldt; la Naturaleza que tiene monumentos más duraderos que el arte y la ciencia. Las islas de Grecia hablarán siempre con más elocuencia de Homero y de Sócrates que todos los libros; mientras que el Nuevo Mundo será un canto eterno a la memoria de Colón. Cada cordillera, cada región explorada del globo, representa una época, una idea fecundada en la historia del hombre, pues que ellas representan la grandeza litológica que es eterna, como es eterna la memoria de los apóstoles de la idea civilizadora. Las cordilleras con sus valles y mesetas, con sus cumbres y cimas, son el anfiteatro del progreso humano. Los hombres-genios son como esas alturas inmutables que surgieron en los primitivos días del planeta, y han continuado al través del tiempo y de las revoluciones. Todas las épocas son cordilleras y todos los genios cumbres.

No me preguntéis si Keppler está a mayor altura que Platon, si Palyssi es más grande que Miguel Angel, si Fulton es más esclarecido que Galileo. No me habléis de César, ni de Napoleón, ni de Bolívar, ni de esos espíritus cuya misión sólo Dios conoce. Los más grandes no son siempre lo más luminosos. Lo que importa es la interpretación de los fenómenos, el conocimiento de la ley divina. Pe-

ro si colocáis a Aristóteles sobre el Pindo y a Confucio sobre el Thibet, el Chimborazo pertenece a Humboldt. Ascended y tropezaréis con el enigma: es la ciencia de lo porvenir en sus dominios impenetrables. Descended y encontraréis las jerarquías del pensamiento humano, cada una en su altura litológica respectiva.

La ciencia se ha sistematizado desde que el Gran maestro metodizó los trabajos, trazó la vía, marcó los rumbos, y reveló la manera de sorprender la ley del Cosmos. Desde entonces cada obrero en su puésto; la abeja en su colmena, la hormiga en sus antros, el águila en sus cumbres. La pluralidad de las investigaciones no puede ya refundirse en un solo cerebro desde el momento en que se han ensanchado los horizontes de la idea, y el hombre ha logrado penetrar en la atmósfera estelífera. Ya el genio no sube, surge; pero para surgir necesita de la base sólida que le han formado los obreros de lo pasado. Cualesquiera que sean en el porvenir los adelantos del espíritu humano, cuando en el curso de los siglos el conjunto del Cosmos aparezca bajo proporciones más definidas, Humboldt quedará siempre como una de las grandes estrellas en la vía láctea del pensamiento.

Los libros pasan, los descubrimientos se modifican, las generaciones se suceden, la vida es tránsito, progreso la lucha. Pero ahí están las montañas inmutables, eternas. Son la imagen del pensamiento fundido y cristalizado a fuerza de concebir, de amar, de sufrir. Para nosotros, el Cosmos no es sólo la naturaleza plástica y animada, el reino sideral, la planta, el mineral, el animal, el hombre, el conjunto armónico de los mundos; sino también el arte, la ciencia, la parte moral del Sér, instrumentos del Arquitecto divino representados en el relieve del planeta como está la grandeza de Dios en la inmensidad de los espacios.



LOS PORTICOS DEL NUEVO MUNDO

I

EL PORTICO ORIENTAL

Los orígenes castellanos en América, la conquista e historia del continente, la fundación de sus numerosas ciudades y pueblos, la defensa heroica y la conservación del territorio que supo sostener la noble nación que fué un día soberana del mundo; después, las exploraciones científicas, el estudio de la naturaleza tropical, que tantas luces ha proporcionado al conocimiento del continente; y por último, la lucha titánica que trajo por resultado la emancipación de las colonias españolas y la creación de las nacionalidades modernas: esta dilatada época que abraza tres siglos en la historia del mundo, está sintetizada por tres genios: Colón, Humboldt y Bolívar. Una misma región geográfica es el punto de partida de cada uno de estos máximos hombres: el Pórtico Oriental del Nuevo Mundo. En éste comienza un drama inmortal en cuya primera escena aparece Colón, cuyo último cuadro cierra Bolívar, después de haber pasado los heraldos de dos civilizaciones, cada una con sus grandezas, con sus crímenes, con sus virtudes, con sus tendencias y propósitos.

¿En qué región del hemisferio se encuentra este Pórtico Oriental de la historia americana, bajo cuyas arcadas descuellan las tres figuras que sintetizan en el Nuevo Mundo, las glorias de Castilla? Allá, donde Orinoco con su Delta poblado de islas y de palmas derrama sus aguas; donde Atlántico, manso y murmurante baña el pie de los Andes orientales; donde florones de verdura, cimas de cordilleras sumergidas, forman cortejo a los azules golfos que rematan la península de Paria; donde vegetación tropical poderosa y espontánea se levanta bañada por los tributarios del Orinoco, padre de los ríos venezolanos; donde el cielo es transparente, puro el aire y cristalinas las aguas que reflejan el panorama de los cielos; en aquella región que llamó Colón "Los Jardines" y los indígenas "Paria", como un recuerdo de la "Paria" de los antiguos Quéchuas; en aquella tierra con mares que cuajan perlas, con montañas que guardan oro, cuna de Flora, donde la diosa sonreída se deja acariciar el seno por las brisas embalsamadas que le envían las florestas del Asia, de Africa y de Europa, allá está el Pórtico Oriental del Nuevo Mundo.

Armonía en los contrastes, variedad en las formas, paisajes de luz y de colores, la línea recta que se levanta en las creaciones vegetales, la curva que, cual cinta de espumas, ciñe las costas o en aristas caprichosas surca las doradas cumbres; por todas partes la vida en los aires y en las aguas y en los bosques. Diríase que el Arquitecto de la naturaleza excavó con su cincel los golfos para aprisionar las aguas del océano, y sumergió las cordilleras para que surgiesen ramilletes de islas, y abatió los Andes para que Atlántico vencido, lamiese los brazos del gigante americano.

Los primeros desembarcos y los primeros hechos de armas, las primeras explotaciones de la riqueza tropical y las primeras cabañas y fortalezas levantadas en el continente, comienzan en esta fértil región, la Caria de los indígenas. Las selvas del Guarapiche, los golfos de Paria y de Cariaco, las islas de Trinidad, de Margarita, de Coche y de Cubagua, las costas de Cumaná y de Maracapana, el Orinoco y sus tributarios, constituyen la tierra clásica de los aventureros del siglo XVI. Ojeda, Vespucio, Juan de la Cosa, Bastidas, Yánes, Guerra y Niño son los primeros que pisan las zona colombiana. El grito de guerra se escucha en las praderas de Cumaná y en las costas de Cubagua, antes que la falange invasora se apoderara del golfo de Darién. Antes que los castellanos fundaran en éste sus colonias, ya Cubagua, árida y solitaria, pero llena de ostiales, había fijado a los explotadores de la perla: y antes que cayese el primer azteca y fuesen conocidos los imperios de los Chibchas y de los Incas, habían sucumbido los pescadores guayqueries, sublimes víctimas de la codicia castellana: y antes que el pabellón de Castilla surcase las ondas del Amazonas y del Plata, había flameado sobre las alturas de Turimiquire, y había corrido la sangre en las aguas de Paria, donde castellanos e indígenas comenzaron a llenar la fosa americana. La primera isla que regala sus dones al Viejo Mundo es Cubagua; la primera costa que envía sus tintes, la de Paria; el primer cacique que ofrece al conquistador sus hogares, Cumaná. El Oriente de Venezuela tiene su jerarquía natural y abre la cronología e historia de la América del Sur. En sus costas el primer castellano que se establece en América, y el primer filibustero que la roba, y los primeros heraldos de la conquista armada. A Colón, Ojeda y demás descubridores, nobles figuras que descuellan en este Pórtico Oriental, suceden, Orellana, después de haber descubierto el Amazonas; Vasco Núñez de Balboa, antes de descubrir la mar del Sur; Ordaz que abandona las cimas humeantes del Popocatepelt para cruzar, el primero, las aguas del Orinoco. Allí, Ortal, Cedeño, Berrío, Benzoni, Raleigh y los exploradores del Dorado: allí también los primeros misioneros de América, los primeros templos y las familias de Cubagua, esta célebre colonia, cuna de la familia venezolana que siguió al descubrimiento de Colón en 1498.

De estas costas, desde Paria y Maracapana hasta Coquibacoa y Maracaibo, itinerario de Ojeda; desde el majestuoso Orinoco hasta el pico de Naiguatá, nacen, al cabo de tres siglos, los heraldos de la nueva conquista. De las costas del

continente que descubrió Colón, de aquel Pórtico famoso sale el apuesto mancebo que rinde en los campos de Ayacucho al último de los virreyes castellanos, en 1824. De esta manera el Pórtico de Paria donde había comenzado la conquista, tiene su complemento en la Paria de las Quéchuas, bañada por el Desaguadero que se desprende del lago Paria, en las alturas de los Andes bolivianos: límite geográfico e histórico a donde llegaron los ejércitos de Colombia, al mando de Bolívar. En la ciudad que fundó el primer conquistador de madre indígena, nace el Libertador de América, doscientos años más tarde, y por las calles de la ciudad que fundaron Fajardo y Losada es paseado el estandarte con el cual entró Pizarro en las elevadas regiones del Cuzco; Margarita cambia su nombre por el de Nueva Esparta: Coche y Cubagua, sepulcro de la raza guayquerie, presencian en 1815, el incendio del *San Pedro Alcántara*, rey de la flota de Morillo que había conducido a las costas de Venezuela a los vencedores en Bailén: las aguas de Paria que habían recibido al Colón de la conquista en 1498, reciben en 1799 al Colón de la ciencia, y más tarde, al Colón de la emancipación: el Orinoco es el primer baluarte de la independencia americana, desde 1817. El cañón retumba desde entonces en las costas e islas que talaron hombres feroces; y sobre los osarios de los Chaimas, de los Cumanagotos y de los Caribes se verifican las más horribles escenas de la guerra a muerte. Los mares que habían surcado los bajeles de Colón, de Ojeda y de Vespucio, las aguas del Orinoco y de sus tributarios, las llanuras que recorrieron Spira, Fredermann y Hutten, las ciudades levantadas por los conquistadores y las fundadas a impulso de la caridad evangélica: hé aquí el dilatado teatro de la magna lucha, en la cual se repiten las proezas de la conquista castellana, y también las ferocidades alimentadas por la venganza, por los odios y por la desesperación. Así Venezuela que había sido el primer teatro de la conquista castellana y había escrito las primeras páginas del sangriento drama, desde el siglo XVI; que había sido la más pobre de las colonias del continente, y la menos atendida por el gobierno de España, es tres siglos más tarde, la conquistadora de los conquistadores de América. De sus costas y ciudades salen los descendientes de Ojeda y de Cayaurima, de Guaycaypuro y Gonzalo de Silva, de Osorio y de Bolívar, y los hijos de Cumaná, de Margarita y de Caracas que en triunfo, se unen a los descendientes de Bochica y de Jiménez de Quesada, de Huáscar y Benalcazar, de Manco-Capac, Atahualpa, Pizarro y Almagro para celebrar en triunfo, en las campiñas de Titicaca, al primogénito de la gloria, al hijo de Caracas.

Hé aquí este Pórtico célebre, punto de partida de las brillantes epopeyas de América. Las tres figuras que descuellan en la región de Paria, representan dos épocas del continente, dos luchas sangrientas y fecundas: entre ellas está la ciencia que es el iris de paz. Sigamos el curso de cada uno de estos hombres y veremos cómo se complementan. Es una historia de tres siglos que se abre en las costas del Viejo Mundo a los resplandores siniestros de una erupción volcánica,

y concluye en las regiones elevadas de los Andes, al són de las marchas guerreras y al abrazo fraternal de la familia hispano-americana.

Al descubrir Colón la porción del continente que trescientos años más tarde llevó su nombre, desde las aguas de Paria, de pie sobre la popa de su carabela contempla el paisaje de "Los Jardines" que cautiva sus miradas. Todo le sonríe: las aguas, los bosques, el aire, cielo y tierra, y la muchedumbre indígena que desde lejos le contempla. Colón en el Pórtico del Nuevo Mundo es la figura de todos los tiempos, la aurora de un día de siglos. Desde Paria sigue a las costas opuestas donde descubre los ostiales de Cubagua. Las poblaciones indígenas en las costas cumanas le invitan a desembarcar, pero el soberano del Atlántico lo rehusa. La grandeza de su obra le fascinaba, y en su mente se extendían los dilatados horizontes de su descubrimiento. Poco después, ya desgraciado, pero herido de pasmo ante el ensanche geográfico de la tierra, complementa el descubrimiento del Nuevo Mundo, con su cuarto viaje a las costas de Honduras y de Veragua. Así dejaba a los futuros exploradores la libertad de penetrar en el dilatado campo de lo desconocido. Había descubierto las dos vías del continente, la que conduce al grande océano y a los Andes; las costas de Panamá y de Darién; la que conduce a las dilatadas llanuras cubiertas de ríos: el Delta del Orinoco. ¿Cuáles sus méritos para la admiración del mundo? Había descubierto el océano ignoto, con el cual había soñado, había trazado sus corrientes, sorprendido las variaciones de la aguja imantada, la circulación del aire, el ensanche terrestre en las regiones del Ecuador, y descubierto el continente, después de haber clavado el estandarte de Castilla en el archipiélago de las Antillas y fundado las bases de la civilización americana. Bastábale esto para su gloria. Después de haber descubierto el Atlántico, debía detenerse frente a la muralla de rocas que le ocultaba otro océano reservado para nuevos hombres. Pertenecía a la falange castellana, a los héroes de la ventura, a los hipántropos, pasar el límite de Colón, escalar cordilleras y volcanes, cruzar los dilatados ríos, perderse en los bosques seculares, luchar contra el infortunio, la desesperación y la muerte, y comenzar la charca de sangre que fué la cuna de la civilización castellana en el Nuevo Mundo. Estaba reservada tamaña obra a Cortés, a Pizarro, a Almagro, Bernalcazar, Jiménez de Quesada, Balboa, Losada, Ordaz, etc., y los heraldos de Germania, los invencibles zapadores del Dorado. Colón no debía sobrevivir a tanta gloria. En los arcanos de Dios estaba escogido para ser la primera víctima, después de haber realizado su providencial encargo. Así es que apenas comienza la devastación, desaparece en medio del torbellino de las pasiones, calumniado, envidiado, pobre, olvidado de los hombres, no llevando a la tumba sino la cadena de oprobio con la cual le recompensa su época.

Todo es armónico en estos días, únicos en la historia del mundo. La grandiosidad de la obra corresponde al genio del hombre que la realiza; la magnificen-

cia del panorama geográfico, sus elevadas cordilleras, ríos, lagos y mares, bosques y dehesas, pueblos civilizados o feroces, todo parecía creado para la raza de corazón templado y espíritu fecundo que comienza a conquistar el dilatado continente. Y ante la pujanza del castellano indómito todo se somete: naturaleza inclemente y salvaje, climas, enfermedades y desamparo, y pueblos numerosos. Esta conquista sangrienta no podía ser obra de un día sino de siglos; porque no fué España contra el Nuevo Mundo, sino España contra el género humano, que luchó hasta imperar por completo de uno a otro mar. No hay costa americana, no hay fortaleza que no refiera algún episodio de aquella época terrible. La lucha de los filibusteros concluye dos siglos después de haber sido descubierto el continente. Todavía, años más tarde, España se defiende heroicamente contra las poderosas escuadras de sus enemigos. ¿Cómo pudo al mismo tiempo que luchaba contra el indígena y contra el extranjero, civilizar, fundar pueblos, establecer su lengua, su religión, sus costumbres, y levantar las bases del imperio americano? Hé aquí su grandeza; formar la familia, sostenerla y adiestrarla en medio de un vendaval que dura más de dos siglos, en épocas de atraso, de ferocidades, de supersticiones, de ignorancia. Y a pesar de todo, siembra heroísmo, arraiga las virtudes de su raza, levanta ciudades, se apresta a nuevos combates y logra salvar su conquista cuando en Europa todo lo había perdido. Todavía más: fué más liberal y generosa en América que en su propio suelo. Introduce la imprenta en ésta, desde sus primitivos tiempos, contribuye al ensanche de las ciencias, dota establecimientos de enseñanza, favorece el estudio del continente y aglomera materiales inapreciables que no pueden caducar. Hizo lo que pudo, ora bajo la presión de reyes bárbaros y de ministros ignorantes, ora bajo el influjo de soberanos y gobiernos generosos e ilustrados.

Trescientos años después de Colón, ya poblada la América, se presenta en el Pórtico Oriental del Nuevo Mundo una nueva figura. ¿Quién es? Alejandro de Humboldt, que viene a completar la obra de Colón. Una misma región, es el punto de partida de estos dos pilotos del pensamiento: las islas Canarias. Mas, ¡cuán diferente la escena de 1492 a la de 1799! Cuando Colón abandona al Viejo Mundo y da el último adiós a sus costas, una violenta erupción volcánica, la del pico de Tenerife, parece presagiarle mala suerte, pues llena de espanto a la tripulación de sus carabelas. Aflígense sus marinos y aun quieren desistir de su viaje, en presencia del volcán que llena el espacio con sus rugidos y eclipsa el día con sus penachos de humo y de cenizas: pero Colón disipa la superstición de sus compañeros, les explica el fenómeno, los alienta, y todos ven desaparecer bajo el horizonte los últimos perfiles del suelo patrio, iluminados por los fuegos del planeta. Más afortunado Humboldt, encuentra el volcán apagado y cubierto de rica vegetación que le invita a estudiarle. Antes de lanzarse al Océano, asciende a la montaña, la estudia, la contempla, deduce leyes de su organismo, llega a su cima,

y huella la cabeza del gigante dormido. Al abandonar Humboldt las costas africanas la cima del volcán saluda a su explorador, cuya mirada se fija en aquella hasta verla sumergirse bajo el horizonte.

¿Qué encuentra Humboldt en su camino? Los descubrimientos de su predecesor: la corriente equinoccial, la mar de Sargaso, el río cálido del Atlántico, y cuanto dejó consignado Colón en sus inmortales cartas. En el Pórtico oriental, Humboldt contempla "los Jardines", ve las islas que forman cortejo al remate oriental de los Andes, extasiase en presencia del cielo transparente, y saluda al genio de Colón. ¿Qué novedad hallaba en el Pórtico que no hubiera dejado el sagaz genovés? Una civilización fundada por España, pueblos y ciudades prósperas, después de una guerra de siglos. Humboldt no se detiene como Colón en el Pórtico de Paria, desembarca y comienza su excursión científica por la ciudad donde acamparon las expediciones armadas de Ocampo y Castellon, y siguiendo las huellas de Cedeño visita las cumbres de Cocollar y de Turimiquire. Pasa después a la ciudad de Losada, y buscando el itinerario de Spira y de Hutten penetra en el Apure y en el Orinoco, donde estudia la dilatada comarca del Pórtico Oriental del Nuevo Mundo. En éste tropieza con los descubrimientos de Ordaz, de Berrío y de Raleigh, y cambiando de rumbo, retrocede a las costas por donde penetraron los conquistadores de Cundinamarca, para escalar los Andes. Sabios neo-granadinos le dan la bienvenida, departen con él acerca de la ciencia americana, y sigue las huellas de Benalcazar, en solicitud de los volcanes andinos. El imperio de los Incas le recibe después; allí también, espíritus elevados que le prestan apoyo y autoridades castellanas que le cortejan. Así llega de triunfo en triunfo al Antisana, al Cotopaxi, al Chimborazo y a la altiplanicie de los Incas, donde contempla los despojos de la civilización asiática que conquistó la América en la noche de los tiempos. Ha estudiado los dos célebres imperios de la América del Sur, el de los Chibchas y el de los Incas; fáltale estudiar el de los Aztecas de la América del Norte al cual se encamina. En México encuentra todavía más riqueza científica: allí, sabios eminentes, astrónomos, naturalistas, arquitectos; rico acopio de materiales inéditos, observaciones numerosas, los primeros productos de la imprenta en América, y los trabajos lingüísticos e históricos de los mexicanos.

¿Qué había hecho España en América antes de la llegada de Humboldt? ¿Con qué había contribuido al mundo de las ciencias? Había patrocinado las expediciones botánicas de Ruiz y Pavon, en el Perú, la de Mútis, en Nueva Granada, la de Seré y Moziño, en México; había fundado los estudios matemáticos, creado escuelas de minas; había estudiado sus costas, sus hoyas hidrográficas y presentado trabajos que han contribuido al estudio de la geografía americana. En astronomía, en estadística, en arquitectura, en ciencias naturales, en bellas artes, había aglomerado una riqueza, prueba de que había formado hombres eminentes, como con tanta razón lo reconoció Humboldt. La exploración de este sabio es un

brillante complemento de los trabajos iniciados por España desde tiempos muy remotos, y todo habla en pro de la nación que, a pesar de sus errores económicos y de su política mezquina y opresora, tanto en Europa como en América, supo proteger las luces, más de lo que demandaban aquellas épocas de oscurantismo y de superstición. El viaje de Humboldt es una gloria de España, porque unía lo pasado a lo presente, resaltando beneficios recibidos y abriendo vasto campo a las especulaciones del espíritu moderno. Bolívar dijo una vez que Humboldt era el conquistador de América y que los trabajos de este sabio y de su compañero habían hecho más bienes a la América que todos los conquistadores. (1)

No debía comenzar el siglo XIX sin que la América española apareciese ante el mundo con los dones de su naturaleza y con las aptitudes de sus hombres superiores. Tal adelanto intelectual abría nuevos horizontes, señalaba nuevos rumbos y exigía grandes reformas políticas y sociales. Era la colonia adulta, con vida pletórica, con pensamiento propio que ambicionaba despojarse de la tutela paterna, seguir con sus propias fuerzas y desarrollarse con sus hombres sin necesidad de influencias exteriores. Esta es la evolución natural y progresiva de toda sociedad. Después de la conquista y colonización de América, faltaba a la gloria de España el estudio científico del continente, y por resultado final la creación de las nuevas nacionalidades de origen castellano. Colón y Humboldt en el Pórtico Oriental del Nuevo Mundo son dos genios que se complementan, dos ideas que se confunden: el descubrimiento geográfico, y el estudio científico de América.

Ahora, la conquista y la independencia del continente americano son dos épocas que se corresponden por la grandeza de sus hombres, por la magnificencia del escenario, la heroicidad de la lucha y forman un todo homogéneo. Las mismas virtudes y crímenes, proezas y hechos fabulosos: el mismo valor, abnegación, sacrificio e intereses, gloria y resultados. España había fundado colonias que con el tiempo tomaron vuelo, aceptaron las nuevas ideas, se crearon necesidades y se encontraron con la virilidad para emanciparse y gobernarse. La conquista de América representa la fuerza brutal o la codicia que se abre paso al verse poseedora de un continente. La superioridad de raza hubo de traer el dominio sobre pueblos ignorantes, sobre muchedumbres idólatras, sin comunicación con el mundo civilizado. Esto fué lógico. En la independencia de América, sobresalen la idea liberal y el sentimiento patrio representados por la minoría que inicia su labor de una manera continua en busca de resultados fecundos y civilizadores.

Bolívar no se presenta en el Pórtico Oriental sino después de haber fracasado la revolución de 1810 en repetidas ocasiones. Aparece primero como diplomático, más tarde como subalterno de Miranda. Caído entonces, se rehace y en 1813

(1) Carta de Bolívar al doctor Francia, Dictador del Paraguay, fechada en Lima a 22 de octubre de 1823.

es director y alma del movimiento. Después de haber conquistado y vencido, se hace árbitro de los destinos de Venezuela, manda, legisla, domina con su voluntad. Pero a poco su obra se desmorona, y queda solo, vencido por la mayoría inconsciente, por los hábitos añejos, por la obediencia pasiva. Solo, se presenta en las costas orientales de Venezuela, queriendo rehacerse, pero su mala estrella le arroja de nuevo a playas extranjeras. De este choque terrible entre las viejas tradiciones y la idea liberal debía brotar la luz. Había que destruir la obra de tres siglos de obediencia, vencer vetustas tradiciones, obrar sobre el espíritu ignorante, buscar la homogeneidad de ideas. Hé aquí porqué las derrotas de Bolívar debían convertirse en victorias.

Poco tiempo después, se presenta Bolívar en las islas que descubrió Colón, al Este de Venezuela. La tea de la revolución es su enseña; no tiene hombres, pero sí la tenacidad del genio. ¿Qué busca? Un punto seguro donde formar el núcleo de las legiones que le darán el triunfo. Tiene necesidad del Océano, de una ciudad, de un río caudaloso, de llanuras fértiles y ricas, y ninguna región más propicia para la realización de sus proyectos que el Pórtico Oriental del Nuevo Mundo. Lucha entonces, y lucha contra la suerte y contra la naturaleza. Al fin encuentra un baluarte, la ciudad de Berrío, y el Orinoco es suyo. Había hallado la meta de sus deseos. Por un lado el Océano que le proporciona recursos, por el otro las dilatadas dehesas donde le aguardaban los más sangrientos combates. Su caballo relincha de nuevo, al divisar en el horizonte lejano el humo de la pelea, y al oír el tronar del cañón. En las regiones del Pórtico es donde Bolívar se hace poeta y delira con el pensamiento de conquistar la América. Como Colón, soñaba con un mundo cuyos perfiles se dibujaban en su mente: como Ordaz y Raleigh, pensaba en las aguas del Orinoco, no en busca del Dorado, sino de ejércitos castellanos que combatir, más con la idea que bullía en su cabeza que con los soldados de que carecía; como Humboldt, quería escalar los colosos andinos, no para estudiarlos, sino para clavar sobre ellos la enseña de su causa. Un día, en las regiones del Apure, se le antoja trasmontar los Andes de Cundinamarca, y siguiendo las huellas de Fredermann aparece de súbito en las alturas de Bonza, Vargas y Boyacá, y sorprende y arrolla a los ejércitos de Barreiro, y se apodera del antiguo imperio de los Chibchas que le recibe en triunfo. A poco deja asegurada su victoria y sin anunciarse, se presenta delante de la asamblea del Orinoco: todos se quedan atónitos, porque casi todos discutían su caída. ¿Qué solicitaba el poeta de la Revolución? Venía a anunciar a los descreídos de la libertad la emancipación de la Nueva Granada y la fundación de Colombia. El visionario de Casacoima se magnifica entonces como Daniel al profetizar la ruina de Baltasar. Esto pasaba en 1810. Dos años más tarde, Venezuela le proclama de nuevo su genio tutelar, y los ejércitos españoles se apartan para dar paso al vencedor: era el triunfo de la idea que atraía la mayoría numérica después de haberla convencido.

ERB

Así concluía el gobierno español en una parte de América, y las colonias que habían levantado el grito revolucionario en 1810 se constituían en naciones independientes. Bolívar es el complemento de Washington. El drama castellano, cuyos primeros actores fueron Colón, los Reyes católicos, Carlos V y los conquistadores, debía finalizar con el descendiente de los vascos del siglo XI, representante augusto de las glorias de España en América.

Hé aquí las tres grandes figuras del Pórtico Oriental del Nuevo Mundo: Colón, Humboldt, Bolívar. Ya no hay en aquél escudos ni blasones, ni obedece el esclavo a la voz del amo, ni hay pueblos que sacrificar, ni conquistas que regar con sangre. Pasó la lucha como sierpe de fuego y quedó la conquista pacífica, con el arado por arma, con el remo por espada, serena, erguida, radiante como luz de Oriente. Todas las ruinas, todos los pueblos antiguos son gloria: hay gloria en los osarios y en los campos de batalla, donde están confundidas las generaciones de tres siglos. La guerra con sus crímenes no fué sino transición del error a la verdad. Sobre el sepulcro de los primeros misioneros se levantaron templos; descendió de las montañas el indio fugitivo y encontró en la playa al descendiente de sus antiguos opresores. La emancipación ha unido los pueblos y las razas; la libertad unirá los corazones. Por esto, al lado de las antiguas ciudades se levantan las aldeas de los pacíficos Chaimas, mientras que el Guayquerie fija sus ranchos en el sepulcro de sus antepasados, primeras víctimas de la conquista. Aquellos hombres desnudos que sacan hoy la perla del fango del mar, no la llevan a manos de sus amos, sino a los mercados en solicitud de compradores: la llama que se divisa sobre las cumbres no es el incendio de los pueblos indígenas, sino la llama fecunda del labrador que prepara sus rozas: la embarcación que cruza las costas no es la carabela pirata salteando esclavos, sino la maquinaria que saluda con su penacho de humo a los pueblos industrioses. La familia no ha degenerado: está de pie sobre el terreno abonado con la sangre de sus mayores: no existen en ella recuerdos de odio, sino de amor y de gloria. El tiempo se encargó de unir los eslabones rotos y restableció la cadena fraternal. Lo pasado no ha muerto, vive en las ciudades antiguas, en las fortalezas derruidas, en los edificios levantados después de la gran matanza. La fundación de la familia es el más precioso timbre de España en el Nuevo Mundo. España en América y América en España, ambas con sus virtudes y errores; pero unida por los vínculos de la religión, del idioma, de las costumbres, del sentimiento y de las galas de la poesía y del espíritu, representan en la historia del mundo las dos epopeyas más fecundas de los tiempos modernos.

II

EL PORTICO OCCIDENTAL

Más allá, es el límite de las aspiraciones constantes del corazón humano, siempre ambicioso, siempre impaciente, siempre en solicitud de nuevos horizontes, para jamás quedar satisfecho. El espíritu vive en prolongada vigilia, porque a proporción que estudia, investiga, descubre, crea, nuevos estímulos le impelen a seguir. Hay un más allá que le fascina, que alimenta sus nuevas esperanzas, que le abre nuevas vías y le detiene en las conquistas adquiridas, para hacerle pensar en quimeras irrealizables. Más allá está el triunfo, o la barrera infranqueable o la muerte. Cada época, cada sociedad, cada genio no puede pasar del límite adonde le conducen sus fuerzas. Aspirar más es, en la mayoría de los casos, un delirio, pocas veces, una victoria. Moisés, después de haber conducido al pueblo de Israel, durante cuarenta años, muere en la cumbre de Nebo, a la vista de la tierra de promisión, cuya conquista estaba destinada a Josué. Antes de morir, contempla el más allá con el cual había soñado y al que no podía llegar. Aníbal se extasía desde las cumbres de los Alpes al contemplar las praderas lombardas y piensa en los triunfos de sus futuras conquistas. Más allá le aguardaban los campos de Trebia y de Trasimena, y los descabros de Campania y la conquista de Roma; pero más allá, la salida de Italia, y las decepciones y la muerte. Cuando Colón anima a los tripulantes de sus carabelas, en los días de mortal desaliento, estaba inspirado por la fuerza del genio que le impulsaba a seguir, apesar de las zozobras y de los hombres. Más allá estaba la tierra de promisión, el mundo que había presentado. Así llega en su tercer viaje a descubrir el continente, en cuyas costas se detiene. Más allá estaban las dilatadas llanuras, los ríos, la imponente cordillera y el grande océano cuya existencia concibió en su último viaje. El más allá estaba reservado para los heraldos de la conquista armada.

Ninguno de estos genios de que acabamos de hablar es más sublime en presencia de sus conquistas que Balboa, Drake, Humboldt y Bolívar, cada uno de éstos contemplando su obra desde las cimas de los Andes. Todos llegan al límite del cual no pueden pasar: el más allá pertenecía, no a ellos, sino a sus contemporáneos o sucesores. De esta manera la ley del progreso no se interrumpe jamás, y deja siempre mucho a las generaciones que se suceden.

Después de Colón, ninguna figura más simpática en la conquista americana, que la del aquel mancebo que conoce el mundo con el nombre de Vasco Núñez de Balboa, el conquistador del Darién, y descubridor del Grande Océano. De bizarro ademán, audaz, valeroso, justiciero, ninguno como él, para seguir las huellas de Colón y llevar a glorioso término la conquista que fué sangrienta, más por la oscuridad de los hombres que la comenzaron que por las tendencias de la época. Su brazo, el más fuerte, dice Quintana, su lanza, la más firme, su flecha, la

más certera, hasta su lebel de batalla el más inteligente y el de mayor poder. Iguales a las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetración suma y de una tenacidad y constancia incontrastables. (1) Tal fué el hidalgo castellano cuyo prematuro y triste fin puede considerarse como el más horrendo crimen con que se inició la conquista de Cundinamarca, pocos años después de la muerte de Colón.

Hay un golfo donde, en el curso de tres siglos, aparecen cinco hombres célebres que representan las siguientes épocas inmortales de la historia de América: el descubrimiento del continente, el del Grande Océano que lo baña por el Oeste, la lucha de los filibusteros que azotan los mares americanos durante dos siglos, la exploración científica de los Andes, y por último, la emancipación de las colonias castellanas: ese golfo es el de Darién que llamaron los conquistadores de Urabá. Desde el gigantesco nevado de "Santa Marta", al Este, hasta el cabo de "Gracias a Dios", al Oeste, en la dilatada y pintoresca región donde desaguan el Atrato y el Magdalena, cerca de la lengua de tierra erizada de rocas que separa el Atlántico del Pacífico, y por la cual pasan los Andes, en su majestuoso ascenso al polo del Norte; en aquella tierra que llamaron los castellanos "Castilla del Oro", por su riqueza, "Nueva Andalucía", por la poesía de sus montañas, por lo pintoresco de sus paisajes, por la belleza de su cielo, está el Pórtico Occidental del Nuevo Mundo. Por él, pasan Colón, Ojeda, Nicuesa, Juan de la Cosa, Balboa y los conquistadores del imperio de los Chibchas: por él, Pizarro, Almagro, Valdivia y los conquistadores del imperio de los Incas y de las tierras donde descuella Aconcagua, soberano de los Andes chilenos. Naturaleza pródiga concedió a aquellas regiones perlas y oro, valles esmaltados de verdura, regados por ríos caudalosos; jardines del Magdalena y del Cauca, adonde van a morir los grandes ramales de los Andes colombianos, exornados de vegetación y de luz. Como el Pórtico de Paria, el del Darién tiene también su historia de siglos, sus aventuras fabulosas, sitios abonados con sangre. En él, Santa Marta que recuerda los hechos de Ojeda y de Bastidas; Cartagena, baluarte célebre que resiste a los filibusteros de todas las épocas; que rechaza victoriosamente la escuadra inglesa de Vernon en 1741; que sucumbe, pero no se rinde ante las fuerzas compactas de Morillo, en 1815; que se emancipa e iza el pabellón de Colombia en 1821; allí, Río Hacha, que nos recuerda a Fredermann; allí, las primeras colonias fundadas por Colón, Nicuesa y Balboa, y "El Retrete", puerto célebre, refugio de Colón contra las tempestades antes de abandonar para siempre las costas del continente.

¿Quiénes los hombres que dan celebridad a este Pórtico famoso que tiene su avanzada oriental en el nevado de Santa Marta y limitan al Oeste las tierras del

(1) Quintana. Vida de españoles célebres.

istmo de Panamá? A tres de ellos hemos ya visto en el Pórtico Oriental; a Colón, que abre la primera escena del drama americano en 1498; a Humboldt, que sigue las huellas de éste en 1799; a Bolívar, que se presenta en 1817, e instala a orillas del Orinoco la primera asamblea de Colombia. En Darién volvemos a encontrar estos obreros del pensamiento, porque Darién es complemento de Paria, y en la historia del Nuevo Mundo no puede separarse el Atlántico del Pacífico; estos dos Océanos custodios de la diosa Libertad que, coronada con el gorro frigio, extiende sus brazos entre los dos mundos. Pero hay dos figuras más que representan en el Pórtico Occidental, dos nuevas épocas en los anales de América; el descubrimiento de la mar del Sur por Balboa, y las hazañas de Drake, rey de los filibusteros que asolaron la América española durante los siglos que siguieron al descubrimiento de Colón. Contemplemos el grande Océano desde las cumbres del istmo de Darién, que pronto treparemos los Andes de Norte a Sur, para extasiarnos en presencia del panorama de vida que se divisa desde Cajamarca, sepulcro de la civilización peruana. Sigamos las huellas de Balboa y de Drake para continuar con las de Humboldt y Bolívar: partamos de las costas del Darién, después de haber saludado a Colón que abandona "El Retrete", y desaparece del Pórtico Occidental, lanzado por las tempestades que le arrojan a la isla de Jamaica.

¿Quién, el llamado para complementar su obra, magnificarla, y abrir paso a la turba invasora que se apodera y aniquila los imperios americanos? El descubrimiento del grande Océano no podía ser obra de un aventurero vulgar, sino de un espíritu elevado, digno de Colón. El ensanche que iba a darse a la conquista con semejante hallazgo, era tan importante, que exigía un sacrificio, una víctima. El hemisferio iba a aparecer de uno a otro polo, bañado por los dos grandes Océanos del Planeta, y asequible a la codicia universal, por sus riquezas, por su civilización, diferentes de cuanto hasta entonces se había conocido. Este descubrimiento no podía pertenecer sino al gentil capitán que desde 1510 hasta 1517 había sabido sobreponerse a los suyos, en las regiones del Darién, sostener la Colonia del Atrato, atraerse las multitudes indígenas, compartir las riquezas y vencer la discordia.

Al saber Balboa por los caciques amigos, que existía al Oeste del Darién, un Océano ignorado, se apresta para descubrirlo, y al frente de muchos castellanos y de mil indios se pone en marcha. Veinte días emplea aquél en atravesar la pequeña distancia que media entre uno y otro mar. Agrestes selvas, ciénagas, cumbres escabrosas, malezas impenetrables y hasta las hostilidades indígenas, todo se le opone al fogoso adalid, que engolfado en su próximo descubrimiento, con paso firme asienta sus pies sobre el duro suelo y fija sus ojos en la altura desde donde va a contemplar el dilatado Océano. Antes de llegar a la cima señalada por los indios, manda hacer alto a sus soldados y a los guías, y sigue solo: en su natural egoísmo quiere gozarse en presencia de la naturaleza y de Dios. A

poco andar se detiene, y su mirada se dirige hacia el Sud, como si una fuerza magnética la atrajera hacia aquel rumbo: estaba en la cumbre de Quenagua en presencia del grande Océano: fué el 25 de setiembre de 1813. Balboa admirado, permanece estático, mudo, como un autómata sobre la cumbre iluminada por el sol. Hubiérase dicho que se comunicaba con el espacio y con el tiempo y que escuchaba la voz de la naturaleza que le decía: “Tú solo eres el descubridor de otro nuevo mundo”. Sobrecogido de gozo y maravilla, dice el cronista, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar y anegados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado a aquel insigne descubrimiento. (1).

Al punto llama a sus soldados y compañeros, les señala el mar que acababa de descubrir y de nuevo dóblanse sus rodillas, se humedecen sus ojos, y elévase su corazón hacia el Autor del Universo. “Allí véis, amigos, les dice, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya tenéis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habéis visto esas playas y esas olas; vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas e ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y a la luz de la religión verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni riquezas”. Y en tanto que la multitud indígena muda y serena contempla aquella escena, sin poder darse cuenta de tantas lágrimas y alegrías, los castellanos llenos de júbilo abrazan a su jefe—y juran seguirle. Al instante derribase uno de los corpulentos árboles de la cumbre, constrúyese una cruz campestre, y con las piedras necesarias se levanta un túmulo rematado por la enseña de los cristianos: era la cruz del Salvador que extendía sus brazos en la dirección de los Andes. Después de holgarse, Núñez de Balboa ordena seguir a las orillas para tomar posesión del grande Océano, en nombre de los reyes de Castilla. Alborozada descende la muchedumbre las cuestas de Chiapas, cacique hostil, pero que al amago sumiso, a los extranjeros recibe con oro y protección. Adelanta Balboa una avanzada de los suyos, al mando de Pizarro, para buscar el camino más corto, y uno de ellos, Alonzo Martin es el primero que pisa las arenas del Pacífico. Allí aguarda que suba la marea, y en una canoa indiana con la cual tropieza, flota por instantes, y satisface su deseo de ser el primer castellano que sintiera bajo sus pies la ola ignorada. En seguida regresan en busca de Balboa. Horas después, en la tarde del 29 de setiembre, Balboa con veinte y seis de los suyos estaba a orillas del mar. Baja rumiaba la marea que obliga al descubridor a esperar algunas horas; pero cuando la ola retozona se encrespa y lame los pies de los castellanos, Balboa, armado de todas armas, como dicen los cronistas, llevando en una mano la espada y en la otra la bandera de Castilla que tenía la imagen de la Virgen, se lanza al agua y empieza a marchar en medio de las olas que le cubren las rodillas, y al entusiasmo de aclamación general, toma posesión del dilatado

(1) Herrera. Historia general de las Indias Occidentales, etc.

mar en nombre de sus soberanos. En seguida gustan del agua salada, derriban algunos árboles, graban en otros la señal de la cruz y retroceden. La célebre orilla del Pacífico adonde llegaron Balboa y sus compañeros, es el golfo de San Miguel, al Sureste de la isla de las Perlas que aquél descubrió en seguida.

Tres años más tarde, en 1517, la cabeza de Balboa, cortada por verdugo castellano, rueda a orillas del Atlántico. Estaba escrito que no conocería el más allá de su conquista, reservado para su teniente Francisco Pizarro. Como Colón, no tuvo por recompensa de su descubrimiento sino ingratitudes y calumnias. Estos dos hombres se complementan: al uno pertenece el Océano Atlántico, al otro el Océano Pacífico.

Pero, ¿quién es este nuevo conquistador que sobre la copa de un árbol corpulento, y ayudado por negros marrones del istmo de Darién contempla el dilatado mar del Sur? Al divisar las lejanas aguas que aparecen a sus ojos, como una zona de plata, ha bendecido a Dios, y le ha pedido su protección para que le conduzca en la empresa que proyecta. ¿Quién es el nuevo aventurero que desea lo que a nadie se le había ocurrido hasta entonces, navegar el grande Océano en bajel pirata?—Es Francisco Drake, el titán de los filibusteros de América durante los últimos treinta años del siglo XVI, y el hombre que infundió el espanto en todos los mares del continente colombiano. De capitán de un buque mercante comienza su carrera en 1565, en el mar de las Antillas; pero arruinado por los castellanos jura vengarse de éstos y armarse de pirata. Preséntase en las costas de Darién en 1572 y saquea las factorías españolas y sigue en 1573 a las Antillas. Favorecido por Isabel de Inglaterra, que le regala cinco navíos armados, cruza en 1576 el Cabo de Hornos y aparece como el rayo destructor sobre las costas españolas del Pacífico. Qué hombre! Después de mil proezas y aventuras desde Chile hasta California atraviesa el Océano, lo pasea como rey, visita a Java, Las Molucas, sigue al cabo de Buena Esperanza, costea el Africa y entra en las costas inglesas en 1580, después de haber dado, por segunda vez, la vuelta al mundo. Vuelve de nuevo sobre las costas de Darién y sobre las Antillas y la Florida en 1585 y 1586. Y el pirata se ennoblece con el título de caballero, y el caballero se hace almirante, y fuerza en 1587 la entrada de la bahía de Cádiz, y un año más tarde, destruye a la *invencible armada*. ¿Estaba satisfecho? No; descansa, y después se apresta de nuevo para seguir destruyendo las factorías y ciudades castellanas de las Antillas y del Darién en 1594 a 1596. Si triunfo adquirió, revences tuvo, que no en balde levantó España fortalezas en América, e infundió en sus colonos el amor a la gloria y a la patria.

Bajo las aguas del Pórtico Occidental hay una tumba: en ella reposa el hombre que sintetiza en América la dilatada época de los piratas, que comienza poco después de Colón, y concluye en los primeros años del siglo XVIII. El que había infundido el espanto en las costas del Pacífico, encuentra su muerte a orillas del

Atlántico. Más afortunado que Balboa, realizó su bello ideal, llegó al más allá y vino a morir, después de gloria singular, no por capricho de los hombres o de la suerte, sino por el cansancio de la lucha.

Casi tres siglos después, en 1801, aparece en el Pórtico del Darién, aquel Humboldt de quien ya hemos hablado, y el que después de estudiar el Orinoco, quiso ascender los Andes, por el Magdalena. Ya le vimos trepar la cordillera llevando en sus manos el martillo del geólogo. ¿Qué le faltaba después de haber estudiado las rocas, los volcanes, los bosques, las aguas, los cielos y el espacio? Adelante, adelante, que no ha satisfecho todavía su más noble deseo. Después de haber estudiado las civilizaciones antiguas, de haber visitado la tumba y los jardines de Atahualpa, de haber contemplado, desde las elevadas cumbres, el paisaje imponente de los Andes, quiere espaciarse a la vista del Océano de Balboa. Desde niño le acariciaba este deseo, el de contemplar el dilatado mar desde las andinas cumbres. Durante diez y ocho meses en que ha visitado los volcanes americanos, ha trepado escabrosas pendientes; y en su ardiente anhelo, ha querido sondear, con su mirada escrutadora, los dilatados horizontes; pero, ora la bruma de los Andes, ora las nubes y nuevas alturas al Oeste, o la distancia le han ocultado el sublime cuadro de las aguas. Un día deja la altiplanicie de Cajamarca, y acompañado de guías indígenas sigue a las alturas de Guangamarca. Todo estaba nublado, pero de súbito despéjase la bóveda del cielo, sopla con fuerza el Sudoeste, disípase la bruma de los Andes y “aparece el azul profundo a través de la atmósfera transparente de las montañas; y descuella el deseado panorama irradiando sobre las playas enorme masa de luz y elevándose en su inmensidad hasta el horizonte”. El sabio, en presencia de la inmensidad, olvídase de las observaciones barométricas; tal la inefable impresión que experimenta, y que comparte con sus amigos Bonpland y Montúfar.

Había realizado el último de sus deseos. ¿Debía seguir para estudiar los países que limitan por el Sur el continente? No; había llegado hasta la célebre cumbre de la cual no podía pasar, porque estaba reservado para otros sabios el estudio de la América austral. Pero contemplando desde la cordillera el extenso mar, concibió la esperanza de estudiar algún día las alturas del continente asiático, cuyas orillas baña el mismo Océano, y en las cuales estuvo en la noche de la historia, la cuna del género humano. Así se proyectaba en las apacibles regiones de su espíritu, la imagen de un más allá muy lejano: el estudio del Asia central que pudo realizar treinta años más tarde.

Tornemos ahora a las aguas del Pórtico Occidental, que en sus costas ha tornado el cañón. ¿Quién es el nuevo aventurero que turba la paz de la familia americana, y enciende la tea de la guerra y pánico infunde entre los rústicos morado-

res de los valles? ¿Es algún vengador de la sangre inocente de Balboa y de Atahualpa que solicita las costas del grande Océano? ¿Es algún nuevo filibustero que aspira a tomar por asalto las fortalezas del Pórtico? No; es un náufrago de la revolución de 1810, que arrojado de las Antillas a las costas del continente, enciende la guerra en las tierras del Darién: es Bolívar que abre la campaña de 1812 y sigue a los Andes para entrar en Venezuela y comenzar la lucha que debe abrirle las puertas de las ciudades, en su paseo triunfal de 1813. . . Un año más tarde, a fines de 1814, preséntase de nuevo, en esas mismas costas cual náufrago de la libertad, y sigue a los Andes de Cundinamarca; pero el vendaval lo persigue, no le da tiempo a rehacerse y retorna a la playa para seguir a la isla de Jamaica. Como Colón, debía pasar en ésta un año de martirio, de desengaños y de miseria.

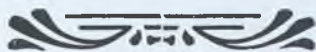
Y después ¿a dónde seguirá? Ya lo hemos visto presentarse en el Pórtico Oriental, trasmontar por la tercera vez los Andes, regresar, luchar de nuevo y continuar, después de combatir al pie de los volcanes. . . . Allá va; él es quien galopa sobre el dorso de las montañas: allá va, siguiendo las huellas de Pizarro y de Humboldt; es él, que lleva en sus manos la bandera de Colombia y solicita la cuna de los Incas para evocar los manes de Atahualpa y clavar la gloriosa enseña sobre la *roca del sacrificio*. Y sigue, y sigue, y tras él los escaladores modernos que recuerdan a los hipántropos de Castilla; y escúchanse las dianas y relinchan los caballos, y retumba el cañón. ¿Hacia dónde va el vencedor? Ha divisado, desde las cumbres de los Andes, el Océano de Balboa, y desciende en busca de las orillas del Guayas, para penetrar en las aguas del mar y tomar posesión de éste, y escalar de nuevo las montañas donde le saludará la victoria hasta llegar al lago de Paria donde debe celebrar los triunfos de Junín y de Ayacucho. De Paria salieron, y a Paria van: paseo triunfal, desde el Orinoco hasta Titicaca. Más allá no había pueblos que emancipar: a Bolívar se le habían anticipado los libertadores de Buenos Aires y de Chile.

¿Qué había hecho Bolívar, desde el día en que náufrago aparece en el Pórtico de Darién, hasta el día en que victorioso contempla la América libre desde las costas de los Andes peruanos? Había creado a Colombia, con un pie sobre el Atlántico y otro sobre el Pacífico, como dijo Zea; había libertado el Perú y fundado a Bolivia. “De Colombia soy hijo, escribía Bolívar desde Oruro, en 1825; de Bolivia padre: mi derecha estará en las bocas del Orinoco, mi izquierda llegará a las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos; pero mi corazón se hallará siempre en Caracas: allí recibí la vida, allí debo rendirla; y mis caraqueños serán siempre mis primeros compatriotas. Este sentimiento no me abandonará sino después de la muerte”. (1)

(1) Carta de Bolívar a Páez, inédita, fechada en Oruro a 26 de setiembre de 1825.

¿Cuál el fin que tienen las cinco heroicas existencias que en los Pórticos de Paria y del Darién sintetizan la historia de la América española? Sólo una de ellas llega a los días de la senectud y se extingue en medio de los resplandores de su gloria; dos mueren fuera de América y tres cavan su tumba en el Pórtico Occidental del Nuevo Mundo. Colón es el primero que desaparece, y al obedecer los decretos del hado, dirige sus miradas a las costas del continente que había descubierto, ve lucir sobre las aristas andinas los rayos del sol, y siguiendo al Oriente, se oculta bajo el horizonte. Balboa, cargado de cadenas, es conducido, después de brillantes hazañas, a las costas del Darién. Antes de entregar su cabeza al furor de sus émulos, contempla por la postrera vez el sol de ocaso, en los Andes del Pórtico. Más allá cree divisar el Océano que había descubierto; túrbale el recuerdo por un instante; pero la conciencia serena le alienta, le enaltece, y con religiosa resignación el noble castellano dobla la cabeza, que rueda al golpe del hacha. Drake, minado por enfermedad aguda, y escuchando los ayes de sus víctimas, muere frente a Puerto Bello, primer teatro de sus piraterías: el que en dos ocasiones había dado la vuelta al mundo y había sido el terror de los mares, debía tener su tumba en el seno del abismo. Más lenta que la de sus predecesores es la agonía de Bolívar. Después de haber recorrido todas las gradas de la gloria y todas las alturas y latitudes geográficas del más dilatado campo de batalla que conoce la historia; después de haber proclamado a la vista de los máximos Océanos de la tierra la emancipación de la América española; después de haber fundado nacionalidades, creado el espíritu patrio, sacado hombres de la nada, levantado altares al mérito; de haber triunfado de los hábitos seculares, de la perfidia, de los odios y más bajos sentimientos del corazón humano, véase envuelto por el torbellino de la anarquía que, armada con el puñal de Bruto, quiere inmolarle. Y aquella noble existencia que llegó a poseer todos los atributos del genio, inclinando la frente, humilde y resignada, siente descargarse sobre su cabeza todas las iras humanas. En el zenit de su gloria, había soñado con el más allá, y como Colón, sólo encontró el desengaño, el abandono, la muerte.

En las costas del Pórtico de Darién hay un coloso que levanta hasta los cielos su poderosa cabeza: es el nevado de Santa Marta. Allí, contemplando el mar que recibió el último adiós de Colón, con la mirada fija en la costa opuesta por la cual rodó la cabeza de Vasco Núñez de Balboa, pensando quizá en la gloria póstuma, muere Bolívar, después de haber sido consumido por el fuego de su propia grandeza.



LA CASA DE HUMBOLDT EN CARACAS

¡Humboldt, siempre Humboldt!... Hé aquí el tema espontáneo, fecundo, inagotable que inspira nuestra pluma por una vez más. ¿Qué tiene este nombre siempre propicio, siempre elocuente en toda ocasión en que la memoria lo evoca para dedicarle algunas líneas? Para nosotros, venezolanos, Humboldt es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestras desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria: es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o el artista que interpretase sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar, un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, de aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que la presencia del hombre europeo era una novedad para nuestros pueblos; de aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto, sin más testigo que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba revestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las necesidades de los pueblos, sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la humanidad. Llegaba como el legítimo intérprete de una naturaleza fecunda, que hasta entonces ningún viajero había explorado.

A su encuentro le salen, el rústico labriego y preséntale bajo la techumbre de sus cocales de Oriente, leche de sus rebaños, que el viajero bebe en jícaras indianas; y el misionero, patriarca de las selvas, le ofrece, en seguida, bajo las verdes enramadas del monasterio, la fruta sabrosa de la fértil zona; en tanto que el viejo hidalgo, con la caballerosidad de sus progenitores, espontánea, franca, dadivosa, sin desmentir la nobleza de su raza, descubierta la cabeza, tiéndele mano amiga y le introduce en el salón de la familia venezolana, en la cual, la gra-

cia sobrepuja la cultura del espíritu, e impera el corazón sobre la inteligencia. Humboldt queda, desde entonces, instalado. Todo le pertenecía: el cariño de la familia, la admiración de los pueblos, el agasajo de las autoridades españolas; le pertenecían también la naturaleza, cielo y tierra que le habían aguardado durante siglos. Desde entonces la veneración a su nombre, que se conserva como un talismán en la historia de nuestro hogar. Fué su voz, voz de aliento; en sus obras nos dejó enseñanza provechosa; con su amistad honra; gratitud en sus recuerdos, siempre rejuvenecidos, aun en sus días de ocaso. Ni la infidelidad, ni la inconstancia, ni el olvido—en toda ocasión en que se ocupó de Venezuela; porque al estampar en sus inmortales cuadros el nombre de ésta, fué siempre para honrarla, pagando así tributo de justicia y de admiración al primer pueblo que visitó, y cuya imagen fué inseparable de su memoria. Hé aquí por qué le amamos.

Hace ya setenta y siete años que Humboldt visitó a Caracas. Esta ciudad era la segunda del continente que conocía, pues antes había estado en la de Cumaná. En otro escrito (*Recuerdos de Humboldt*) hemos dicho que el corazón del joven explorador se llenó de sombría tristeza al atravesar las calles silenciosas de la Caracas de 1800; pero, que aquella impresión se desvaneció al dejar la casa del Conde de Tovar, donde estuvo por algunos instantes, antes de instalarse en la que le había conseguido el Capitán General Vasconcelos, en la plaza de la Trinidad.

En el ángulo donde la calle Oeste 9 corta la Avenida Norte, frente al Panteón Nacional, hay unos escombros que sirven de azotea a la vecina casa número 91 de la Avenida Norte. La antigua puerta, que es hoy el número 1 de la calle Oeste 9, está tapiada hasta la mitad, pero se conserva el friso de vetusta arquitectura. Las ventanas han desaparecido en ambos lados de las ruinas, y sólo muros de piedras, ennegrecidos por el tiempo y cubiertos de paja, indican las antiguas paredes de un edificio. Las salas están al aire libre, y en el suelo de ellas se levantan bosquecillos llenos de arbustos conocidos, que se han desarrollado al acaso, o sembrados quizá por mano amiga. Algodoneros cubiertos de rosas de oro, granados con flores de color de escarlata, papayos y cañas de bello porte levantan sus copas y se mezclan con otros arbustos, mientras que en la parte terrosa de los muros, gramíneas y *tillandsias* crecen entre las grietas abiertas por la acción del tiempo. Todo este conjunto forma un gracioso paisaje cuyos únicos habitantes son, el pájaro viajero que todas las mañanas desciende de la vecina montaña, el insecto nómade que liba la miel de las flores, el lagarto que fabrica su cueva al pie de los muros. ¡Sabia naturaleza! se desarrolla espontánea sobre las ruinas de las ciudades, sobre los despojos humanos, sin cuidarse de la historia, que es la obra de un día; pero que le deja osarios, abono preparado por el arte para nutrición de los nuevos seres que aquella tiene en ciernes. Lo que ella necesita es un terrón de tierra donde depositar el germen fructífero, una rama donde pueda el ave fabricar su nido, una grieta segura donde el ofidiano guarde sus huevos, una hoja donde pueda la crisálida aguardar la hora de la emancipación.

Para el viandante que pasa todos los días junto a los escombros, éstos no tienen significación alguna: son una de tantas casas en ruinas, recuerdos de la catástrofe de 1812. Pero, para el hombre que conoce los pormenores de la estada de Humboldt en Caracas, aquellos representan una época, un nombre preclaro, que hace setenta y siete años que en esta casa hubo una constante recepción, porque en ella moró durante dos meses, el hombre más extraordinario del siglo: Alejandro de Humboldt.

¡Cuántos sucesos verificados en Caracas, después que la visita Humboldt en 1800! A los seis años baja al sepulcro Vasconcelos, el amigo oficial del sabio, el cual honró a España honrando al recomendado por el monarca castellano. Dos años más tarde, prende la chispa revolucionaria que produce el incendio de 1810. En 1812 viene al suelo la ciudad de Losada, y un montón de ruinas la convierte en osario. Caen los principales templos, entre éstos el que estaba frente a la casa de Humboldt, no quedando sino las paredes, una columna que en la plaza sostenía las armas de España y también la horca que estaba cercana. Todo fué desolación en torno a la casa del sabio: sepultadas quedan las tropas en el cuartel de San Carlos, en la calle Oeste 9, y las del parque de artillería al Sur de la misma casa. La ciudad de 1800 había desaparecido casi en su totalidad.

Setenta y cinco años han corrido, y ya Caracas está reedificada; pero la casa de Humboldt permanece aún en ruinas. Estas recuerdan no sólo días de llanto y de tribulación, sino también la historia de nuestras guerras, la acción del tiempo sobre la naturaleza, el cambio de nuestra civilización, el renacimiento de la antigua ciudad, la mano benefactora del hombre. No es la Caracas de 1877 la Caracas de 1800. Todo ha cambiado. El Avila ha visto desaparecer sus bosques y agotarse sus aguas. Talado fué el bosquecillo que a espaldas de la casa de Humboldt, sirvió a éste en sus horas de meditación, y de los viejos árboles del Catuche sólo se conserva el *Samán del buen Pastor*. La famosa calle de cinco leguas que, desde la casa de Humboldt, unía a Caracas con el mar, según el parte del Gobernador Osorio al monarca de España en 1595, está destruida, conservando aún sus desagües y algunos pedazos. Admirable obra esta calle, sólidamente empedrada, que a través de una cordillera, ha resistido a la acción del tiempo. El castillejo de la Cruz, al comenzar la subida a La Guaira, está en ruinas, y en ruinas las fortalezas del camino que dejaron pasar, en su retirada, a los filibusteros de Preston en 1595. La torre de la Metropolitana, fué rebajada en 1812. El convento de San Francisco, donde reposan los restos de Vasconcelos, fué convertido en Universidad y Museo, y en Mercado público el de San Jacinto. Desaparecieron los antiguos monasterios de monjas y fueron sustituidos por edificios modernos, ornato de la ciudad. El templo de la Trinidad se ha transformado en



Camino antiguo de los españoles, entre La Guaira y Caracas.

F. Bellermann. 1842.

Panteón Nacional, y el osario de 1812, descubierto durante muchos años, fué sustituido con el osario histórico, oculto bajo el pavimento.

Allá al Noreste están las ruinas de San Lázaro, donde Humboldt fué obsequiado repetidas ocasiones. Con el pretexto de fundar un lazareto, levantaron los españoles un palacio, que a veces fué lugar de orgías; pero el tiempo reparador de todas las faltas, ha dejado en escombros el Lazareto del deleite, mientras que Guzmán Blanco ha levantado al pie de las ennegrecidas ruinas el Lazareto de los desamparados. La escabrosa colina del Calvario, lugar histórico donde defendieron su Patria con heroico valor Terepaima, Caricuao, Conopoima y demás te-

nientes de Guaicaipuro, ha sido exornada con jardines, con juegos de agua surtidos por el río Macarao, nombre de aquel Cacique que en este mismo lugar detuvo las huestes de Losada; y sobre la roca solitaria donde Paramaconi desafió al jefe de sus contrarios a un combate personal, está hoy la estatua de Guzmán Blanco. Ya todos los templos derribados por el terremoto de 1812 están reconstruidos, salvadas las antiguas quebradas de la ciudad por nuevos puentes, reedificadas las casas, abiertos los caminos. Talado fué el cedro de Fajardo, a orillas del Guaire y también los cipreses seculares junto a la basílica de Santa Teresa. Refieren que cuando Humboldt salía de Caracas, le preguntaron sus amigos, cuándo regresaría; y que el gran sabio contestó con calma:—"cuando esté concluído el templo de San Felipe". Hace pocos meses que fué concluída esta obra y ya Humboldt tiene diez y siete años en el sepulcro. Así pasa el tiempo—que resuelve todos los arcanos. Al pie del Avila yacen los huesos de dos generaciones, y donde sucumbieron los patriotas al hacha sanguinaria en las noches pavorosas de 1814 a 1817, se levantan cruces y obeliscos circundados de árboles. De los amigos de Humboldt, todos desaparecieron; unos en los campos de batalla, otros en el ostracismo, en la miseria, y sólo uno se ha conservado en la historia: Bolívar, que está de pie en el Panteón, y a caballo en la plaza donde fué levantada sobre una picota la ensangrentada cabeza del vencedor en Niquitao.

Como hemos dicho, desde la plaza del Panteón hasta La Guaira, construyeron los castellanos en 1595 una calle de cinco leguas. Esta entrada a la ciudad fué la única que quedó después del terremoto de 1812, por hallarse toda la parte alta de la población reducida a escombros hacinados. Las ruinas de la casa de Humboldt fueron, por lo tanto, testigo de cuanto por ella pasó y ha pasado durante setenta y cinco años. Por ahí pasó Bolívar después de su derrota en 1812; y por ahí pasaron también Miranda y Bolívar, cuando en la misma época salieron fugitivos. Por esos escombros pasó Morillo en 1815 y pasaron Morales, Moxó, Cajigal. Por ahí pasó Bolívar en 1821, cuando llevaba en mientes la libertad del continente, y por ahí salía en 1827, después de haber realizado su obra inmortal. Le aguardaban los acontecimientos de 1828 y 1829 y el ostracismo de 1830. Pero le estaba reservado que frente a las mismas ruinas pasarían sus restos doce años más tarde, conducidos en hombros de sus compañeros y viejos veteranos de quince años de infortunio y de gloria.

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban en la Silla del Avila, cuando el tañido de todos los campanarios anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las Avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en to-

da la carrera que iba a recorrer el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño; pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían cruzado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente, las cabezas se inclinaban a medida que avanzaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, con los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco, resaltaban las ruinas del templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar iba en esta noche a reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en la capilla ardiente, custodiado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?... Al despuntar la aurora del 17, ésta fué saludada con el toque de los clarines, con la música marcial; y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto

Treinta y cuatro años después de haber permanecido Bolívar en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó en la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que había desaparecido, sino al Panteón Nacional, que ha sustituido al antiguo templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

En tanto la casa de Humboldt permanece en escombros, y las especies vegetales y animales se suceden, cambiándose el paisaje.

Esas ruinas ¿qué aguardan? ¿Quién abrirá la puerta por donde entró Alejandro de Humboldt? ¿Quién renovará la tierra de esas paredes tostadas por el tiempo? ¿Quién techará esas salas donde estuvo la generación de 1800? ¿Cuántos sucesos importantes se verificarán antes que ellas vuelvan a lo que fueron? Aguardemos; entre tanto el pájaro viajero continúa sus visitas matutinas buscando los granados floridos, el lagarto continúa en sus grietas calentando sus huevecillos y la crisálida, en su hoja, aguardando la hora de la emancipación.

NOTA.—Recientemente, el día 14 de setiembre de 1921, el Exmo. Sr. Dr. Horst Falcke, Ministro de Alemania en Caracas, fijó una lápida de mármol en la pared norte de la casa memorable, ya modestamente reconstruida:

“Alexander von Humboldt vivió durante su estada en Caracas (Nov. de 1799 a Feb. de 1800) en la mansión que se levantaba en este sitio”.

ULTIMA VISITA DE HUMBOLDT A LA CASA DE RAUCH ⁽¹⁾

En la filosofía, como en la historia, como en la ciencia, como en el arte, los genios que llegan a la cima de los grandeza humana son casi siempre inaccesibles aún para la mayoría de sus contemporáneos. En vida el mundo los observa y contempla de lejos, los aplaude o vitupera, pero aguardando siempre la época en que deban ser juzgados. Más, desde el momento en que desaparecen, y la Musa de la Historia, con carácter augusto, abre ante el cadáver de cada uno de ellos el proceso por el cual deban ser analizados sus hechos y sus obras, las distancias que los separaban del mundo social desaparecen. Con la muerte, ellos entran en el reinado de la verdad y de la justicia, no teniendo por jueces y defensores sino ellos mismos: sus obras. Despojados del falso brillo que los magnificaba, fraternizan entonces con todos los pueblos, y todos y cada uno de éstos tiene derecho para interrogarlos, para rendir culto a su memoria, y pesarlos en la balanza de la justicia; porque en las leyes de la Providencia está escrito que es la sociedad la que juzga a los hombres históricos y la que les señala el puesto que deben ocupar en los destinos de la humanidad.

Hé aquí el origen de la aspiración constante que en todos los países y en todas las épocas impele al hombre a visitar la tumba de los genios que han llenado la historia con sus hechos. Las visitas repetidas a los templos, a los cementerios, a los sitios retirados donde reposan los restos mortales de alguna celebridad, no son una curiosidad del momento, ni un deseo de contemplar las obras de arte, sino una necesidad moral, un sentimiento innato de admiración con el cual el hombre paga tributo a la idea de Dios, cuando libre el pensamiento, y emancipada la razón de toda influencia exterior, puede juzgar lo pasado, en presencia del palmo de tierra, última conquista de la grandeza humana.

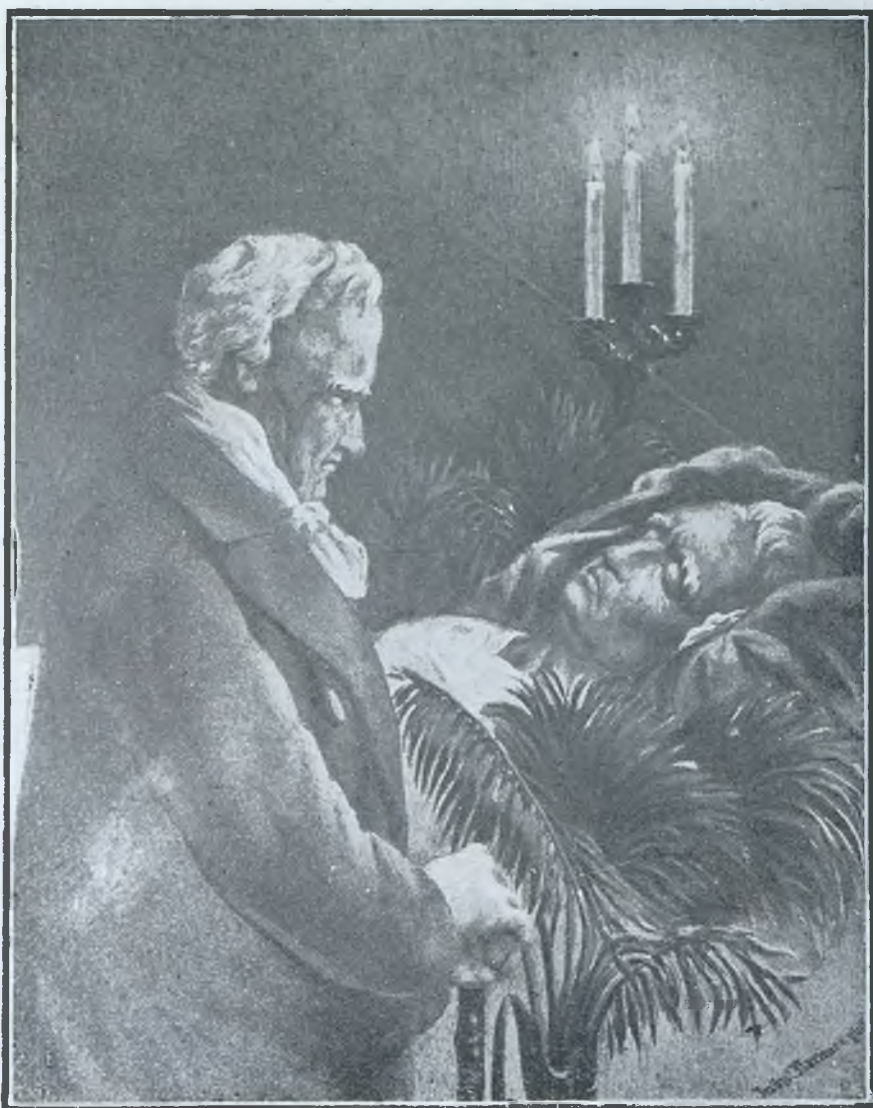
En las ruinas del mundo antiguo, entre los despojos de la vieja civilización, los sepulcros derruidos de los héroes legendarios detienen siempre la mirada del filósofo observador, ya sea que se estudie la tierra de los hechos bíblicos y la dilatada región que fué el teatro de las conquistas de Alejandro, ya sea que se con-

(1) Cristian Rauch, uno de los más célebres escultores de los modernos tiempos, cuyas obras inmortales serán en toda época, orgullo del arte y gloria de Alemania. Murió en Berlín, en 1857.

temple la portentosa civilización de Grecia y del imperio romano. Por todas partes, la tumba representará siempre una idea, una época, páginas inmortales de la peregrinación del hombre sobre la costra del planeta que habitamos. El poeta que sube la colina de Pausilipo, se inspira en la tumba de Virgilio antes de contemplar las aguas azules del golfo de Nápoles: cuando se descienden las catacumbas del Panteón de París, el viajero balbucea los nombres de Voltaire y de Rousseau: el filósofo que recorre las costas de Bretaña se detiene por largo tiempo ante la losa que cubre los despojos mortales de Chateaubriand, y en los subterráneos de San Pablo, la mirada ansiosa se fija sobre la tumba del célebre marino que sucumbió en Trafalgar. ¡Cuántas emociones nobles arranca la tumba de Guillermo Tell guardada por los nevados Alpes, y cuánta veneración la de Washington que custodian con amor santo los pueblos que él supo emancipar! ¡Cuántas visitas a la roca solitaria bañada por el Atlántico que guardó por muchos años los despojos del prisionero de Santa Elena, y cuántas hoy al sarcófago que a orillas del Sena, es una de las maravillas del arte! Cuando se contempla a Napoleón el Grande, en su última morada, no cautivan tanto las obras esculturas y la majestad del recinto, como la idea de que allí, en medio de la cripta soberbia de los Inválidos, yace exánime y mudo el hombre extraordinario de los modernos tiempos!

Ascended del entusiasmo y de la admiración a la creencia, al culto y podréis explicaros la fuerza moral que anima a la caravana que todos los años se desprende de los pueblos del Asia, para visitar, en la Meca, el sepulcro de Mahoma. Esa muchedumbre va sostenida por un sentimiento religioso que satisface en presencia de una tumba. Todavía es más sublime la caravana que de los pueblos de la tierra, sin distinción de razas y creencias, visita a Jerusalén en todas las épocas del año. ¿Qué solicitan los peregrinos que hace tantos siglos se renuevan cada día en el camino de Jerusalén? Solicitan la única tumba vacía que existe en la tierra, y la única donde arde la llama del santuario, a través del tiempo, de las vicisitudes, de los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad. No hay en esta tumba despojos humanos sino recuerdos inmortales que embellecen la caridad y sostienen la fe. Ella no sintetiza la historia de las pasiones mundanas sino el sacrificio sublime que hace diez y nueve siglos eleva al hombre a sus más altos destinos. En esta tumba no está la criatura, está el Creador. Por eso la fe cristiana, en sus aspiraciones ideales hacia el Supremo Hacedor evoca en los lugares santos el recuerdo del sublime sacrificio del Calvario, y besa la tierra que fué bañada con sangre inocente y aspira después el aroma de la planta humilde que fructifica solamente en el hogar santificado por Dios: la caridad.

Por indiferente que sea el espíritu del observador, en cada tumba tiene que hallar enseñanza fecunda. El genio, la gloria, el sacrificio, el amor mismo, con sus episodios mundanos tienen en cada uno de los despojos de la humanidad un representante. La muerte al libertar al sér de todo lo efímero y perecedero le conserva en lo que tiene de noble y de inmortal.



Humboldt ante el cadáver de Rauch

Copia por el artista venezolano Gerónimo Martínez.

La multitud aunque severa es siempre compasiva ante la tumba de los grandes hombres. Los juzga sin odio y solicita el punto objetivo, la idea, el resultado final. No así el espíritu elevado que, en semejante caso, sabe reconcentrarse y estudia la grandeza histórica por un prisma diferente: son dos figuras que se acercan, dos épocas que se funden. El arte ha sabido sacar partido de la visita de Napoleón, después de Jena, a la tumba del gran Federico. Napoleón con los brazos cruzados contempla a la luz de los hachones, el modesto sarcófago del célebre capitán. Escena muda, pero de elocuencia patética es aquella en que apare-

cen reunidas estas grandes figuras de la guerra: la una oculta bajo el mármol, libre porque sobre ella ha fallado la historia; la otra dueña de los destinos del mundo, pero esclava de sus pasiones, que en aquel instante quizá, le presentían el desmoronamiento de su propia grandeza.

Se comprende a Napoleón delante de la tumba de Federico, a Lafayette en la de Washington, a Byron en la de Virgilio, a Hugo en la de Chateaubriand, a Humboldt en la de Aristóteles, a O'Connell en la de Bolívar. . . . La escena es siempre la misma: la grandeza vacilante ante la grandeza fija; pero el espíritu contemplativo evoca en cada una recuerdos diferentes: son los diversos actores de un drama de siglos, que fraternizan y se refieren los sublimes episodios de su historia y se sostienen como los eslabones imantados de una cadena indestructible.

Una escena todavía más imponente que la tumba visitada por los espíritus elevados es la presencia del hombre grande ante el cadáver del genio caído. Un escritor alemán relata de la siguiente manera la visita de Humboldt a la estancia mortuoria de Rauch, verificada en un día de diciembre de 1857.

“En uno de los días de diciembre de 1857 se paró un coche a la antigua delante del llamado Almacén de Berlín. Sucedió esto en la época en que Alemania se dolía de la pérdida de uno de sus máximos hombres: Rauch estaba muerto.

“De aquel coche salió a duras penas un varón muy anciano apoyado en un sirviente, y, visiblemente conmovido, pasó por el largo patio a la entrada que poco antes conducía al taller del maestro, y entonces a la estancia del muerto.

“¿Quién no conoce la disposición de ánimo que de nosotros se apodera, si encaminamos los pasos al lugar donde duerme el eterno sueño un hombre que fué grande e importante? ¿a quién no se le detiene allí el aliento? ¿qué corazón no late con mayor violencia si sabe que aquel corazón, bajo el pecho humilde, está tranquilo y sin movimiento?

“Verdaderamente ya no se necesita entonces de la adición de luto prestado, ni de las vestiduras negras, ni de las bujías oscilantes, ni de las palmas y el laurel, para sentir lo que perdimos, cuanto perdimos.

“Aún yacía la envoltura terrestre de Rauch, adornada con los atributos del amor y el respeto en su última angosta casa. Desde pomposos candelabros las bujías arrojaban su lúgubre luz sobre las facciones del que se fué, y que ni aun en la muerte había perdido nada de aquella nobleza que tanto distinguió en vida el aspecto de Rauch. Por ambos lados inclinaban las palmas sus abanicos anchurosos sobre la forma tendida a lo largo que recordaba a un héroe de la antigüedad; más detrás de las palmas amigas estaban las victorias con alas desplegadas protegiendo en torno, por gratitud, al muerto, porque un día con arte imperecedero arrebató al mármol sus magníficas formas.

“Así descansaba el grande escultor entre sus obras predilectas; así descansaba en su hogar, en su taller.

“Este se hallaba hoy cubierto del acostumbrado vestido de luto, porque el *gusano de los muertos* roía donde há poco resonaban los martillazos dados al cincel; el genio con la antorcha invertida había sentado el real y velaba junto a la inanimada envoltura humana donde hacía un momento que se encontraba la forma vigorosa y atlética del maestro Rauch.

“Dobladas están ahora sobre el pecho aquellas manos que trabajaron más que ningunas otras de hombres; cerrado aquel ojo con su mirada de artista tan frecuentemente perspicaz; sólo aquella frente de Júpiter es aún lo que fué un día, con las arrugas producidas por la meditación, con la gravedad cargada de pensamiento. . . . Pero silencio! ábrese la puerta de la estancia del muerto; penetra por ella el anciano que vimos salir del coche; con callados pasos se acerca al féretro como si quisiera no turbar el descanso del ilustre finado. El es, él es, Alejandro de Humboldt que rinde a su amigo Rauch el último tributo de honor!

“Qué pensaba en este solemne momento y en aquel taller sagrado el amigo sobreviviente; si corrió por sus labios algún tranquilo gesto de dolor; si le bañó una lágrima el ojo debilitado por la vejez, no lo sabemos, no osamos indicarlo. Mas no nos parece menos memorable este momento que aquel en que Federico el Grande contemplaba delante de sí el cadáver del insigne Elector o aquel en que un Napoleón estaba en el sarcófago del magno Federico. Momentos que los historiadores han señalado a los coetáneos y a los venideros como sublimes rasgos característicos de los hombres extraordinarios. . . .

“Y así un día la historia mencionará también este instante cuando hable a la posteridad, de los dos célebres varones, y sólo habrá de lamentar que el noble Humboldt no encontrase ningún dolorido tan singular como Cristian Rauch en cuyo lecho de muerte se atribulaba el hombre más famoso del siglo.

.

“Cuando el anciano hubo salido del taller santo y volvió a atravesar el largo patio de la entrada, llevaba el rostro notablemente pálido, como el de quien ha experimentado una sacudida profunda. Efectivamente, circulaba por sus labios un gesto de dolor que al parecer decía: “ya le he perdido!” Pero el ojo se iluminaba con nuevo resplandor y hablaba así:

“Pronto nos volveremos a ver!”

H. K. g. (1)

¿Qué pensar de este cuadro de sublime mutismo donde figuran dos atletas del pensamiento humano? ¿Qué dice el anciano del Cosmos delante del cadáver

(1) *Die Gartenlaube*. (Las Hojas del Jardín).—1857.

de Rauch? El artista yace tendido en medio de sus creaciones inmortales que le sirven de corte fúnebre. Está en sus horas de penumbra y aguarda el canto mortuario, el séquito de amigos y admiradores, la última palabra antes de entrar en la hora tremenda del eclipse. La idea en el arte ha sustituido al escultor, la gloria a la vida. La cumbre a la cual subió para abrazarse con la Fama que le aguardaba está en la sombra; pero a su lado está el Néstor de la ciencia sobre cuya frente se reflejan los rayos del sol en el ocaso. Cuando Rauch se oculte en la noche eterna, Humboldt asistirá todavía a las misteriosas transformaciones de la vida.

Dos años después, 1860, sucumbía Humboldt. ¿Fué su muerte un vuelo? No, fué una ovación regia, un paseo triunfal, desde el gabinete de estudio del sabio hasta el sitio de Tegel, donde reposan los antepasados del noble difunto. Coronas, palmas, emblemas del arte y de la ciencia, todo fué pálido ante la presencia del pueblo alemán que en nombre de todos los pueblos de la tierra rindió culto al más ilustre de los monarcas de la idea. Refieren que apenas Humboldt quedó depositado en el panteón de su familia, cuando los héroes del Walhalla descendían de los palacios de Odin, sacan el cadáver del anciano del Cosmos, y lo trasladan a la más alta cumbre de la tierra, (2) y allí proclaman a Humboldt como la más pura gloria del siglo. Después de haber cantado durante la noche y libado ojimiel, en copas de oro, servido por las Walkirias, colocan el cadáver del anciano en la dirección del Oriente para que reciba los saludos del sol. (3). Cuando éste se asoma conducen el cuerpo al pico más elevado y allí le sepultan para que nada en la tierra pueda sobrepujarle. En seguida entonan el coro de los Escaldos y se diseminan para celebrar por todas las regiones del globo la entrada del espíritu de Humboldt en la mansión de los genios inmortales.



(2) Walhalla (*Pórtico de los guerreros*) es el nombre que en la Mitología de los Escandinavos tuvo el palacio de Odin, y donde esta deidad recibía a los guerreros que morían combatiendo. Walhalla se llama el famoso edificio que levantó en 1842 el rey Luis de Baviera, templo de la gloria dedicado a los grandes hombres de Alemania. Está cerca de Ratisbona junto al monte Brauber. "La Walhalla" es el título que ha dado Fastenrath a una obra que comprende estudios y biografías de los personajes de Alemania. Esta obra escrita en español por el docto alemán, es uno de los monumentos más bellos que se haya levantado por un escritor extranjero a la gloria de la literatura española.

(3) Las Valkirias, diosas de la Mitología escandinava que designan en los campos de batalla los guerreros destinados a la muerte. Después los conducían al Walhalla, donde les daban a beber ojimiel o cerveza en una calavera, oyendo los cánticos de los Escaldos.

LA CUEVA DEL GUÁCHARO

Hé aquí un tema inagotable; la descripción de esta maravilla de Venezuela, célebre desde el día en que, ahora ochenta años, la visitó aquel Humboldt que ha dejado su nombre en ambos mundos, por dondequiera que su genio interpretó los fenómenos de la Creación. Hé aquí un tema para el naturalista, y para el viajero, y para el geólogo, y para el pintor, y para el hombre de la naturaleza, y para el hombre de la historia, porque en la Cueva del Guácharo no es sólo la armonía plástica lo que cautiva, sino también la vida en su múltiple belleza, la tradición en sus orígenes, el mito que hermosea con sus luces indecisas el recuerdo de lo pasado.

Al incorporar a nuestra *Humboldtiana* la más bella y completa descripción que hasta hoy se ha publicado de la célebre caverna, rindamos un homenaje al geógrafo de Venezuela que la exploró de una manera notable en 1835, y saludemos al mismo tiempo la memoria del primer explorador que dió a conocer al mundo de las ciencias esta maravilla del continente americano, situada en la región oriental de Venezuela. Unas líneas, por lo tanto, sobre el gran Humboldt, ligeras reminiscencias históricas que sirvan de introducción al trabajo de Codazzi, ¿no serían para el lector que desea conocer la gruta, como esos tenues rayos de la luz del día que acompañan al viajero hasta la distancia en que armado con la tea encendida penetra con seguridad en las salas mágicas del palacio subterráneo?

Cuentan que en los primitivos días de la conquista castellana, los primeros misioneros que se establecieron en las cercanías de la Cueva del Guácharo, tuvieron que refugiarse en ésta, huyendo de los caciques chaimas que les perseguían; y que allí en medio de las tinieblas, celebraron los misterios de la religión de Cristo, hasta que triunfantes las armas castellanas, se entregaron libres y contentos al desempeño de su encargo evangélico. Y refiérese también que, en la mitología de los chaimas, la Cueva del Guácharo era la mansión de las almas y que los indios respetaban aquel recinto en cuyo suelo reposaban sus antepasados. Por esto en la lengua de los chaimas, "*bajar al Guácharo*", quería decir: "morir, descender a la eterna noche".

Estas tradiciones, unidas a relatos fantásticos, y a leyendas extraordinarias conexiionadas con la historia de la caverna, exaltaron la curiosidad de Humboldt, quien, a los pocos días de su llegada a Cumaná en 1799, emprendió viaje de ex-

ploración en las regiones occidentales de la provincia, con el principal objeto de estudiar la cueva, tema constante de tantos relatos.

¿Seguiremos las huellas del sabio en sus variadas excursiones? ¿Nos detendremos en cada uno de los sitios que deleitaron su mirada y cautivaron su espíritu lleno de emociones al hallarse en medio de una naturaleza selvática siempre renovada? No; nos detendremos solamente cuando después de haberle visto recorrer las alturas de Cuchivano y de Cumanacoa, se pose en la meseta de Cocolar, para contemplar el paisaje nocturno. Leamos lo que escribe en su diario:

“Nada hay comparable a la impresión de la calma majestuosa que deja el aspecto del firmamento en aquel lugar solitario. Al anochecer, fijando la mirada en aquellas praderas que ciñen el horizonte, y en las llanuras cubiertas de yerbas, ligeramente onduladas, creíamos divisar la superficie del Océano que sostenía la bóveda estrellada del cielo. El árbol, bajo el cual estábamos sentados; los insectos luminosos que vagaban en torno de nosotros; las constelaciones que brillaban hacia el Sur: todo parecía indicarnos que estábamos lejos de nuestro suelo natal. Si entonces, en medio de aquella naturaleza exótica, se oía en el fondo del valle, el sonido de un cencerro o el mugido de una vaca, venía al instante el recuerdo de nuestra patria: eran como voces lejanas que resonaban al otro lado de los mares y cuyo mágico poder nos trasportaba de uno a otro hemisferio. ¡Admirable celeridad de la imaginación del hombre, origen eterno de sus placeres y de sus penas”.

Poco después de la noche en que contempló este paisaje tropical, Humboldt se hallaba frente a la gran maravilla que iba a estudiar, en el pintoresco valle de Caripe. Nuevo panorama el que debía presentarse a sus ojos, cuando acompañado de los misioneros capuchinos del convento de Caripe, y de algunos indios chaimas, quiso visitar en cierto día la espaciosa gruta del Guácharo. La maravilla parecía aguardarlo, pues la mañana amaneció risueña, y dispuesto estuvo el ánimo de los viajeros. Afuera se ostentaba la vegetación espléndida, espontánea, rica en formas y en especies que coronaba la gruta con sus penachos de plantas: adentro, la vegetación subterránea, pobre, pero como un fenómeno de las fuerzas fisiológicas: afuera el ave libre y la luz del día: adentro los propietarios feudales de la cueva, el guácharo y su prole entre tinieblas, y el río subterráneo y las prolongadas galerías trabajadas por la gota de agua, que debían en breve retumbar a los gritos de las aves nocturnas en su choque contra hachones de luz y contra el hombre, intruso en aquellos antros de la muerte. El recuerdo de los mitos y supersticiones locales, lo sagrado del recinto sostenido por la tradición indígena y por la celebración de los misterios cristianos, cuando los apóstoles de la selva huyendo de las belicosas tribus chaimas se refugiaron en la gruta, como los primitivos mártires en las catacumbas de Roma, todo contribuía a hacer célebre la estada del hombre de la ciencia en aquel templo de la naturaleza subterránea. El hombre primitivo de América y el pastor del Evangelio, hé aquí el cortejo del



La Cueva del Guácharo

Cuadro al óleo de F. Bellermann, existente en la "Galerie National" de Berlín.-1842 (Pertenece a Humboldt).

explorador ansioso que, armado de instrumentos, debía herir la roca calcárea, sorprender la edad de la caverna, fijar la temperatura del ambiente y de las aguas, estudiar la anatomía del guácharo, y recrearse a la vista de las cristalizaciones caprichosas que, cual obeliscos, se levantan en el Tártaro de los Chaimas.

¡Cuán diversas las ideas que agitaban a cada una de las personas que componían el séquito de Humboldt! El indio supersticioso creía profanar la tumba

de sus antepasados, al hollar con su planta el suelo de la caverna; mientras que el pastor del Evangelio caminaba inspirado por la caridad, su escudo en todas las situaciones de la vida. Sólo Humboldt, remontándose a los días primitivos de la historia del planeta, evocaba los recuerdos geológicos, el levantamiento de las montañas, la formación de los continentes: sólo él asistía a la época en que los Andes, en sus últimas evoluciones, levantaron el territorio de Paria, término oriental de la gran cordillera americana, y asistía a los tiempos en que las olas del mar cretáceo depositaron en el fondo de las aguas el calcáreo que cubre las actuales cimas del Bergantin, de Cumanacoa y de Cocollar: sólo él recordaba la época en que moluscos marinos cuyos esqueletos pisaba, vivieron y gozaron en el libre elemento que les sirvió de patria, y asistía al surgimiento de la cordillera cretácea que desde Paria hasta los confines de América corre al Este de los Andes; y se preparaba finalmente, para deleitarse ante las galerías subterráneas formadas por las filtraciones del agua, desde el día en que los antiguos antros del Océano aparecieron a flor de tierra, para revestirse de espléndida y lozana vegetación tropical.

Evocando estos recuerdos de épocas remotas, antes de la aparición del hombre, e inspirado por la idea de lo desconocido, Humboldt penetra en la gruta. Sus miradas se fijan por todas partes, y con la curiosidad del niño se detiene a cada instante: la roca, la planta, el insecto, todo lo cautiva y en todo se ocupa, mientras que el silencioso cortejo sigue sus pasos. A poco andar se oyen los gritos lastimeros de las aves nocturnas que han divisado a los nuevos huéspedes de la caverna. Humboldt sigue, y a proporción que avanza, la gritería de las aves se aumenta, la luz del día escasea y el claro-oscuro de la cueva se ostenta con sus primeras sombras. Enciéndense las teas, y un estremecimiento involuntario se apodera de los indios chaimas, al tener que caminar en aquel recinto sagrado por la tradición y respetado por sus progenitores. La comitiva, impelida ya por Humboldt, continúa en medio de aquella espantosa algazara en que las aves se defienden del hombre y de la luz artificial. A los resplandores de ésta, aparecen en la bóveda las numerosas estalactitas, y el hombre, el ave, y las rocas, todos participan de aquella naturaleza terrible envuelta por las sombras del misterio. Adelante! dice Humboldt. Adelante! repiten los misioneros: uno y otros en pos de la verdad; pero el chaima se obstina. Mientras que en aquéllos domina el ardor del entusiasmo, en éstos se pinta el espanto: son dos civilizaciones que se chocan. A pesar de todo, los indios son vencidos y la caravana continúa; mas llega un momento en que los chaimas dominados por el terror, se niegan firmemente a seguir: habíase llegado a aquel límite en que la fuerza es impotente ante la superstición religiosa. Ni las súplicas de los misioneros, ni las promesas del sabio, pudieron desvanecer las creencias de los indígenas; y cuando Humboldt había alcanzado apenas la distancia de 570 varas, hubo de retroceder. Un obispo de Guayana había sido más afortunado, en remotos tiempos, pues había podido llegar hasta la distancia de 960 varas.

Bastábale al sabio lo que había visto: había examinado la estructura de las capas calcáreas, y conocía la edad geológica de la montaña: estaba en posesión del ave nocturna, nuevo tipo de la serie animal, con el cual debía enriquecer la ciencia ornitológica: había sorprendido las fuerzas vitales en sus antros, y la temperatura interior en sus cambiantes a la sombra; había en fin, clavado su planta en aquel Aqueronte de los chaimas que, a semejanza del de los griegos, tenía sus aguas y aves estigias, su Cocito y sus sombras, como para mostrar que la humanidad ha tenido en toda parte un origen mítico, que ha hermosado con lo maravilloso la cuna de todos los pueblos. ¿Qué más podía desear? Había dejado su nombre, que debía ser para los futuros exploradores del continente americano, lo que las estrellas para el navegante.

Correspondía al geógrafo de Venezuela, treinta y seis años más tarde, descubrir por completo aquella maravilla de la naturaleza, cruzar sus aguas subterráneas, sobreponerse a las preocupaciones indígenas, fijar las alturas geográficas interiores, descubrir las dilatadas galerías tachonadas de estalactitas, vencer la sublevación de los guácharos armados en defensa de su prole, pasar de la algazara al silencio eterno, y seguir hasta grabar en la última roca de aquel dilatado recinto, allá, a la distancia de 1.285 varas el *non plus ultra*. ¡Cuánta gloria, seguir las huellas de Humboldt y complementar la obra del sabio!

—“Aquí estuvo Humboldt”, es la primera frase con la cual saluda el viajero explorador la Cueva del Guácharo; y todos siguen las huellas de Humboldt y de Codazzi, no ya en solicitud del ave nocturna que ha dado su nombre a la gruta, y la cual se encuentra en muchos lugares de Venezuela; no en solicitud de nuevas leyes y de nuevos fenómenos naturales, sino en solicitud del arte geológico, de las salas mágicas, trabajo inmortal de la gota de agua, que no tomó de la paleta de la naturaleza sino el calcáreo para formar los obeliscos y las cristalizaciones del infierno chaima. Dos nombres sobresalen en el vestíbulo de esta obra del arte divino: HUMBOLDT... CODAZZI.



UN BIOGRAFO ARTISTA

“¡España! tierra heroica que el literato caraqueño Juan Vicente González llamaba *Jerusalem del corazón*, pronuncio tu nombre poético con amor y veneración, recordando que tú fuiste la sola que adivinabas la divina estela de la fe cristiana que guió al *marino genovés* por ignotos y turbulentos mares. Aventurera hidalga, razgas el velo del espacio infinito, desencadenas al Océano y descubres la América, inocente y bella como la antigua Eva, que vió lucir la aurora de la creación, sí, tu rey se llama Isabel la Católica. Tú tendiste tu mano generosa al inspirado *Cristóbal Colón*, el *Descubridor geográfico* del Nuevo Mundo, que esperando sólo favor halló alma grande y fe ardiente en Isabel primera, la magnánima reina que juró empeñar su corona para que se armase un bajel; y tú fomentaste también los planes de viaje de otro piloto del espíritu, las expediciones del *descubridor científico* de aquel hemisferio: Alejandro de Humboldt”. (1).

Con esta invocación abre Fastenrath su bello cuadro de Humboldt, en la obra inmortal que lleva por título: *La Walhalla y la glorias de Alemania*. Idea feliz la de adunar el nombre de España al de Humboldt, y remontarse a los días en que el intrépido genovés patrocinado por los Reyes Católicos, atravesó el Atlántico y descubrió un mundo; pero todavía es más bello el complemento de esta idea, el de acercar las dos grandes figuras, la del *piloto geógrafo* y la del *piloto del espíritu* que, tres siglos más tarde, favorecido por otro monarca de España, cruzó los grandes ríos del continente americano y recorrió sus dehesas y penetró en sus bosques que no conocían al hombre europeo, y trepó el Ande soberbio, para contemplar, desde las cimas de nieve y fuego, el Océano inmenso, término austral de la conquista castellana en América.

Esta idea de invocar a España cuando va a hablarse de Humboldt es tan bella como nueva, y además de nueva es justa. ¿A quién ha pertenecido enunciarla y rendir así culto a la nación generosa que patrocinó un día las miras de Humboldt, y supo coronar con diadema de luz la obra inmortal del esfuerzo humano, que durante tres siglos llevó sobre sus hombros y supo conducir a la altura de sus destinos?

Quizá nuestros lectores no conocen el nombre del artista, así llamaremos a Fastenrath, que en estos últimos años ha levantado a las glorias de Alemania el

(1) Fastenrath. *La Walhalla y las glorias de Alemania*. Vol. III, pág. 302.

monumento más ideal del espíritu humano. Escribir en el idioma de Cervantes, la vida de los ingenios de Alemania, tomar de la tierra nativa el argumento inmortal, y de la patria adoptiva la inspiración, la forma y la lengua, y animar la paleta, rica en colores tropicales, al soplo de los héroes de la epopeya germánica, y después, exornar la frase con versos de los poetas iberos y venezolanos, cual festones que penden de las columnas de La Walhalla; hé aquí la pura gloria del autor que ha sabido fundir dos nacionalidades sin despojar a ninguna de su brillo.

Peregrino del espíritu que para sostener la rica savia que lo nutre necesita vagar de clima en clima, de valle en valle, en solicitud del cielo propicio que se forjó su corazón y de nueva patria que le sirva de segunda nodriza: este es Fastenrath. Un día deja a su bella Colonia, atalaya histórica del Rhin, que levanta a las nubes su cabeza y extiende sobre las aguas, como una estela de luz, la alfanje de brillantes coronada, y continuando hacia el Oeste encuentra al fin, una tierra que lo cautiva: era España, *Jerusalem del corazón* que lo aguardaba, y lo detiene, lo enamora, y hace que el artista en ella se fije y respire. Y en España contempla el cielo que buscaba: allí Andalucía, pedazo de tierra tropical incrustado en la costa ibérica, bañada por las tibias brisas del Mediterráneo africano, o como dice el hijo adoptivo de la España moderna: "Sevilla, donde las flores de los jardines saturan la atmósfera, suave y transparente con el más delicioso de los aromas, donde el sol radiante que fué también el de Murillo, vivifica el corazón, donde las constelaciones son rosas de luz que hermosean, poetizan y embellecen el celeste manto de la noche". (2) Y del Guadiana al Guadalquivir, y del Guadalquivir al Genil respira el peregrino el aroma de los azahares, contempla los valles de Jaen y de Granada, y bebe la vida cálida del Sur, estufa de los pueblos del Norte, cuando cansados de la constante bruma que eclipsa al sol, buscan el cielo ultramarino, transparente, espejo de las almas enamoradas que no pueden invernar sino al aire libre, en contacto con la flor de primavera y las tibias brisas del Ecuador. En medio de los campos béticos admira nuestro artista los restos de la civilización romana y morisca, inspíranle las arcadas y jardines de la Alhambra, y se detiene al fin, en aquel pórtico del mundo tropical, como llamó Humboldt la Andalucía. Allí refresca su alma con las tradiciones e historia de la tierra clásica que dominó al mundo: allí estudia sus hombres, sus costumbres, su lengua, su literatura, que es la bella idea progresiva de millares de generaciones cristalizada por la acción de los siglos; y después de gozarse y bendecir a la Providencia que es la buena estrella de los nobles espíritus, proclama a España como su segunda patria. Alentado entonces con la posesión de su conquista, e inspirado por una naturaleza fecunda, el artista se propone escribir en lengua cervantina la grandiosa epopeya de su primera patria; y vestido de gala como en un día de combate, el gladiador literario se lanza a la arena en solicitud del triunfo, y el triunfo es suyo.

La Walhalla no es un libro, sino una serie de cuadros inspirados por el arte. Sin ser escultor el artista ha animado con su cincel la masa bruta: sus figu-

(2) La Walhalla. Vol. IV, pág. 667.

ras aparecen todas en relieve. Sin ser pintor ha comunicado al lienzo verdad y sentimiento: paisajes admirables son sus cuadros. Nada más rico que su paleta que le regala colores al ritmo de la inspiración. El hogar, la patria, la libertad, el arte, la ciencia, las vigiliass del filósofo, los combates de la vida y las delicias del poeta, todo se presta a la sagaz observación de Fastenrath, y para todo halla el artista colorido y gaya ciencia. Puede decirse de este historiador lo que del pintor Rembrandt, dijo Ernesto Guhl: conoció la *poesía de la prosa*: “al trasladar todos los asuntos a la realidad muestra la facultad de conocer, hasta en lo pequeño, lo grande, lo infinito, y presta, hasta lo más sencillo, un atractivo sorprendente de novedad”. Los héroes de La Walhalla parecen levantarse de sus tumbas para sonreír en presencia del artista biógrafo que en la lengua de Castilla canta las glorias de Germania.

Cuando se comienza a leer La Walhalla el espíritu desea continuar; cuando se concluye entonces se retrocede, y se hojean los volúmenes. El lector recorre el campo dilatado y vuelve a detenerse sobre los sitios que lo cautivaron. La inspiración que en toda la obra domina al autor, se remonta unas veces como el águila, serena, majestuosa: es en otras como rayos de luz que se quiebran y descomponen en manojos de prismas con los colores del iris. Todo es germánico en el fondo: personajes, artistas, filósofos, sabios, reyes y pueblos: todo es castellano en la forma, en la narración, en la frase expresiva, rotunda. Al leer las citas españolas y venezolanas en medio de las narraciones germánicas diríase que las trepadoras del mundo tropical crecen y prosperan en torno a las robustas encinas y robles de la Selva Negra. . . . Poesía ibérica, colorido vigoroso, el cielo de Andalucía abrigando a los héroes de La Walhalla, que por la primera vez dejan los climas del Norte para recibir el ósculo luminoso del océano tropical. Pero lo que más admira no es el arte sostenido siempre por la inspiración, es la fe cristiana que salva al historiador de los escollos, le conduce en triunfo, le llena de tolerancia, de benevolencia y le hace siempre justiciero. Ni las diferencias de nacionalidad, de creencias y de ideas políticas le despojan del carácter augusto del historiador severo.

Volviendo al cuadro de Humboldt escrito por Fastenrath, en él encontramos sabor castellano. El *Aristóteles moderno* llaman a Humboldt la mayoría de sus biógrafos: El *Fray Luis de León de la ciencia natural*, le llama nuestro autor. Esto quiere decir que como el poeta español, Humboldt vivió siempre inspirado y amó la naturaleza con el corazón, dejando cuadros inmortales que no desdicen, ni por la verdad, ni por el sentimiento, del incomparable Horacio del siglo de Cervantes. Citas de Bello, de Baralt, de Toro y de González exornan los bien nutridos párrafos del autor. Este ha querido también honrarnos y colocarnos al lado de aquellas lumbreras de la literatura venezolana, tomando de nuestra primera *Humboldtiana*, frases dedicadas al Néstor de la ciencia por el entusiasmo. Hay en estas citas, no sólo homenaje al sabio; lo hay a nuestra patria que lo acepta con amor. Es la fraternidad de los espíritus cultivados que no conocen valla y

atraviesan los mares para saludar la Musa americana y exigirle guirnaldas con que coronar los héroes de la epopeya germánica. (3)

Por esto incorporamos a nuestra *Humboldtiana* las páginas de Fastenrath. Caigan ellas sobre nuestro huerto como rocío benéfico sobre terreno grato. A nuestro turno complementaremos los cuadros de La Walhalla con la historia de los héroes ignorados de la epopeya germánica en Venezuela. Sí, aquí también los conquistadores alemanes, los héroes de *El Dorado*, Alfinger, Spira, Hutten, Federmann, los hombres de corazón de acero y de ánimo esforzado, atletas de la voluntad y de la codicia que lucharon contra la naturaleza y contra el hombre y atravesaron los ríos desbordados y durmieron en las llanuras anegadas y domaron el hambre, las enfermedades y la muerte. Fueron germanos aquellos fundadores de la civilización venezolana, que en nombre de los poderosos Welsers, patrocinados por Carlos V, se apoderaron del Occidente de Venezuela desde 1527; germanos los que adiestraron a los capitanes españoles fundadores más tarde de nuestros primeros pueblos y vencedores de las naciones indígenas; germanos los que descubrieron las orillas del Portuguesa y del Apure, del Meta, del Orinoco y del Guaviare; zapadores geográficos que abrieron las primeras picas, primogénitos del hambre, espectros de la codicia, siempre en vigilia: tipos ignorados en las creaciones de Dante. Todos aparecen en el espacio de pocos años, desde 1527 en que funda Ampíes la ciudad de Coro hasta 1540 en que concluye el poderío de los Welsers. Uno de ellos, Alfinger, se acerca ya al fin de su descubrimiento, el Dorado de Sogamoso, cuando trasmona el Ande y sucumbe asesinado por tribus indígenas; de los otros, Spira y Hutten, valerosos y resueltos, retroceden después de haber buscado el Dorado en las orillas del Upía y del Meta; el menor de todos, más afortunado, sigue el camino de sus predecesores, y al llegar a las soledades de Ariporo trasmona con su legión castellana, el Ande inaccesible, y se encuentra en la meseta de Batacá, en los mismos instantes en que los conquistadores castellanos, Benalcázar por el Sur, y Jiménez de Quesada por el Norte, siguiendo éste el camino abandonado por Alfinger, compartían el descubrimiento de Cundinamarca y se apoderaban de los tesoros de Sogamoso. ¡Admirable coincidencia en la historia de América que habla muy alto en pro de castellanos y teutones!

Pero esta epopeya germánica, en el Occidente de Venezuela, habría quedado defectuosa, si tres siglos más tarde en 1800, aquélla no hubiera sido completada por la presencia en las costas opuestas, en las regiones del Orinoco, del gran civilizador moderno, Alejandro de Humboldt. *La historia del elemento germánico en la conquista y civilización de Venezuela* nos pertenece: al publicar este cuadro habremos coronado nuestra *Humboldtiana*, y rindiendo homenaje a los héroes de La Walhalla, veremos descollar al primero de sus héroes, aquél que tuvo por teatro de sus conquistas, océanos y continentes, el cielo y la tierra.

(3) A la generosa iniciativa del señor Alfredo Rothe, amigo y compatriota de Fastenrath, debe éste el conocimiento de muchas producciones literarias de venezolanos.

EL SAMAN DE GÜERE ⁽¹⁾

Ahí estás todavía, patriarca de la selva venezolana, monumento de nuestra naturaleza, testigo de nuestra historia! No ha pasado un siglo desde que bajo tu sombra se hospedó el más ilustre de los sabios, y todavía tu follaje es imagen de eterna juventud; porque guarda tu vida la historia de diez siglos, desde el día en que en tus comarcas apareció el primer hombre americano y tomó posesión de una tierra que debía ser abonada, mucho más tarde, con sangre de sus hijos! ¿Quién como tú podría descifrarnos esa historia y relatarnos los episodios de tantas generaciones? ¿Quién como tú trasportarnos a los primitivos días de América, cuando el hombre asiático plantó en el Nuevo Mundo los gérmenes de la civilización moderna? ¿Asistió algún pueblo a tu nacimiento o eres acaso, hijo de esas selvas primitivas que aguardaron, durante siglos, al conquistador europeo, cuando los Tacariguas y Araguas, poseedores de la dilatada laguna que lamió tus pies, fueron vencidos en sangrienta lid por el invasor castellano? Dínoslo y hálbanos de esa lucha heroica llena de sublimes peripecias en que los tuyos, después de haber defendido sus ríos, sus montañas, sus hogares, fueron a morir de abatimiento y de hambre en las islas de la pintoresca laguna. Y refiérenos después, la historia de nuestra emancipación política, tú, testigo impasible de la guerra a muerte, cuando fueron tus raíces regadas con sangre y de tus ramas pendieron cadáveres de españoles y americanos, pasto de los buitres, en tanto que a tus pies eran inmolados los fugitivos que creyendo encontrar amparo bajo tu sombra, sufrieron la muerte.

Todo así pasa: el hombre primitivo de América, conquistadores, pobladores, castellanos, y tudescos, misioneros, victimarios y víctimas, colonos y libertado-

(1) *Samán* es el nombre indígena que llevan algunos árboles de la familia de las Leguminosas, en el grupo de las *acacias*, *desmanthus* y *mimosas*. Así, al lado del *Samán* se colocan los árboles que tienen los nombres indígenas de *Urcro* y *Masaguaro*. Hay especies vegetales que llevan distintos nombres indígenas, según la nación o la tribu donde se encuentran; así, la *acacia Nupa* (de los maipures), por corrupción *Nioño* o *Nopo*, es el mismo árbol llamado por los otomacos, *Curuba*, y por los tamanacos, *Aculpa*. La sílaba final de estos tres nombres, *upa*, *uba*, *ulpa*, indica un origen semejante. La *acacia farnesiana*, conocida con el nombre indígena de *Cuji*, se asemeja a otro árbol llamado por los indígenas *Yaque*, de género diferente, aunque de la misma familia de las Leguminosas. Con los nombres indígenas de *Orove*, *Yacure*, *Tiamo*, *Vetui*, etc., etc., se conocen otros árboles y arbustos pertenecientes al grupo de que hemos hablado.

Respecto del nombre *Güere*, es una contracción de la voz caribe *Hüere hüere* que significa *mosca* o *gusano de mosca*. La única localidad que conocemos que lleve aquel nombre completo es un sitio cultivado, cerca de Petare, que se conoce con el nombre de *Güeregüere*. Los caribes aceptaron para nombres patronímicos y geográficos los que llevaban sus plantas y animales. Así, *Güere* es el nombre de un cacique cumanagoto, aliado de los castellanos, en los días de la conquista. *Güere* es el nombre de un río en el Estado Cumaná. *Güere* es el nombre de otro cacique de los Tacariguas, y el de un lugar en los Valles de Aragua. De aquí el nombre de *Samán de Güere* dado al famoso árbol cerca de Turmero.

res. Todo pasó; pero quedaste tú, patriarca del valle y recuerdo imperecedero, no sólo, de la raza valerosa compañera de tu infancia, que te escogió como árbol sagrado, altar de sus ritos y ceremonias, sino también como imagen de *Aquél* que bajo tu copa, como una exhalación cruzó sobre su corcel de guerra, en los días de la derrota, o se detuvo inspirado para comunicarte sus emociones, en los días del triunfo. Por esto dijo el cantor de la Zona Tórrida:

.
Pues como aquel *Samán* que siglos cuenta
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno a su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa, de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano,
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano.

Cuentan que en las cercanías del Etna hay un árbol gigantesco, que ahora siglos, le brindó hospedaje a una reina de Navarra que pasaba con su comitiva, y que aquélla con sus cien caballeros se resguardaron de la lluvia, en la concavidad del tronco. Desde entonces el célebre árbol del Etna se conoce con el nombre de la *encina de los cien caballeros*. No tuviste tú la dicha o la honra de hospedar a una reina, que es siempre satisfactorio proteger a la mujer; pero sí la de escuchar las confidencias de aquellos dos visionarios, más célebres que los monarcas de la tierra, cuando en dos ocasiones se sentaron a tu lado para pedirte inspiración. ¿Te acuerdas?

Eran dos jóvenes animados de un deseo vehemente de gloria, que los hacía aparecer como alucinados. Sin conocerse, eligieron el mismo teatro para sus aventuras: el Nuevo Mundo. Ambos recorren las dilatadas llanuras del continente, atraviesan sus ríos, trepan las cordilleras, y sin comunicarse, eligen la misma mole, por pedestal de sus estatuas: el Chimborazo. A los treinta años de edad, quiere el uno recorrer el mundo, hace esfuerzos por lograrlo y fracasa: impaciente, entonces se lanza a las costas de América, en solicitud del golfo que saludó Colón. Y desde Paria al Avila, al Guárico, al Orinoco, al Casiquiare, al Amazonas, y a los Andes de Cundinamarca, de Quito, de Perú, de México: pampas, ríos, cordilleras, páramos y volcanes, nada lo detiene, porque en su amor a la ciencia y a la gloria, con las alas del genio, quiso escalar el cielo.

Cuentan que al comenzar su carrera tan brillante se inspiró bajo las ramas del árbol sagrado, y ufano continuó su carrera. Esto pasaba desde 1799 a 1804.

El otro, joven, impaciente, impetuoso, inquieto, comienza también su carrera a los treinta años. Después de haber visitado el antiguo mundo se propone

emancipar al nuevo y arrojar de su suelo a los dominadores de tres siglos. Cuando bullía en su mente tan atrevida idea, tropieza con su compañero que había ya realizado la primera parte de su anhelo, y ambos se contemplan. Pero al comunicarse sus proyectos fantásticos, el que acababa de conocer al nuevo mundo y las dificultades que se oponían a su emancipación, retrocede, espantado de semejante audacia; y creyendo hallarse delante del más loco de los hombres finaliza la conferencia. Esto pasaba en 1804. Aquel loco entonces, buscando apoyo a sus ideas regresa a América, y solicita prosélitos; pero todos lo rechazan, juzgándole alucinado.

No estaba loco, no; e inspirándose bajo el árbol sagrado comienza su carrera de triunfos. Y desde el Avila a las llanuras, al Magdalena, a Paria, al Orinoco, a Boyacá, a Pasto, a Pichincha, a Bomboná, al Chimborazo, a Junín, a Titicaca, y a Cuzco, Potosí, Oruro, La Paz, éstas, las ciudades más elevadas del globo: pampas, ríos, mesetas, escollos, páramos y volcanes, nada lo detiene en su amor a la libertad y a la gloria, porque con las alas del genio quiso escalar el cielo.

Y el loco se transforma en profeta; coronado de luz asciende al Chimborazo en seguimiento de su rival en gloria. En la cumbre nevada tropieza con la Fama que le proclama Libertador de América, y le conduce después en la difícil y escabrosa pendiente a la playa solitaria por donde había comenzado su carrera. Allí muere. Esto pasaba desde 1810 hasta 1830.

¿Qué hizo en tanto, el compañero sobreviviente? Poseído de nuevo entusiasmo, y luego de haber rendido tributo de admiración a la gloria de su rival desgraciado, lánzase al mundo asiático; recorre sus desiertos, sus ríos, sus montañas, escala el Thibet, y en la altura de esta meseta clásica, cuna del género humano, recibe luz de lo Alto para lanzar al mundo de las ciencias las más elocuentes lucubraciones de su espíritu. En su descenso, la Fama se le presenta, y después de proclamarle monarca de la ciencia, le acompaña hasta los días de la vejez para conducirlo en triunfo a la tumba.

El uno muere solitario, como está la costa árida adonde le arrojó el vendaval. Allí evoca la imagen del árbol sagrado, y sólo encuentra el Tamarindo compasivo a cuya sombra llora su desventura (2). El otro, dos años antes de morir, contempla la imagen del venerado samán que le presenta uno de sus admiradores, y se echa a llorar. Encontraba el árbol de sus recuerdos, lozano, frondoso, lleno de vida, después de una ausencia de sesenta años; mientras que él, encorvado, canoso y con el andar cavilante llamaba a las puertas del sepulcro. Esto pasaba en 1858.

Hé aquí la historia de estos dos alucinados que bebieron inspiración bajo la sombra del Samán de Güere. "Treparon las más altas cimas de la gloria, de la

(2) Alude al Tamarindo que aún existe en la estancia de San Pedro Alejandrino, donde murió Bolívar. En los cortos días que estuvo en este sitio, ya moribundo, acostumbraba sentarse bajo la sombra del Tamarindo que fué testigo de sus lágrimas. El tamarindo pertenece a la misma familia del Samán.

misma manera que habían trepado las más altas cimas de la tierra". Fueron los fundadores de una época inmortal y ambos eligieron el Chimborazo para pedestal de sus estatuas. El uno comienza en 1810 y concluye en 1830; el otro en 1800 y concluye en 1859.

¿Cómo se llaman estos alucinados, pilotos de la causa americana, primogénitos de la gloria, monarcas de la idea que bajan a la tumba por gradas de luz? El más joven es Teseo, el mayor Aristóteles. El mundo los conoce con los nombres de Bolívar y de Humboldt.

¿Dónde está el Samán de Güere, cuál es su historia?

Al dejar el pueblo de Turmero, en los célebres Valles de Aragua, el viajante que sigue el camino real hacia la pintoresca Maracay, tropieza a poco andar, con un dombo de verdura, que a manera de túmulo cubierto de vegetación sobresale en medio del camino. De lejos parece una montaña; pero a proporción que nos acercamos y las formas descuellan, vemos que es un árbol de ancho y dilatado ramaje, que nos detiene para que contemplemos su inmensa cúpula de verdura. "La verdadera belleza del Samán de Güere, dice Humboldt, consiste en la forma general de la copa. Las ramas se extienden como un vasto parasol y se inclinan por todas partes hacia la tierra, de la que están separadas de 3 a 4 metros". Cuando Humboldt estudió este árbol, por un lado estaba del todo desnudo de hojas, efecto de la sequedad; por el otro vestido de hojas y de flores.

Ya antes de Humboldt, era célebre el Samán de Güere, no sólo por lo frondoso de su ramaje, sino también por la tradición indígena, transmitida de una a otra generación que había venerado al árbol testigo de los ritos y creencias de las antiguas tribus caribes, pobladoras de los valles de Aragua y de la laguna de Tacarigua. Las autoridades españolas rindiendo homenaje a las creencias populares prestaron su apoyo oficial para la conservación del precioso monumento; así fué, que al trazar el nuevo camino que de la Encrucijada conduce a Maracay, obra que se remonta a los últimos años del siglo pasado, dejaron en medio del camino al patriarca de la selva, para que en todo tiempo, recordase a las naciones que poblaron aquellas comarcas. (3)

Un viajero inglés, Sullivan, que visitó al Samán de Güere, cuarenta y cinco años después de Humboldt, encontró al árbol lleno de frescura y juventud, y describe de la siguiente manera, las impresiones que experimentó al hallarse frente a esta maravilla vegetal: "No es la notable dimensión del Samán lo que constituye su mayor atractivo, sino la admirable extensión de sus magníficas ramas y la forma perfecta de su copa, tan exacta como regular, que podría asegurarse que alguna raza extinguida de gigantes había ejercido su arte topiático sobre ella".

(3) En los Valles de Aragua el árbol Samán se encuentra en abundancia. Casi todos son célebres por su ramaje. El antiguo camino de la Encrucijada a Maracay pasa por delante de otro Samán, tan notable como el de Güere. Este camino se llama *Güere viejo*.



El Samán de Güere

Dibujo de Paul de Rosti.-1857.

Por el examen que hizo Humboldt, concedió al Samán una edad igual a la del dragonero de Orotava, es decir, mil años; lo que haría remontar la cuna del hermoso árbol de los valles de Aragua a los días de Carlomagno, cuando nadie pensaba que pudiese existir el mundo occidental. (4)

El Samán de Güere, comparado con los gigantes del reino vegetal, en América, es un pigmeo, puesto que los cedros y pinos de California pasan muchos de ellos de cien metros de altura. No así el ramaje de aquél que es único, propiedad de su especie, que forma cúpulas gigantescas que contrastan con los débiles troncos que las soportan.

Una de las singularidades que hasta ahora poco llamaba en este árbol la admiración de los viajeros, era la abundancia de plantas parásitas que sostenían

(4) Según los datos de Humboldt, el Samán tenía en 1800, una altura de 17 metros para una circunferencia de 161 metros; y tan regular aparecía su periferia que sus diámetros apenas diferían entre sí un metro, pues medían 52 y 53. El tronco tenía entonces un espesor de $2\frac{1}{2}$ metros. Codazzi en 1835 encontró que el diámetro mayor del ramaje tenía 60 metros y 9 metros, 19 centímetros la circunferencia del tronco. Juzgó que a la sombra del árbol podía reposar un batallón en columna. Sullivan encontró, después de Codazzi, las mismas cantidades que Humboldt. Las nuevas medidas hechas en 1876 dan: altura del tronco desde la tierra hasta el destacamento de las ramas, 8 metros, por 12 metros, 80 centímetros de circunferencia en la parte superior. En la parte central de la misma tiene 9 metros, 60 centímetros, y 12 metros, 80 centímetros en la parte inferior sobre la superficie de la tierra. El diámetro mayor descrito por las ramas alcanza a 62 metros. Resulta en vista de estos datos antiguos y modernos, que el árbol, después de haber sido despojado de más de 2.800 kilogramos de vegetales parásitos y de haber perdido parte de sus brazos está casi lo mismo que ahora ochenta años. Esto indica un crecimiento lentísimo, lo que hace presumir que podrá aún vivir mil años y más. Este árbol, según los estudios de Aveledo, está a 471 metros sobre el nivel del mar. Si desde la Silla del Avila fuese posible contemplarlo, veríamos que está en un valle 451 metros más bajo que el suelo de Caracas.

sus ramas. ¡Admirable paisaje! Sobre los robustos brazos y coyunturas del coloso se veían prosperar *tillandsias*, *bromelias*, y *caladiums*, *loranthus*, *orquídeas*, y *cactus*, yerbas, arbustos y árboles. Era una selva aérea, rica en especies, que vegetaba sobre el cuerpo del atleta. Suponed la acción de los siglos aglomerando gérmenes y polvo de tierra; y la lluvia abriendo surcos; y la abeja fabricando colmenas; y el pájaro poseedor feudal del árbol, abonando el ramaje, y tendréis una idea de esta labor secular y de los esfuerzos que haría el gigante para soportar tan poderosa carga. Lo que al principio parecía un adorno de la naturaleza, flores y yerbas contorneando como anillos los robustos brazos del anciano rey, se convirtió después en alud, en plaga, en invasión terrible. Era algo peor que el pólipo formando los escollos, que el grano de arena creando el médano, que la langosta destruyendo en una hora sementeras abundantes.

Así continuaba el árbol, casi sofocado cuando Pablo de Rosti, sacó su imagen fotográfica que dedicó a Humboldt. Ya hemos dicho en otro escrito que cuando en 1858, el anciano contempló la imagen del árbol se echó a llorar y enternecido exclamó: “Ved lo que es de mí hoy, y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví ahora sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado, él está exactamente como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios”. (5) Un año más tarde desapareció el anciano que así hablaba.

Corría el tiempo y el Samán invadido cada año más y más, soportando la acción de diez siglos, iba a quedar asfixiado, cuando en cierto día se anunció que había muerto. Si las campanas de su pueblo no tañeron al divulgarse la triste nueva, la prensa le dedicó algunas líneas. Esto pasaba después del centenario de Humboldt, desde 1869.

¿Era ésta una voz de alarma o en efecto el árbol sucumbía? No; el Samán no había muerto, sufría sí y reclamaba una mano generosa que lo aliviara. Este monumento de la naturaleza, más meritorio que los monumentos del arte, necesitaba lo que no habían querido concederle los gobiernos que se habían sucedido en Venezuela desde 1810; protección, culto, homenaje a la naturaleza y a la historia. Correspondía tal satisfacción al vigoroso Gobierno de aquella época, a Guzmán Blanco. (6). Así sucedió en efecto, y en los mismos días en que se cumplían setenta y seis años de la llegada de Humboldt a Caracas, el Samán de Güere saluda de nuevo la vida, después de haber sido aliviado del enorme peso que su cuerpo soportaba. (7)

(5) Véanse *Recuerdos de Humboldt*: primer cuadro de la HUMBOLDTIANA.

(6) En 1851, en la Diputación provincial de Caracas, el señor A. E. Level presentó un proyecto sobre la adquisición y conservación del Samán de Güere, como un monumento a la memoria de Bolívar. La Diputación acogió con gusto el proyecto; pero éste quedó olvidado por circunstancias que no son del caso exponer aquí.

(7) Según los informes que tenemos del inteligente joven Temístocles Zárraga, a quien encargó Guzmán Blanco de la conservación del árbol histórico, éste fué libertado de más de 2.800 kilogramos de yerba y arbustos que sobre él crecían. Cuanto desde aquella fecha se ha hecho en beneficio del árbol sagrado es obra de Guzmán Blanco, cuyo pensamiento fué hábilmente interpretado por el señor Zárraga. Hoy el árbol, con los colores de la primavera, ostenta su lujosa vegetación y comienza una nueva época en su prolongada existencia.

Un diario de Caracas *La Opinión Nacional*, relata de la siguiente manera, la vuelta a la vida del árbol de Humboldt y de Bolívar:

“Más de medio siglo hace que el magnífico gigante permanecía sin recibir una sola caricia, ningún cuidado de los gobiernos; hasta que el Caudillo de esta época de Regeneración nacional ha ordenado su conservación, como que es una grandiosa reliquia de la Patria y una muestra colosal de nuestra poderosa naturaleza.

“¿Qué mucho que ese monumento admirable estuviese solitario, abandonado, viendo caer una a una sus ramas inmensas, agobiado por los años, insultado por los parásitos, muriendo de olvido, con tan gloriosa hoja de servicios colmada en los días de la independencia continental? ¿No estaban también olvidados los huesos venerandos de aquellos héroes que bajo su follaje generoso descansaron de crudas fatigas y se aprestaron a otras nuevas hasta sellarlas con la sublime obra que deslumbró los tronos y admiró a los pueblos?

“Hoy tienen todos ellos su cúpula de inmortalidad que les da sombra y veneración. Hoy tienes también ¡oh anciano de los días gloriosos! tu solio de verdura, tu cerco de hierro, tu grata cercanía, como altivo monumento de una edad que revive hoy con todas sus ilustraciones, con todos sus hechos, con todos sus emblemas y recuerdos.

“El invierno vendrá a visitar tu copa majestuosa y la hará reverdecer como en los primeros tiempos de tu lozanía; tu sombra volverá a dar plácido solaz al viajero, y tu corpulenta masa seguirá atrayendo la mirada del explorador que te anotará como una maravilla de la vegetación americana.

“Gracias a los cuidados del Padre de nuestra Regeneración, estás salvado de una muerte ignominiosa que hubieran deplorado la ciencia y la historia. Tú no eres como el gigante de la selva a quién sólo visitan las fieras y las aves. Ni eres tampoco como el altivo cedro del Líbano, heredero de una gloria de antepasados. Tú sólo eres propietario de tu nombre; a tí te bendijo el Libertador de un mundo, te admiró el mayor de los sabios que ha tenido delante de sí la naturaleza, y tienes en la historia de la independencia de este suelo un capítulo escrito para excitar la gratitud de los siglos.

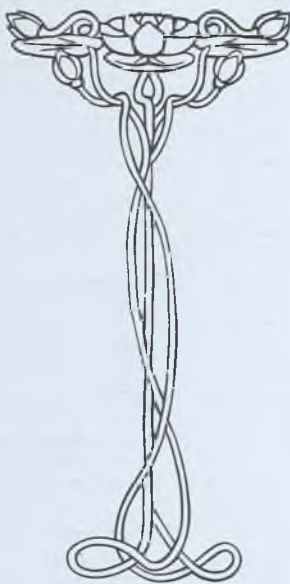
“Vive, árbol generoso, y sirvan tus colosales formas para medir la talla de aquellos hombres que cobijaste bajo tu ramaje, y que ahora duermen en el suelo sagrado del Panteón. Sé el gigantesco ciprés de esa tumba de héroes”. (8)

Centenares de generaciones pasarán todavía y tú continuarás siendo el árbol de los grandes recuerdos. No eres tú como esos atletas de California, imagen de

(8) *La Opinión Nacional* de 10 de noviembre de 1876.

los antiguos hipántropos escaladores del Olimpo. Como Anteo que recuperaba sus fuerzas tocando la tierra, así tú, con tus ramas que se inclinan para besar el suelo que las sustenta. Para hacerte sucumbir sería necesario levantarte en los aires y ahogarte como ahoga la boa a su víctima. Tu poderío está en tu cabellera siempre perfumada, siempre florida. Como aquel juez de Israel que tenía la fuerza en sus cabellos, así tú que nada tienes que temer de la traición de Dalila. Sería necesario un cataclismo, el hundimiento de tu valle, la desaparición de los pueblos que te rodean, para que sucumbieras, nuevo Sansón de los tiempos venideros.

Tú tienes que ser eterno, como es eterna la gloria de los grandes benefactores de la humanidad: tú tienes que vivir como vivirán en la historia los nombres de Humboldt y de Bolívar.



LA PRIMOGÉNITA DEL CONTINENTE

¿Quién pudiera transportarnos a las aguas azules del golfo de Cariaco, en cuyas orillas reposa Cumaná, primogénita de las ciudades del continente americano? Evocar en sus ruinas los recuerdos de tres siglos ¿no es remontarnos a los orígenes de la familia venezolana, cuando a orillas del Manzanares se establecieron los primeros colonos castellanos? Al pisar la tierra clásica que, en todos los tiempos, ha sobresalido por las proezas y virtudes de sus hijos, por los atavíos de su naturaleza, por los recuerdos que despiertan sus costas y ríos y montañas, el corazón del filósofo se conmueve y llora sobre los despojos de generaciones que duermen el sueño de la tumba.

Nacer adornada de la belleza física que atrae, y poseer la belleza moral que detiene; llevar un nombre glorioso, ilustrado por el tiempo; ser la primera en el deber, en el sacrificio heroica, sublime en la desgracia; ser generosa, culta, noble: eso eres tú, Cumaná, reina del Golfo.

¿Quién pudiera negarte tu primogenitura, quién tus glorias? Dadivosa y espontánea recibes en tus aguas la carabela de Colón, y colmas a los castellanos con frutos de tus huertos, con perlas de tus mares. Noble y generosa ofreces tus hogares a los hombres-dioses ante los cuales prostérnanse tus pueblos. No presumías que la codicia armaría el brazo de tus huéspedes y que con sangre de tus hijos pagarías tu hidalguía. Abnegada, truecas la venganza en perdón, y amparas más tarde a los Apóstoles del Evangelio, quienes llenos de fe cristiana, traen a tus costas el lábaro de Jesucristo. Con júbilo recibes, en tres ocasiones, a los fundadores del Cristianismo en América; tus hijos son los que clavan en la fértil costa el madero sagrado y edifican la primera casa de Dios y asisten al primer sacrificio y oyen la primera campanada cuyo eco se pierde en las soledades del continente, anuncio de que la religión del Gólgota había penetrado en las regiones del Nuevo Mundo.

Bajo las sombras de las acacias y de las palmeras, en la capilla del monasterio, o en la huerta donde los misioneros cultivaban la tierra, recibían los neófitos cumanaños las primeras lecciones de lectura y aprendían de coro la oración dominical que, en la infancia de las sociedades cristianas, es el alimento espiritual de la joven familia. La paz del Señor reinaba en torno al nuevo rebaño que, de rodillas en el templo, elevaba sus manos al cielo, antes de comenzar el trabajo.

¡Cuán bella en aquellos sitios la mañana saludada por el canto de los pájaros y la campana del monasterio! Al caer la tarde, cuando la grey regresaba al convento, después de haber cultivado la tierra, el sol parecía despedirse con pena de aquellas escenas que recordaban la época de los patriarcas y la cuna del Cristianismo. La bendición de los misioneros seguía al postrer rayo del crepúsculo; entonces la campana que anunciaba al rebaño la hora de la meditación y del descanso parecía repercutirse en las islas de la costa y en el horizonte lejano por donde se asomaban las constelaciones del Norte. Nada interrumpía después la callada noche: dormía el rebaño, mientras que los insectos lucíferos, como dón providencial, revoloteaban en torno a las rústicas paredes del monasterio.

Veloces corrieron aquellos días de ventura en que los misioneros vivían solitarios, aunque acompañados de muchedumbres salvajes. Sosteníalos la confianza en los decretos del Señor; porque ellos y sus neófitos eran un reflejo de la sociedad primitiva, cuando la paz sostenida por la tranquilidad de la conciencia y la bondad del corazón, acercaba a los hombres por medio de la caridad y de la mansedumbre.

Durante tres épocas, desde 1513 hasta 1520, misioneros franciscanos y domínicos se establecen en las costas de Cumaná y todos son víctimas. ¿De quién? De la codicia castellana que en carabelas piratas roba las familias indígenas y funda en América el tráfico de esclavos. La última escena del drama sangriento que precede a la fundación de Cumaná en 1520, es una reminiscencia de la época gloriosa de los mártires. Nada faltó para darle un carácter augusto: el incendio, la matanza, la destrucción de los monasterios y de las huertas y hasta la mutilación de las efigies y de las víctimas, todo aparece como un grito de maldición que clama venganza. Sobre tanto estrago el americano promete sostener la honra de su hogar y la libertad de su pueblo. Noble propósito, vana esperanza! Poco después de la última escena vuelven a las aguas del Golfo los castellanos, en són de guerra: eran los días de las expediciones de Ocampo y Castellon, los primeros que comenzaron en América la guerra de exterminio. Sin fuerzas que se le opongan, el castellano se apodera de los pueblos indígenas, degüella a los defensores de la familia cumanesa, recolecta nuevos esclavos que bautiza con el nombre de prisioneros y llena sus carabelas que repletas regresan al gobierno de la Española; en tanto que las madres transidas de dolor, no debían volver a ver a sus hijos, y de la sangre de los mártires nacería la paz.

¡Hé aquí tu cuna, Cumaná! Regados con sangre fueron tus pañales, pero sobre tus ruinas lloró el varón justo a quien el mundo llama Bartolomé de las Casas. Naciste de tus cenizas como el fénix, y Córdoba te llamaron. No era para recordar la ciudad de las murallas y de los torreones moriscos, sino el cielo trasparente de Andalucía, sus flores y sus campos perfumados, bañados los tuyos, no por el Guadalquivir, pero sí por el risueño Manzanares.

No el de ondas pobre y de verdura exhausto
 Que de la regia corte sufre el fausto,
 Y de su servidumbre está orgulloso;
 Mas el que de aguas bellas abundoso,
 Como su gente lo es de bellas almas,
 Del cielo, en su cristal sereno, pinta
 El puro azul, corriendo entre las palmas
 De este y aquella deliciosa quinta.

BELLO.

Córdoba, como una sombra desaparece para dar lugar a Cumaná que debía perdurar. Al nombre castellano debía suceder el nombre indígena; pero la dilatada región que, desde Paria se extiende hasta el Unare, conserva todavía el nombre de Andalucía, recuerdo de la Andalucía castellana, pórtico del mundo tropical, como la llamó Humboldt.

Andaluza de América, Cumaná, yo te saludo! Pródiga Naturaleza concedió encanto a tus praderas, transparencia a tu cielo, vida a tus aguas y a tus bosques luz; pero España te dió, después de la tormenta, vida y honra; y apareciste generosa, fecunda, amante de la libertad y de la gloria. Erguida con los timbres de tus progenitores, no los piratas de baja estirpe, escoria de todas las conquistas, sino los hidalgos fundadores de las familias de Cumaná y de Araya, de Margarita y de Cubagua, cantados por Castellanos, recibes después al misionero que civiliza tus tribus indígenas, y al labriego europeo que introduce el primer arado que surca la tierra americana.

Así pasaron los días de tu niñez; asistes en tu pubertad a la defensa de tu suelo, contra el ataque repetido de filibusteros feroces; te adiestras en el combate, y con fe en lo porvenir y el corazón libre, ves llegar tu juventud. Cuando suena en tus costas el grito revolucionario de 1810, concibes la idea de la emancipación, y te apercibes al triunfo. Desde este momento nada te detiene. Asistes a la primera asamblea de la Patria en 1811. Cuando llegan las desgracias de 1812, eres tú la última legión que abandona el campo de batalla; pero unida a Margarita eres la primera que en 1813 invades las costas orientales y te anticipas a las legiones de Bolívar que entraban por Occidente. Heroica y desesperada luchas en los días de la guerra a muerte; el hado te es adverso, pero en tierra oriental está la tumba de Boves. En 1815, uno de tus atletas pasa por en medio de la poderosa escuadra de Morillo, y lanza reto de muerte a los expedicionarios que pasmados le ven cruzar las aguas en débil eskuife. Muchos de los tuyos acompañan a Teseo en sus expediciones de los Argonautas, en 1816. Victoriosa luchas en 1817 y 1818. No asistes a Boyacá en 1819; pero tu hijo perdilecto firma el armisticio de Santa Ana, en 1820. No te encuentras en Carabobo en 1821; pero Bermúdez ocupa a Caracas que pierde al instante; fué una diversión para entretener al jefe español y dar tiempo al triunfo de Carabobo. Desde entonces con Bolívar sigue Aníbal,

el vencedor de Bomboná y Pichincha, el gallardo mancebo que corona en Ayacucho la paz del Continente.

El nombre de Aníbal te basta para tu gloria, porque condujo los ejércitos de Colombia a las cumbres de Potosí y de Cuzco. Si a Margarita le cupo el sobrenombre de Esparta, a tí te pertenece el de Cartago.

Perdona Niobe americana, si al verte hoy en ruinas, pobre, desgraciada, con tus familias errantes, víctimas de las convulsiones terráneas y de las pasiones de los hombres, recordamos tus pasadas glorias. Sean estas la lápida funeraria de tu perdida grandeza.

No siempre, en la realización de los grandes proyectos humanos, todo se presenta bonancible: contrariedades repetidas que aparecen al principio como poderosos obstáculos, son más bien corolarios que facilitan los medios y producen resultados satisfactorios para llevar a feliz término la idea primordial. Tal sucedió a Humboldt, desde que en 1798, alimentó el deseo de ejecutar un viaje científico. Su primer pensamiento se limita a visitar el Perú, Filipinas y México. Obstáculos insuperables le hacen después pensar en Egipto y en Arabia. Nuevas contrariedades le obligan a ir a España y allí acaricia de nuevo la idea de visitar a México, aprovechando la corbeta *Pizarro* que por vía de Cumaná, debía seguir a Veracruz. No estaba en su itinerario visitar a Venezuela, ni internarse en las regiones de las llanuras y del Orinoco; pero un nuevo incidente le hace desistir de sus proyectos. Declárase a bordo de la *Pizarro* una epidemia, antes de llegar a Cumaná, y el joven sabio se ve en la forzosa necesidad de permanecer en las costas orientales de Venezuela y de estudiar esta hermosa sección del Continente. Estaba escrito que el piloto del espíritu pisaría las mismas regiones del piloto descubridor, y que a la época de la conquista americana precedida por Colón y sus compañeros seguiría la época de Humboldt que precedió a la emancipación del continente.

¿Qué playa más célebre podía recibir al que destinaba la Providencia para ser el Homero de los Andes, que la costa cumanesa, peristilo de la historia americana? La primogénita de América parecía aguardarlo: le reservaba su cielo transparente, sus brisas de Andalucía perfumadas por las acacias del Manzanarés: le reservaba sus aguas cristalinas pobladas de aves y de peces, y en sus sabanas le invitaba a contemplar la luz zodiacal, y en las cumbres de sus montañas, el rayo eléctrico, y en los bosques el insecto lucífero, y fosforescencia en las aguas del golfo, y en el cielo la mirada de Dios en el piélago de los mundos rutilantes.

Hay una historia, que refiere la tradición de los pueblos orientales de Venezuela. Es el hundimiento de las cordilleras paralelas a las costas venezolanas: la irrupción pelágica que de Este a Oeste rompió Antillas, excavó los golfos de México y de Honduras, de Paria y de Cariaco, y dejó como florones de islas las ci-

mas de las montañas sumergidas. Emanaciones de petróleo y de asfalto, fuentes termales, constantes conmociones terráqueas, emanaciones ígneas en las costas de Cumaná, son todavía como los últimos indicios del cataclismo cuya tradición revelaron a Colón los indios de Paria. Faltaba el intérprete que descifrara tantos enigmas y trazara en cuadro maestro la historia de las revoluciones geológicas del Nuevo Mundo: y Humboldt pisó a Cumaná.

Unamos a tantos fenómenos la historia de las costas cumanesas, las primeras que visitan los oficiales de Colón, cunas aquellas del Cristianismo en América, teatro de los primeros episodios sangrientos, y nos formaremos idea de la costa célebre donde debía comenzar sus trabajos inmortales, acerca de la física del mundo, el explorador de la naturaleza americana.

Un día, fué el 15 de julio de 1799, Humboldt a bordo de la *Pizarro*, en las vecinas islas de Cumaná, acepta un indio guayqueríe que se le ofrece de piloto, para conducirlo a las aguas del Golfo.

¿Quién con más derecho debía acompañarle en su entrada a Cumaná que uno de los descendientes de aquella raza que, en la época del descubrimiento, sucumbe de hambre, víctima del insomnio y del látigo en los ostrales de Cubagua?

¿Quién hubiera dicho a Humboldt que en aquella misma fecha, cincuenta y dos años más tarde, 15 de julio de 1853, la primera ciudad del continente que había visitado, sería derribada por una convulsión terráquea, y que los descendientes de las familias que le distinguieron llorarían, como Israel, la patria perdida?

El 16 a las 9 de la mañana, Humboldt cruza las aguas del Manzanares. “Nuestras miradas, escribe, se fijan sobre los grupos de cocoteros que bordan las orillas del río. La pureza del cielo no se interrumpe por vestigio alguno de vapores y el sol asciende rápidamente al zenit. Deslumbrante claridad se espacia en el aire, en las colinas blanquecinas salpicadas de cactus cilíndricos y en aquel mar siempre bonancible, cuyas riberas están pobladas de alcatraces, de garzas y de flamencos. El brillo del día, el vigor de los colores vegetales, la forma de las plantas, el variado plumaje de los pájaros, todo atestiguan la fisonomía de la naturaleza en las regiones equinocciales”.

Después de haber sido muy bien recibido por las autoridades españolas, Humboldt se instala en la casa que se le destina. Pero, impaciente, quiere de nuevo contemplar el paisaje matutino y exclama: “¡Qué cielo, qué claridad; parece que se ve a Dios!” Frases que conserva la tradición cumanesa como un elogio del sabio.

¿Por dónde debía comenzar? El primer vegetal que encuentra en su camino es el arbusto que lleva el nombre de aquel filósofo persa que floreció en el siglo X y fué considerado como el Aristóteles de los árabes. (1). Al llegar la noche

(1) *Avicennia tomentosa* (mangle blanco).

visita las orillas del río y queda absorto: arriba le fascina la bóveda estrellada, abajo los insectos lucíferos que pueblan los aires, y la verde alfombra. Sigue después a las orillas del Golfo y ve chispear sus aguas, y sigue con la mirada la tranquila ola que lame las arenas y deja en éstas puntos fosforescentes. Embárcase para visitar las ruinas de Araya, y grupos de marsoplas siguen la embarcación dejando estelas de luz.

El 26 de setiembre el sabio observa la inmersión del primer satélite de Júpiter, y el planeta agradecido, se le presenta a la simple vista, minutos después de haberse levantado sobre el horizonte el disco del sol. El 28 de octubre estudia un eclipse solar, visible en Cumaná. El 4 de noviembre experimenta el primer sacudimiento de tierra, y en su memoria queda grabada la sensación que lo domina, al ver bambolear los objetos que lo rodeaban. Fué este fenómeno el punto de partida de sus sabias lucubraciones, acerca del vulcanismo. El 8 de noviembre, en fin, estudia la inmersión del segundo satélite de Júpiter.

El aire, las aguas, los bosques, el animal, el cielo, el estudio de los fenómenos de la naturaleza y también la etnografía, la geografía, la historia del hombre, todo lo abraza su inteligencia, y todo lo estudia.

· · · · ·
Nada quedó, ni mar, ni bosque o río,
Ni tenebroso abismo ni alta cumbre,
Que de su genio el alto poderío
No virtiese en la ciencia clara lumbre;
Sin que nunca doblara su albedrío
De tan rudo afanar la pesadumbre,
Y sin tener jamás otra mudanza
Que el no tocar el fin de su esperanza!

* * * * * * *

GUARDIA.

Pero algo más sublime tenemos todavía que recordar: es la historia de una noche imponente, la del 12 al 13 de noviembre. Humboldt dormía profundamente, cuando por una casualidad su compañero Bonpland, que se había levantado en las primeras horas de la mañana y salido al patio de la casa, se encontró de pronto maravillado: el cielo radiante apareció a sus ojos lleno de fuegos mágicos; torbellinos de estrellas caían sobre el Océano y sobre los bosques dejando estelas fosforescentes, mientras que globos de fuego se rompían en los aires. Todo simulaba una cúpula de fuego que descendía a la tierra. Al instante Bonpland retrocede, se precipita en el dormitorio de Humboldt y le despierta. El sabio, después de escucharle, se levanta apresurado, sale al campo, y un grito de entusiasmo y de admiración se escapa de su pecho, al presenciar una de las más imponentes escenas de la naturaleza. En actitud contemplativa ve llegar la luz del día, y acompaña con sus miradas las últimas estrellas cadentes. Pocos meses después supo que en la misma mañana, Europa, Asia, Africa, las aguas del Atlántico, todas las cordilleras y llanuras de la América ecuatorial habían presenciado la ma-

jestuosa iluminación. Desde Groenlandia, en el polo Norte hasta los confines del Ecuador, en una gran zona de la tierra, los meteoros habían sido observados a grande altura.

Un año más tarde de esta noche memorable, en la del 16 de noviembre de 1800, Humboldt después de haber estudiado las regiones del Orinoco y visitado a Cumaná por la última vez, se despedía de sus amigos y admiradores. "La noche estaba fresca y hermosa, escribe; y no sin bastante emoción, vimos por la postrera vez el disco de la luna que alumbraba la cima de los cocoteros que rodean las orillas del Manzanares. La vista quedó largo tiempo fija sobre la blanquecina costa, en que sólo en una ocasión, tuvimos que quejarnos de los hombres".

Horas más tarde, en la rada de Barcelona, Humboldt dejaba las costas de Venezuela para no volverlas a ver más.

A los treinta y tres años de haber dejado Humboldt nuestras costas, la gran lluvia periódica de estrellas cadentes se repite, en las noches del 12 al 13 de noviembre de 1833, majestuosa, sublime, magnífica. ¿La contempló el sabio? Lo ignoramos; pero cuando se presenta la tercera lluvia, en la noche del 12 al 13 de noviembre de 1867, ya hacía ocho años que Humboldt dormía en la tumba de sus antepasados. Había desaparecido como hombre, quedaba como espíritu pensador, como maestro de la ciencia, en sus inspiradas obras. Cuatro años después, 14 de setiembre de 1869, las grandes capitales del mundo científico celebran el centenario del Homero de los Andes. Caracas también lo festeja: la cuna de Bolívar única ciudad de la América del Sur que le dedicó recuerdos a su memoria, no podía faltar en el cumplimiento de un deber tan honroso.

Desde entonces el sabio se aleja más y más de la generación actual. ¿Cuán-do volverá? De aquí a noventa años, época de su segundo centenario; porque Humboldt como Dante, Shakespeare, Schiller; como Cervantes, Washington, Bolívar tiene su día que le dedica la humanidad, Todos ellos son como los cometas de largo período que aparecen de siglo en siglo, para continuar después en sus prolongadas elipses. De esta manera, el hombre es obra de un día, mientras que sus hechos, sus obras, su genio tienen el privilegio de recibir los homenajes de la humanidad cada cien años. ¡Sólo lo eterno es la imagen de Dios! Las generaciones se sucederán, y con ellas la idea, en progreso o en decadencia, y las sociedades siempre agitadas por las pasiones humanas, y la muerte siempre insaciable; pero la Naturaleza, trono de Dios, se conservará inmutable. Ahí están los Andes con su vida de siglos, y el Amazonas en su lucha titánica contra Atlante, mientras que el Niágara, trueno del abismo,

.
Ciego, profundo, infatigable corre
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad! . . .

.
HEREDIA.

DESDE LA COLINA

Un escritor elegante, cuya inspiración obedece siempre los dictados de la verdad, del amor, y del deber, esta trinidad del hombre de corazón y de inteligencia, ha publicado no hace mucho, un bello cuadro descriptivo que tiene por título: *En la Colina*. (1). Es un diálogo moral entre la adolescencia inexperta y la senetud vigilante que sabe guiar a los espíritus descreídos, e inculcar en ellos, por medio del consejo, máximas saludables. El anciano, después de insinuarse en el ánimo de su compañero, saca partido de la belleza del paisaje, y deduce consecuencias filosóficas que obran sobre la imaginación del inexperto joven y lo alien-tan. La nobleza de sentimientos generosos que pone el autor en boca de los interlocutores, da a la narración un carácter de novedad, en armonía con la naturaleza del pintoresco sitio cuyas bellezas describe.

¿Qué es la Colina, dónde está? Cuando surgieron los Andes de la costa venezolana, cuyos puntos culminantes son la Silla de Caracas y Naiguatá, al Norte, y la mole de Los Teques al Sur, la cordillera se ramificó en varias direcciones formando preciosos valles, más o menos elevados, hoy cubiertos de vegetación. Por una de tantas casualidades, en la época del levantamiento, el valle de Caracas quedó limitado al Oeste, por la abra de Catia, en cuyas cercanías mueren varios estribos del grupo de Los Teques, que, en dirección Sur a Norte, circundan al Poniente la ciudad de Caracas. Los indígenas llamaron al ramal más cercano, Carroata o Caroacatar, nombre actual del riachuelo que corre a sus pies: pero el nombre indígena quedó limitado, después de la conquista, al riachuelo, en tanto que la cumbre del ramal tomó el nombre de *El Calvario*, así por lo escarpado de su subida, como por lo estéril de su suelo. Hoy, esta Colina, que lleva el nombre de *Paseo Guzmán Blanco*, bajo cuyo gobierno se fundó, es un sitio pintoresco, poblado de árboles y de flores cultivadas que riegan las aguas del Macarao, el que, después de recorrer la distancia montañosa y elevada de nueve leguas, derrama sus aguas en la planicie superior de la Colina, haciendo de ésta y de sus declives un bosque exornado de jardines, con sus kioscos y juegos de agua, con sus escalinatas y avenidas que, desde Caracas, conducen a los diversos sitios de la preciosa Colina, admiración de los extranjeros que la visitan.

Cuando se estudia esta obra, se comprende cómo la mano del hombre ha podido hacer de una roca árida un panorama de vida. Todo aparece como nuevo.

(1) Nuestro amigo distinguido José M. Manrique.

Diríase que el artificio ha sustituido a la naturaleza espontánea, y que el antiguo sitio ha desaparecido por completo; pero si examinamos con detención el paisaje, hallamos que el arte no ha podido desterrar a los antiguos moradores de la Colina: los vegetales que desde el principio se fijaron en ella, sin otra protección que la de la Providencia, sin otro alimento que la lluvia del cielo y las brisas del Océano, sin otros seres que la inconstante mariposa y el pajarillo tímido, siempre en solicitud de la silvestre flor que le guarda néctar o insectos. Todavía las *lantanas* y *vernonias* forman bosquecillos a orillas de los declives; todavía los *ficus* se agarran de las escarpas y parece que ahogan con sus raíces aéreas la roca que los protege; todavía las *acacias* de bello follaje ostentan en sus copas el carácter feudal que no han perdido, porque han sabido conservarlo desde los primitivos tiempos de la vida vegetal; todavía los *agaves* que llamaron los Caribes *cocuiza*, prosperan en la maleza, con sus hojas siempre verdes, y aguardan la situación propicia para erguir sus vástagos cilíndricos que rematan con florones amarillos; todavía, finalmente, las *wigandias* (tabacote) se asoman por las grietas de los taludes rocallosos y prosperan y florecen, dejando en el terreno fecunda prole, sin darse cuenta del agua que corre a sus pies, porque Naturaleza previsiva dió a sus raíces poder suficiente para absorber la humedad de la tierra, y pudieran así vivir independientes de los cuidados del hombre.

Pero la Colina es no sólo un jardín, un paseo, un paisaje admirable. Existe algo más grande que la belleza, y es la onda aérea que sostiene la vida de los seres, y algo más grande que los ríos y es el Océano, padre de los continentes. La Colina es un órgano, es el pulmón de la ciudad de Caracas. Toda la porción situada al Oeste y Norte de la capital recibe a ciertas horas la onda vivificante que conducen los vientos del Océano: todas las avenidas de Oeste a Este aspiran el elemento vital, en bocanadas de aire oxigenado que penetran en el caserío y llegan hasta las últimas chozas, en solicitud de los enfermos, de los convalecientes, de los ancianos y desvalidos, de cuantos necesitan aire puro que reemplace al aire viciado. Así queda establecida la ventilación de una manera constante, por los vientos de Oeste y Este, en tanto que el Avila, pararrayo natural, preserva a Caracas de las descargas eléctricas y sepulta en su seno las emanaciones perniciosas de la corriente de aire ascendente que se levanta durante el día.

Cuando los castellanos descubrieron el valle de Caracas fundaron la primera ciudad al pie de la Colina, en dirección del abra de Catia, para encontrarse así más cercanos del mar. En seguida la trasladaron al Norte, al pie del Avila, para aprovecharse de sus aguas. (2)

Contemplemos ahora a Caracas desde las planicies de la Colina, donde se respira el aire sano impregnado con el aroma de las flores silvestres y cultivadas.

(2) Hase dicho y creído que el nombre de Avila fué dado por Humboldt, al cerro situado al Norte de Caracas, en homenaje a la familia Avila, que le obsequió, durante el tiempo que residió aquel en Caracas. Esto es inexacto, pues el nombre de Avila dado a la montaña, es anterior a Humboldt, como consta en escrituras que se remontan a los años, desde 1780 a 1790. Fué dado por uno de los conquistadores, *Gerónimo de Avila*, Gobernador que fué a principios de 1600 y quien poseía unos huertos en dicho cerro. (E. R.)



Caracas en 1850

Autor desconocido.

Pocos sitios en el mundo presentan un panorama más completo. El valle de Caracas aparece circundado de verdes alturas colocadas en anfiteatro, menos por el Norte donde se alza imponente la mole del Avila, cuya cima visible desde el poblado, es la Silla de Caracas que se levanta 2.665 metros sobre el nivel del mar. El valle que se extiende de Norte a Sur y de Oeste a Este tiene dos pueblos que se divisan desde la Colina: uno, Petare, cuya torre que descuella sobre la verdura del horizonte, en la dirección oriental, se asemeja a una blanca pirámide; otro, La Vega, con sus ingenios y torreones que lo circundan y le dan un aspecto de castillo antiguo que realza la alfombra de esmeralda bañada por las aguas del Guaire. La ciudad en un plano inclinado de Norte a Sur y de Oeste a Este, no puede contemplarse a un mismo tiempo. Es necesario seguir el semicírculo que, desde el camino de La Vega, se extiende por entre campos cultivados hacia el Este y después a las faldas del Avila pobladas de quintas, para rematar después al Oeste, en la abra de Catia y al pie de la Colina, donde están las últimas casas de la ciudad.

Estamos en la primera planicie a la altura de 32 metros sobre la ciudad. Si desde aquí ideamos un triángulo, cuyos vértices toquen el mirador del Higuerote, donde estamos, la estatua que corona la torre de la Metropolitana y el zócalo del

Panteón, tendremos que la base de este triángulo es un plano nivelado. Cada uno de sus vértices representa una época de la historia de Caracas. El vértice occidental, en la Colina, recuerda la conquista del valle de los Caracas y la fundación de la capital de Venezuela. Por este lado fué por donde comenzaron los conquistadores a luchar contra los indígenas. En las rocas escabrosas del antiguo Calvario estuvieron los tenientes de Fajardo, y también Paramaconi, Macarao, Taraimaina, Caruao y demás tenientes del poderoso Guaycaipuro. Las aguas del Carroata fueron las primeras que se tiñeron con sangre indígena, y de ellas bebieron los ganados de Fajardo, cuando fijó su hato en el abra de Catia, cerca de la primera Caracas. El vértice oriental, en el camino del Este, representa la Colonia. Por el Anauco entraron los filibusteros de Preston, en 1595. Por el mismo lugar, en 1744, entraron los soldados improvisados de Panaquire que, al mando de León, se apoderaron de la capital y exigieron a sus autoridades la abolición de la Compañía guipuzcoana. Por el Este salieron los diversos misioneros que fundaron los pueblos cercanos a Caracas. El vértice Norte representa los modernos tiempos. Dos colosos sintetizan en este lugar el triunfo de la idea; Bolívar que está en el Panteón, Humboldt que descuella en la Silla del Avila, porque fué ésta la primera altura de este ramal de los Andes que trepó en su inmortal ascensión al dorso de la Tierra.

Desde la Colina, estudiemos ahora el Avila, su Silla que es la cima histórica por excelencia.

Ha dicho Fonvielle, que existe una aristocracia de nacionalidad entre las montañas volcánicas, como entre los hombres. Nosotros diríamos que, en todas las montañas como en todos los seres de la creación, existe una jerarquía natural. La altura, la riqueza mineral, la fauna, la flora, lo grandioso del escenario, la historia del hombre, cuanto pueda dar celebridad a una cordillera, son títulos que no envejecen. Suiza se enorgullece de poseer el Monte Blanco, príncipe de las alturas europeas, sobre todo, después que lo estudió Saussure. Asia hablará siempre de los gigantes de Dawalaghiri, más célebres desde que los estudiaron los hermanos Schlagintweit. América, con su majestuosa cordillera, no tiene alturas como las de Asia; pero sí el privilegio geológico de poseer la espina dorsal del planeta, donde están los pueblos, volcanes y lagos más elevados de la Tierra. Tiene todavía más: el de haber sido inmortalizada, primero por La Condamine, después por Humboldt.

El Avila es un pigmeo comparado con los gigantes andinos; pero es también un coloso por su genealogía, por su historia geológica y geográfica, por su aparición desde la aurora de la vida. El Avila fué el cronólogo de los Andes. No gustó a los notables de Caracas, saber por boca de Humboldt, cuando éste descendió de su ascensión a la Silla, que la altura de ésta es inferior a la del pico de Tenerife, y a la del Canigou, en los Pirineos. Con el orgullo necio de cada calidad, habían creído los notables que poco o nada podría rivalizar con la cima ca-

raqueña. Ignoraban que la altura no es lo único que constituye el mérito de una montaña, y que los picos del Avila representan en la historia geológica del planeta, el punto de partida de las revoluciones y cataclismos que formaron el continente americano. No de otra manera podría la ciencia considerar al Avila, como el Atalaya del mar antillano, y el único representante de los Andes, en el sentido de los paralelos terrestres.

El Avila es tan antiguo como el mundo y uno de los testigos de la infancia del planeta, porque es anterior a todas las revoluciones geológicas, después que apareció la vida sobre la corteza terrestre. Hijo del primitivo Océano, de aguas cálidas, que hizo imposible la existencia de los seres, surge en la noche del caos, antes de formarse los continentes. A su presencia aparecen las primeras islas, cuna de los archipiélagos y después de los continentes. El mismo hizo parte del archipiélago de Oeste a Este, cuando los Andes de Sur a Norte formaban una serie de islas volcánicas, con mares interiores por donde se comunicaban las aguas del Pacífico con las del Atlántico. Después aparecen los zoófitos, constructores de montañas que precedieron a la formación de los terrenos sedimentarios de América, a la desaparición de los mares y lagos interiores y a la formación de la espina dorsal de la América. Más tarde, surgen nuevas tierras en dirección de los paralelos terrestres, y la cordillera del Avila queda unida a la cordillera andina. Desde esta época se delinean los tres grandes golfos que destinaba la Providencia para las célebres hoyas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, según la ingeniosa teoría de Pissis.

Pero desde el día en que en las islas y archipiélagos andinos aparecieron los zoófitos, y las madréporas calcáreas, el Ande agregó a sus rocas volcánicas los esqueletos de las primeras generaciones del globo, y se llenó de osarios. El Avila no tiene osarios, ni deyecciones volcánicas, ni bancos madreporicos que se ocultan en sus antros. Lo que al Avila regaló el Océano primitivo, fueron metales preciosos que forman su corazón. Su suelo es de gneis, de granito, de grüstein, de anfibol, de calcáreos cristalinos, de hierro, plata y oro. (3)

Cuando llega la época del último relieve americano, el Avila asiste al levantamiento del fondo del antiguo Océano; hoy "las dilatadas llanuras que, desde el pie de las altas montañas de granito que desafiaron la irrupción de las aguas, al formarse, en la época de la juventud de la Tierra, el mar de la Antillas, se extienden hasta perderse en lontananza", como con tanta belleza dice Humboldt. Desde entonces aparecieron en Venezuela las dehesas del Tuy y del Guárico, de Barcelona y de Maturín, del Apure y del Orinoco, y comenzó la vida vegetal y animal en el suelo fecundo que abonaron las aguas y sobre el cual se asoman como torreones los elevados escollos y arrecifes del antiguo mar.

Hé aquí la historia del Avila, Atalaya geológico que ve formarse el continente antillano y presencia después su desmoronamiento, en los días en que la re-

(3) Exploraciones posteriores confirman plenamente la verdad de lo expuesto por el célebre autor. (Edo. R.)

volución pelágica, de Este a Oeste rompe sus olas embravecidas a los pies del gigante venezolano.

Estudiemos la historia geográfica del Avila y la encontraremos en armonía con su historia geológica.

Existen en el hemisferio americano, cuatro sistemas de cordilleras en la dirección de los paralelos terrestres e independientes de la cordillera de los Andes. Dos de aquéllos están al Norte del Avila: el de las Antillas, y el de los Alheghanis, en la América sajona, en tanto que al Sur se hallan el de la Parima y el del Brasil, en sus límites con Venezuela. En el centro de estos cuatro sistemas independientes está la cordillera del Avila, ramal central de los Andes; con sus dos cimas, la Silla que llega hasta 2.626 metros sobre el mar, y Naiguatá que alcanza 2.800 metros. (4). Estas dos cimas son los puntos culminantes de los cuatro sistemas. De manera que desde el Avila hacia el Norte o hacia el Sur, nada existe que exceda a la altura de las cimas caraqueñas. Todavía más; no hay al Este de los Andes, de uno a otro extremo del hemisferio, ninguna meta superior a las del Avila. Este incidente geográfico da a la cordillera venezolana un carácter imponente, puesto que al Oeste figura en toda su magnificencia la espina dorsal del continente que se desarrolla en la dirección de los meridianos terrestres, mientras que la cordillera venezolana se extiende en la dirección de los paralelos. Un fenómeno geológico realza aún más el mérito del Avila: es el precipicio que tiene hacia el mar, enorme muro de rocas, casi vertical, con una altura de más de dos mil metros, y con un ángulo de $53^{\circ}28'$; fenómeno, como escribe Humboldt, mucho más raro de lo que se imaginan los que recorren las montañas sin medir su altura, su masa y sus pendientes.

Situémonos ahora en la cima de este anfiteatro de alturas que, desde la Silla de Caracas, sigue hacia el Sur para perderse en las dehesas del Tuy y del Guaire, casi al nivel del mar. Coloquemos en esta escala agigantada algunas de las ciudades y cimas terrestres, y veremos sus alturas comparadas con las del Avila.

¿Qué divisaríamos? En lo más profundo del anfiteatro, al nivel de los llanos, estarían Roma, Berlín, París, Constantinopla, etc. Más arriba de las dehesas del Tuy, sobre las suaves lomas que terminan en las llanuras, veríamos a Milán, a Viena y otras ciudades. Siempre ascendiendo, contemplaríamos a Moscou, Génova, y ya cerca del suelo de Caracas, se presentaría Madrid.

Sigamos trepando hasta la Silla, no sin haber visto antes asomarse por la región más baja del Guaire, la cima del volcán Strómboli. Más arriba de Caracas veríamos los fuegos del Vesubio, casi en la mitad del camino de Galipán, y un poco más alto las ciudades americanas, Arequipa y Cochabamba. En la Silla estaría Bo-

(4) Mediciones cuidadosas recientes dan para altura de la Silla de Caracas 2.645 metros y 2.765 para el Pico de Naiguatá. (Edo. R.)

gotá, y más arriba, en el pico de Naiguatá, la ciudad de Tunja. Un colombiano que quisiera comparar la meta de las célebres ciudades de los Muiscas con la de Caracas, no necesitaría sino fijar su mirada en las dos cimas de la Cordillera venezolana. ¿Cómo seguir? Hemos llegado al máximo de las alturas de la montaña; pero si desde el pico de Naiguatá o desde la Silla concebimos un plano horizontal hacia el Sur, veremos que, sobre éste, y a diversas alturas, están Quito, Cajamarca, La Paz, Oruro, Puno, Potosí que se levantan desde 2.810 hasta 4.166 metros sobre el nivel del mar. Más arriba se encuentran todavía sitios solitarios que indican el máximo de altura donde vive el hombre.

Comparemos ahora las alturas del Avila con las principales alturas de Europa, Asia y América. Sólo los picos de los Pirineos y de los Alpes exceden, en Europa, a las cimas caraqueñas. Las principales alturas de aquellas cordilleras están entre 2.800 que es la elevación de Naiguatá, y 4.800 metros que es la altura del Monte Blanco. De manera que para formarnos idea del tamaño de esta montaña alpina, tendríamos que colocar sobre la Silla de Caracas las dos terceras partes de su altura, es decir, 2.180 metros.

Los picos más elevados de Asia llegan, desde 8.558 hasta 8.000 metros, que es la altura del Gaurisankar. Para figurarnos el tamaño de este coloso, necesitaríamos levantar sobre la Silla tres tantos su altura y agregar después la elevación de la ciudad de Caracas sobre el mar.

La más elevada cima del Nuevo Mundo, el Aconcagua, llega a 7.150 metros. Sería necesario colocar sobre la Silla la altura de la montaña nevada de Mérida y 100 metros más, lo que daría idea del coloso de Chile. (5)

El volcán Etna, en Sicilia, estaría representado por la mitad de la altura de Naiguatá, más la mitad de la de la Silla, en tanto que el volcán Popocatepetl, en México, representa la elevación de Naiguatá sobre la Silla. Esta, comparada con los volcanes andinos Cotopaxi, Sangay, Antisana, Chimborazo, es un pigmeo visto desde el mar.

El lago más elevado de la tierra, el Titicaca, se halla a 4.000 metros de elevación. Tendríamos que colocar sobre la Silla una cima de 1.370 metros más para darnos idea de aquella maravilla.

Sábase la altura a que han llegado los aeronautas modernos. Ideando una línea vertical que comprendiera las metas de la Silla, de Naiguatá y de la montaña nevada de Mérida, llegaríamos a 10.100 metros, a donde se ha encumbrado el hombre, en las regiones de la atmósfera.

¿Quién no conoce las profundidades del Océano? La altura de la Silla, más su mitad, daría la profundidad media del Pacífico. La del Atlántico es supe-

(5) Siendo la altura del mayor de los picos de la Sierra Nevada de Mérida de 5.000 metros, la diferencia de altura con el Aconcagua alcanzaría a 2.150 metros. (Edo. R.)

rior, pues llega a 13.634 metros. Comparemos esta cantidad con la meta de la Silla y tendremos de qué abismarnos.

Tal es el Avila. Dos jerarquías lo distinguen de las cordilleras americanas: la litológica que remonta a la cuna de los continentes; la litológica que pertenece a Humboldt. ¿Por cuál otra montaña debía comenzar el explorador de los Andes sino por el Atalaya que los representa en la dirección de los paralelos terrestres? Si a Cumaná, la primogénita del Continente, le cupo la honra de ser la primera ciudad americana que recibiera a Humboldt, al Avila le cupo ser la primera cumbre que pisara y el punto de partida de la gigantesca ascensión al dorso de la Tierra. Todo es correlativo: para tal hombre, tal ciudad; para tal explorador, tal cordillera. Cumaná es la avanzada geográfica del continente y testigo de la época inmortal de la conquista castellana. El Avila es el guardián geológico de América y testigo de la infancia de la Tierra en la noche de los tiempos.

Ahí está, siempre bello, siempre grande, sublime, inmutable! Cuando la tempestad ruge sobre su cabeza, ésta se ilumina: ha vencido al rayo. Cuando en medio de la lluvia que azota los campos, su frente se despeja, es nuncio de paz: entonces copos de blancas nubes acarician las faldas de la montaña. Cada mañana como faro de esperanza, la Silla refleja sobre la ciudad de Caracas las luces de la aurora y anuncia a la familia la hora del trabajo. Después, cuando muere el día,

.
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal,

.
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

.

BELLO.

¡Cuán sublime aparece la cima del Avila, a la mirada contemplativa del corazón virtuoso, cuando en las noches apacibles, en hilos de plata que marcan las aristas de los estribos montañosos, todo anuncia la proximidad de la luna llena! A poco, una iluminación de aurora baña las cumbres, los bosques elevados, el cielo; y el astro de la noche se asoma y parece detenerse sobre los picos de la Silla.

Una noche, a orillas del Sena, en 1859, Arturo enviaba su luz a través de la cabellera gaseosa del cometa de Donati. Al contemplar aquella escena imponente, vino a nuestra memoria la tierra natal y nos trasportamos a los días en que admiramos por repetidas veces, en ciertos meses del año, el mundo de Arturo, cuando se posaba por un instante en uno de los picos de la Silla del Avila, para en seguida, remontarse en los espacios estrellados.

¡Noble montaña, cómo te despoja el hombre de los atavíos que te concedió Naturaleza! Hace tiempo que corazones despiadados y egoístas, agotan tus aguas,

talán tus bosques, esterilizan tu suelo, sin que puedan impedirlo los clamores de la ciudad que tú resguardas. Antes que al hacha del salvaje caiga el último de tus cedros seculares y se marchite tu manto de verdura, y se extingan los ríos, a cuyas orillas pasé mi infancia, voy a pedirte lo único que podrás concederme, porque no excitará la codicia de los hombres. Tengo, al pie de la montaña, los restos de seres queridos que reposan en el sueño del Señor. Allí, padre, esposa, hija, hermanos y la madre angelical que hace poco perdí. Concédeme para sus tumbas las flores silvestres que engalanan tus declives. Crezcan ellas en el lugar santificado por la fe, acariciadas por tus brisas, bañadas por el rocío de la mañana al contacto del beso de luz que les envía tu cima. (6)



(6) Alude al antiguo Cementerio de los "Hijos de Dios". (N. del C.)

UNA LECCION DE ASTRONOMIA A ORILLAS DEL ORINOCO

La superstición ha sido y será todavía, en muchas localidades de la tierra, una necesidad de la infancia de los pueblos. El espíritu inculto para quien las leyes del universo son enigmas, no puede darse cuenta de los más sencillos fenómenos de la naturaleza, y para explicárselos apela siempre a lo fantástico, a lo sobrenatural, único medio de que puede disponer para comprender ciertos hechos inaccesibles aun a la mayoría de los hombres civilizados. Los pueblos que no han salido de aquel estado en el cual la fantasía sobrepuja a la razón, están en la penumbra del progreso, y sólo aguardan un empuje por medio del cambio social que liga hoy a todas las naciones, y abre los lugares más incultos y salvajes a las influencias del espíritu humano.

El día en que la ciencia penetre en todos los pueblos ignorantes, y lleguen éstos a comprender, aunque sea someramente, el mecanismo de la naturaleza, como lo hicieron las naciones que están hoy al frente de la civilización, desde ese día quedarán despojadas las sociedades modernas de una infancia poblada de quimeras y de fábulas, que será sustituida con otra de más nobles aspiraciones: el estudio de la obra de Dios, el conocimiento de la verdad, lo ideal en el orden moral, bajo el influjo de creencias consoladoras, en armonía con la familia, con la sociedad, con la perfección del género humano. Sucede a la sociedad lo que al individuo. La infancia del hombre es bella porque todo lo inquiere y lo desea. Poética, supersticiosa, se abandona a sus primeras impresiones, y sueña, y se forja quimeras, y vive en medio de piélagos de luz que crecen a proporción que obra en aquella el deseo; esto, hasta el día en que piensa, raciocina y prefiere lo ficticio a lo verdadero. Así, en la infancia de los pueblos, todo fué fabuloso hasta que entraron en la vía del estudio y de la observación. Las primeras sociedades, en su ignorancia, se explicaron la creación a su manera, por medio de alegorías y figuras: imperó en ellas lo maravilloso sobre lo verdadero, y en el deseo de conocer cuanto se desarrollaba a sus ojos, concibieron creaciones absurdas, aunque embellecidas, casi todas, por la imaginación. Sobresalió en ellas, no sólo la ficción poética, más o menos ideal, según la índole de cada raza, sino también la idea moral que infundió Dios en el hombre y que figura en la historia de todos los pueblos. Entre las toscas alegorías del mundo pagano, sensuales la mayor parte de ellas, brillarán

siempre, por sus tendencias civilizadoras, las figuras de Prometeo encadenado, la roca de Sísifo, el tonel de las Danaides, la ascensión de Icaro, el combate de los Titanes y otras más que son verdaderos emblemas de las pasiones del hombre.

Hoy no hay figuras que personifiquen los astros, ni existe comunicación entre la naturaleza bruta y la animada. La ciencia, al explicar los fenómenos del universo físico, ha sustituido lo maravilloso que halaga, con la razón que medita, y con el estudio que prueba. Las futuras generaciones no serán supersticiosas sino racionales; caminarán, no en pos de la fábula, sino de la verdad y de la perfección ayudadas por la enseñanza. De esta manera, el estudio de la naturaleza se enriquecerá cada día con nuevos adeptos que ensancharán la esfera de los conocimientos y llegarán a fundar la fraternidad humana, objeto final de la Providencia.

Uno de los fenómenos celestes que más ocuparon a los hombres en los tiempos pasados, fueron los eclipses, vistos siempre como augurios de grandes calamidades por los pueblos que no llegaron a conocer los rudimentos de la ciencia astronómica. Cuántas ideas fantásticas para explicar el origen y las causas de un fenómeno astronómico que no tiene nada de maravilloso, sino para el hombre ignorante! La mayor conquista de la ciencia ha sido despojar a la materia bruta del carácter humano y divino que le dieron los antiguos pueblos. Las masas planetarias convertidas en seres vivientes; los odios transportados a las regiones del espacio; la sociedad siempre en tortura, amenazada por cada fenómeno físico; el fuego, el aire, el agua, siempre como agentes del mal; el cielo, mansión de crímenes, de guerras y de venganzas: tal, la tendencia de las sociedades que no llegaron a penetrar en el campo de la verdad moral y científica, que trae el conocimiento de Dios.

Ya se considere el eclipse, personificación de la visita de Diana enamorada, a Endymión en las montañas de Caria, como querían los griegos; ya a la atracción del astro por el encanto de las hechiceras de Tesalia, las cuales hacían remontar la luna al ruido de sus calderos, al decir de otros pueblos de Grecia; ya que los indios de Asia se figuraran un dragón cubriendo el satélite; ya que el fuego de las antorchas encendidas dirigidas a la luna oscurecida, volvieran a ésta su luz, como suponían los romanos; ya, finalmente, la mano de Dios ocultando la luz para castigar a los pecadores, como dijo Job; es lo cierto que el eclipse de luna no se consideró nunca como un fenómeno natural, sino como un castigo del cielo.

No es nuestro ánimo resumir las ficciones del paganismo, respecto de los eclipses de luna; pero al ocuparnos en enunciar la manera cómo desaparecieron de algunos pueblos del Orinoco, el espanto y el temor que infundían la opacidad del astro, debemos recordar la ideas estrambóticas que sobre el particular tuvieron algunos pueblos de Venezuela y de la América del Sur.



Humboldt a orillas del Orinoco

Cuadro de Weitsch, Berlín 1806.

Los Chaimas, de Cumaná, practicaban diversas ceremonias durante el eclipse de luna: las casadas se mesaban los cabellos y se arañaban el cuerpo, mientras que las doncellas se sangraban los brazos con espinas de peces. Suponían los Chaimas que los dos astros estaban enojados, y que cesaba el motivo cuando desaparecía la sombra.

Los Musos y Tolimas, en la moderna Colombia, que se daban por hijos del sol y de la luna, lloraban como desesperados, durante el eclipse y no cesaban de

hablar al astro al cual decían: *“Madre, ¿a dónde vas, por qué nos dejas? Vuelve hacia nosotros, que sin tí quedamos solos”*.

Los Sálivas, que habitaron entre el Meta y Casanare, creían que la luna medrosa se ocultaba de sus enemigos y se retiraba para lucir y brillar en otros lugares. Por esto azotaban a los jóvenes de sus tribus para estimular el valor del astro, operación que acompañaban con llantos y súplicas.

Los Guayanos echaban mano de sus instrumentos agrícolas y comenzaban a trabajar con ahinco en la sementeras. Tales, se dedicaban a cavar la tierra, cuales a desmontar el terreno, pues suponían que la luna se eclipsaba porque no le habían cultivado los campos. El trabajo que duraba el tiempo del eclipse, era abandonado cuando con la luz volvía el contento.

Los Otomacos a orillas del Apure y del Orinoco, tomaban sus armas, lanzaban a los aires gritos lastimosos, y corrían cerca de sus mujeres para que llorasen y pidiesen a la luna que no se dejara morir. Ninguna nación indígena parece más amorosa de sus mujeres, en tal situación, que la de los Tamanacos.

En todos los pueblos de origen Caribe, la gritería seguía siempre a la aparición de la sombra sobre el disco de la luna. Spira presencia una noche (1536) en las orillas del Papamene, la algazara de los indios Choques, durante un eclipse. En medio de desesperada gritería los indios lanzaban a lo alto piedras, palos y cuanto encontraban a la mano. Viendo que era imposible el que los proyectiles llegasen a la luna, azotaron los árboles hasta que volvió la luz.

Casi todos los pueblos de la América Oriental heredaron estas costumbres de la nación peruana que, durante el eclipse de luna, tocaba sus instrumentos y agitaba los aires con sus gritos y lamentos para sacar el astro de su letargo. Los Incas, aunque con nociones astronómicas muy avanzadas no dejaron de ser supersticiosos. Exceptuando los Aztecas y los Chibchas, en primer término, y después los Incas, los pueblos de las llanuras americanas ignoraron por completo los más triviales rudimentos acerca de los fenómenos celestes.

Propicio fué a Colón un eclipse de luna observado en las costas de Jamaica en 1504. Desprestigiado el almirante y aun desconocida su autoridad, varadas sus naos, y sin alimento para el sustento de sus compañeros fieles, no podía ya contar con los indígenas que, alentados por los castellanos desafectos, se declararon hostiles a Colón. Crítica era la situación de éste, cuando sugirióle su ingenio un medio seguro para proveerse de vituallas; el de infundir entre los indígenas el pánico y aparecer a sus ojos como un profeta. Es el caso que sabedor Colón de que debía verificarse un eclipse de luna fijado de antemano por los astrónomos europeos, envía, cuatro días antes del fenómeno, un emisario a los indígenas, implorando de ellos una conferencia, para lo cual fijó la mañana del día en que debía verificarse el fenómeno. Acuden los caciques al llamamiento de Colón, y después de exagerarles éste la suerte que había cabido a los caste-

llanos rebeldes por no haber seguido las banderas de su jefe, se queja de la hostilidad que le hacían los indígenas y les habla en seguida de este modo: "Yo y mis compañeros adoramos una deidad que está allá, en los cielos. Recompensa ella a los buenos como castiga a malos. Así lo ha hecho con mis compañeros infieles y así lo hará con vosotros que rehusáis socorrerme. Ya que me negáis el alimento, hambre y peste serán vuestro castigo. Os participo que esta noche aparecerá en los cielos la deidad enojada contra vosotros y que a su presencia mudará la luna de color y perderá su luz, y será todo esto anuncio de los males que os aguardan".

Crédulos unos, amedrentados los más, sin que faltara quien se riera de las amenazas del Almirante, llega la noche y a poco la sombra avanza sobre la luna. Al acto, tiemblan los indios, infúndese entre la multitud el espanto y todo llega a su colmo cuando desaparece la luz. Entonces, como un solo hombre, la multitud, entre gritos y lamentaciones, sale en solicitud de víveres y repleta las carabelas de Colón. En seguida arrójanse a los pies del Almirante, y le suplican que interceda con Dios y aplaque sus iras, prometiendo a los castellanos que en lo sucesivo, todo lo tendrían de ellos. Colón aparentando gravedad, les contesta, que necesitaba comunicarse con la deidad celeste, para lo cual se retira y se oculta en una de sus carabelas. Desde ésta escucha por largo tiempo los alaridos lastimeros de la muchedumbre, y aguarda. Cuando ve llegado el momento en que la sombra iba a menguar sale y les dice. "El Dios de los cristianos ha escuchado mis súplicas y os concede la dicha con tal que no volváis a abandonarme". Al momento comenzó a aclararse el astro de la noche; (1) y desde aquella fecha Colón fué el alma de la muchedumbre, de la cual todo lo obtuvo por el prestigio que llegó a adquirir sobre pueblos ignorantes y supersticiosos.

A esta escena solemne, de la cual supo el hombre civilizado sacar partido de la ignorancia para salvarse de la ruina, agreguemos otra, no menos imponente que se efectuó en la Guayana, dos siglos más tarde. Nos referimos a la primera lección de astronomía dada, durante un eclipse de luna, a orillas del Orinoco, en la misión de los Padres Jesuitas. Guíannos en esta narración los escritos de uno de los varones justos que predicaron el Evangelio en los bosques del gran río: el misionero Gumilla. (2).

Una noche, a principios del pasado siglo, el santo varón que vivía entre las naciones Lotáca y Atapába, situadas entre los ríos Apure, Orinoco y Meta, oye de repente gritos y lamentos que se levantan del campo, a los cuales sucede una gritería espantosa. Por el pronto, concibe el misionero que las dos naciones se habían ido a las manos, y no sin algún temor, sale al campo, donde observa que los hombres estaban agrupados, mientras que las mujeres llorosas corrían llevando en las manos tizones encendidos.

(1) *Herrera*, Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano.—Década I.

(2) *Gumilla*, Historia natural, civil y geográfica de las naciones del Río Orinoco.

—¿Qué alboroto es éste?—pregunta el misionero con voz autorizada, a los diversos grupos que llenaban el campo.

—*Dayque teo cejo ojó rijubicante?* (no ves cómo se nos muere la luna?) respondieron los caciques.

—Y las mujeres ¿adónde van corriendo? preguntó con sorpresa el misionero.

—*Futuit manaabica, rijubiri afocá*, (van a enterrar y guardar tizones, responden los caciques, porque si la luna muere, todo el fuego muere con ella, menos el que se esconde a su vista) agregan.

—Y ¿cuándo habéis visto morir la luna y con ella el fuego?—replica el padre.

—No hemos visto ni una ni otra cosa, le contestan; pero así nos lo han contado nuestros mayores, y ellos muy bien lo sabían.

Durante este rápido diálogo fueron reuniéndose los diversos grupos en derredor del misionero, quien continúa:

—¿Habéis hallado fuego alguna vez en los tizones encendidos?

No señor.

—Entonces es en vano la diligencia de esconder fuego; porque la misma tierra y arena con que lo tapáis lo sufoca y mata.

—*No padre*, responden a un tiempo los caciques: *no, porque la luna se alimenta y vive movida de nuestras lágrimas, por eso el fuego escondido muere; pero si la luna se muriera, el fuego escondido quedaría vivo.*

Hé aquí una costumbre a orillas del Orinoco que nos recuerda a los romanos cuando dirigían a la luna hachones encendidos para reanimarla y evitar que se extinguiera su luz. Sentimientos naturales que ligan a los pueblos más distantes de la tierra y los hacen coincidir en la explicación de un mismo fenómeno astronómico.

Penetrado el Padre Gumilla de que aquellos bárbaros carecían de la luz necesaria para comprender un fenómeno tan sencillo, quiso sacarlos de la ignorancia en que habían vivido. Cesan entonces las preguntas, y llamándoles a todos les explica lo que es la luna, su naturaleza, su luz prestada y la ausencia de vida. En términos vulgares les define los eclipses parciales y totales, y tomando en seguida una naranja, un espejo y una bujía, a presencia de la multitud, hace el experimento de la sombra cubriendo el cuerpo luminoso; demostración que el profesor repite hasta hacerse comprender de la muchedumbre.

Una salva de palmadas sobre los muslos, dada por los indios, responde a la lección del misionero. Los caciques repiten entonces el experimento que es al fin conocido por todos los pueblos vecinos. Desde aquel día queda abolida la

superstición, y la luna continuó apareciendo a los ojos de los indígenas como un dios muerto.

Tal fué la célebre lección de astronomía dada a orillas del Orinoco.

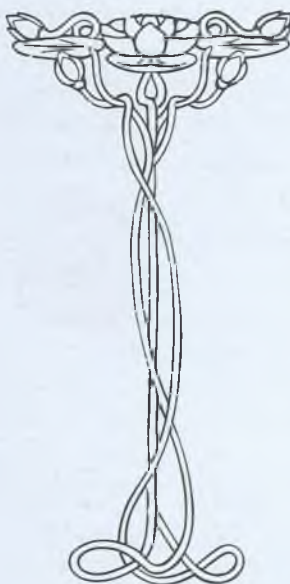
No contentóse con aquello el misionero; pues hallándose meses más tarde entre los Sálivas, en los momentos de otro eclipse, el Padre Gumilla, recordando quizá a Colón, se hizo profeta, y anunció a los indios que la sombra cesaría a un tiempo dado, pronóstico que al verificarse contribuyó a que los Sálivas vieran al buen pastor como un sér providencial.

Fueron los misioneros los que desterraron las ideas supersticiosas de los indios del Orinoco. Cuando Humboldt visitó estas comarcas en 1800, aquellos hombres tan celosos del bien como sufridos en la desgracia, le sirvieron no sólo de intérpretes sino también de compañeros en el estudio de la naturaleza. Las delicadas frases que les dedica el explorador en las páginas de su inmortal viaje, son prueba de la gratitud que siempre conservó hacia aquellos espíritus evangélicos que contribuyeron a fundar una civilización que en breve debía extinguirse.

Diez y siete años después de haber dejado Humboldt a Venezuela, desaparece la obra de los misioneros en las regiones del Orinoco. De aquellos cien pueblos que fundaron, sólo uno que otro quedó en ruinas; los demás fueron destruidos y con ellos su población, sus templos y la semilla sembrada a costa de tantos sacrificios. Agotóse, igualmente, la riqueza acumulada, durante tantos años, y huyó el espíritu de fraternidad que unía a pueblos salvajes que habían comenzado a saborear el amor al trabajo. Huyó el indio a sus antiguas selvas y quedó el agiotista sin nacionalidad que domina con la ley del más fuerte y con el engaño y la osadía. Cuando de aquí a dos o más siglos sea el Orinoco un emporio de civilización y florezcan a sus orillas numerosas ciudades, quizá aparecerá como un mito la existencia de los misioneros; pero en la historia de los orígenes que esta grande hoyra, al lado de Colón, de Ordaz, de Vespucio, de Ortal, de Raleigh y demás descubridores de "El Dorado", estará la figura luminosa de Humboldt junto a las de los venerables apóstoles de las selvas americanas. Dirá la historia que entre aquellos indios salvajes encontró sus pilotos guayqueries que le condujeron primero al golfo de Cariaco y después a los mares del Avila.

Refiere la tradición que cuando Bonaparte atravesó los Alpes, diéronle un guía que le acompañó siempre a pie. Sabía éste que conducía a Bonaparte pero no pudo presumir que aquel hombre enjuto y pensativo sería más tarde Napoleón el Grande, árbitro de los destinos de Europa. A poco andar, ambos se familiarizan en la peligrosa ascensión, y departen amigablemente. Casi en la misma época, un piloto guayquerie conducía a Humboldt por las costas venezolanas. Habían llegado a la altura de Higuerote, cuando Bonpland y otros pasajeros resuelven seguir por tierra a Caracas, y desembarcan en el río de Curiepe; mientras que

Humboldt continuó solo con su piloto indio. Al instante ambos se familiarizan, departen amigablemente sobre astronomía, y el indio le habla de sus antepasados los Fenicios de las costas venezolanas, que para navegar el mar antillano, se guiaban durante el día por el sol y el viento, y durante la noche por la estrella polar. Cuán lejos estuvo de figurarse el piloto guayquerie que aquel joven extranjero llegaría a ser el piloto de la ciencia y el intérprete del Cosmos! Afortunado el campesino de los Alpes que recibió años más tarde su recompensa por haber tenido la gloria de acompañar al futuro Napoleón. Desgraciado el piloto indio que murió sin otro galardón que el de haber contemplado al que fué después la admiración del mundo.



LA CATASTROFE DE 1812

En la historia de los cataclismos de la naturaleza que de cuando en cuando azotan a la sociedad humana, pocas veces se ha visto uno que haya sido precedido y seguido de hechos y coincidencias tan trascendentales como el terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812. Verificarse en jueves santo, día solemne de la cristiandad, y precisamente a la hora en que la población henchía los templos, tanto en Caracas como en los pueblos y ciudades que fueron víctimas de la calamidad; a los dos años en que, en el mismo día, fueron depuestas las autoridades españolas por la Revolución del 19 de abril de 1810 que trajo, un año más tarde, en 5 de julio de 1811, la declaración de la Independencia de Venezuela; y en una época de dudas y zozobras, cuando dos partidos beligerantes se disputaban la colonia y la república, origen de la guerra civil que, bajo fatales auspicios, había abierto la campaña de 1812: todo esto da a la catástrofe del 26 de marzo un carácter único en la historia natural y política del continente americano. Agréguese a esto el fanatismo político y religioso, arma terrible que supieron explotar los partidarios de la causa realista, desde el momento de la desgracia, y el espanto que, unido al desaliento y a la falta de recursos, sumieron a los republicanos en la más completa inacción; y tendremos las causas generales que produjeron la pérdida de Venezuela, el infortunio de Miranda y de sus compañeros y el triunfo completo de la causa realista.

La historia de esta época de agitaciones naturales y políticas tiene que ser inmortal en los anales americanos. Sintetiza un año lleno de infortunios, de persecuciones inauditas, de miserias sinnúmero, y también de lecciones provechosas. No fué bajo escombros que desapareció la flor de la juventud caraqueña y venezolana; fué también al fuego de los combates, de las persecuciones, del ostracismo, de la desesperación y del abandono que sucumbieron caracteres nobles, espíritus de la gran causa que, desesperada y terrible, lucha más tarde, para ser, el día del triunfo, magnánima y sublime.

La causa republicana en Venezuela, después de la declaración de 1811, vacilaba por carencia de opinión que la sostuviera y por falta de iniciativa que la patrocinara. El partido realista contrario a toda reforma, con núcleos en Oriente y Occidente, en el Sur y en el Centro, obraba con actividad, mientras que ejércitos patriotas hacían frente a las tropas españolas que invadían por diversos puntos. To-

do auguraba un triunfo indeciso para ambos contendientes cuando se verificó el terrífico acontecimiento que trajo a Venezuela días de llanto y a la República su muerte. Necesítase impulso y hállese rémora, necesitase unión y hay desobediencia, apélase a la fuerza y cunde el desaliento. En tal estado de cosas un suceso extraordinario e inesperado bastó para echar por tierra una situación política que carecía de base sólida y que era más que real, teórica.

Era jueves santo, 26 de marzo de 1812. Despejada estaba la mañana, y aunque a eso de las diez llovizna imperceptible parecía interrumpir la serenidad de la atmósfera, al instante cesa y el sol continúa radiante en medio de un cielo puro y trasparente. Como de costumbre, los santos oficios de la mañana fueron celebrados con pompa, y la población, después de haber asistido a ellos, regresó a sus hogares, para salir después al comenzar la tarde. Las cuatro suenan en el reloj de la Metropolitana, única campana que se oye en el solemne día: nada anuncia próxima catástrofe y nadie la presiente, pues la muchedumbre llenaba ya los templos, y en las calles nueva concurrencia iba y venía visitando los monumentos de las iglesias y rezando las estaciones. Gruesas gotas de agua caían después de las cuatro sin que apareciera en el cielo aparato de lluvia. Siete minutos pasan, cuando de súbito se estremece la tierra, suenan las campanas de los templos, crujen los edificios y un grito de terror se levanta de la ciudad conturbada. A este sacudimiento que dura cuatro segundos sucede otro más violento y prolongado que aumenta el pánico. Todo es confusión, cuando se escucha espantoso trueno, como si una tempestad volcánica hubiera estallado bajo el suelo de Caracas. En menos de un minuto vese la tierra que se mueve de Norte a Sur y de Oriente a Occidente, con sacudimientos verticales que simulan un mar agitado por olas encontradas. Siéntense crujir y desmoronarse los edificios, caer los muros, de los que salen alaridos y gritos lastimeros que parecen prolongar el trueno del abismo. Como si los corazones se hubieran fundido en uno y las inteligencias hubieran sido tocadas por una misma idea, de todos los labios se escapa una frase que llena los espacios: *Misericordia, Señor, misericordia*, a la cual se mezclan los gritos de las víctimas, la desesperación de los que huyen, el ruido estruendoso de los edificios que caen y el llanto de los que elevan al cielo sus plegarias; mientras que la muchedumbre de los templos y los moradores del caserío, se apiñan, se confunden y ruedan, y se levantan y caen, para volver a levantarse y caer de nuevo, como autómatas que corren impulsados por el pánico y sostenidos por la esperanza. Lo que no es derribado al primer sacudimiento cae al segundo; pero cuando el trueno del abismo repercute en las montañas, la desesperación llega a su colmo y nadie se conoce. Hay en aquella tarde un instante en que se paralizan los nobles atributos del corazón humano; mas luégo que todo pasa y recobra la razón su libertad, escenas conmovedoras vuelven al corazón el sentimiento perdido. Escúchase entonces el llanto de las madres que llaman a sus hijos y el de los niños

que solicitan a sus madres y se agarran del primero con quien tropiezan buscando amparo a su orfandad. Cada familia corre a su hogar en busca de los suyos y otras se lanzan a la calle dominadas por la misma idea: buscan los hermanos a sus padres y éstos a sus hijas y esposas. De todos los escombros se levantan alaridos, por todas partes claman auxilio, se confiesan los pecados, se perdonan las injurias, se reconcilian los enemigos; en tanto que columnas de polvo, tranquilas e imponentes se levantan y nublan el sol. ¿Cómo describir las escenas que han comenzado con el toque violento de las campanas, anticipado tañido ante la tumba que recibe millares de víctimas? ¿Cómo pintar el dolor de las madres y la ansiedad de los niños, y el quejido de los moribundos que sostienen la misericordia divina, y las súplicas que se elevan al cielo, último tributo de la criatura al autor del Universo? En todos los semblantes se retrata el pavor, de todos los ojos brotan lágrimas, pende el perdón de todos los labios. ¡Dios sólo impera sobre las desgracias humanas y sólo su misericordia es el refugio de los que sufren!

Todavía, cuando se pasa por las actuales ruinas del antiguo convento de las Mercedes, se cree oír los alaridos de aquel monje que durante ocho días permanece vivo bajo los escombros sin que fuera posible salvarle. Todavía, se cree ver tendidas en el suelo siete niñas que han sido enterradas por los escombros. Allí pasan toda la noche del 26; al principio se hablan, lentamente cesa la conversación y cada una conoce por el mutismo y por la frialdad de las manos que su hermana ha muerto. Cuando a la siguiente mañana son socorridas, habían perecido cuatro. (1). Pero, no es en éstas y otras escenas en las cuales descuellan augusta la fraternidad del dolor y se confunden las clases sociales y la caridad nivela todos los seres, donde debemos detenernos; no, en estas escenas está Dios: es en el fanatismo religioso y político que, cual hidra de mil cabezas, se apodera de la conciencia pública y la sufoca. Desde el momento en que queda consumada la desgracia, sacerdotes realistas interpretando a su modo los designios divinos, comienzan su propaganda y asientan que todo aquello era castigo de Dios.

A veces pequeñas causas producen grandes efectos: el haberse verificado la catástrofe el mismo día en que dos años antes fueron depuestas las autoridades españolas; el haber quedado de pie, entre los escombros de la plaza de la Trinidad, la columna en que estaba pintado el escudo de España, y la horca que en la misma plaza había servido para ajusticiar en 1811 a los primeros revolucionarios peninsulares, fué lo suficiente para despertar el fanatismo de los moradores de Caracas. A las puertas de los templos, en las plazas, dondequiera que se agrupa la multitud, se grita por los partidarios de la causa realista, "venganza del cielo, castigo, por haber ultrajado la majestad del rey;" y se exagera la calamidad, y se exige reparación y arrepentimiento. Entonces comienzan las apostasías, y se pide perdón al monarca y a Dios, y se promete, se acusa, se condena y . . . se olvida. ¿Quién podrá detener el torrente invasor que en lugar de mitigar la pena

(1) La familia Lacumber y Berrio.

infunde nuevo espanto en el alma desesperada de las víctimas? Cuando el convento de San Jacinto bambolea y el gentío que lo llena clama socorro, vese a un joven en mangas de camisa que, con una actividad extraordinaria, socorre a las víctimas que sobre sus hombros, conduce a la plaza del convento. Hacía rato que continuaba en esta labor cuando ya un sacerdote fanático, en la plaza, delante de la muchedumbre llorosa, fulminaba anatemas contra la ciudad dolorida por su desobediencia al Rey y a Dios, e infundía en la multitud pavor. El joven le ve, se acerca, le escucha, y al instante le hace descender de la mesa que le sirve de púlpito y le impone silencio. En seguida vuelve al templo, pero al entrar tropieza con uno de los defensores de la causa realista y así le increpa: *Si se opone la naturaleza lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca*. ¿Quién es ese mancebo que, después de salvar muchas víctimas exponiendo su vida, impone silencio al sacerdote de la multitud y lanza aquella profecía, fruto de un espíritu delirante? Ese mancebo lo conoce la historia con el título de *El Libertador de América*. Era Bolívar.

Cuando el gobierno que había prestado a la población todos los recursos imaginables sabe lo que pasaba, manda derribar la columna de la plaza de la Trinidad, y a pasar por las armas a los religiosos que en las plazas de San Jacinto y San Felipe habían predicado en favor de la causa española, infundiendo el espanto en la multitud; orden firmada por Miranda, que al decir de un historiador español, no se llevó a efecto, porque no encontró ejecutores.

A poco llega la noche y aparece velada sobre la cima del Avila la luna llena de marzo: no venía, como siempre, a anunciar la resurrección del Salvador de los hombres sino como testigo de un campo de desolación. La ciudad de Losada había desaparecido en sus dos terceras partes y bajo sus escombros yacían diez mil víctimas. Prolongada noche de dolor, no interrumpida sino por el quejido de los heridos y por el sollozo de las familias. Hubiérase dicho que la ciudad se había convertido en cementerio, en un día de difuntos. Por todas partes se divisaban luces, se removían las ruinas, se sacaban cadáveres: era la piedad socorriendo a los desamparados, y la autoridad civil persiguiendo a los rapaces que buscan siempre su botín en medio de las desgracias humanas. Pavorosa noche iluminada solamente por los resplandores de una hoguera siniestra, aquella que a las faldas del Avila consumía los cuerpos de millares de seres que horas antes vivían para la patria, para el hogar y para Dios.

Dejemos a esta ciudad desolada en las plazas, en los campos, bajo los árboles y también sobre los escombros, porque es en ellos donde se comunica el espíritu de los sobrevivientes con los que descansan ya en la paz del Señor. Transportémonos a lugares más distantes donde se han consumado iguales desgracias, donde han desaparecido ciudades florecientes, y llanto y dolor han sido también el patrimonio de los que sufren.



Convento de San Jacinto

De un dibujo de la época.

¿Qué pasaba en los otros pueblos de Venezuela en el instante en que Caracas se reducía a escombros? La onda de movimiento, al tocar la cordillera de la Costa, sigue al Sur, conmueve los Andes venezolanos, y va a perderse a doscientas leguas de distancia, más allá de la cordillera oriental de Cundinamarca, mientras que por el Este agita la cordillera del Avila y va a perderse en el Golfo de Paria y aguas del Atlántico. Pero al recorrer los Andes, se irradia el movimiento hacia las llanuras venezolanas y estremece las dehesas del Guárico, del Portuguesa, del Apure y del Orinoco, y sigue hasta las costas orientales de las Guayanas. Esto pasaba en la región al Este de los Andes venezolanos, en tanto que conmovido el nudo de Pamplona, el movimiento se ramificaba hacia el Oeste y agitaba las regiones de Maracaibo, Río Hacha, Santa Marta y las ciudades del Magdalena. ¡Cuántas poblaciones destruidas, cuántas calamidades y cuánto

llanto y orfandad en ese espacio de segundos! Caen los pueblos al Norte de Caracas, desmorónanse las ciudades en el entroncamiento de la cordillera de la costa con los Andes, y queda reducida a escombros la ciudad de Mérida en el extremo de la cordillera andina. ¡Cuántas escenas! En Carayaca acababa de salir la procesión cuando cae el templo: en San Antonio de los Altos se cantaban maitines en el instante del secudimiento: en Villa de Cura se verificaba la ceremonia de las tinieblas, cuando se estremece el templo. La muchedumbre huye, pero al acto regresa para continuar la ceremonia y acompañar después a la procesión, mientras que en muchos pueblos sácase el sagrario de los escombros hacinados. Barquisimeto es un montón de ruinas, San Felipe es víctima del terremoto, del incendio y de la inundación, Tocuyo, Quíbor y otros lugares quedan casi arruinados; en tanto que Mérida sepulta a sus hijos, entre los cuales descuella el justo Prelado, primera víctima del aciago día. Casi todas las poblaciones de las llanuras sufren y de todas se saca el sagrario. Como cuarenta mil víctimas llenan el área de la catástrofe que ha conmovido más de trescientos pueblos y sepultado veinte.

¿Qué sucedía durante este tiempo a las tropas republicanas que, en diversos lugares, se aprestaban para combatir a los realistas? Sálvanse las españolas en Maracaibo, Coro y Carora, y triunfan en Guayana en el mismo día de la ruina, y sucumben las patriotas en Caracas y La Guaira, en Barquisimeto, San Felipe, Tocuyo, Quíbor y Mérida, y quedan estas ciudades a merced del invasor. “Castigo de Dios” es la frase que se repite también en los lugares desolados, y las poblaciones invocan de nuevo el nombre del monarca español y piden perdón.

Al amanecer del 27, sin que se hubiese experimentado ningún temblor después del 26, Caracas concibe esperanzas de reposo, cuando al llegar la noche comienzan los sacudimientos de la tierra acompañados de bramidos subterráneos. Así continuaban los días, cuando el 4 de abril a las tres y media de la tarde un estremecimiento más violento que los precedentes, acompañado de horrísono trueno, echa por tierra los escombros, derrumba porciones de las montañas e infunde nuevo pánico en los afligidos habitantes de la ciudad. La torre de la Metropolitana inclinada hacia el Este por los temblores del 26, vuelve a su aplomo con el choque del 4. La tierra en constante agitación parece anunciar la última hora de Caracas: todo es desolación y llanto. Una escena imponente acompaña a esta convulsión memorable. El arzobispo Coll y Prat, vestido de pontifical, acababa de sacar de las ruinas de la Trinidad el Santísimo que, con grande acompañamiento, conducía en procesión al sitio de Ñaraulí. No había acabado de llegar a este lugar, cuando se estremece la tierra y comienza la agitación que duró siete horas. El Prelado se detiene, ve bambolear las montañas, los edificios que han resistido, caer los escombros que quedaban en pie; y escucha el grito de la ciudad desolada que llega a sus oídos, como si voces de agonía se levantaran de los sepulcros. Lleno de caridad y de mansedumbre, bendice, y absuelve desde lejos,

a la ciudad; por tres veces hace la señal de la cruz con la custodia que tiene en sus manos, en tanto que la muchedumbre que le acompaña besa el manto del Prelado, y de rodillas recibe la absolución. El Pastor permanece largo tiempo con la vista fija sobre aquel campo de dolor, y elevando las manos y los ojos al cielo pide a Dios misericordia para su pueblo. En aquellas horas que se prolongan hasta avanzada la noche, en que cesa el movimiento, la multitud que llena los campos se confiesa y recibe la absolución de los sacerdotes, los cuales, reunidos bajo las arboledas de Chacao, se confiesan unos con otros, y se absuelven, y se abrazan llorando y se despiden. Al siguiente día comienza de nuevo la emigración de la ciudad. El 16 abandonan las madres Concepciones sus conventos, y vese aquella procesión de doscientas mujeres que, con las cabezas cubiertas, atraviesan a pie las calles de la capital para seguir al pueblo de El Valle. A poco salen las Carmelitas descalzas que van a refugiarse a orillas del Carroata. Poco a poco va quedando la ciudad sin habitantes.

En la madrugada del 30 de abril tronada subterránea, como si se dispararan cañonazos de grueso calibre, se escucha en todo la extensión de Venezuela. Por un momento se cree que escuadra enemiga bombardeaba las costas, y por todas partes se aprestan para combatir las débiles fuerzas de la República. Era el volcán de San Vicente, en las pequeñas Antillas que, desde el 27, vomitaba ceniza y humo y arrojaba el 30 su lava incandescente. La tempestad subterránea encontraba al fin su respiradero, y después de agitar una región de cuatrocientas leguas al Norte y Sur de Caracas; desde las orillas del Misissipí hasta la cordillera oriental de Cundinamarca y llanuras del Meta; después de haber sepultado cuarenta mil víctimas, dejaba tranquila a Venezuela. Desde aquel día los temblores comenzaron a menguar hasta que desaparecieron años más tarde.

Veinte y ocho años después de aquella mañana, en la misma fecha, 30 de abril de 1840, el Congreso de Venezuela decretaba honores inmortales a la memoria de aquel mancebo que en la plaza de San Jacinto había dicho: *Si la naturaleza se opone la venceremos y haremos que nos obedezca*. Y en realidad se opuso una y más veces y otras tantas lo venció. . . . pero al fin fué vencida. No fué el terremoto de 1812 un castigo de Dios para los que derribaron la realeza en 1810 y crearon la República en 1811.

Al saber Humboldt, en París, la desgracia de Caracas comunicada por los diarios, exclama: "Nuestros amigos han muerto, la casa que habitamos es un montón de escombros, la ciudad que describimos no existe". A poco recibe cartas de sus amigos que sobrevivieron a la catástrofe, entre ellos el señor Delpech, jefe de una de las familias distinguidas de Caracas, que le envió una descripción del terremoto. Cuando ocho años más tarde, Humboldt publica la narración de su memorable viaje, después de haber hablado de la desgracia de Venezuela, concluye con las siguientes frases: "Después de haber hecho relación de tantas calamidades conviene dar reposo a la imaginación con recuerdos más consoladores.

Cuando se supo en los Estados Unidos la gran catástrofe de Caracas, el Congreso reunido en Washington unánimemente decretó el envío de cinco navíos cargados de harina a las costas de Venezuela, para distribuirla entre los habitantes más indigentes. Un socorro tan generoso fué admitido con la más viva gratitud; y este acto solemne de un pueblo libre, esta señal del interés nacional de que ofrece pocos ejemplos recientes la civilización de nuestra vieja Europa, pareció precioso testimonio de la mútua benevolencia que para siempre debe unir a los pueblos de las dos Américas”.

Poco a poco después del 30 de abril comenzaron las familias a trasladarse a los escombros de la capital, mientras que el gobierno de Valencia, ciudad que casi nada sufrió con el terremoto, atendía a las necesidades de la guerra que tomaba proporciones amenazantes para la causa republicana. La opinión se había ya decidido por España, en virtud de la influencia del clero y del desaliento general. Bien comprendió el gobierno tan escabrosa situación, cuando quiso valerse del Prelado para calmar la superstición pública e inculcar en la multitud ideas contrarias a las que se habían propalado desde la tarde del 26 de marzo. Todo lo aguardaba el gobierno del Pastor de la iglesia venezolana, pero la opinión de éste era adversa. El mismo día en que Caracas se estremecía de una manera inesperada, 4 de abril, escribía el Secretario de Estado, Muñoz Tébar, al Prelado pidiéndole una pastoral consoladora. El 5, el mismo Secretario reitera la orden. En 10 de abril contesta Coll y Prat al gobierno, en sentido poco satisfactorio para éste. El 13 el Dr. Roscio trascribe al Prelado nueva orden de la Cámara de Representantes. El 26 contesta Coll y Prat prometiendo la pastoral. El 10 de mayo, en Caracas, reitera el Dr. Paúl al Prelado los deseos del gobierno. El 12 contesta el Arzobispo prometiendo de nuevo la pastoral que envía al fin en 8 de junio.

Como una bomba cae este documento en el gobierno venezolano. Es una violenta acusación de las costumbres de Caracas, en aquella época, de su liviandad, desobediencia y corrupción. “Corráis sin freno y sin temor por el camino de la iniquidad, dice; vuestra gloria estaba en añadir delitos a delitos, escándalo a la impudencia y la irreligión al sacrilegio. ¿Cuál otra sino la presente debía ser vuestra suerte?” Así continúa esta pieza histórica que no ha sido todavía publicada por completo. Su lectura hizo comprender que el Prelado era hostil a la causa republicana, y que si no azuzaba a su clero, a lo menos lo toleraba. Tratóse en el gobierno de expulsarle y aun se llegaron a tomar medidas; pero espíritus rectos comprendieron que semejante paso era inconducente y lo estorbaron.

El 13 de junio, toque de generala despierta, a media noche, a los habitantes de la arruinada ciudad. El 30 sublévase el castillo de Puerto Cabello. Un mes más tarde, 30 de julio, entraba Monteverde en Caracas, y salían presos y cargados de cadenas Miranda y sus compañeros, víctimas de la más negra perfidia que registran los fastos de aquella época tenebrosa.

Había triunfado por completo la causa realista.

Una tarde del mes de octubre, la población de Caracas asistía a una procesión solemne, cual nunca se había visto en los días de la Colonia. Después de haberse entregado los moradores de la ciudad, durante los últimos quince días del mes de octubre, a públicas preces, al ayuno, al sacramento de la penitencia, a escuchar en las plazas públicas y templos la palabra del Evangelio, y de haber recibido del Prelado la comunión, se reunieron para acompañar en la tarde del 30 la imagen del Crucificado. El Ayuntamiento, el Deán y Cabildo, las comunidades religiosas, las parroquias, el clero y un gentío inmenso, cruzaba las calles escombradas de la afligida ciudad. El Prelado vestido de pontifical llevaba en las manos un gran crucifijo, y a su lado iban las autoridades militares de riguroso uniforme. Rezaban los clérigos a coro, y después de cada estación en la cual se leía una consideración sobre la pasión de Jesucristo, la concurrencia respondía: “Misericordia Señor” “Misericordia Señor”. El recogimiento de la muchedumbre, el aspecto sombrío de las ruinas, la imagen del Dios-hombre enclavada en la cruz, el sollozo de las familias, la tristeza de la tarde, todo trasportaba el alma al tremendo día de la catástrofe del 26 de marzo. Poco a poco fué debilitándose el rezo, y cuando se recogió la procesión a la entrada de la noche, resonaban por largo rato en los aires las últimas frases del concurso: “Misericordia Señor, misericordia”.

¿Qué resta hoy de aquella ciudad bajo cuyos escombros desaparecieron diez mil víctimas? Casi toda ha sido reconstruida en el trascurso de setenta y siete años; pero todavía una que otra ruina acá y allá recuerda el tremendo día. En la Avenida Norte descuellan parte del antiguo convento de las Mercedes y la casa de Humboldt, en tanto que al Este de la capital existen las de la Casa de Misericordia que recuerda a los revolucionarios de 1810. Pero hay otros escombros todavía más célebres y que serán recuerdo perpetuo de aquella época luctuosa: los de San Lázaro, recostados al pie del Avila, palacio de recreo y de gala de los mandarines de la Colonia, donde festejaban a los huéspedes ilustres que visitaban a Caracas. Allí estuvieron Humboldt, Vasconcelos, Emparan, Miranda y Bolívar, y los patricios de 1810, después que proclamaron la independencia de Venezuela en 1811.

¿Qué mano se atreverá a desmoronar esos escombros? ¿No sintetizan ellos épocas de lágrimas y de persecuciones? Una ciudad antigua sin ruinas es un libro de historia con páginas en blanco. En los muros ennegrecidos de esas paredes está escrita la historia de los últimos años de la Colonia, de la Revolución y de la República; nuestras conquistas y errores. En ella han escrito con sangre todos los partidos políticos y las generaciones que se han sucedido durante un siglo,

Esas ruinas no son escombros, sino tumba que guarda los despojos de las víctimas y victimarios de la más tremenda época de América. Sobre esa tumba descuellan la Musa de la historia, serena, inexorable, augusta; voz de la conciencia humana que ha fallado después de mil desgracias, escollos éstos que, en el camino de las nobles causas, pone la Providencia, no como castigo, sino como estímulo para la realización de sus inescrutables designios.



EL MITO DE "EL DORADO"

Es privilegio de la imaginación forjarse un bello ideal siempre en armonía con las creencias de los pueblos, con sus necesidades físicas y morales, con las aspiraciones de toda sociedad hacia el conocimiento del mundo exterior. Poética en sus concepciones, tenaz en sus propósitos, la imaginación ha sido siempre fecunda en todos los tiempos y lugares: jamás envejece. Como la naturaleza, cambia de atractivos, se reviste de nuevas formas, según la latitud, la altura, la índole y tendencias de cada sociedad, conservando siempre cierta influencia sobre los destinos sociales.

La figura ideal, el símbolo, el mito son siempre los accidentes de todo cuadro fantástico. La historia comienza con la fábula, con la leyenda, con la tradición, preámbulos de toda narración verídica. La poesía, la intervención divina, lo sobrenatural preceden siempre a lo verdadero. La fábula es el pórtico de la historia. Magnífica con sus creaciones, encanta, seduce, guía al espíritu antes de ser éste subyugado por la razón, y trae por resultado final la conquista física o moral que es la síntesis de las grandes lucubraciones. En todo mito existe algo verdadero que perdura, después que se desvanecen las ficciones alegóricas fundidas en el molde de la poesía imaginativa. Al principio, aparece la idea a imagen de las nebulosas, materia aglomerada, en su estado rudimentario: fórmase después un núcleo que toma formas múltiples. Al continuar la labor, realzase la idea estética y aparece la verdad en el arte, en la ciencia, en la historia. En su desenvolvimiento la idea ha ido gradualmente de lo misterioso a lo visible hasta producir un resultado armónico que representa vigiliias prolongadas, luchas sostenidas, derrotas y triunfos. En lo físico como en lo moral toda conquista supone una escala que es necesario ascender.

La antigüedad griega creó un mito que ha tenido su símil en los tiempos modernos. El Vellocino de oro que fué el punto de partida de las expediciones geográficas, en el mundo pagano, es la imagen de "El Dorado" famoso que, después del descubrimiento de América, trajo las expediciones inmortales que enriquecieron la ciencia con la adquisición de nuevas tierras, de nuevas razas, con la colonización de nuevos pueblos y la conquista geográfica de un Mundo. La fábula es una misma, embellecida en ambas épocas, con la idea de lo maravilloso, y sostenida con el deseo ardiente, impulso que guía a la idea hasta su completa realización. El origen de la expedición de los argonautas tiene por causa la ad-

quisición de los valiosos tesoros del rey Aetes. Comienza con la construcción de la nave *Argos*, a las faldas del Pelión. En ella se embarcan los valientes de Esparta y de Etiotida. Tifis es el piloto, el médico Esculapio, Orfeo el cantor, y los héroes de la ventura, Jason, Teseo, Hércules, Antólico y otros descendientes de los dioses. Salen de Tesalia, visitan a Lemnos y Samotracia, entran en el Hellesponte, y costean el Asia menor. Unos se detienen y fundan colonias, prosiguen otros y conquistan nuevas tierras. Sea que la expedición siga el curso que acabamos de indicar; sea el Adriático el teatro de sus conquistas, o las orillas del Volga y del Tanais; sea el Norte y Oeste de Europa, hasta Gades y Gibraltar, de donde sigue al Mediterráneo; que en el regreso a su patria, después del triunfo, sigan los argonautas itinerarios fantásticos que varían de Hesiodo a Píndaro, de Píndaro a Apolonio, y se modifiquen sucesivamente, en el mismo tiempo en que se ensanchaban los conocimientos geográficos de los griegos, como dice Ducharme, (1) hay una verdad, y es, que este mito es el móvil de las expediciones griegas; que cada país se lo apropia, y que aquel desempeña un gran papel en la conquista científica del mundo pagano. ¿Qué importa la nacionalidad del mito si los resultados son satisfactorios? El conocimiento de la tierra, el cambio de ideas, el ensanche del comercio y de la navegación ¿no reconocen un mismo fin, el progreso de la humanidad?

Como en el mito griego, los orígenes de la conquista castellana aparecen en los principios, como quimeras. Háblase de un mundo ignorado, lleno de riquezas que es necesario adquirir. Un visionario acaricia la idea, y, después de andar de puerta en puerta, como Pedro el Ermitaño, buscando protección, pónese al frente de los expedicionarios, y lánzase a la ventura. No son mares conocidos los que debe arrostrar sino el Océano ignoto, poblado de escollos y tempestades, sin retirada posible. Salen de las costas andaluzas y siguen rumbo hacia el Oeste. Un día llega en que los expedicionarios creyéndose perdidos se sublevaron contra el jefe; pide éste un plazo, y a poco se divisa tierra, cuyos moradores los reciben con júbilo, como recibieron a los argonautas los pobladores de Lemnos.

Habían descubierto el Nuevo Mundo.

¿Quiénes van en aquellas pobres carabelas que recuerdan a la nave *Argos*? ¿Quién es el jefe, sin rival, de esos aventureros que cruzan por la primera vez las olas del agitado Atlas? ¿Qué solicitan, qué hallan? En el transcurso de un siglo vese a estos expedicionarios que se suceden, se renuevan hasta posesionarse de su conquista. Durante un siglo recorren las costas y las islas, y abarcando por ambos Océanos el Nuevo Mundo, proclaman, desde las orillas del mar hasta las cimas inaccesibles, cubiertas de fuego y de nieve, la gloria de Castilla. Qué hombres! Atraviesan las costas y las llanuras y los lagos y ríos caudalosos, y traspontan las cordilleras, y soportan el hambre, y luchan contra pueblos numerosos y contra la naturaleza salvaje e inclemente, y explotan las riquezas y fundan colo-

(1) Ducharme. *Mythologie de la Grèce antique*.

nias y ciudades, y exterminan los pueblos que los reciben, y levantan finalmente, las bases de la civilización americana.

Hé aquí un hecho inmortal: el descubrimiento y conquista de un mundo por los argonautas modernos. Colón es el piloto Tifis; Ercilla y Castellanos los Orfeos de la epopeya; Ojeda, Vespucio, Ordáz, Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, Balboa, Quesada y otros más los héroes de la lucha sangrienta, y los escaladores del Ande. No acaban de descubrir la primera isla, y sed de oro los atormenta. ¿Dónde estaban los espléndidos tesoros de Aetes, dónde el Vellochino de oro? Ellos mismos hermocean la fábula que les sirve de estímulo, y adornándola con los atavíos de la imaginación, y sin saber dónde existen los tesoros, los buscan, y piensan en los jardines encantados de las Hespérides que han dejado atrás, y en el templo del sol que los llama adelante, y en la ciudad dorada de Manoa, y en los bosques de canelos, y en los santuarios, donde el dios de los Incas, cubierto de oro y piedras preciosas, se comunica cada día, en orgía de rayos, con el sol del Universo. La conquista es un hecho, pero se necesita lo maravilloso para que no desfallezcan los guerreros; es necesario escalar el cielo, pelear con los dioses, para alentar en los hipántropos el amor a la gloria.

Nace entonces el mito de El Dorado.

Refiere Humboldt que, en la época en que visitaba las ruinas de Cajamarca (1802), un joven indio de diez y siete años, que le acompañaba, hijo del cacique Astorpilco, le entretenía en términos muy poéticos y con imágenes seductoras acerca de las riquezas de sus antepasados, los Incas. Figurábase una grandiosa magnificencia y tesoros acumulados bajo los escombros que pisaban. Decía cómo uno de sus progenitores había vendado los ojos a su mujer, y después de hacerla andar mil rodeos, por caminos labrados en la peña, la había conducido a los jardines subterráneos del Inca. Allí ve árboles cubiertos de follaje y frutos, y pájaros posados sobre sus ramas; todo ello hecho de oro purísimo y primorosamente trabajado; allí ve también *una de las andas de oro* de Atahualpa, objeto que tantas veces se buscó en vano. El marido prohíbe a su mujer, el tocar a nada, porque el tiempo en que debía renacer el imperio, anunciado de muy atrás, no había llegado aún, y cualquiera que se apropiase alguna de aquellas obras maravillosas, debía morir en la misma noche. (2)

Era esto un recuerdo de los jardines de oro, situados en el Cuzco, bajo el templo del sol, y en el valle de Yuncai, sitio predilecto de los Incas. Refiere la tradición que en estos jardines que no estaban bajo tierra, crecían plantas vivas al lado de plantas artificiales, señalándose entre las últimas, elevados tallos y espigas de maíz, como lo mejor imitado de la naturaleza.

“La seguridad con que afirmaba el joven Astorpilco, agrega Humboldt, que bajo sus pies y en el sitio en que estábamos, la tumba del Inca extendía sus

(2) Humboldt, *Tableau de la nature*.

ramas un árbol de Yongué, con sus grandes flores hechas de hilos y láminas de oro, me producía triste y honda emoción. Allí, como dondequiera, son las ilusiones y los ensueños un consuelo felizmente imaginado para endulzar la desnudez y las miserias presentes". "¿Puesto que tú y tus parientes creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez, preguntaba Humboldt al joven Astorpilco, buscar, desenterrando tesoros que tan próximos tenéis un remedio a nuestra pobreza?" "No nos da tal antojo, responde el indio; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con sus frutos auríferos, nos aborrecerían los blancos, nuestros vecinos, y nos harían mal. Tenemos tierras y buen trigo".

Hay en esta narración un mito y las Hespérides, con sus manzanas de oro, una realidad. Es la fábula del jardín de que existió en las costas gaditanas o a orillas del Atlas, transportado a las altas regiones de los Andes, en una época que ignoramos. Y es en la narración verídica de los cronistas castellanos que conocieron las riquezas del Perú y admiraron en los templos quichuas la imagen del sol hecha en oro y exornada con piedras preciosas, colocada al Oeste para que recibiera los rayos del sol naciente. Dicen los cronistas que el interior del templo del Cuzco era materialmente una mina de oro.

Caricancha, "lugar del oro", llamaron los Quichuas al templo del sol, en Cuzco. *Lágrimas que el sol lloraba*, dicen los cronistas que suponían los Incas, ser el oro. *Dios de los castellanos*, llamó al oro, el cacique cubano Huathey. Temiendo que algún día regresaran a Cuba los castellanos, tenía sus espías que le decían cuanto pasaba en la Española. Cuando sabe que vuelven los conquistadores, reúne su pueblo, le recuerda las persecuciones hechas a su raza por los castellanos, y asegura que todo lo hacían para satisfacer a un poderoso señor a quien adoraban, el cual quería mostrárselo. Y sacando un cestillo de palma lleno de oro, les dice: "*Hé aquí el Dios de los castellanos; éste el poderoso Señor a quien sirven y tras el cual andan. Y como habéis oído que quieren volver por acá, en solicitud de su Dios, hagámosle fiestas y bailemos, para que cuando lleguen, les diga que no nos hagan mal*". Y bailaron y se divertieron hasta rendirse. (3)

Las primeras noticias referentes a El Dorado, nacieron, antes que en Venezuela, en las costas de Cundinamarca. *Castilla del oro*, *Río del oro* llamaron los conquistadores las regiones de Urabá y del Magdalena. Ningún otro lugar más propicio para despertar la codicia que aquellas costas donde tropezaron con el rico metal, desde el momento en que las pisaron. Piedrahita, Gumilla y el Padre Julián (4) están de acuerdo en que fueron las costas de Santa Marta, la primera tierra donde nació el mito de El Dorado. De allí hubo de peregrinar, a semejanza del caudaloso río, que, después de haberse ramificado y bañado dilata-

(3) Esto pasaba en 1511. Herrera, Historia de los hechos de los castellanos, etc., etc. Década I.

(4) Piedrahita, *Conquista de Nueva Granada*. Gumilla, *El Orinoco ilustrado*. Julián, *La perla de Santa Marta*.

das regiones, cae al Océano. De Santa Marta sigue el mito a Vélez, a Bogotá, a Tunja, a Popayán, y penetra en las comarcas del Chimborazo, y continúa al imperio de los Incas, para de allí retroceder y establecerse a orillas del Amazonas y del Orinoco. Jamás una epidemia se había extendido con más prontitud. La existencia de tan inmenso tesoro fué lo suficiente para enloquecer los espíritus más rectos y adiestrar a los hombres más timoratos. De esta manera lo que al principio aparecía como congetural toma después visos de verdad. Poco a poco reviste el mito múltiples formas, hasta que se magnifica, acompañado de gran cortejo de maravillas y exageraciones. Ya es una montaña bañada por ríos cuyas arenas son de oro; ya un jardín de cuyos árboles penden áureas frutas, con pájaros que cantan, con fuentes que murmuran; ya una ciudad imperial donde los edificios resplandecen y se miran en las aguas de un lago misterioso; acá es una comarca donde los habitantes cargan armas de oro; allá un soberano cuyos vestidos están cubiertos de polvo aurífero; allí un templo lleno de ídolos del rico metal; aquí un santuario donde brilla la imagen del sol adornada con preciosas preciosas. Ya lo fijan en las costas Cundinamarca, ya en las dilatadas regiones del Meta y del Guaviare, ya en el país de los Omaguas, al Sur del Orinoco. Para unos, está al Este del volcán Tunguragua, en tierras del Ecuador; para otros, en las altas regiones de los lagos. Ya finalmente, se lo supone en la Guayana, en las comarcas ignoradas del fabuloso lago Parima. Y explotando esta idea, salen del Norte y del Sur y del Este y Oeste, expediciones por tierra y por agua, en solicitud del famoso Vellochino de oro.

Todas las fábulas, ha dicho un escritor, tienen algún fundamento real y la de El Dorado se parece a aquellos mitos de la antigüedad que viajando de país en país han sido adoptados sucesivamente por diferentes localidades. Así fué en efecto. La hermosa llanura entre el Orinoco, el Meta y el Guaviare, que llamó Humboldt, la Mesopotamia de América, fué el Dorado de Ordáz, de Herrera, de Ortal, de Spira, de Federmann y de Pérez de Quesada. Alfínger busca el suyo por las tierras de Upar y de Pamplona. Ursúa lo fija en el país de los Taironas, en las cercanías de Santa Marta. El imperio de los Omaguas fué el Dorado de Orellana y de Hutten (Utre o Urre de los cronistas). Para Benalcazar, su Dorado estuvo al Este del Tunguragua, donde refiere el cronista Herrera, que andaban los hombres en medio de bosques de canelos, llevando el cuerpo cubierto de joyas de oro. El país de los Muisas, con sus ricos santuarios, fué el Dorado de Jiménez de Quesada, y también de Benalcazar y de Federmann que lo descubren por tres rumbos diferentes; y la ciudad imperial de Manoa y el lago de Parima, el Dorado de Berrio y de Raleigh.

El mito de El Dorado fué la figura poética con la cual representaron los castellanos los ricos depósitos de oro, que tres siglos más tarde se descubren en las vastas regiones de Upata, del Yuruari, del Meta, de Antioquia y de otros lugares del continente. Han sostenido algunos historiadores que El Dorado fué un pretexto que adoptaron los indios para internar a los conquistadores y perderlos. Esto

no es exacto. La invasión castellana, ya por la fuerza de las circunstancias, ya por la topografía del continente tuvo que ser de Norte a Sur. El oro no se hallaba sino en limitados lugares, y los indios conocedores de esto, indicaban siempre el rumbo, para satisfacer la curiosidad de los castellanos. Cuando Colón, al ver las sartas de perlas de las mujeres de Paria, pregunta a los caciques por el lugar donde se producían, éstos le señalan el Norte, es decir, las islas de Margarita, de Coche y de Cubagua. Cuando Ordáz pregunta a los caciques del Orinoco dónde se encontraba el oro que usaban en sus chaguales, aquellos le indican el Oeste, es decir, las corrientes del río hasta tropezar con las regiones del Meta y del Guaviare. A esta dilatada comarca conducen a Spira, a Federmann y a Hutten los informes de los caiquetíos de Coro. (5) Si Alfinger hubiera seguido las indicaciones de los indios del Magdalena no habría fracasado. A la mitad del camino deja el rumbo Sur y tuerce al Este, trasmona el páramo de Cachiri, y es víctima al caer a Pamplona. Más afortunado Jiménez de Quesada sigue el camino abandonado por Alfinger y descubre el rico país de los Muiscas. Cuando Federmann, impaciente de no hallar oro en las comarcas del Guaviare y del Meta, trata de retirarse a Coro, los indios le dicen que si trasmona la cordillera de Cundinamarca cae en un país riquísimo; y el alemán valeroso la trasmona, y comparte con Benalcazar y Quesada el descubrimiento de la célebre meseta de Bogotá.

¿Dónde estuvo la verdadera patria de El Dorado? ¿Fué a orillas del Magdalena o en la Castilla del oro, al Oeste del continente? ¿Fué en el imperio de los Omaguas al Sur del Orinoco, o en el santuario de los chibchuas, en los Andes de Cundinamarca? ¿Estuvo en la Mesopotamia americana o en las elevadas cumbreras coronadas por el lago Guatavita? ¿Fué su cuna el jardín encantado de los Incas, o el país de los Quijos, en las orillas auríferas del Napo? ¿Estuvo, finalmente, en las fuentes del Caura, del Esequibo y río Blanco, o en la ciudad de Manoa, en las regiones fabulosas del lago Parima? Asegura el padre Julián que fué la cuna de El Dorado, el país de los Taironas, palabra que en la lengua de sus indios significa *fragua*, y que en estas comarcas se hallaron hornillos y fundiciones del rico metal. De aquí nació, según aquel historiador, el origen del mito. Nos parece más cónsono decir que la fábula tuvo su cuna en el pueblo quíchua, donde fué el oro, no sólo elemento de riqueza sino también de poderío. Nada pudo rivalizar en la época de la conquista el fastuoso brillo de los Incas. Los pueblos de origen peruano que emigraron de Sur a Norte, en épocas muy remotas, antes de la conquista castellana, fueron los introductores de la fábula, en las regiones amazónicas y en el Orinoco. La capital de los Omaguas, Macatoa, con edificios y calles de oro, y la ciudad de Manoa con todas sus riquezas que tanto

(5) En la Humboldtiana titulada: *El Elemento Germánico en la conquista de Venezuela*, hallaremos los pormenores de las expediciones alemanas de Alfinger, de Spira, de Hutten y Federmann, en busca de El Dorado, desde 1527 hasta 1537.

exaltaron la imaginación de Berrío y de Raleigh, a fines del siglo décimo sexto, no pueden considerarse sino como variantes del jardín de los Incas. Como el Vellochino de oro, El Dorado pertenece, no a una localidad, sino a un continente. Durante un siglo es el origen de millares de aventuras de descubrimientos y de crímenes. Desaparecen los santuarios americanos, con sus famosos ídolos, entregan los Incas sus tesoros, amásanse las prendas de los indios cautivos, por oro se rescata la vida, y el oro desaparece. Así pasan los años hasta que la moderna civilización descubre los verdaderos yacimientos del buscado metal, en Cundinamarca, en Perú y en las dilatadas regiones de la Guayana venezolana. Cualquiera que sea la forma poética del mito, éste pertenece a la dilatada región situada al Este de los Andes, donde parece haber existido, primero que en las cordilleras, el culto del sol. Todas las expediciones de Oriente, de Occidente, del Norte, del Sur se dirigieron siempre en solicitud de las comarcas bañadas por el Orinoco, donde la imaginación de los pueblos americanos supuso la existencia de la capital de los Omaguas, que llegó a descubrir el intrépido Hutten, y la de Manoa que trajo las expediciones de Raleigh. El Orinoco con sus terrenos auríferos, con su exuberancia de vida, con sus montañas graníticas, con sus tributarios agigantados, ha resuelto el problema del mito de El Dorado. Por esto decía a los castellanos, Arimuicaipi, Cacique del Caroní, señalándoles las constelaciones del cielo austral, que las nubes de Magallanes con su blanquecina luz eran el reflejo de las rocas argentíferas situadas en medio de la laguna Parima. Cuando Humboldt escribía, ahora setenta y ocho años: "no puede negarse la existencia de un terreno aurífero en la extensión de ochenta y dos mil leguas cuadradas, entre el Orinoco, el Amazonas, al Este de los Andes de Quito y Nueva Granada", parecía augurar la riqueza prodigiosa de la Guayana venezolana. A los tres siglos de haber desaparecido los argonautas modernos, se halla el Vellochino de oro, que guardaba la tierra en sus entrañas.

¿Qué ha dado a la civilización moderna el mito de El Dorado? El conocimiento geográfico de Venezuela, de Cundinamarca, del Perú y de las vastas regiones del Orinoco. Sin la sed de oro no habrían recorrido las aguas de este majestuoso río, Ordáz, Herrera, Ortal, y después Berrío y Raleigh. Sin la sed de oro no habrían los germanos descubierto el Occidente de Venezuela y cruzado sus sabanas y caudalosos ríos. Sin la sed de oro no se habrían precipitado en las aguas del Amazonas Hernando Pizarro, Orellana y Aguirre, ni descubierto a Cundinamarca Quesada, Benalcazar y Federmann. Sin la sed de oro no habría caído el imperio de los Incas. Los buscadores de El Dorado fueron los primeros geógrafos del continente, y, sus tenientes, los fundadores de los primeros pueblos.

¡Cómo hermocean los mitos la historia de todas las naciones! Sin la expedición de los argonautas, las regiones de Grecia y del Asia Menor carecerían de tantos recuerdos conexiónados con la historia de las primeras expediciones geográficas, llenas de ficciones y de episodios maravillosos, cantados por todos los poe-

tas. No puede separarse de la conquista de América el mito de El Dorado. Cuzco y Cajamarca, hablarán siempre de sus jardines de oro; Guatavita de sus tesoros; Tunja, de sus ídolos; Sogamuxi de sus santuarios, mientras que el Orinoco nos referirá la conquista de los Omaguas, nos hablará de la expedición de Ordáz, el primero que cruza sus aguas, y nos trasportará a la ciudad de Manoa y a orillas del lago Parima, para contemplar en las nubes de Magallanes, en el cielo austral, el reflejo de las rocas argentíferas de la Guayana.

La majestad de los Andes, lo grandioso del continente, sus ríos, sus llanuras, sus bosques donde se contemplan los astros de la vía láctea, necesitaban del portentoso mito que fué el origen de tantas aventuras, de tantos sacrificios, del exterminio de la civilización indígena y de la fundación de las ciudades castellanas que, a través de los siglos, perduran con sus ruinas y recuerdos inmortales. Estas reminiscencias de la época mitológica tienen todavía influjo en las nuevas exploraciones geográficas del continente. Son luz que guía en el estudio de los orígenes americanos, cuando se estudian las ruinas prehistóricas, y las tumbas, en las altas regiones de los Andes, nos regalan los recuerdos de épocas remotas, en la noche de los tiempos. En la naturaleza americana, no son las formas exteriores, la extensión, la riqueza de los tres reinos, la magnificencia del escenario, lo único que cautiva; el hombre americano aparece también en su cuna, a la altura del hombre asiático y europeo, en su desarrollo, en sus concepciones, en su poesía, en sus creencias, en sus aspiraciones, como probando que la humanidad ha tenido un mismo origen, en ambos mundos.



LAMARTINE Y HUMBOLDT

¿Qué semejanza hay entre Lamartine, poeta, orador, publicista, diplomático, historiador y estadista, y Humboldt, sibila de la ciencia, que, durante setenta años, tuvo su corte de naturalistas, de viajeros, de físicos y astrónomos, de sabios y académicos, y de los principales zapadores del progreso moderno, en todos los ramos del saber humano? ¿Por qué unir estos dos ingenios y presentarlos como tema de esta *Humboldtiana*, cuando entre ellos no existe ninguna idea que los acerque, ningún vínculo que los una, ningún interés que los estimule a considerarse? Nacionalidades, creencias, ilustraciones, círculos en que brillan, hábitos y tendencias, todo es antagonista entre estas dos lumbreras de los tiempos modernos. Sólo tienen de común la época en que figuraron y el haberse encontrado una que otra vez, sin comprenderse, sin amarse.

Simpatías y antipatías, discrepancia en las ideas religiosas y políticas, emulaciones ocultas o rivalidades mezquinas, y aun cuestiones de amor propio, tales son, casi siempre, las múltiples causas que separan a los hombres públicos y los colocan a distancias más o menos notables. No puede ser de otra manera: todo mérito, mientras más se sucumbe, más despierta la envidia que trae al cabo el odio, la calumnia, las más depravadas pasiones del corazón humano. La emulación y la disparidad de creencias obran siempre en el corazón y no en la cabeza. Hay espíritus que se ven aparentemente unidos, mas en el fondo se temen, se desprecian o se odian. En estos casos, el mundo al contemplarlos, confunde por lo general, la verdad con la lisonja, la familiaridad con el desdén, la franqueza con la perfidia, la estimación con la común cortesía. Día llega en que estas rivalidades se chocan, y las pasiones estallan. Esto pasó entre Lamartine y Humboldt. No se amaban, aunque de cuando en cuando, al tropezar en los salones de París, se agasajaban con falsos cumplimientos, para darse en seguida la espalda y continuar como estaban, enemigos o rivales.

Lamartine apenas tenía diez años, cuando Humboldt, de treinta, conocido ya en el mundo de las ciencias por sus primeras elucubraciones, emprendió su viaje a las regiones equinocciales. Con nombre ilustre que había heredado de sus progenitores, con bienes de fortuna y extensas conexiones sociales en Europa, favorecido por una nación célebre que le dispensa todo género de obsequios y le prepara el buen éxito de sus excursiones y sobre todo, con una voluntad ilustrada, que es fuerza en los espíritus superiores, Humboldt lleva a cima las grandiosa empresa

que forma época en los anales de la ciencia, por el acopio de materiales nuevos, de observaciones sabias y de luz que produjo. Entre las exploraciones científicas que se registran en los memoriales del mundo, el viaje de Humboldt es y será inmortal. Hé aquí una verdad incontrovertible.

Desde sus primeros años, Lamartine se acostumbró a oír hablar de Humboldt; y no bien hubo éste regresado de su gran correría americana, cuando el poeta, con imaginación despejada y espíritu fecundo, comenzó a leer las primeras obras dadas a la luz pública por el célebre viajero. Esto sucedía desde 1804 a 1805 en que el sabio alemán llamaba ya la atención de Europa, como hombre de ciencia y también como hombre político, alternando de esta manera, no sólo con las academias y lumbreras científicas de aquella época, sino también con las cortes europeas que a la sazón luchaban contra el poder de Bonaparte.

Lamartine inicia su vida literaria en 1820, con la publicación de sus primeras poesías. Entraba en la carrera de las letras con paso seguro y bajo brillantes auspicios, después de haber recibido una educación esmerada, y puestas las bases de la carrera pública que, para más tarde, le destinaba la Providencia. Habíase formado su corazón en el regazo de la familia, y su espíritu con los viajes, con el estudio y la meditación, desarrollando así sus prendas intelectuales que tanta gloria han dado a su patria. Con ideas cristianas, con fe ardiente que le acompañó hasta los últimos años de su vida, el corazón del poeta llegó a rebosar de aquella filosofía mística que, para ciertas almas, es un dón del cielo. Tuvieron sus primeras obras un éxito singular y fijaron época en la literatura francesa, no sólo por el sentimiento religioso que en ellas sobresale, sino también por la estética de la frase, la pureza del pensamiento, el lirismo, y la imaginación siempre gallarda, que es uno de los distintivos de las producciones de Lamartine.

Cuando suena en Francia la hora de la Revolución de 1830, Lamartine, que figuraba en el gobierno de los Borbones, cae con éstos, abandona la diplomacia, y se retira a la vida del hogar. Entonces realiza el proyecto que desde su infancia le halagaba, de visitar la Tierra Santa, a la cual se dirige. Era la época en que Humboldt, patrocinado por el Czar de Rusia, emprendía su viaje de exploración al Asia Central.

No seguiremos a Lamartine en su carrera de triunfos. Basta decir que es una de las grandes figuras del siglo. En la poesía, la elocuencia política, la novela, la historia, la filosofía, en todo ha dejado cuadros magníficos que hablarán siempre de su fe religiosa, de su amor a la naturaleza, de su entusiasmo por la libertad de los pueblos, de su culto a Dios y a la familia. Antes de su viaje a Palestina, ya Lamartine y Humboldt se habían tratado en las tertulias de París, aunque sin ninguna intimidad. Escuchemos cómo describe al sabio el autor de las meditaciones.

“Su rostro, del todo prusiano, me había impresionado sin causarme ilusión ni agrado. Se inclinaba mucho delante de mí y de todas las demás personas, y me

dirigía algunos falsos cumplidos, a los cuales contestaba yo con fingida modestia, de pasada, para ir a reunirme pronto con otros personajes que me inspiraban más simpatía. Su fisonomía manifestaba mucha sagacidad y era manifestamente afectada; y, por lo demás, nada había en ella que pudiera atraer a una persona ingenua. Su estatura era pequeña, y su cuerpo endeble, lo cual le favorecía para introducirse entre los personajes; era algo encorvado, lo que debía provenir de la costumbre palaciega de prosternarse mucho en las cortes y en las academias: en toda su expresión había algo de medianía y aun de inferioridad. Su sonrisa, por decirlo así, esculpida sobre sus labios, estaba siempre pronta para saludar al primero que encontrara. Este personaje iba de corrillo en corrillo tributando o recibiendo triviales obsequios: era una débil apariencia de grande hombre que figuraba en el séquito de sujetos de aventajado mérito y trataba de confundirse con ellos. Le he visto acariciar en la misma humilde actitud a Chateaubriand que a Arago, de cuya amistad se gloriaba, que a los hombres políticos de las más encumbradas opiniones, a saber, a realistas, constitucionales, republicanos, aparentando a cada uno de ellos deferencia y preferirle con su estimación secreta. Era el comodín de todas las personas. Por esto tenía el cuidado de que en sus obras no apareciesen en asunto de opiniones esas diferencias esenciales sobre las que no transigen los hombres íntegros y sinceros, so pena de dejar de ser lo que son. La regla de su conducta era el uso de la reticencia llevada a lo sumo. Dios mismo se habría escandalizado si su nombre hubiera sido proferido en alta voz por este personaje; así es que no se encuentra en sus obras, pues pertenecía al número de aquellos sabios materialistas que, no atreviéndose a negar la existencia de Dios, guardan silencio sobre este punto, o dicen: *Dios es una hipótesis de que nunca he necesitado para resolver mis problemas*. ¡Insensatos, que no ven que el *Sér* es el primer problema de la filosofía; y la existencia del último de los seres, el efecto evidente de una causa, y Dios la causa de todos los efectos!”

En este retrato se trasparenta la mala voluntad del poeta, la ninguna simpatía que tenía al *grande hombre cosmopolita*, como llamaba a Humboldt. Pero éste tenía un hermano que inspiró a Lamartine sentimientos diametralmente opuestos. Guillermo de Humboldt, poeta, lingüista, etnógrafo, diplomático, y hombre de la sociedad culta, supo cautivar la atención del vate francés, que desde muy temprano gustó de abocarse a hombres esclarecidos, y con talento especial supo adueñarse de las mejores voluntades. “Guillermo, dice Lamartine, poseía la vía ancha y universal del hombre destinado a las acciones ardientes y generosas de la vida pública. Estaba dotado de una sensibilidad más pura que la de su hermano. Hay delicias que anuncian a los grandes hombres y que dan comienzo al festín de la vida, en lugar de las alegrías que no vienen sino después del banquete. . . . Su fisonomía anunciaba al estadista. Tenía conmigo casi niño, la indulgencia de un hombre superior, hacia un joven que ensaya la vida y el pensamiento. Estudié en silencio a este hombre verdaderamente grande, y sentí veneración a él. Ninguno de los caracteres de su fisonomía recordaba a su hermano: la dignidad sin orgu-

llo, la franqueza grave, la ciencia de los pensamientos contrastaban en Guillermo, con la falsa bondad acariciadora, pero poco segura, de Alejandro. Habría desconfiado de los juramentos del uno, y habría creído en el apretón de manos del otro. Sólo el sonido de la voz de Guillermo llevaba el alma a la convicción; la voz aguda y chillona del sabio rumiaba pensamientos todos ellos personales. El sabio era un diplomático, y el diplomático un hombre. Pocos he encontrado después que me hayan dejado una impresión más penetrante y agradable. Se sentía en él un hombre digno de estudiar a los hombres; se sentía en el otro un artista capaz de hacerse representar los papeles ligeros, diversos, personales de una existencia de hechos inconexos. Después acá no he encontrado a Alejandro sin echar de menos a Guillermo”.

¡Cuánta discrepancia hallaba Lamartine entre los dos hermanos! Aceptaba el que armonizaba con sus tendencias, con sus aspiraciones e ideas: amaba al poeta y diplomático, y desdeñaba al sabio. ¿Y por qué? Porque al estudiar a éste, encontró que le faltaba fe, para creer en él, y caridad para tolerarle. En estas opiniones tan poco lisonjeras a Alejandro de Humboldt, influía más la antipatía que la razón. Cuando se ponen en la balanza del merecimiento dos hermanos célebres, mientras más se ponderen los méritos del uno, más se deprimen las faltas del otro. Es un juego de platillos en que cada admirador contribuye a inclinar el fiel de la balanza a uno u otro lado. El elogio es en la mayoría de estos casos, un ardid en honra del uno y en detrimento del otro.

Lamartine como Humboldt, amaba la naturaleza. Basta leer sus obras para comprender el sentimiento estético de su alma. Ambos eran pintores. Pero, mientras que el uno contemplaba el universo como panorama espléndido de leyes y fenómenos, es decir, desde el punto de vista científico; el otro la admiraba como imagen de su divino Autor, es decir, desde el punto de vista religioso. Seguía el uno las evoluciones de la vida orgánica, y aspiraba a sorprender las leyes misteriosas de la materia; se extasiaba el otro en presencia de las ricas mieses, dón de la Providencia, al hombre trabajador, y en el paisaje celeste que deleita la mirada del alma contemplativa. Infatigable, buscaba el uno la mecánica de los cielos, el cambio, la ley eterna de las transformaciones; no solicitaba el otro sino la sabia Providencia que vela mientras duerme la familia virtuosa, a la cual despierta después con el canto de los pájaros y las brisas embalsamadas de la mañana, nuncios divinos del trabajo que le dará el pan de sus hijos. Tomaba el uno la obra por el Autor, la naturaleza inescrutable en el sublime reino de Dios; se detenía el otro en la obra y en el Autor, esta dualidad, eje diamantino sobre el cual gira la vida moral del sér. Humboldt más especulativo y práctico, admiraba en el génesis celeste la fuerza, el tamaño, la velocidad vertiginosa de los mundos giratorios; la materia sólida o gaseosa en su evolución ascendente; y en el mundo terráqueo, los despojos de los siglos geológicos que han dado nacimiento a las montañas, cuenca

Al definir a Humboldt de materialismo, lo confunde plenamente.

al océano, y riqueza al hombre; y se deleitaba en los reinos animados, al sentir la savia que les sustenta, el aire que los vivifica, la fuerza vital, secreto impenetrable de todos los tiempos. Era un estudio puramente científico. No así el poeta que, sin escudriñar las leyes del mecanismo, ni solicitar la cuna de los fenómenos de la vida, contemplaba la naturaleza en sus efectos sobre el corazón, en su elocuencia, en sus paisajes, en sus ricos dones, con que favorece a la criatura, hija de Dios. La idea mística, el sentimiento, lo ideal es lo que caracteriza las creaciones de Lamartine: y la causa generadora, el mecanismo, la ley del movimiento, la vida, en sus cambios a la luz y a la sombra, y la sucesión no interrumpida de los fenómenos cósmicos obedeciendo leyes inmutables, lo que llama la atención en las creaciones de Humboldt.

Hé aquí estos dos genios: el poeta que sobrevive por el sentimiento, el sabio que sobrevive por la ciencia. Lamartine, como poeta, orador, hombre de polémica, historiador, tuvo círculos que se sucedieron, según las épocas. Tuvo Humboldt a su disposición academias y sabios, obreros del progreso humano, reyes y pueblos, todos como satélites de un astro. Este ejemplo de un hombre que sirve de centro de atracción a los ingenios de la ciencia moderna, es único. Después de Humboldt será imposible a otro mortal sintetizar el progreso científico. El método filosófico que él sostuvo hasta sus últimos días, excluye la posibilidad de que salga un nuevo enciclopedista. Ya hoy no pueden existir sino lumbreras descollantes en especiales ramos del saber humano: por esto Humboldt con su corte de sabios constituye una época de glorias, en la cual, sin despojar a cada obrero de su mérito relativo, queda él solo como centro de las grandes especulaciones del espíritu moderno.

Humboldt muere en 1859, época en que Lamartine comenzaba a publicar su "curso familiar de literatura". Cinco años más tarde, el poeta deseando hablar del hombre a quien nunca había amado, le dedica cerca de 500 páginas, en las entregas de 112 a 115 publicadas en 1865. Desde que se abre el libro, se tropieza con el escritor apasionado que deja traslucir su pensamiento y sus tendencias. Entra definiendo lo que quiere decir *cosmos*, y sabiendo que Humboldt ha publicado una obra con este título, se dice: "Doy gracias al cielo por haberme concedido vivir hasta hoy, en que el velo del santuario ha sido desgarrado por la mano de un grande hombre y los arcanos de Dios han quedado patentes a la luz del día; y digo de un grande hombre, porque no puede ser un cualquiera un sujeto como éste, devorado de una ambición inmensa, y cuya nombradía ha tenido una gran resonancia entre las personas instruidas desde los primeros años de mi vida y ante quien se inclinan los sabios de todas las naciones en señal de homenaje. No, este hombre no puede ser un farsante, un charlatán, un jugador de manos, un nomenclador ingenioso que toma los nombres de las cosas por las cosas mismas. El, mejor que yo, debe saber que un diccionario no es una obra; que un expediente no puede confundirse con un tratado de lógica; que por el hecho de dar nombre a los fenómenos de la naturaleza no se les define; que las objeciones,

lejos de aclararse con el empleo de denominaciones científicas, se aumentan y que realmente la verdadera ciencia no consiste en *conocer*, sino en *comprender* la obra del Creador. Voy, pues, a leer esta sublime *teología natural* de la ciencia, por medio de la cual el Supremo Hacedor concede a sus elegidos como Newton, Leibnitz, los dos Herschlls, admirar su poder e inferir su sabiduría por una percepción más clara que la de los demás hombres, de sus infinitas magnificencias. De seguro que yo comprenderé más después de haberla leído. Conducido por el entusiasmo, voy a acercarme al Autor de lo creado, y a entonar, aunque ignorante, el hosanna de la ciencia, o a lo menos los primeros versículos del himno a lo infinito”.

Es este un juicio anticipado sin haber estudiado la obra; compra en seguida, como él dice, los 4 vols. del Cosmos; pasa en su lectura cuatro meses, y juzgándose competente, trata de analizar el libro. Pero antes del libro está el autor, y el poeta quiere escribir su biografía. Lamartine traza entonces, casi someramente, la infancia y educación de Humboldt, y después de saludarle como sabio, de ponderar sus vastos conocimientos y estupenda erudición, le acompaña en su viaje a las regiones equinocciales. Llega frente a la isla de Lanzarote, cuyas luces vistas desde el mar le recuerdan las que divisó Colón, en la última noche de su travesía a la vista de Guanahani. Aquí el poeta, lleno de entusiasmo, exclama: “¡Humboldt, este Colón científico de los tiempos modernos!”

¡Qué elogio más merecido! Ninguno más elocuente para significar la centuria humboldtiana! Colón abre una época grandiosa en la historia del mundo, por sus descubrimientos, proezas, episodios, lucha de siglos que enriquecieron los dominios de la geografía y de la historia, que ensancharon el comercio y la navegación. Colón es el punto de partida de la civilización moderna que abre la ancha vía de las especulaciones sociales. Descubriendo uu mundo, no sólo sorprende el vasto campo de la riqueza natural, sino también funda las bases del actual progreso. El Colón científico funda igualmente otra época insigne, la de las exploraciones de la naturaleza, la del estudio científico de la astronomía náutica, de los tres reinos, del hombre americano; y pone en contacto los dos mundos, como partes integrantes de un todo, regidos por una misma ley. Humboldt es el complemento necesario de Colón, y Colón, como explorador, como hombre de ciencia, no podría ser bien comprendido sin las sabias lucubraciones de su inmortal sucesor. Al apellidar a Humboldt el Colón científico de los tiempos modernos, Lamartine sintetiza en una sola frase el genio del nuevo explorador y le coloca a la altura del nombre que con tanto lustre ha sabido conquistar.

Sigue el poeta al viajero en su ascensión al volcán de Tenerife, y al contemplarle en su primer descubrimiento, dice: “*Fué Humboldt el primer fundador de la geografía botánica*”; es decir, descubre una ley de la vegetación, desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, fija la distancia vertical de cada familia, y generalizando el hecho concluye por establecer la ley en el mundo vegetal. Ya en

la cumbre, después de escuchar la importantes observaciones de Humboldt acerca del vulcanismo, Lamartine agrega: “El grupo de las Islas Canarias fué para aquél un libro instructivo, de inagotable riqueza, cuya variedad, aunque en un círculo limitado, *debía conducir a un genio como el de Humboldt al conocimiento de fenómenos más extensos y generales. Sorprendió el verdadero designio de la naturaleza y la importancia de las investigaciones especulativas*”.

De manera que Lamartine concede a Humboldt, no sólo el haber sido el creador de la geografía botánica, ramo de la ciencia hasta entonces enteramente desconocido, sino que asimismo le reconoce como fundador del vulcanismo moderno que tanta luz ha arrojado sobre el estudio geológico del planeta. Son admirables las frases del poeta al dar cuenta de este descubrimiento: “Humboldt reconoció la verdad del principio que ya le había guiado en sus precedentes investigaciones, a saber, no considerar los hechos aislados sino como parte de la cadena de las grandes causas y efectos generales que se enlazan íntimamente, y proceden unos de otros en el laboratorio único de la naturaleza; reconoció que es preciso hallar el hilo conductor en esta especie de laberinto, de una variedad infinita, y que, por consiguiente, no debe mirarse con indiferencia el hecho aislado y lo que nos parece pequeño, sino antes bien, hay que aprender a considerar lo grande en lo pequeño, el todo en la parte. A la luz de este principio, el volcán de Tenerife vino a ser para Humboldt la clave de los grandes misterios de la vida general; descubrió los diferentes medios que para crear o destruir emplea la naturaleza, y así aprendió a establecer por un hecho aislado, la regla de los hechos generales”.

Hasta aquí Lamartine es admirador de Humboldt, cuyo genio reconoce, cuyos descubrimientos dan a la narración del poeta encanto seductor. No parece sino que ambos han participado de iguales emociones. Pero todavía más: Humboldt se presenta a las observaciones del poeta, como un hombre de corazón, sensible a los recuerdos de la Patria, y a las desgracias de los hombres. “Los trabajos científicos de Humboldt y de su compañero”, dice, “a pesar de la riqueza de los materiales donde cada día traía a su entendimiento algo nuevo y raro, no podían paralizar los movimientos de su corazón”. Admira entusiasmado Lamartine, el cuadro descriptivo donde Humboldt habla de la Cruz del Sur, cuando, por la primera vez, en su vida, aparece a sus ojos la hermosa constelación del cielo austral. Y siguiendo al explorador a su llegada a Cumaná, adonde aporta casualmente, por haberse declarado una epidemia a bordo del bajel que le conducía, Lamartine se complace en asegurar que, tal epidemia fué la causa de *los grandes descubrimientos de Humboldt, en las regiones del Orinoco, hasta las fuentes de las posesiones portuguesas en Río Negro*.

Tal es el elogio científico de Humboldt hecho por Lamartine—sabio, observador sagaz, Colón científico de los tiempos modernos, creador en varios ramos de la ciencia, genio fecundo que supo penetrar en el conocimiento de las causas más extensas y generales, descubridor de los secretos de la vida orgánica e inorgánica.

ca: ésta la síntesis del poeta sobre el Néstor de la ciencia. Le contempla, le eleva, rinde culto a su grandeza.

De repente, el poeta cambia de tono. Apenas acompaña a Humboldt a Cumaná, se separa de él, salta por sobre las páginas del viaje, sin detenerse en el vasto continente, en las dehesas, en los majestuosos ríos, en los volcanes andinos, en las altiplanicies históricas, sin asociarse al explorador en la serie de observaciones que constituyen una gran parte de la riqueza científica del siglo; y trayéndole a Burdeos, después de tres años de peregrinación, empieza a retractarse de cuanto había dicho en honra del sabio.

¿Por qué no te detuviste aquí, Lamartine? ¿Por qué en menguada hora, diste rienda suelta a tus enojos y destruiste tu obra que habías levantado con arte y embellecido con los espléndidos colores de tu paleta?

REVERSO DE LA MEDALLA

Decidnos Lamartine: este Humboldt, de quien acabas de hablar, esta lumbrera científica, que tuvo, durante setenta años, cortejo de sabios y de sujetos ilustres, en ambos mundos; cuyo nombre ha sido y es repetido por las generaciones que se han sucedido desde 1800, que ha merecido los honores de la estatuaría, de la pintura y de la poesía; este infatigable obrero del pensamiento, cuya correspondencia alcanzó a dos mil cartas por año; cuyo nombre se encuentra en todas las academias, en todas las sociedades doctas del siglo, en centenares de obras que lo citan, como autoridad, en muchas especies de los tres reinos de la Naturaleza, en numerosos sitios geográficos; esta enciclopedia viviente cuyas múltiples producciones existen en todas las bibliotecas del mundo civilizado; este prohombre que se ha correspondido con los principales representantes de la ciencia, de la literatura, de las bellas artes, y con los reyes y soberanos de la tierra; este anciano en cuyo pecho lucieron tantas cruces y condecoraciones, que fué miembro de tantas sociedades; este Néstor de la ciencia que muere a los noventa años conservando las brillantes facultades de su espíritu, y cuyo primer centenario, diez años después de su muerte, ha sido celebrado con entusiasmo, en ambos mundos ¿es el Colón científico de los tiempos modernos, como le habéis llamado? ¿Es la fuente siempre fresca e inagotable de que nos habla Goethe? ¿Es la mirada penetrante que se sumerge en un mundo desconocido para hacer surgir un mundo nuevo, como en tiernos versos dijo Guillermo de Humboldt, ese varón justo, inspirado, sabio, grande, según le habéis calificado? ¿O es finalmente, aquél de quien escribió Varnhagen:

* * * * *

Pues brilla en luz la pensadora frente,
Que a irradiarse con calor fecundo
Ciencia y verdad derrama por el mundo?

* * * * *

Decidnos, ¿quién es este hombre? Es un genio?

—“No; ese hombre no es sino un jugador de manos, un prestidigitador científico. Ese hombre no es un sabio, en el sentido genuino de la palabra, porque nada ha descubierto ni inventado. Ese hombre no es tampoco un escritor de nota, porque nada original ha producido”.

—Entonces ¿cómo podrá juzgarlo la posteridad? Cómo podremos definirlo?

—“Un alemán, un prusiano, un hombre de maravillosa instrucción, un viajero que ha recorrido la América y la Europa, un escritor, no de nota, pues mal puede serlo quien no sabe sentir, sino de un talento frío y con la suficiente aptitud para lograr que le lean; un sujeto, además, que valiéndose de una industriosa habilidad, de agasajos interesados para con todos los sabios extranjeros, y del arte de lisonjearlos, ha conseguido hacerles tomar parte en su gloria por estar de por medio la de ellos y labrarse así de palabra una reputación inmensa. Esta fama es científica, especial, oculta, matemática, y proviene de haber tratado asuntos desconocidos del vulgo: fama que todos prefieren aceptar a examinarla; gloria en números, que se compone de una infinita cantidad de medidas geométricas, termométricas, barométricas y astronómicas y de alturas, de nivel, de ecuaciones, de hechos, que constituyen el esqueleto de la ciencia, y de que se prescinde como de andamios importunos luego que se ha logrado construir puentes sobre el vacío de un estrella a otra. Este es una especie de viajero gratuito, no en provecho del comercio, sino de la ciencia, de los sabios pobres y sedentarios a quienes sólo pide por única recompensa que le citen”.

—Y las exploraciones al continente americano y al Asia central, tan celebradas por los jueces más competentes del saber humano; y la exploración del Orinoco, que, como aseguráis *fué el teatro de sus grandes descubrimientos* ¿cómo podremos juzgarlas?

—“Ese viaje a las regiones equinocciales que, desde su principio, se tuvo por ejemplar, no ha enseñado nada, absolutamente nada, pues todo se reduce a que un caballero prusiano se había propuesto recorrer el mundo, en un viaje de puras observaciones trigonométricas, y de haberse limitado a visitar rápidamente y a medir con el compás y el barómetro en la mano, *dos o tres de los diez y siete virreinos de España en el Nuevo Mundo*. Por lo que respecta a su viaje, al Asia, no es sino repetición de su viaje a América, no trajo más que problemas sin soluciones”.

—¿Y cómo es posible que, no siendo este viajero sino “un aglomerador de cálculos trigonométricos vulgares, de estudios insignificantes, acerca de fenómenos estudiados mil veces antes que él, y de frases altisonantes en las cuales la ligereza de las opiniones y la brevedad de las excursiones están disfrazadas con arte, por la sonoridad grandiosa de las palabras”, ¿cómo es posible, decimos, que tal hombre haya sido tan celebrado, tan venerado, por la sociedad del siglo? ¿De qué ardid se valió entonces ese farsante para llenar el mundo con su nombre?

—“Hélo aquí: cierta habilidad muy ingeniosa de ejecución en su obra sobre el asunto, cierta llaneza estudiada, cálculo de diplomacia, armonía en el ornato, cualidades todas que, en Europa, tenían que asegurarle el triunfo. El linaje del autor, su riqueza, sus conexiones con las principales personas en quienes se hallaban representados los diversos ramos de la ciencia, en las naciones del antiguo continente, y cierta solemnidad científica, buena para hacer propicias al público las pomposas galas de su estilo, con que aparentaba un ingenio que no tenía, constituyen entonces, como ahora (1865) todo su mérito. Varias veces he intentado leer esta obra tan ponderada, y no he podido encontrar en ella otra cosa sino las desagradables pretensiones de su autor; el esfuerzo de un erudito por llegar a la inspiración creadora del talento y un propósito constante e invencible de captarse aduladores a fuerza de adulaciones. Logró su intento mientras estuvo vivo, pues nadie se interesaba en apearle de su ponderada celebridad y gozó durante noventa años de esta gloria convencional y al parecer inviolable. Pero si se hubiera examinado algo de cerca a este grande hombre cosmopolita, a este Anagarsis prusiano que se hacía admirar en Francia, fácilmente se habría encontrado el medio artificioso en que descansaba su falsa grandeza. Todo el mérito de Humboldt consistía en haber estudiado concienzudamente lo que otros habían descubierto: era sabio en el sentido limitado de la palabra ciencia, y arreglaba en la oscuridad del retiro el expediente más o menos completo de todo lo que el mundo sabía o presumía saber entonces para escribir un día su *Cosmos*”.

—Muy bien. De manera que la grande obra de Humboldt, síntesis admirable de su agitada vida científica, obra aplaudida por los privilegiados de la ciencia, en todas las naciones, no es sino un expediente preparado de antemano para producir efecto y alcanzar un fin personal?

—“Sí; su obra no es el *Cosmos*, sino un tratado de historia natural, de geografía de la tierra o de astronomía geográfica de los cielos... El *Cosmos* tiene una alma como el hombre, esta alma es su ley; esta ley es evidente, pero no puede ser comprendida sino por Aquél de quien emana. Los hombres y todos los siglos le han dado su verdadero nombre: *Misterio*... La materia no es Dios: no es ni infinita, ni indivisible, ni perfecta sino perecedera. No puede por consiguiente ser *causa* sino efecto... El pensamiento es Dios; es creador; por lo tanto, el pensamiento divino asociado a la materia creada por Dios forma el mundo... Todo es misterio incomprensible en el *Cosmos*, donde la existencia, la voluntad, la Providencia de Dios, el misterio de su acción divina y absoluta, son, en sí mismos, el misterio necesario, pero inexplicito... Suprimir los misterios de este *Cosmos*, es separar a Dios del mundo, es decir, la verdad y la virtud... Negar el misterio es más que negar la materia, y la inteligencia; casi es negar la existencia y la autoridad de Dios: es negar la lógica... El *Cosmos* es un todo; la materia no explica nada...”

“Sí, el *Cosmos* material de Humboldt nada dice de cuanto es necesario al hombre, no es humano; no es humano ni divino, no es nada. El misterio es la

única explicación de Dios invisible; el misterio es la única explicación de la materia. La materia no es Dios, pero sí el esclavo organizado cuyas leyes eternas, imperecederas han sido creadas para recibir y ejecutar las leyes de Dios. . . . El que no conoce la causa y fin de una obra, no sabe nada. Tal es la ciencia de Humboldt, nada todavía. No ha querido ver el todo (Dios); luego no ha visto sino el vacío, sumergido en un océano de palabras”.

Pues señor, está resuelto el problema. Al fin encontramos un hombre de inteligencia esclarecida, un poeta, un diplomático, historiador, viajero, orador, todo, menos hombre de ciencia, que nos ha descifrado el enigma. Este Humboldt, tan encomiado por el mundo, resulta ser un jugador de manos que ha tenido engañada a la sociedad del siglo XIX, según las revelaciones de Lamartine. Una de dos: o esta aseveración es cierta, y en tal caso los sabios del siglo han sido unos necios, juguete de un gran prestidigitador, y la humanidad víctima de una epidemia intelectual que ha puesto a todos los individuos espectables de la época y a sus gobiernos, a disposición de un farsante instruido; o es incierto, y en tal caso, queda el poeta Lamartine como un libelista vulgar, como un esclavo de pasiones enconadas, que, para satisfacer sus odios ocultos contra el hombre y contra la ciencia, ha querido llamar la atención de sus lectores y aparecer cual demoledor de la estatua trabajada por el cincel de un siglo.

¡Cuán cierto es, que la mayoría de los hombres de ingenio, tienen momentos de decadencia en los cuales desbarran y se colocan en una escala inferior a la de las inteligencias más vulgares. Esto les pasa cuando poniendo a un lado las luces sueltan la rienda a los impulsos del corazón, y se hacen personalistas. Edgard Quinet nos presenta a Napoleón, antes de Waterloo, como un espíritu pequeño. En vísperas de una gran batalla, y después de haber salido victorioso en los primeros actos de la campaña de 1815, se ocupó en desfogar sus pasiones contra los que en París le censuraban. Cuando sus mariscales, después de escucharle, pudieron hablarse, se dijeron: “éste no es el hombre de Austerlitz”. Y para no citar sino otro ejemplo, recordemos que Tomás Moore y Lord Byron, estos dos próceres de la Gran Bretaña, fueron, al iniciar su carrera, terribles enemigos, y el público llegó a avergonzarse de las injurias que por la prensa escribió Moore contra Byron. Más tarde, se reconcilian, se hacen íntimos amigos, y por más que se quiso borrar el agravio causado, quedó en la prensa como un eco de pasiones rencorosas.

No se atrevió Lamartine a juzgar a Humboldt durante la vida de éste. Aguardó a que desapareciera de la escena, es decir, a que enmudecieran los labios que podrían hablar y defenderse, a que cesara de latir el corazón y se extinguiese la inteligencia, y se paralizase la mano que se hubiera armado en defensa propia, y dejado en el pecho de su contendor profunda herida. Si esto hubiera pasado en vida de Humboldt habríase visto al augusto anciano defender la ciencia de la cual era gran representante, contra los tiros personales de un neófito.

Meditando acerca del escrito de Lamartine, nos parece hallar en él desahogos de una venganza, por mucho tiempo reprimida. No es una biografía, ni un estudio, ni una lectura, mucho menos una crítica. El autor, enemigo sistemático de las ciencias exactas, manifiesta una completa ignorancia en materias científicas. No tiene método, ni plan, ni ha leído por completo ninguna de las obras de Humboldt, ni conocido la bibliografía humboldtiana, ni estudiado las numerosas lucubraciones del autor a quien censura. No apoyando sus opiniones en ningún juicio dado por autoridad científica o por una corporación de sabios de distintas nacionalidades, únicos jueces competentes para sentenciar a Humboldt, la extensa disertación del poeta, sus sofismas, sus opiniones arbitrarias no pasan del radio del escritor. Por otra parte, las contradicciones en que incurre, su misma confesión de que no pudo nunca leer por entero las obras de Humboldt, su antipatía personal a éste que se trasluce en cada frase, y la disparidad de origen y de creencias, todo condena al poeta y le presenta como un espíritu rencoroso.

Parece que le domina una idea, la religiosa. Ofendido de no hallar en el Cosmos el nombre de Dios, prorrumpe en frases contenciosas que le equiparan con los clérigos católicos de Alemania, hablando desde la cátedra del Espíritu Santo, contra el viejo impío y renegado que no había hecho sino corromper la juventud con sus escritos.

Toda crítica necesita sólida instrucción, confianza del autor en sí mismo, tendencias sanas, exclusión completa de venganzas personales; fuentes que conducen al escritor justo al verdadero campo de los hechos. La crítica grosera y apasionada es fácil, y por esto transitoria en sus efectos; mas la crítica filosófica es obra seria, porque en ella se refleja la aptitud de dos inteligencias. La crítica supone el conocimiento completo de la materia de que va a tratarse, y en cuestiones de ciencia más que en otras, se requiere la observación basada en el estudio. Presentar el conjunto de los sabios europeos y americanos, y sobre todo, de los franceses, en el espacio de setenta años, a merced de un traficante que supo captárselos por medio de la lisonja y de la astucia, es el más atroz sarcasmo que podía lanzarse contra la sociedad moderna; es echar lodo sobre tantos hombres insignes que giraron en torno de Humboldt, sino otra ambición que la ciencia, sin otro fin que el progreso.

Así no se juzga una época inmortal. En los tiempos que atravesamos es ya imposible que haya mediocridades científicas, más aún, prestidigitadores. Pasaron los días de la alquimia y de la astrología para dar cabida a los espíritus superiores y emancipados, que con sus fuerzas propias ayudan a levantar el edificio de la civilización moderna. En ciencia más que en literatura, bellas artes y política, las falsas reputaciones son insostenibles. Esto es lo que más caracteriza la ilustración de la época. Brillar durante ochenta años, descender al sepulcro, coronado de gloria y continuar después viviendo en el recuerdo de las gentes, es dón del genio. El hombre que, como dice el mismo Lamartine, tuvo a su disposición sa-

bios y academias, reyes y pueblos, y supo crearse un culto casi por un siglo, culto que ha continuado después de su muerte; este hombre, cualquiera que sea, llámese sabio, explorador, Colón científico de los tiempos modernos, nuevo Aristóteles, o jugador de manos, farsante, prestidigitador, o hábil diplomático científico, tiene que ser un genio.

Lejos de nosotros la idea de defender a Humboldt, que eso sería una temeridad. La altura a que llegó aquél hace tan inútil la detracción como innecesario su combate. Humboldt está ya juzgado, y no puede descender de la cima que supo conquistar. Ahí está el festejo de su primer centenario. Lamartine muere precisamente en el año en que el mundo solemnizaba el aniversario del gran explorador (1869). Esta fecha fué un triunfo en Alemania, en parte de Inglaterra, de Italia, de Rusia, de los Estados Unidos de América y en Caracas, Buenos Aires y Chile. Nunca homenaje tan espontáneo y general había sido tributado a los genios que de cuando en cuando, aparecen como meteoros. Schiller, Dante, Goethe, Cervantes, etc., no han traspasado en las centurias de la admiración de las naciones a que pertenecen. Sólo Humboldt ha tenido la gloria de ser celebrado en ambos mundos: es la apoteosis del genio, decretado, la primera vez, por el género humano, sin distinción de creencias ni de nacionalidades.

Pero hay un punto que aclarar, y en el cual queremos detenernos: la idea religiosa.

Asegura Lamartine que Humboldt nunca nombra a Dios en sus escritos. Esta es una impostura. Le nombra una, dos, tres y más veces, y lo hace donde debe, en la parte contemplativa del Cosmos, en la que con pinceladas magistrales, pinta el reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre, en todos los pueblos, y describe el sentimiento de la naturaleza, según la diferencia de las razas y de los tiempos. Nada más admirable en el Cosmos de Humboldt que esta parte contemplativa, en la cual campean el buen gusto, la imaginación y el sentimiento estético del autor. Es un poema donde descuellan las bellezas del paisaje, y se escuchan las armonías y cantos de la Naturaleza, y se siente la vida de todos los seres, y se comprenden las emociones de la familia humana, en presencia del panorama de luz y de colores, animado por el soplo del Eterno. Sublime cuadro que debían leer y releer los espíritus cultivados, los corazones sensibles a la belleza y al amor de Dios.

Abramos el segundo volumen del Cosmos y hallaremos que, cuando el autor habla de la influencia del Cristianismo sobre la sociedad humana, dice: "Mientras se agotaban los sentimientos que había inspirado la antigüedad clásica, que separando los ánimos del estado pasivo del mundo inanimado los dirigía hacia la acción y manifestación de las fuerzas humanas, aparecía *un nuevo espíritu, el cristianismo, que se extendía poco a poco llevando a todas las esferas su benéfica influencia*. Ocupado, aun allí donde prevalecía como religión del Estado, en la emancipación civil de la raza humana y de la rehabilitación de las clases inferior-

res, a la vez emancipaba a la naturaleza ensanchando sus horizontes. Ya no se fijaba la vista constantemente en las formas de las divinidades paganas. El Creador (así nos lo enseñan los Padres, en su elegante lenguaje, frecuentemente adornado de brillantes imágenes y de poesía) se muestra tan grande en la naturaleza inanimada como en la viviente, en la lucha desordenada de los elementos, como en el apacible curso de un desarrollo orgánico. . .

“El cristianismo preparó los espíritus para que buscasen en el orden del mundo y en las bellezas naturales, el *testimonio de la grandeza y excelencia del Creador. Esta tendencia a glorificar la Divinidad en sus obras debió desarrollar el gusto por las descripciones*”.

Y después agrega:

“La afición a las descripciones poéticas entre los cristianos, no es el sólo efecto de esta *glorificación de la divinidad por la entusiasta contemplación de la Naturaleza*; puede decirse también que en el primitivo fervor de la nueva fe, a la admiración acompañaba siempre el desprecio hacia las cosas humanas”.

Hablando de la literatura descriptiva de la India, Humboldt dice:

“Esta impresión dominante que ejerce la Naturaleza sobre la conciencia de todo un pueblo, se manifiesta especialmente en los sentimientos religiosos y en el *homenaje tributado al principio divino de la Naturaleza*.”

Y hablando de los caracteres distintivos de la poesía de la Naturaleza entre los hebreos, se expresa así: “La Naturaleza no está representada en ella como poseyendo existencia aparte y merecedora de homenajes en virtud de su propia belleza, sino que siempre se aparece a los poetas hebreos, en *la relación con el poder espiritual que la gobierna desde lo alto*. La Naturaleza es para ellos una obra creada y ordenada, *la expresión viviente de un Dios por todas presente en las maravillas del mundo sensible*”.

Al extenderse sobre los caracteres de la poesía bíblica, después de copiar hermosos salmos de David, Humboldt agrega: “Este contraste, estas miras generales sobre la acción recíproca de los fenómenos, esta vuelta al *poder invisible y presente que puede rejuvenecer la tierra o reducirla a polvo*, todo está impregnado de un carácter sublime”.

Pero, no es solamente en el Cosmos donde Humboldt reconoce el principio divino de la Naturaleza, y la causa primera de todo lo creado. Desde sus primeras obras, parece que esta idea le acompañaba. Leyendo la descripción del célebre terremoto de Caracas (1812), en la edición alemana del “Viaje a las regiones equinocciales”, tropezamos con la siguiente frase, al hablar del toque repentino de las campanas, en el instante del gran sacudimiento de la tierra: “*Fué la mano de Dios, no la del hombre, la que tocó aquel lamento funeral. (Es war Gottes, nicht Menschenhand, die hier zum Grabgeläute zwang)*”. (1)

(1) Cita copiada por Agassiz en “Address delivered on the centennial anniversary of the birth of Alexander von Humboldt, under the auspices of the Boston society of natural history”.—1869.

Todavía más. En las líneas trazadas por Humboldt, al pie del cuadro artístico de Hildebrand, donde este pintor representa al sabio en su biblioteca, hay un concepto que es resumen de las creencias del magno explorador, cuando dice que “el hombre con el ánimo abierto a todas las emociones recorre investigador y lleno de presentimientos el *sublime reino de Dios*, abrigando siempre la temeraria esperanza de descifrar el *enigma de la Naturaleza*”.

Hé aquí las creencias de Humboldt: hé aquí la verdad ante la grandeza del universo, la fe ante la ciencia, la realidad, los descubrimientos, el afán constante de los hombres ante el misterio, barrera eterna entre Dios y la criatura. En presencia de las miserias humanas, duélese el alma al ver descender los espíritus elevados al fango de las pasiones, para ser víctimas de sus propias faltas. ¿Por qué Lamartine, que en sus obras reconoce la bondad de una Providencia que rige el mundo, y a la cual glorifica en frases inmortales, se olvidó por un instante de la caridad, que como dijo el Apóstol de las gentes, es Dios mismo? ¿Por qué negar al genio, si el genio es de emanación divina? ¿Por qué negarle la luz a la razón si ésta es guía celestial de los espíritus enaltecidos? El odio, la envidia, son alimento de los corazones depravados y de los talentos mezquinos, casi nunca de los caracteres esclarecidos. Sólo la tolerancia acerca los corazones, funde las inteligencias, y conduce el espíritu hacia las inefables claridades de la vida de los inmortales.



LOS PRECURSORES DE COLON

Todo se armoniza en el sublime organismo de la Tierra: océanos, continentes, atmósfera, temperatura, roca, mineral, vegetal y animal, todos contribuyen al sostén de la vida que no puede existir sin movimiento, cambio, desarrollo, acciones y reacciones regidas por leyes fisiológicas, desde el más pequeño de los organismos hasta las moles rocallosas que constituyen la armazón del mundo terráqueo. No hay sección de esta maquinaria admirable que no funcione ni fenómeno que no sea resultado de leyes constantes e inmutables. La isla más insignificante está en continua comunicación con el continente o archipiélago más próximo, con los vientos que la bañan, con el sol que la nutre, con el vegetal y animal que la pueblan. No hay cordillera que no comercie con el Océano al cual envía sus ríos, cargados de materiales terrestres, ni mar que no evapore sus aguas y las entregue a los vientos. Los mediterráneos no son obra del acaso sino centros de calor y de vida; los golfos, no caprichos de la línea curva sino remansos necesarios para la circulación general, en tanto que los volcanes representan válvulas de seguridad. Las corrientes aéreas y pelágicas son agentes de nutrición, fuente frigorífica las cimas nevadas y polos de la Tierra, y focos de calor los desiertos y la Zona Tórrida. Los ríos buscan las costas de los continentes porque representan la circulación venosa que necesita del pulmón oceánico para retornar pura a las montañas, y las nubes solicitan las alturas y los valles para descargar el agua pura elaborada en las elevadas regiones de la atmósfera. Las articulaciones de los continentes, la dirección de las montañas, sabanas, desiertos y altiplanicies son otros tantos órganos que desempeñan funciones fisiológicas. La porción sólida del Planeta tiene que estar fija para poder elaborar materiales; la líquida tiene que ser movable para nutrir los organismos; la atmósfera tiene que ser gaseosa para abrazar el planeta y penetrar hasta sus sitios más recónditos.

¿Qué fuerza guía la ola que en ríos caudalosos forman las corrientes y contracorrientes pelágicas? ¿Qué fuerza conduce la onda aérea que engendra las corrientes y contracorrientes atmosféricas? Una sola, el sol, piloto eterno de las aguas y de los vientos al través de los continentes y de los mares.

Pero, en el sostén de la vida terrestre, no todos los órganos funcionan de igual manera. Existe una región privilegiada que desempeña un gran papel en el desarrollo de la vida. De las diversas secciones de la tierra, América es el centro primordial, el *opus magnum* del sublime organismo. Aparece como aislada en

medio de las grandes porciones del Océano que la circundan; pero a proporción que se ensancha de Sur a Norte, se incorpora con los continentes que, aglomerados en el Polo Artico, forman el núcleo sólido de la costra terrestre. La extensión de América, sus articulaciones, su altura, sus montañas, ríos, lagos y dehesas, todo la caracteriza como la porción privilegiada del Planeta. En América está el dorso de la tierra, los Andes que se dilatan de uno a otro Polo con sus cimas coronadas de hielo y fuego; en América, el corazón del Océano con sus arterias de agua caliente que se bifurcan en la región de Atlante y llevan vida y calor a las costas del Viejo Mundo: en América el seno de la tierra, su Ecuador, inflado, con pezones de nieve y grana que tiemblan a impulso del fuego planetario. Todos los continentes envían a la América las emanaciones de sus florestas que, conducidas por los vientos alíseos, depositan en los Andes el agua de todos los mares. Por esto dijo Maury, que nosotros respiramos el aroma de los canelos de Ceylan y de las magnolias del Teschedama y de las selvas de Australia, de Asia y del Mediterráneo; por esto nada tan majestuoso y sublime como los ríos americanos, Mississipi, Orinoco, Amazonas, Plata, hijos de los Andes, que regalan al Océano sus aguas y los dones de la riqueza americana. A la América se dirige la corriente del Norte del Pacífico que, trasformada en contracorriente, baña por el Oeste la costa americana, y a la América se dirigen las aguas polares y los vientos del Oeste que derraman sobre ella las emanaciones del grande Océano. Sin esta América situada en medio de las antiguas y modernas civilizaciones y en la cual prosperan los pueblos más elevados de la tierra; sin esta América, emporio de Flora, patria de los lagos y de los ríos, cuna del diamante y del oro, cuyas dehesas forman horizonte, cuyos volcanes escalan las nubes, cuyo suelo guarda todas las formaciones geológicas del Planeta; sin esta América coronada de miriadas de estrellas que llenan el firmamento, la vida sería imposible; porque en América es donde está el corazón que late y derrama torrentes de vida, y la espina dorsal que sostiene el organismo, y brilla el trono del sol, alma fecundadora de los mundos planetarios.

En cierto día del año de 1757 una embarcación inglesa que salía de La Guaira encontró a poca distancia del puerto un buque desmantelado que, sin rumbo y dirección, iba a ser lanzado a la costa. Tenía por tripulación hombres-espectros en cuyos semblantes se pintaban el hambre, la desesperación y la muerte; los que socorridos al instante pudieron ser conducidos a La Guaira, donde la compasión pública hubo de prestarles todo género de auxilios. ¿Quiénes eran estos náufragos y de dónde venían? Era una pequeña goleta cargada de trigo que saliendo de Lanzarote para Santa Cruz, en las islas Canarias, fué combatida por una tempestad, la cual la precipitó al Oeste. Arrastrada entonces por la corriente equinoccial y los vientos alíseos, no pudo remontar y, ya sin víveres y sin agua, hubo de entregarse a merced de la ola que la condujo a costas desconoci-



LIT. Y TIP. DEL COMERCIO.

Antiguo Templo de la Santísima Trinidad, hoy Panteón Nacional

Foto. Lessmann. (Véase página 62).

das. (1). En 1731, otro bajel cargado de vino, yendo de Tenerife a la Gomera, en el mismo grupo de las Canarias, después de haber luchado contra los vientos contrarios y sufrido la misma suerte de la embarcación de Lanzarote, llegó con seis marineros a las costas de la isla de Trinidad, donde fué favorecida por la población, según nos lo refiere el Padre Gumilla. (2). De doce esclavos escapados de un buque negrero que salió de las costas de Africa en 1797, sólo tres que sobrevivieron al furor de las olas, pudieron llegar salvos a la isla de Barbada, en las Antillas menores. Un hecho todavía más sorprendente que los anteriores, es el que se refiere al naufragio de la rica efigie de la Soledad que posee el templo de San Francisco, en Caracas. Los bultos que la contenían aparecen en 1651, en las costas de Naiguatá, donde residía el señor del Corro, para quien venía aquella efigie, muchos días antes que el buque conductor. Y fué que habiendo salido la embarcación del puerto de Vigo, en las costas españolas, la azotó el mal tiempo, y, para salvarse, arrojó al agua gran parte del cargamento. Algunos de

(1) Viera, *Historia de las Islas Canarias*.

(2) Gumilla, *El Orinoco ilustrado*.

los efectos llevados entonces por la corriente y los vientos, llegaron primero a las costas venezolanas, como nuncios de un suceso cuyos pormenores se conocieron más tarde. (3)

¿Qué fuerzas impulsaron estas diversas embarcaciones desde las costas europeas a las americanas, desde las Canarias y mares de España hasta las Antillas y costas de Venezuela? La corriente equinoccial que sigue su curso de Este a Oeste en todo el Océano, en dirección contraria al movimiento de la Tierra, y los vientos alíseos que siguiendo el mismo rumbo favorecen la comunicación entre Europa y América. Es la misma corriente marina que descubrió Colón en su tercer viaje y la cual le condujo en triunfo a las costas de Paria. Tal es el camino trazado por la naturaleza para comunicar por el Atlántico los dos mundos; por él pasaron las generaciones de los tiempos primitivos de América; por él han continuado los sucesores de Colón, desde el día en que el pabellón de Castilla flameó en las costas de Guanahaní, y el cañón retumbó por la primera vez en las soledades del Atlántico.

Trasladémonos ahora a las costas opuestas para trazar la vía que, desde los mares del Nuevo Mundo, comunica al hombre americano con el continente europeo.

En 1508 una embarcación francesa encuentra cerca de las costas de Inglaterra una canoa llena de indígenas americanos. Es un hecho que en las costas de las Hébridas, de Noruega, de Laponia y hasta el Báltico el mar arroja constantemente frutos de los trópicos, y que en algunos de estos sitios se han encontrado restos de naufragios acaecidos en las Antillas. Los habitantes de las islas Azores referían que cuando soplabla el viento de Oeste, el mar traía a las costas troncos de pinos de especies diferentes de las conocidas en aquel lugar, sobre todo en las islas de "Fayal" y la "Graciosa". En las playas de la isla de Flores se encontraron antes de Colón, según refiere el cronista Herrera, dos cadáveres de razas diferentes a cuantas hasta entonces se habían conocido, y a la misma época se refiere la aparición de dos canoas con hombres extranjeros que pasaron de una a otra isla. Maderas esculpidas se vieron, antes de Colón, a cuatrocientas leguas de distancia del Cabo San Vicente, en Portugal, y en la isla de Madeira se cogieron cañas que podían contener, de uno a otro nudo, nueve garrafas de vino, según refieren los antiguos cronistas. Los habitantes de Flores, en las Azores, hablaban de armadillas que habían visto en sus costas. En las islas de Hierro y la Gomera, del grupo de las Canarias, cuenta el historiador Viera, que se habían visto frutos y árboles de las Antillas, que los habitantes del Archipiélago suponían venir de la isla Balandran, situada al Oeste. Troncos de cedro y cañas de bambú han sido arrojados por el mar a las playas de Tenerife. Y hubo

(3) Este hecho está consignado en un libro manuscrito de los frailes franciscanos que posee la Universidad de Caracas.

un caso, finalmente, en que los despojos de un naufragio en las costas al N. O. de Africa fueron recogidos en las de Escocia, después de haber atravesado dos veces el Atlántico, una de Este a Oeste, conducidos por la corriente equinoccial, y otra de Oeste a Este por los ricos pelágicos del Atlántico, como refiere Humboldt. (4) Estos y mil hechos más están confirmados por el relato de los cronistas antiguos y por el testimonio de viajeros modernos.

¿Qué fuerza es la que conduce a los mares del Norte, a las costas de Escocia, de las Hébridas, de Noruega y del Báltico frutos tropicales y restos de naufragios en el mar antillano, y en las costas de Africa y de Portugal; que deposita en las islas Canarias y Azores árboles, frutos y maderas de América, y armadías y cadáveres de los pobladores del Nuevo Mundo? Tal fuerza es el río pelágico, el corazón de Atlante que al ensancharse desde el golfo mexicano envía sus arterias hacia el Norte y Noroeste y Este y baña el Polo Artico, y las costas occidentales de Europa, llevando al Viejo Mundo calor y vida.

Hé aquí a la América comunicándose por el Este con las naciones occidentales de los antiguos continentes. ¿Qué camino le ha trazado la naturaleza por el Oeste para comunicarse con las naciones del Asia oriental? Veámoslo.

En toda época se han encontrado en las costas de California embarcaciones del Japón que han sido arrastradas por la corriente, y según dice el célebre Maury, marinos japoneses han sido en muchas ocasiones, arrojados sobre las costas americanas. No hace mucho que un junco del Japón perdido a cien millas de distancia de las costas americanas, fué conducido a San Francisco, y ya en el siglo XVI, según el cronista Gomara, se hablaba de haberse encontrado en las costas de Quivira y Cíbora, (el Dorado de México) los restos de una embarcación de Cathay.

¿Qué corriente conduce a la costa de California los hombres y productos del Asia oriental? La corriente del Norte del Océano Pacífico que después de bañar la China, el Japón y sus numerosas islas, sigue a lo largo de las costas occidentales de la América del Norte y de México para reunirse con la corriente equinoccial que, como hemos dicho, corre de Este a Oeste.

Una pregunta se ocurre después de lo que dejamos expuesto: ¿cómo se pobló la América, por dónde entró el primer hombre y a qué nacionalidad perteneció? Hé aquí una cuestión compleja, descifrable en parte y que tiene el interés de cuanto se conexiona con los orígenes históricos del continente americano. Investigar por dónde entró el primer poblador del Nuevo Mundo, y si fué africano, europeo o asiático es remontarse a la noche de los tiempos para resolver a tientas la solución de un enigma. Seguir al hombre extranjero en sus peregrinaciones de Este a Oeste, de Norte a Sur o de Oeste a Este, en su lucha con el

(4) Humboldt, *Histoire de la géographie du nouveau monde*.

Océano, con la naturaleza americana, con las necesidades y miserias al través de dilatadas regiones, abrasadoras unas, frías e inaccesibles otras, es penetrar en el dominio de los mitos americanos, sin más luz que nos guíe que el estudio de la etnografía y de la anatomía comparada, de las tradiciones, de la cerámica y los monumentos históricos, únicas fuentes que pueden consultarse cuando se trata de resolver una historia que remonta a las primeras épocas del mundo. Como el geólogo que para conocer la historia de la Tierra estudia los terrenos y los fósiles, representantes de la Flora y Fauna de las épocas pasadas, así el historiador que quiera penetrar en el conocimiento de los orígenes del Nuevo Mundo tiene que estudiar los jeroglíficos, los monumentos, las tradiciones, la cerámica y las diversas lenguas, para deducir por analogía y aproximadamente, la época de la cuna americana, y poder a lo menos, en defecto de toda cronología y de toda historia anterior a la era cristiana, reconocer las diversas nacionalidades que trasladaron sus creencias y costumbres a las comarcas del Nuevo Mundo.

Hay ya hechos reconocidos por la sociedad moderna y sancionados por la crítica histórica: tales son, la entrada de los Escandinavos por el Norte, durante el siglo XI, los cuales fundaron colonias en el vasto territorio que se extiende desde la América insular hasta las Carolinas: la introducción del Cristianismo en América por los Irlandeses, quinientos años antes de Colón: la corriente de emigración establecida por los Chinos, Japoneses y otros pueblos del Asia oriental con las costas americanas. Por lo que respecta al resto del continente, la ciencia no puede fijar una data segura aunque reconoce que el hombre americano se remonta a muchos siglos antes del Cristianismo, y que en el proceso de su historia tomaron parte, Caldeos, Egipcios y Fenicios, Cartagineses, Iberos, Vascos y Normandos por el Este, Malayos, Tártaros, Tibetianos, Chinos y Japoneses por el Oeste.

Numerosos estudios atestiguan estos diversos orígenes. En la isla de Piedra en Río Negro, afluente del Amazonas, yace una roca en la cual está esculpida la figura de una galera antigua. Los cronistas castellanos refieren que los primeros pobladores de México vinieron de la Florida, y según las tradiciones indígenas de Yucatán, probadas por los documentos y libros sagrados de los Quichuas, los fundadores del imperio de los Aztecas pasaron de Haití a Cuba, después de haber salido de las Canarias. (5). Según las tradiciones de los Aztecas, de los Chibchas y de los Incas, el hombre blanco, el fundador primitivo de la civilización en cada uno de los tres centros del continente, México, Cundinamarca y Perú, apareció por el Este. Tres lagos sintetizan en estas regiones el primer culto del hombre americano: Tezcuco, Guatavita, Titicaca; y tres figuras representan la primera sociedad: Quetsalcoatl, o Votan, Bochica o Suha, Viracocha o Manco-Capac. Costumbres, creencias, mitología, gobierno civil, nociones astronómicas, arquitectura, cerámica y obras de arte recuerdan en las diversas secciones de América a los antiguos pueblos de Asia y del Norte de África.

(5) Brasseur de Bourbourg, *Le livre sacré ou les mythes de l'antiquité américaine*.

Pero si numerosas observaciones prueban la corriente de civilización de Este a Oeste, es decir, desde los pueblos occidentales de Europa y Norte de Africa, hechos numerosos prueban igualmente que América fué también poblada por el Oeste, ya por medio de la corriente pelágica de que hemos hablado, ya por los archipiélagos de las Kuriles y Aleutianas que se comunican con la península de Alaska. Según sabias investigaciones, los Chinos conocieron la América desde el siglo V de nuestra era y sus embarcaciones salían de los archipiélagos mencionados para llegar a las costas de América que ellos llamaron Fou-sang. Según los estudios de Humboldt, Siebot y Paravey, el gobierno civil y religioso de los Chibchas que poblaron la llanura de Bogotá, así como su calendario y su lengua, tienen mucha semejanza con las instituciones y lengua del Japón; y los numerosos escritos acerca de México y del Perú, prueban que los pueblos del Oeste de América participaron, más que los del Este, de la influencia de las naciones asiáticas que están al Norte del Gran Océano. Así, cuando se dice que los pobladores de América vinieron del Este, es necesario comprender, no sólo la influencia asiática por el Oeste, sino también la corriente de civilización que partiendo del Asia siguió a las costas del Mediterráneo y avanzó hasta las Columnas de Hércules, para seguir después al Atlántico y continuar en el continente opuesto la obra de siglos.

El descubrimiento y colonización de América en los días remotos de la historia del hombre, no defraudan en nada la gloria de Colón. Todo lo había sepultado el tiempo en la noche del olvido, y sociedades y pueblos habían desaparecido sin dejar huellas de sus peregrinaciones. Durante los últimos veinte años del siglo XV los mitos geográficos llamando la atención pública en Europa, exageraron la existencia del Asia al Oeste del Atlántico, como lo habían asegurado Marco-Polo, Toscanelli, los poetas de aquel tiempo y el mismo Colón, hombre versado en los estudios científicos de su época. A esto se unían las señales del Atlántico que depositaba en las islas vecinas a las costas españolas, objetos que revelaban la existencia de tierras al Oeste de las Columnas de Hércules, cuando en medio de un eclipse de siglos aparece el genio inspirado que se atreve a desgarrar el velo de la sombra y a presentar el astro refulgente de la verdad en toda la plenitud de su belleza. Antes de Colón, la duda, los errores científicos, los mitos geográficos: después de Colón, la luz, los descubrimientos, el conocimiento de la tierra, el ensanche de la sociedad. Su principal gloria consiste en haber completado el organismo terrestre y haberlo entregado a las "especulaciones" del espíritu científico, hé aquí su obra. Venciendo el Océano, ensanchando el horizonte del mundo físico, despertando la ambición de las conquistas intelectuales y morales, completando el círculo de los fenómenos de la naturaleza, Colón lanza la Tierra y las naciones que la pueblan a la altura de grandes y fecundos destinos. Colón

es no sólo el descubridor de América, es la revelación de los tiempos modernos; su obra se sintetiza por las conquistas de tres siglos y el porvenir del mundo.

¿Quiénes fueron los precursores de Colón? ¿Fueron los Japoneses y Chinos del siglo V que penetraron por el mar Bermejo y las costas de Alaska, o los Malayos, Tártaros, Tibetianos, antes de la era cristiana? No. ¿Fueron los Escandinavos del siglo XI que descendieron por el Norte y fundaron en la América Inglesa las primeras colonias del Continente, o los Irlandeses que introdujeron en éste el Cristianismo quinientos años antes de Colón? No. ¿Fueron los Caldeos, Egipcios, Cartagineses, Fenicios, Iberos, Vascos y Normandos que, siguiendo el impulso de la civilización asiática, pasaron la última Tule y penetraron con sus galeras en el mar antillano antes de Jesucristo? No. Es necesario remontarse todavía más allá. ¿Fueron los árboles y frutos de América, los bambúes, los cedros, los pinos, lanzados por el corazón de Atlante a las costas de las Azores y de las Canarias, de las Hébridas y de Escocia, de Noruega y del Báltico? No; que todavía existe algo más remoto. ¿Dónde hallar entonces el precursor misterioso que antes del hombre había ya comenzado a comunicar los dos mundos? Tal precursor es la ola que desde el día en que se consolidaron los continentes actuales nos refiere la historia de los siglos geológicos y las peregrinaciones de la sociedad humana; la ola que llamando constantemente a las costas occidentales de Europa y de Africa ha revelado la existencia de un mundo al Oeste del Atlántico; la ola, libro abierto de todas las épocas al través del tiempo y de los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad. La ola fué el primer presente que se hicieron los continentes y la primera manifestación de lo desconocido. Conduciendo al Viejo Mundo los frutos de América habló al hombre primitivo y éste se dejó llevar por la corriente propicia que le condujo a la tierra de promisión.

Pero hay algo todavía más elocuente que la ola conductora de vegetales, despojos de naufragios y de cadáveres mutilados; y algo más expresivo que los Caldeos, Egipcios, Fenicios, Iberos, Vascos y Normandos, primeros navegantes del Atlántico: ese algo es el cantor de la naturaleza que cautiva el alma porque posee el lenguaje divino. Colón al lanzarse a lo desconocido necesitó de un guía y este guía no podía ser sino el ave que debía traerle, en sus horas de angustia y de duda, recuerdos de la familia y señalarle el camino de la nueva patria y mostrarle el cielo como único refugio de todos los que aguardan. La travesía de Colón por las aguas de Atlante es el triunfo del ave. El 7 de setiembre de 1492 deja las costas de Gomera y Tenerife y a poco ve desaparecer bajo el horizonte los perfiles del Viejo Continente. El 14 los marinos de la carabela "Niña" ven una golondrina de mar y un faetón (rabo de junco) que vienen a encontrar el convoy. El 18 se divisan por el Poniente multitud de aves marinas, y a ellas se dirigen todas las miradas hasta que desaparecen en lontananza: eran los primeros nuncios de la tierra americana. El 19 visitan la nave almirante dos sulas (alcatraces) que Co-

lón contempla con amor. Se habían ya caminado cuatrocientas leguas. El 20 la visitan de nuevo tres sulas y una gaviota. Desde el amanecer la carabela de Colón se llena de pajarillos que trinan durante el día y parten al caer el sol, después de haber cautivado a la tripulación. ¿Adónde iban? Regresaban al hogar, cuando de pronto vióse una cuarta sula en la dirección del O. N. O. al S. E.: era un nuevo nuncio que señalaba el rumbo de la tierra americana. El 22 se ven diversas aves y entre éstas un petral (pardela). Una tórtola acompañada de un sula visitan a Colón, el 23, y el 24 recibe dos sulas y una pardela. El 27 vuelve de nuevo el faetón. Aparece por la primera vez el 29 la fragata que altanera cruza el espacio, lanza a los aires su grito penetrante y desaparece: era el primer alerta de la tropa alada que señalaba la costa en lontananza. Se habían ya caminado seiscientas leguas. Para el 2 de octubre vuelve la gaviota, y pardelas el siguiente día. El 4 una bandada de petrales cruza los aires y con ella, dos faetones, una fragata y la gaviota: eran los terceros nuncios de la tropa alada que en concierto comunicaban a las costas americanas la llegada de los descubridores. El 5 vuelven los petrales en tanto que peces voladores visitan la carabela del almirante.

El 7, día domingo, era el fijado por el ave para señalar el puerto deseado. Desde la carabela "Niña", Alonso Pinzón divisa una bandada de papagayos hacia el S. O.; al instante se comunica con Colón, le suplica cambie el rumbo, a lo que accede el almirante. "Jamás vuelo de ave, ha dicho Humboldt, tuvo consecuencias más graves en los tiempos modernos. El cambio de rumbo efectuado el 7 de octubre decidió de la suerte que tuvieron los primeros establecimientos castellanos en América. (6). ¿Qué hubiera sucedido si Colón no se dirige al S. O.? Arrastrado por la corriente cálida de la Florida habría descubierto las islas de Bahamas y la América del Norte. El 8, las aves terrestres volaban hacia el Sur; cornejas, ánades y un faetón, y en la noche del 9 se sienten pasar muchas aves. Para el 11 una escena imponente cautiva las miradas de los navegantes: aparecen un petrel y con él "una rama de ojiacanto en flor y un nido de pájaros suspendido de una rama rota por el viento, lleno de huevecillos a los cuales cubría la madre todavía al dulce arrullo de las olas", y objetos de arte, entre otros, un bastón artísticamente cincelado: eran el artista, cantor de la naturaleza, que enviaba a Colón su obra y la madre de sus hijos, éstos todavía ignorantes de la luz; y el hombre americano que le enviaba también sus obras, como para anunciarle que debía recibirle al siguiente día. "El ave, ha dicho Lamartine, fué el piloto celeste que la Providencia parecía enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecía". Sí, el ave que tiene del cielo el canto, las alas del ángel y de la luz los colores, que es el meteorologista por excelencia y figura en todas las cosmogonías de la tierra americana debía ser el piloto y el clarín de la victoria del descubridor del Nuevo Mundo.

(6) Humboldt, *Historie de la Géographie du nouveau monde*.

LOS DOS ISTMOS

El dorso de la tierra va a ser herido en el istmo de Panamá para comunicar los Océanos Pacífico y Atlántico, de la misma manera que lo fué el istmo de Suez para comunicar el Mediterráneo con el Mar Rojo. Hace diez años que desapareció la célebre lengua de tierra que unía el Africa al Asia, y los antiguos continentes se acercaron; y aquel Mediterráneo, cuna de las civilizaciones de Egipto y de Arabia, de Persia y de Grecia, de Roma y de Cartago, de Galia y de Iberia, teatro de proezas sin cuento en los anales del mundo, no es ya la cuenca limitada al Oeste por el peñón de Gibraltar, centinela extranjero, siempre sañudo en las costas gaditanas, sino la mar libre que ensanchando sus aguas por el Golfo arábigo se comunica con las costas africanas, con el continente asiático y los numerosos archipiélagos del mar índico, y sigue y se espacia por las dilatadas regiones de Oceanía, conduciendo el hombre europeo hasta los confines del Polo austral. Desde entonces la ola celebra los triunfos de la ciencia moderna que proclama la libertad del comercio, la fusión de los pueblos, el desarrollo del trabajo y la fraternidad humana.

De igual manera quedará rota la continuidad de los Andes, cuando se abra el estrecho de Panamá, y a la América se acerquen Australia y Asia y éstas a las costas europeas y africanas, y, el globo sin trabas geográficas, no tenga sino una sola vía, la vía oceánica que hará de los continentes una patria común y de los pueblos una familia. Esto será el triunfo de la ciencia que va a excavar de nuevo la costa terrestre, como si dijéramos, un surco en la mole de los Andes.

Hubo un tiempo en que el Océano libre se comunicó con las tierras, y pasaron las aguas del Pacífico al Atlántico, y del Mediterráneo al Mar Rojo: fué la época de la infancia de los continentes cuando, en las regiones de Suez, numerosos golfos sirvieron de estación a la ola viajera, y en las regiones de América, hileras de archipiélagos en la dirección de los Polos, eran el taller de los volcanes, de los espasmos orgánicos y de los pólipos constructores. Las aguas bañaron entonces las numerosas tierras, y la ola libre comunicó los archipiélagos, cuna de los continentes. Pero en el desarrollo natural, las fuerzas del organismo unieron el Africa al Asia, y quedó América aislada en medio de las aguas: era que la tierra entraba en la edad adulta.

Romper hoy esta armazón sólida ¿será retroceder a la infancia del planeta, será turbar las leyes del organismo y modificar la meteorología actual? Un escri-

tor moderno ha dicho que el taladro de las cordilleras, la destrucción de las selvas, explotación de las minas, ruptura de los istmos, desecamiento de los lagos, en una palabra, las obras del hombre, llegarán a turbar el equilibrio terrestre: es decir, que la ciencia acabará con el mundo. (1). Esto nos parece exagerado. El equilibrio del organismo no puede ser turbado por heridas leves. Mientras que la masa oceánica no invada los continentes y éstos no sean destruídos; mientras que los archipiélagos y cordilleras no se hundan, y la calota de hielo que cubre los polos no se sumerja, lo que se efectúa cada diez mil quinientos años; mientras que la acción térmica del sol no mengüe y la atmósfera no se reduzca, nada hay que temer: modificaciones locales, cambios transitorios en la meteorología de una región no influyen en el desarrollo y cumplimiento de las leyes generales del organismo. El Océano tiene sus límites de los cuales no puede pasar; los espasmos del planeta consolidan la costra terrestre; si una isla se hunde, otra surge; si un volcán destruye, otro en plena paz asilo es del hombre; si los ríos se desbordan, limo dejan a los pueblos industriosos; si el rayo eléctrico, por excepción mata, quema también, a toda hora, los miasmas deletéreos: la tempestad es un accidente, ley del progreso la lucha, la muerte una necesidad, un cambio. La apertura de un canal, la perforación de una montaña no son sino incidentes en el desarrollo de la tierra. El hombre armado de la ciencia puede mejorar el organismo, jamás destruirlo. En el progreso de las fuerzas físicas el hombre trabaja como el zoófito que ensancha las islas con sus bancos de madrépora, como el vegetal que aglomera combustibles carboníferos en los deltas actuales, como el pájaro que deposita en regiones ignoradas sustancia fertilizante para las futuras generaciones, como el río, en fin, que lleva al Océano los despojos de las cordilleras para colmar el seno del abismo. Vivimos sobre los despojos de las pasadas generaciones, como ha dicho Byron, y las que nos sucedan vivirán de las obras y despojos de las actuales. Lo que pasa es repetición de lo que ha pasado desde la infancia de la tierra. El trabajo secular de la planta, de la roca, del animal y del hombre, de los vientos y de las aguas, no hace sino transformar unos elementos en otros, en pro de la unidad orgánica; mientras tanto las cordilleras continuarán y los ríos seguirán su curso, y la calota de hielo, imperturbable en los Polos, aguardará la hora fatal, y vegetales y animales crecerán para morir y entrar de nuevo como agentes de vida. El hombre no es sino uno de tantos obreros en el vasto campo de la naturaleza física.

Dos istmos célebres sintetizan la historia de la sociedad humana, desde los tiempos fabulosos hasta hoy, y dos canales célebres sintetizarán la sociedad actual en el curso de las edades: estos istmos, estos canales son, el de Suez en Oriente, el de Panamá en Occidente. Suez representa la civilización antigua, los pueblos de la revelación y de la época mítica; Arabia, Egipto, Persia, Roma y

(1) *Huzar, La fin du monde par la Science.*



LIT. Y TIP. DEL COMERCIO.

Antiguo Convento de Las Mercedes

Otero 1879 (Véase página 121).

Grecia; y sus hombres, Moisés, Sesostris, Alejandro y César, Darío y Tolomeo y los mártires del Cristianismo. Suez representa la historia del paganismo, y del Antiguo y Nuevo Testamento, y refunde en su seno los hechos de todos los siglos; porque fué el gran teatro de la humanidad en sus peregrinaciones de Este a Oeste, desde los días bíblicos hasta el descubrimiento de América. Todo es elocuente en esta región clásica que, rompiendo hoy sus diques geográficos, se ha acercado a la cuna del género humano. Pirámides, esfinges, templos, ciudades derruidas, canales de irrigación, estatuas y obras de arte no son sino los testigos mudos de aquellas épocas remotas, cuya civilización aparece hoy como un prodigio, cuyos hombres pasaron dejando en cada obra las muestras de su ingenio. En Suez se refunden todas las elucubraciones y galas del espíritu humano; la estética griega, la grandeza romana, "la idea cristiana que, como dice Humboldt, engendró y desarrolló el sentimiento de la unidad de la raza humana", el ensanche de la ciencia astronómica que nació en los desiertos de Tebaida, y el conocimiento de la tierra que trajo por corolario, amor a las excursiones geográficas y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

También en América, una región célebre aparece como el centro de la civilización moderna. Panamá es la primera costa que visitan los pueblos de Asia al penetrar en América, y la última estación de la raza nahuatle en sus peregrinaciones de Norte a Sur. Panamá como continuación del poderoso imperio de Anahuac, representa las tradiciones de los Aztecas, Toltecas, Nahuas y demás pueblos que constituyeron el poderío americano en la época fabulosa del Nuevo Mundo. Sepulcros con ídolos de oro, monumentos con esculturas e inscripciones, columnas con jeroglíficos en las diversas secciones del Istmo de Panamá, recuerdan las ruinas de Yucatán y los monumentos de Mitla, la grandeza de los emperadores aztecas, y la cultura de un pueblo cuya cuna remonta a la noche de los tiempos (2). La historia antigua de estas regiones, ricas en perlas y en oro, es la misma historia de México, emporio de la civilización indígena. Pero si de lo pasado sólo quedan ruinas, en Panamá están todavía palpitantes las historias de la conquista castellana y de la emancipación americana. Colón, Balboa, Cortés, Pizarro y Valdivia, Bolívar y Humboldt representan en las costas del Istmo las proezas de dos épocas inmortales: por una parte, el descubrimiento y los tres siglos de la lucha castellana; por la otra, la emancipación del continente y su exploración científica. En Panamá firman en 1521 Pizarro, Almagro y Luque su célebre contrato de la conquista peruana. Por Panamá entran los escaladores del Ande, y por Panamá salen, tres siglos más tarde, los últimos virreyes de la colonia y los generales esforzados que, después de prolongada lucha, aceptan con honra la clemencia del vencedor. Pero si en Panamá se estrechan la mano los hombres de la conquista peruana, en Panamá se afianzan los vínculos de la fraternidad americana: allí instala Bolívar la célebre Asamblea de Panamá en 1826, después de haber fundado, en la América del Sur, las nacionalidades modernas.

La historia de estos dos istmos es la historia de ambos mundos. Dos lenguas de tierra impidiendo la comunicación de los mares, hubieron de influir en los destinos de la sociedad humana. Jamás el espíritu del hombre había perseguido una idea con más tesón que la apertura de los canales de Suez y de Panamá. Una lucha de siglos ha sido necesaria para que el Océano, sin trabas, pueda comunicar libremente todos los continentes. Semejante triunfo es no sólo obra de la ciencia, es también obra de los pueblos, desde los días míticos de la primitiva sociedad y desde la época del descubrimiento de América hasta hoy.

¿Cuándo fué abierto por la primera vez el istmo de Suez? Según los antiguos historiadores del Oriente, Seti I, padre de Sesostris, aparece como el primer autor del canal, cerca de mil ochocientos años antes de Jesucristo. A éste sucede Neko que llegó a perder ciento veinte mil hombres en la continuación de la obra que no pudo rematar. Aparecen más tarde, Darío que hace avanzar los trabajos, y Tolomeo Filadelfo que los aprovecha. El canal no quedó del todo concluí-

(2) Véase: *Brasseur*, *Le livre des mythes américaines*; y *Gullen*, *The Isthmus of Darien*.

do sino en la época de los Lagidas, trescientos años antes de la era cristiana. Durante la conquista romana el canal quedó casi destruido hasta que Trajano y Adriano recomenzaron la obra que duró hasta el siglo V de la era actual, en que volvió a cegarse. En la época de los árabes, el califa Omar, en 639, restablece el canal que desaparece años más tarde, por causa de guerras intestinas. El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza que trajo por corolario la decadencia comercial del Egipto y de sus célebres ciudades, acabó de sepultar la grandiosa obra en el olvido, y el canal de Suez fué cegado por las olas. *Río de Tolomeo*, lo llamaron en los días de Nerón, *Navigabilis alveus* le llamó Plinio, *Río de Trajano* lo nombraron otros; tales los nombres que le sirvieron de epitafio, cuando la civilización tomando otro rumbo buscó las costas de la India oriental. (3). Pero llega un día en que aparece en la tierra de Sesostris el vencedor en Tolón “aquel general agigantado como el mundo” según la célebre frase de Kleber, y quien después de haber atravesado el desierto dijo a sus legiones: “Desde la cima de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan”. Al pisar a Suez, acompañado de Monge y de Berthelot, dos de los sabios de la expedición de Egipto, Bonaparte, recorriendo las orillas del Mediterráneo, divisa la depresión que existía al Norte de la ciudad, y exclama: “Estamos en pleno canal de los Faraones”. Trazando entonces en su imaginación, como dice Chateaubriand, una nueva Ophir llena de las riquezas de Asia, ordena a uno de sus sabios el estudio del terreno. Al proceder así auguraba la gloria que setenta años más tarde redundaría en honra de su patria.

Desde esta época, 1798, recomienza la antigua discusión de los sabios acerca de la diferencia de nivel entre los dos mares. Por una parte, Aristóteles, Strabon, Plinio, Diódoro y los geógrafos antiguos que sostuvieron la imposibilidad de realizar la obra, a los cuales se unió Le Pere, ingeniero de puentes y calzadas, encargado por Bonaparte del estudio del istmo; por la otra, Laplace, Fourier, Humboldt y últimamente Bourdaloue, quienes sostuvieron lo contrario y han hecho triunfar al fin la ciencia, resolviendo por completo el gran problema geográfico.

Hé aquí la última evolución del canal de Suez, reconstruido a los setenta años de haber hollado Bonaparte la tierra de los Faraones.

¿En qué época se instala? Precisamente en el centenario de Bonaparte, 1869, y en las vísperas en que la tercera dinastía de los Napoleones iba a desmoronarse, entre los estruendos de las batallas y las maldiciones de los pueblos. “Desde la cima de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan;” sí, pertenecía a la Francia moderna concluir la obra de Seti, de Nako, de Darío y Tolomeo, de Osmar y de Bonaparte; y pertenecía también tan pura gloria al hombre que, desde 1831, cual nuevo Pedro el Ermitaño, de pueblo en pueblo, sufriendo contra-

(3) Véanse los historiadores antiguos del Oriente.

dicciones, venciendo obstáculos, batallando siempre contra el egoísmo y la ignorancia, hubo al fin, de clavar el lábaro de la nueva cruzada, en la playa inmortal que vió cruzar a Moisés y a su pueblo las aguas del Mar Rojo.

¿Qué sombras históricas han asistido a la inauguración de esta obra famosa presidida por de Lesept? La pléyade de las lumbreras antiguas del Oriente, y del Mediterráneo: Moisés por la Tierra Prometida, Sesostris por el Egipto, Darío en nombre de Asia, Alejandro por Grecia, César por Italia, Adriano por Roma, Trajano por España, y al lado de éstos, Bonaparte, genio fecundo de los modernos tiempos, con su cortejo de sabios. Pero queda todavía una figura simpática de aquella fiesta, un astro en la penumbra, la de aquella emperatriz de origen castellano que, sin saberlo, recibe la ovación de todas las escuadras europeas, en los momentos en que el imperio napoleónico iba a desaparecer. ¿Quién le hubiera dicho a la bella castellana que diez años más tarde, en el punto opuesto a aquel en que era saludada por el hurra de la civilización, sin corona y sin esposo y sin pueblo, buscaría la tierra de los Zulúes para llorar sobre la sangre, todavía caliente del hijo amado, el más negro de los infortunios?

Volvamos ahora al Nuevo Mundo para investigar cuál fué el primero que lanzó la idea de comunicar las aguas del grande Océano con las del Atlántico. Siempre que se trate de América, tiene que descollar en primer término el nombre de Colón, no sólo como Descubridor del continente, sino también como el iniciador de las grandes cuestiones científicas de aquella época inmortal. Colón, al descubrir el istmo de Panamá, busca el estrecho que suponía haber entre ambos océanos y creía que, al no existir, debía hacerse uno artificial. Así planteaba un problema cuya solución debía ser gloria de la generación actual. Colón desaparece entonces de la escena americana y muere; pero siete años después, en 1513, Vasco de Balboa descubre el Océano Pacífico, y América con toda su grandeza, presenta vasto campo a la conquista castellana. A su turno Balboa es también víctima de la envidia y desaparece, sin haber tenido tiempo para solicitar el estrecho. Al apoderarse Hernán Cortés del imperio azteca ordena buscar por todas partes el deseado paso, y años y años se suceden sin que nada se pueda descubrir. Desde 1523 Carlos V ordena al conquistador de México buscar el estrecho, para libertarse así de los portugueses que le molestaban en la navegación de las Molucas; pero el estrecho no existía. Un marino castellano, Saavedra, propone por la primera vez en 1528, abrir la vía y comunicar los dos océanos: era la idea de Colón que entraba en gestación. En 1554 el cronista Gomara escribe:—“Este paso sería no solamente provechoso, empero honroso para el hacedor si se hiciera. Este paso se había de hacer en Tierra Firme de Indias, abriendo de un mar a otro, por una de sus cuatro partes. O por el río de Lagartos que corre a la costa del Nombre de Dios, naciendo en Chagres, cuatro leguas de Panamá, que se andan con carretas. O por el desaguadero de la laguna de Nicaragua por donde

suben y bajan grandes barcas. Y la laguna no está de la mar sino tres o cuatro leguas, por cualquiera de estos ríos está guiado y medio hecho el paso. También hay otro río de la Veracruz a Tehuantepec, por el cual traen y llevan barcas de una a otra los de la Nueva España. Del Nombre de Dios a Panamá hay diez y siete leguas, y del golfo de Urabá al golfo de San Miguel, veinte y cinco; que son las otras dos partes y las más dificultosas de abrir. Sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer, que hacer se puede. No falte ánimo que no faltará dinero, y las Indias, donde se ha de hacer lo da..." (4).

Felipe II, siguiendo los deseos de su padre Carlos V, ordena estudiar científicamente el Istmo de Darien, y con tal objeto comisiona dos ingenieros flamencos que llegan a Panamá; pero causas que se ignoran, hicieron que aquel monarca desistiera de su pensamiento y aun amenazara con la muerte a todo aquel que volviese a hablarle de semejante asunto. El pensamiento de comunicar los dos océanos, no dejó por esto de continuar; así fué que los colonos del Chocó, en la antigua Cundinamarca, y los habitantes de Tehuantepec, volvieron a resucitar la idea, en vista de hechos palpables que mostraron la fácil comunicación de las aguas fluviales con el Pacífico, indicada por numerosos hechos; pero las autoridades españolas en América ahogaron en su cuna tan gratas esperanzas. En esto llegan los últimos años del siglo XVIII, época en que nace la idea de la emancipación americana y con ella el proyecto de ensanchar el comercio de América, por medio de la comunicación de los mares; pero este proyecto del ministro inglés Pitt no pasó de un deseo. Cuando suena la hora de la revolución americana en 1810, la prensa inglesa lanza la cuestión a la discusión pública, mas el curso de los acontecimientos, tanto en Europa como en América, opone fuertes trabas al progreso de la idea que vuelve a sepultarse en el olvido.

¿A quién pertenece en los tiempos modernos haber resucitado la idea de Colón y de los conquistadores? ¿Quién será el nuevo Bonaparte que señale a los sabios del siglo XIX, no el canal de los Faraones, sino el istmo de Panamá, y ose pronunciar el *fiat lux* a despecho de la ciencia? ¿Dónde el moderno Aníbal que después de haber trasmontado los Andes y libertado a la Italia del Nuevo Mundo, inicie con su genio la grande obra americana? Aún no había comenzado Bolívar su carrera triunfal que le condujera a las altas cimas del Cuzco, cuando fugitivo en Jamaica, vencido por el hado, después de la desastrosa campaña de 1814, solo, en la miseria, sin opinión, sin recursos, escribe en 1815 aquella famosa carta al inglés Hislop, síntesis admirable de su genio profético. En ella encontramos las siguientes frases: "Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos gran-

(4) Gomara, Historia general de las Indias. Edición de Amberes, 1554. Malte-Brun, en la última edición de su geografía, nos relata esto mismo, refiriéndose al portugués Galvao, navegante de aquella época; pero éste escribió diez años después de Gomara, en 1562.

des mares, podrá ser con el tiempo el emporio del Universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia: traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra! Como pretendió Constantino que fuera Bizancio la del antiguo hemisferio”.

Estas frases envuelven una idea embrionaria. Es la imaginación de Bonaparte reconstruyendo en su mente la Ophir de los antiguos, en el istmo de Suez, con todos los dones del Oriente, y transportada por Bolívar a Panamá con todas las riquezas de la tierra. ¡Bello ensueño de un proscrito que algún día realizará el mundo!

Diez años más tarde, el soñador de Jamaica era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo. Había trasmontado todas las alturas, emancipado el continente, esculpido con su espada el nombre de Colón en las rocas de los Andes y creado las nacionalidades modernas. Como Bonaparte a orillas del mar de Suez, Bolívar contemplando desde las cimas del Cuzco el océano de Balboa en 1824, busca ansioso el istmo de Panamá. Dos ideas acariciaba su ambición: unir los dos océanos por medio del canal que debía acercar todos los pueblos en provecho de la civilización, y establecer en Panamá la primera asamblea americana que fijara para siempre la existencia de las nacionalidades que acababa de crear. Desde Cuzco ordena en 1824, al intendente del Istmo, general Carreño, que hiciera estudiar sin pérdida de tiempo, la menor depresión geográfica entre Chagres y Portobello. En 1826 se instala el Congreso de Panamá, y a los Diputados de Colombia escribe Bolívar excitándoles a que coadyuvasen con sus luces al estudio de la vía interoceánica, mientras que se reunía la Asamblea. Durante este tiempo comisiona el Libertador al ingeniero Domingo López para levantar el plano topográfico de una parte del istmo y trazar la línea del canal entre Portobello y el Pacífico. Un sabio europeo aparece entonces acariciando desde remotas playas los proyectos del genio americano, Humboldt, el explorador científico del continente que unido a Bolívar, desde tiempos atrás, contribuía con su ciencia al ensanche de la América emancipada. En 1827, el Libertador ordena estudiar el Istmo de una manera científica, y los ingenieros ingleses Loyd y Falmark, recomendados por Humboldt, acometen la empresa la cual dura dos años.

Hé aquí la primera exploración científica del Istmo de Panamá. Este trabajo pertenece por completo a Bolívar y a Humboldt. (5). Cuanto se ha hecho y publicado desde 1829, acerca del istmo de Panamá y de los otros lugares de la América Central, sobre la apertura de un canal interoceánico, es corolario de las ideas emitidas por Bolívar en 1815, mandadas a ejecutar en 1824 y 1826 y fijadas de una manera científica en 1829. Como en Suez, algunos sabios modernos

(5) *Humboldt, Cosmos. Dana, Enciclopedia americana.* Humboldt, después de la muerte de Bolívar en 1830, volvió en 1843 a ocuparse en el estudio de esta materia. Su nombre figura en todos los estudios y exploraciones de la legua geográfica desde Panamá hacia Tehuantepec.

vuelven a resucitar la antigua opinión del desnivel de los océanos, que como había escrito el cronista Herrera, en siglos pasados, la tenían los más de aquéllos por vanidad; pero aquí como en Suez hubo de vencer la ciencia.

¿En qué época se instala el canal de Suez? Ya lo hemos dicho: en el centenario de Bonaparte 1769-1869. ¿En qué época va a comenzar el de Panamá? En las vísperas del centenario de Bolívar, 1783-1883. Estas coincidencias hacen descollar en cada una de estas obras dos de las lumbreras del siglo actual: Bonaparte conquistador de la Europa en Oriente: Bolívar, Libertador de la América del Sur, en Occidente; mas una nueva coincidencia resulta aún, es que el grande obrero que llevó a término el canal de Suez, es el mismo que llevará a término el de Panamá. El conde de Leseps complementando en América su obra de África, termina su brillante carrera y deja inscrito su nombre en los anales de ambos mundos.

Pocos años más, y un acontecimiento extraordinario, la apertura del canal americano, cerrará los fastos gloriosos del siglo XIX. La imaginación se trasporta al día en que las olas del Pacífico y del Atlántico mezclándose en prolongado beso, en el centro de las dos Américas, sean saludadas por la civilización actual; y cree ver descollar, en opuestas orillas del estrecho, cuatro figuras colosales: las de Bolívar y Humboldt al Sur, las de Washington y Franklin al Norte, las cuales se extienden los brazos para formar el arco de la alianza, la alianza de dos pueblos que, aunque separados por la lengua, religión, raza y costumbres, representan la democracia moderna. Bajo este arco de la alianza nos parece ver pasar la augusta sombra del Descubridor de América que contempla los resultados de su obra y recibe la ovación triunfal de todos los pueblos de la tierra.

Tal será la obra monumental que va a poner en comunicación todos los continentes. El éxito de ella pertenece a la Francia; pero a España y América corresponde el triunfo de la idea.



EL POETA VIRGILIANO

Todavía el Mincio no ha agotado sus aguas y baña la aldea donde nació el Cisne de Mántua, aquel Virgilio que en dulces versos celebró el amor de los pastores y el cultivo de los campos: aún bañan las azules olas del golfo de Nápoles a Sorrento, patria del Tasso, y la fuente de Vacluse en tristes murmurios, recuerda a Petrarca que lloraba allí la muerte de su Laura: Lucrecio, el poeta de la Naturaleza, no se ha borrado de la memoria de los hombres, y Teócrito será siempre el alma del idilio: Dante es inseparable de Virgilio, como el dulce Fray Luis lo es de Horacio, en tanto que al poeta lusitano celebran las riberas del Tajo y las olas que llevaron en triunfo las carabelas de Gama.

Así, tú también, riachuelo del Anauco, corres todavía para recordarnos al poeta de América, aquel hijo predilecto de las Musas, que, a la sombra de los bucares, celebró los dones de la fecunda zona.

Que teje al verano su guirnalda
De granadas espigas;

y arrastras tus aguas, pobres, desde que el hombre en posesión del arado, de ellas necesitó para sus huertas; pero todavía puras como la fuente oculta que guarda el genio de tus montañas. Ahí estás como te contemplaron los conquistadores, con tus anacos silvestres, (1) con tus rocas seculares, con el césped de verdura que sonríe al soplo del sol. De *bejarias* coronado se levanta el Avila que nos recuerda al viajero que escaló sus cuevas y contempló desde la Silla el valle de Caracas en días que el arbusto sabeo, bajo bóvedas de púrpura, decoraba las campiñas del anciano Guaire. Tú, Anauco, abriste el camino a la tropa castellana que vencedora de las huestes de Chacao, pujante cacique que osó hombrearse con los soldados de Losada, subió la pendiente para fundar al pie del Avila la ciudad de Caracas.

¡Cómo ha cambiado el paisaje! Ya no brama el toro a orillas del Anauco, ni el pastor cuida el rebaño, que hace tiempo enmudeció el caracol que, al anocheecer, señalaba a la grey el camino del establo: segada fué la espiga, pasto del re-

(1) *Anaco*, por corrupción *Anauco*, llamaron algunas naciones de origen caribe a una de las especies del árbol *Bucare* que se emplea como sombra del café y del cacao: así se dice *bucare-anauco* que es la *Erythrina umbrosa*. Los Tamanacos, a orillas del Orinoco, daban sombra a sus cacahuales con el anaco. La existencia primitiva de este árbol en una de las fuentes del Avila dió nombre al riachuelo. Con el mismo nombre se conocen otros sitios en las cercanías de Caracas,

baño, y conquistada la orilla por el arbusto de Arabia; pero quedaron las silvestres flores que se bañan en las aguas, crecen y prosperan, en tanto que el pájaro sobre la rama florida, canta el regreso del buen tiempo, cuando los anacos despojados de sus hojas se revisten de macetas que simulan de lejos las llamas de un incendio sobre la copa de los árboles. Escombros del antiguo caserío, a la derecha del riachuelo, aparecen como recuerdos de la ciudad destruida, y a la izquierda descuellan imponentes, al pie del Avila, muros de piedra ennegrecidos por el tiempo, que nos refieren la historia de otros días, cuando Anauco no tenía en sus márgenes sino árboles frutales y el rebaño pastaba libre y contento la yerba del erial; cuando simulacros militares se efectuaban en la dilatada sabana, coronada al Norte por el palacio siempre bullicioso de los magnates castellanos. Hoy, ya la ciudad ha conquistado el río y la Avenida Este se prolonga atravesando la llanura casi toda cultivada y exornada de quintas pintorescas. Desapareció el cementerio que a orillas del Anauco, guardaba las generaciones de tres siglos, y sobre los despojos de la muerte, muge el buey y prosperan acacias rastreras, desde que enmudeció la campana funeral y la cruz dejó la tierra al arado. Del antiguo Anauco no quedan sino recuerdos.

Cuando en las claras mañanas de enero la montaña del Avila extiende sobre Anauco su manto de neblina que a poco el sol disipa, aparecen entonces las arboledas coronadas de grana y siéntese el viento del Este que pasa como mensajero derramando aromas. En presencia del paisaje, cree la fantasía divisar, bajo la sombra de los bucares, un joven de azules ojos, de semblante melancólico, que se detiene a cada instante, y parece que busca inspiración en los ruidos misteriosos del follaje, que el oído profano no percibe, pero que encuentran siempre un eco en el alma del poeta. ¿Quién es ese joven de azules ojos que, desde tierna edad, familiarizóse con el espíritu de las musas, que ha dejado su nombre a orillas de nuestros ríos, y cuya fama celebran ambos mundos, porque él es de América, gloria pura y modelo y maestro en las conquistas del ingenio humano? Cuando se ha llegado a adquirir un nombre cuyos timbres celebran a un tiempo muchos pueblos; cuando se ha descendido a la tumba dejando rastros de luz, grato es entonces conocer la historia de una existencia que, después de fundar una época y de llenarla con las producciones del ingenio, ha desaparecido en medio de bendiciones y de aplausos. Privilegio es de los espíritus esclarecidos que han sabido crearse un culto por sus virtudes excelsas, el que la historia escudriñe los pormenores de su vida íntima, el lugar donde vieron la luz, la casa que habitaron, su infancia, sus primeros pasos, para seguirlos después en su vuelo al través de la sociedad y del tiempo. Uniendo los hechos de carácter familiar a los triunfos y conquistas de la vida pública, así ha podido la historia conocer por completo los hombres que llegan a ser patrimonio de los pueblos, siempre orgullosos de poseer un tesoro que les pertenece. Detenernos hoy en los pormenores de la vida íntima de Andrés Bello, cuyo nombre celebran las naciones de la raza castellana, un tiempo señora del

mundo, es completar la historia de una existencia que no puede ya morir, porque supo alzar un alto pedestal a su propia gloria.

En la mayoría de los espíritus ilustrados que mueren por la acción del tiempo y en los cuales el pensamiento, lleno de claridades, irradia siempre la idea, bajo múltiples formas, la senectud y la infancia se confunden, es decir, que aquellas lumbreras a proporción que se encaminan hacia el sepulcro, sobre todo, cuando mueren lejos del suelo que las vió nacer, conservan siempre dos virtudes sublimes: la familia y la patria. La aurora de la niñez parece cernerse sobre los celajes de la última tarde, como dos crepúsculos que se confunden al través del tiempo, de las vicisitudes, de los desengaños, y acompañan al genio moribundo, como faros que señalan la vía inmortal. Dón del cielo fué siempre para Bello, recordar, en los días de su fructuosa carrera, a su madre y a su patria. ¿Y cómo no rendir santo culto a la madre que le había nutrido con la savia de su amor, celebrando sus primeras sonrisas, ayudándole en sus pasos vacilantes, aplaudido sus primeros juegos? ¿Cómo no recordarla cuando ella le había besado en la frente, en los días en que de coro le escuchó relatar las comedias de Calderón y las primeras traducciones de Virgilio y de Horacio, y sus coloquios infantiles con la Musa de la poesía? ¿Y cómo no recordar a la Patria y

A la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo,
.
.
.
.
.
.
.
Do está la torre bulliciosa
Que pregonar solía,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne día?

“Lee estos renglones a mi adorada madre, dila que su memoria no se aparta jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla y que no hay mañana ni noche que no la recuerde: que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertar y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos de que tanto necesita”.

“Dile a mis hermanas que me amen siempre; que la seguridad de que así lo hacen es tan necesaria para mí como el aire que respiro. Yo me transporto con mi imaginación a Caracas, os hablo, os abrazo; vuelvo luégo en mí: me encuentro a millares de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Qué triste es estar tan lejos de tantos objetos queridos y tener que consolarse con ilusiones que duran un instante y dejan clavada una espina en el alma!”

“En mi vejez, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria; recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo

pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen. . . ! Daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que dí a Caracas desde el camino de La Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que era en efecto la última?" (2)

Tales los recuerdos del anciano en el ocaso de la vida; mas cuando le escriben que el destruido templo de Las Mercedes había sido levantado ¡cómo se espacía! "¡Cuántos preciosos recuerdos me sugiere este templo y sus cercanías, teatro de mi infancia, de mis primeros estudios, de mis primeras y más caras afec-ciones! Allí la casa donde nacimos y jugamos, con su patio y corral, con sus granados y naranjos. Y ahora ¿qué es de todo esto?"

Hé aquí al hijo y al patricio, al anciano que sabe embellecer las regiones de su espíritu con los dulces recuerdos de la infancia, que siente sobre su frente las brisas del aire natal y en sus mejillas el beso de la anciana madre que enjuga las lágrimas del hijo ausente. Hé aquí el genio, en las cercanías de la muerte, buscando las alegrías de la cuna, hermanas de las alegrías de la tumba. De esta manera, los recuerdos del hogar paterno se transparentaban en su pensamiento, y madre y patria, y amigos, y ríos y flores, y el Avila coronado de bejarias, transportados a los Andes araucanos recibían los últimos suspiros del poeta moribundo.

Retrocedemos. Dejemos al patriarca reclinar su cabeza augusta en el pecho de sus hijos y adormecerse a los recuerdos de la Patria y del hogar, que a nosotros corresponde hablar de la infancia y juventud del poeta a orillas del riachuelo que inspiró sus cantos.

Cuando pasamos por el altosano del actual templo de las Mercedes, nuestra mirada involuntariamente se posa sobre los granados floridos de la casa que hace esquina en el callejón de las Mercedes, hoy número 2, Oeste 5. En esta casa, reducida a escombros por el terremoto de 1812 y reconstruida más tarde de una manera tosca y desigual, pero todavía con el corral sembrado de árboles que asoman sus ramas por encima del muro exterior, vió Andrés Bello la luz el 29 de noviembre de 1781. (3). Su padre don Bartolomé Bello, distinguido abogado de la Audiencia de Caracas, no poseía grandes bienes de fortuna, pero sí lo suficiente para atender a las necesidades de la familia que comenzaba a formar, so-

(2) Extractos tomados de la correspondencia de Bello con su familia de Caracas, en los últimos años de su vida.

(3) Los biógrafos chilenos de Bello han incurrido en un error, cuando dicen que éste nació el 30 de noviembre de 1780. Esto provino quizá de que Bello no tuvo copia de su fe de bautismo. Por el siguiente documento que hemos visto en los libros parroquiales del templo de Altigracia y en los archivos de la Universidad de Caracas se ve que Bello vino al mundo el 29 de noviembre de 1781. Nos es tanto más satisfactorio aclarar esta fecha cuanto que el distinguido literato Felipe Tejera, en los *Perfiles venezolanos*, indica este error e invita a los ingenios americanos para la celebración del centenario de Bello.

Pro. Dr. Crispulo Uzcátegui, cura interino de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Altigracia de Caracas, certifico: que en el libro primero de bautismos de blancos al folio 143 se encuentra la partida siguiente:



111 - T. DEL COMERCIO.

Alejandro de Humboldt en su biblioteca

De la acuarela de E. Hildebrandt.-1845. (Véase página 31).

bre todo, en una época en que no se necesitaba de mucho para vivir con holgura. Después de haber aprendido lo suficiente en el regazo de la madre, esta institutadora divina de toda infancia, Andresito, como le llamaban sus tías, entró en una escuela de primeras letras, quizás la que en aquel entonces regentaba el señor don Ramón Vanlostén, con el título pomposo de Academia, y en la cual estuvieron casi todos los hombres que figuraron más tarde en la Revolución de 1810. El estar la casa de la familia Bello en las inmediaciones de un convento de frailes, fué para Andresito un gran aliciente, pues como todo muchacho que gusta siempre hacer amistad con el vecindario, hubo de visitar los claustros, asistir a las ceremonias religiosas, curiosear, siguiendo las inclinaciones de una edad en la cual sólo las impresiones externas cautivan el corazón. Las repetidas visitas al convento trajeron al fin, al niño, el cariño de los Padres que celebraban su vivacidad y aplaudían el entusiasmo con que hablaba de las cosas divinas. Y de tal manera llegó a apoderarse del niño el sentimiento místico, que en su casa relataba cuanto había

"En la ciudad Mariana de Caracas en ocho días del mes de diciembre del año mil setecientos ochenta y uno: El Presbítero don Vicente Bazquez con licencia que le concedí yo el P. B. Francisco Antonio Velez de Cossio, Thnte. de cura de esta Santa Iglesia Parroquial de Ntra. Señora de Altagracia bautizó solemnemente, puso oleo y crisma, y dió bendiciones eclesiásticas á un párvulo, que nació el día veinte y nueve del mes próximo pasado de este presente año, á quien puso por nombre Andrés de Jesus Maria y Josef hijo legítimo de don Bartholomé Bello y de doña Antonia López, fué su padrino don Pedro Vamondi, á quien se le advirtió el parentesco y obligación y para que conste lo firmo.—Dr. Francisco Antonio Velez de Cossio".

Es copia.—Caracas, junio 4 de 1880.

Crispulo Uzcátegui.
Pro.

visto y oído en el convento, consistiendo sus juegos en sacar procesiones, decir misa y predicar, para lo cual se había hecho hacer por la madre los ornamentos necesarios, y por un carpintero un cáliz de madera. Andresito tenía en los días festivos su auditorio de condiscípulos y vecinos, que asistían a los oficios y escuchaban después al muchachuelo que, con aire recatado, subía al púlpito y hacía el panegírico del santo del día, con la mayor soltura, repitiendo lo que había oído o le habían referido los frailes. Estos juegos los favorecía su familia y alentaba su tío materno el Padre Ambrosio López, que creía reconocer en su sobrino pronunciada inclinación a la carrera eclesiástica, que aquél estimulaba con saludables consejos. En aquella época y durante muchos años después, la principal diversión de Caracas consistía en una exuberancia las fiestas religiosas sostenidas, no sólo por el fervor de la ciudad, sino también por las tantas cofradías de libres y de esclavos que tenían a honra sostener el culto católico. El lujo consistía en adornar los templos y las calles, asistir a las procesiones, comer bien, bailar y gozar del octavario, para lo cual no había familia que no hiciera conocer sus ricas prendas, ni magnate que no ostentara en su pecho los signos de su nobleza. No es extraño que la niñez de entonces, engolfada en estas ideas, imitara en el retiro del hogar, lo que en grande escala veía en los diez y ocho templos de Caracas.

Este misticismo infantil fué poco a poco desapareciendo de la imaginación de Andresito a proporción que, los años por una parte, y el estudio por la otra, independizaban su espíritu, y nuevos horizontes le presentaban vasto campo donde podía escoger las flores de su predilección. Tenía entonces once años cumplidos. Sediento de instrucción, leía cuanto llegaba a sus manos y podían facilitarle los amigos de su familia. Así, la meditación que trae el estudio hubo de cautivarle y hacerle buscar en el libro confidente, un eco que respondiera a las aspiraciones inconscientes de su edad. Un día tropieza en una tienda de Caracas con las comedias de Calderón de la Barca, y el niño compra dos de ellas. (4). Lleno de entusiasmo se presenta a su madre, y mostrándole los dos cuadernillos, le dice: *La vida es sueño*, mamá y *No hay burlas con el amor*, y aguijoneado por una fuerza interior, se pone a leerlas. Ignoraba quién era Calderón, y más aún la influencia del teatro sobre la sociedad; mas como en su mente bullía la manía de la lectura, manifestación de los espíritus superiores, poco le importaba ignorar las miras filosóficas del autor, si en sus páginas hallaba solaz y el amor a lo bello, que, en su corazón de niño, despertaba las primeras fibras del sentimiento. Al siguiente día exige de la madre dinero para comprar comedias de la colección, cuya lectura le sigue deleitando por muchas semanas. Mas ¡cuál fué la sorpresa de la mamá, cuando Andresito, poniéndole en las manos alguno que otro de los folletos, le recitaba de coro escenas enteras, con tal entonación y aplomo que la madre se

(4) Las comedias de Calderón que llegaron a Caracas a fines del siglo XVIII, se vendían en una tienda de catalanes que estuvo frente a la puerta Este del templo de San Francisco. El comercio de libros comenzaba entonces, aunque en escala reducida. Por los datos oficiales, inéditos, de 1794, vemos que durante este año llegaron de la Península a Venezuela *setenta y siete* cajas de libros, de las cuales 71 fueron para Caracas, 5 para Guayana y 1 para Maracaibo. El mismo año llegaron del extranjero nueve cajas todas para Caracas.

complacía en hacérselas repetir! Puede decirse que la lectura de Calderón fué el primer estímulo a su genio poético.

Así pasaban los días cuando el Padre López, conocedor de las aptitudes de su sobrino, quiso que tuviera un profesor particular que pudiera conducirle y sacar partido de las brillantes disposiciones del niño. Tenía el Padre López un amigo íntimo en el convento de mercedarios, a cuyos cuidados corría la conservación y dirección de la biblioteca de la comunidad, y en aquel pensó para que fuera el maestro de su sobrino. Era el fraile Cristóbal de Quesada cuya sólida instrucción y conocimiento de la lengua latina le habían dado cierta celebridad en la sociedad caraqueña que se complacía en reconocerle. Ningún profesor más idóneo para Andrésito que aquel hombre docto que unía a su ciencia, carácter suave y metódico, y sobre todo, el amor a la verdad y a lo bello. Accedió gustoso el mercedario a las exigencias de su amigo López, y Andrés volvió al convento, no como niño curioso e impresionable, sino como discípulo de un hombre superior. "A poco andar, dice Amunátegui, maestro y discípulo se entendieron a las mil maravillas. Quesada notó bien pronto que no se tomaba un trabajo vano. Su alumno estaba dotado de una inteligencia nada ruda y de una aplicación porfiada; escuchaba con atención y comprendía sus palabras con prontitud. Cuando llegó el caso de traducir, el profesor se iba deteniendo a cada pasaje notable para hacer que su discípulo se fijase en las bellezas del estilo o en el mérito del pensamiento. No limitándose a las simples reglas de la gramática, le enseñaba prácticamente y sobre el modelo mismo, puede decirse, las de la composición, los vicios en que suelen incurrir los escritores, el modo como los han evitado los hombres de talento. No descuidaba nada, ni el lenguaje, ni las ideas. Si analizaba el uno con prolijidad, juzgaba las otras con discernimiento. Abrazaba a un tiempo la gramática y la literatura, la letra y el espíritu. Semejante método tenía la ventaja de no fastidiar nunca a su oyente, amenizando el estudio; de mantener siempre despierta su curiosidad, hablándole sin cesar de cosas nuevas". (5).

Vastos horizontes comenzaron entonces a descubrirse a la imaginación de aquel talento precoz. Había encontrado el mentor que le introdujera en el ameno campo de la filología, en el cual iba a figurar en primer término, y en el de la historia fabulosa de la humanidad que debía presentarle modelos acabados del arte antiguo. Dos civilizaciones a un tiempo iban a herir la parte sensible de su inteligencia; el paganismo que había creado la estética del arte, el cristianismo que la había sublimado con el sentimiento de la verdad evangélica.—Con estudio tan ilustrado comenzaron a desarrollarse las grandes facultades del entendimiento de Bello, y un deseo ardiente de saber llegó a ser el objetivo de su existencia. La

(5) *Amunátegui*, Biografía de Andrés Bello publicada en Santiago de Chile en 1854. Este trabajo es de lo más completo que conocemos. En el estudio que hoy publicamos están ensanchados algunos de los incidentes referidos por Amunátegui y damos a conocer otros, enteramente nuevos, en vista de los datos que hemos conseguido de la familia de Bello en Caracas y de los archivos de la Universidad.

biblioteca del convento fué puesta a sus órdenes, y nunca segador más afortunado había ofrendado a Ceres con los dorados frutos de sus mieses. Refería Bello a sus discípulos en Chile, que en la época a que nos referimos llegó, por casualidad, a sus manos un ejemplar del Quijote, el cual leyó con avidez: Cervantes que continuaba la obra de Calderón, en aquella inteligencia juvenil destinada a ser más tarde, lumbrera de la literatura castellana. ¡Qué dos genios para servir de modelos en el campo ameno de las letras!

Existe en toda inteligencia juvenil una línea de demarcación, si así puede decirse, que separa lo efímero de lo duradero, la ficción de la verdad, la imaginación de la razón, las impresiones superficiales de la meditación filosófica, la lectura fácil y amena, del estudio concienzudo. En unos, este cambio se efectúa muy tarde, se anticipa en otros, obedeciendo siempre las fuerzas de la inteligencia y los impulsos del corazón. A los trece años, Bello comienza a ser un espíritu pensador, y adquiere por lo tanto, los hábitos de independencia que exige todo cerebro que raciocina y trabaja en busca de un propósito de antemano establecido. No era ya la lectura lo que ambicionaba, sino el estudio, y en este camino no admitía observación alguna que pudiera descarriarle del camino que seguía. En vano las observaciones y los consejos de su madre tratan de amortiguar en él su afición al estudio, temiendo su familia que en una constitución endeble, el demasiado ejercicio mental sería una calamidad; mas Bello inflexible, continúa impertérrito. Engolfado en la lectura de los clásicos antiguos, llegaba la hora de cada comida, y el joven asistía a la mesa con el libro en la mano, pero apenas gustaba el primer plato, cuando deleitado continuaba la lectura. Mientras que la familia concluía, él no había hecho sino comenzar. Amonestado por la madre, no tenía en sus labios sino una respuesta que siempre daba con entereza: "Mi cerebro necesita más alimento que mi estómago". Cansada la familia, hubo de resignarse y dejóle en libertad. Todo esto provenía de una evolución intelectual: la confianza que se establece entre el autor que habla y el lector que escucha, la fuerza queriendo vencer el escollo, la meditación que resuelve las dudas, la verdad que resplandece al fin como faro en las regiones apacibles del espíritu.

Estudio tan asiduo no debía continuar por mucho tiempo en el retiro doméstico donde el espíritu parece aprisionado: la fantasía es como el ave, necesita del espacio azul, para sentir la pulsación del ala, contemplar la naturaleza siempre sonreída, armoniosa, libre y sublime como el Sér que la formó. Bello necesitaba de expansión, y sólo en los campos podía hallarla. Entonces visita los boscajes del Anauco y del Catuche, y bajo la sombra de los árboles se entrega a traducir a Virgilio, a Horacio y a Tibulo. Con Virgilio en la mano busca el sitio retirado de los bullicios del mundo, donde la voz de la naturaleza es confidenta del hombre. Había sentido en su frente el beso de la inspiración, bullía en su mente la idea, necesitaba ver, contemplar lo que había aprendido en los Bucólicas y en las Geórgicas; y el rebaño apareció en la pradera, cubierta de

espigas, testigo de los amores pastoriles de Tirsis y Clori; y vió surcar el arado en la pendiente del Avila, y ascender el humo de la choza, y sintió el ruido de la trilla y se extasió ante la onda retozona del Anauco: se hizo poeta.

La facilidad con que Bello había vencido las dificultades en el estudio del latín y de los clásicos, llegó a sorprender a su maestro Quesada, quien lleno de justo orgullo reconocía las brillantes aptitudes del discípulo. Tenía éste diez y seis años y estaba traduciendo la Eneida, cuando se le antoja seguir el curso en filosofía que iba a abrir el Dr. Escalona en la Universidad de Caracas. Opónese Quesada a estos deseos y aun le suplica que le acompañara algunos meses más para que saliera un gramático perfecto, a lo que Bello accede; mas de improviso se enferma el fraile y muere. Esto sucedía a principios de 1796. Este incidente desgraciado que Bello lamentó sobremedida, le dejaba en libertad de dar cima a sus deseos de entrar a la Universidad de Caracas y seguir el curso de filosofía que iba a abrirse en 1797. No teniendo certificados de los años de estudio que había seguido bajo la dirección del docto fraile, se vió obligado a entrar, en calidad de alumno en la cuarta clase de latín que regentaba el conocido profesor Dr. Montenegro. Escuchemos lo que nos dicen los hermanos Amunátegui, que tuvieron de Bello los pormenores de la entrada del joven latino a los claustros de la Universidad.

“En efecto, el nuevo colegial tomó posesión de su puesto de una manera brillante. La fama le había precedido. Sus compañeros, con esa curiosidad impaciente tan propia de los niños “ardían en deseos de probarle para mofarse de él si no había aprovechado las lecciones de Quesada, o para proclamar su habilidad si con hechos cerraba a la envidia toda puerta”. Estaban traduciendo en la clase las *Selectas de autores profanos*. En este libro hay un pasaje cuya inteligencia hacía trabajosa para los alumnos una construcción algo complicada; y era punto admitido entre ellos que sólo un sabio podía traducirlo. El primer día que asistió Bello a la clase, todos los estudiantes pidieron al profesor que el recién llegado ensayase verter al castellano aquellas frases que para ellos habían sido tan oscuras e indescifrables como si estuvieran escritas en hebreo. Mientras Bello buscaba en el libro la fatal página, la más maliciosa sonrisa animaba las fisonomías de los que iban a ser sus camaradas. Era imposible que acertase con el sentido. A ellos les había costado tanto!; y todavía no lo habían encontrado por sí solos, sino que el profesor había tenido que decírselos. Pero la dulce esperanza que habían concebido de probar al forastero de reputación tan cacareada que habían cosas que él ignoraba y que ellos sabían, se dispó tan pronto como hubo hallado el pasaje *intraducible*, pues sin titubear lo tradujo a medida que lo iba leyendo. El despejo y la prontitud con que salía de una prueba que habían considerado imposible de superar, consolidaron la opinión de que era digno sucesor de Quesada, y de que nadie podía competir con él en conocimientos latinos. Al desdén sucedió la admiración; y a esa especie de repulsión natural con que los alumnos habían acogido a

uno que venía con la fama de serles superior, el afecto, natural también, que siempre se concede a un mérito indisputable. (6)

Después de este triunfo adquirido sin gran pena, el nombre de Bello llegó a ser admirado por la sociedad caraqueña, y su reputación de joven talentoso, saludada por sus compatriotas. Proclamóle la fama como el primer latinista de Caracas, considerándole aun superior a su segundo maestro el Dr. Montenegro; mas estas apreciaciones lejos de envanecer al joven gladiador, no hicieron sino enaltecer su modestia, hacerle tender mano amiga a todas las aptitudes, abrir su corazón a todo lo grande y fraternizar con todos sus condiscípulos. Fué entonces cuando algunos padres de familia recabaron de Bello fuera éste el pasante de sus hijos, lo que hizo del estudiante un profesor. Entre los jóvenes que recibieron sus lecciones estaba Bolívar que salió más tarde para España en 1799.

En diciembre de 1796 verificanse en la Universidad los exámenes de la cuarta clase de latinidad y la distribución de premios. El señor don Luis López Méndez, administrador entonces de las rentas universitarias, había ofrecido dos premios para los dos estudiantes que en el día del examen, escribiesen un trozo de elocuencia de acuerdo con la capacidad de cada uno. Bello opta en unión de uno de sus condiscípulos y alcanza el primer premio. Para este mismo examen, el rector del Instituto había ofrecido otro premio al estudiante que tradujese un clásico latino con más propiedad y elegancia y vertiese al latín un trozo del castellano. Opónense doce alumnos en unión de Bello, mas éste obtiene el triunfo en medio de las aclamaciones del auditorio. De esta manera, el discípulo de Quesada, haciendo la apología de su maestro, irradiaba luz sobre el instituto que recompensaba sus vigiliass y saludaba la aurora de las letras venezolanas. Con tan favorables antecedentes, Bello se agrega al curso de filosofía que bajo la dirección del hábil profesor Dr. Escalona, se abría en la Universidad. Entraba en el campo de las ciencias ayudado de dos fuerzas: su talento claro y penetrante; la fama que preconizaba sus méritos. (7)

En la época de los primeros estudios, con el corazón joven, sin egoísmo, y el ánimo dispuesto a nobles ambiciones que obedecen a los impulsos naturales de la razón y del sentimiento, es cuando se forman las alianzas de familia y la amistad que une en la vida pública y privada a muchos hombres notables; es entonces cuando los caracteres se buscan, obedeciendo a simpatías ocultas, y las virtudes privadas y sociales fraternizan y las aptitudes se atraen para formar el primer núcleo de toda amistad duradera. Por su bondad, ilustración y tolerancia, como por la dulzura de su carácter. Bello supo captarse la amistad de sus compañeros de colegio, que a porfía se disputaban el cariño de aquel, a quien todos recono-

(6) *Amunátegui*.—Obra citada.

(7) Los datos referentes a los estudios de Bello en la Universidad de Caracas, han sido tomados de los archivos de este instituto.

cían por lumbrera de la juventud caraqueña, porque siempre le encontraban luminoso en sus conceptos, justo en sus apreciaciones, benévolo y digno. ¡Cuán diverso el destino que debía tener cada uno de estos jóvenes que, dentro y fuera del colegio, rendía culto al talento de Bello! Casi todos figuran pocos años después, en la guerra magna, en los campos de batalla: sólo a Bello le estaba reservado el triunfo de las letras. Muchos son víctimas del cadalso, de las persecuciones, del ostracismo; sólo Bello debía llegar a los días de la senectud. A Bolívar, discípulo de Bello, le tenía deparado la fortuna, ser el Eneas de la Epopeya, al maestro ser el Virgilio que la cantara. Cuando todos desaparecen, precipitados al abismo por el vendaval de las pasiones, sólo la Musa del canto queda en pie, para animar los osarios, levantar las mieses abatidas, celebrar los triunfos, llorar sobre los sepulcros y alentar los nuevos espíritus que, como flores de primavera, después de prolongado invierno, se asoman sobre los campos desolados.

Entre los condiscípulos de Bello hubo uno con quien éste simpatizó desde muy temprano, el joven José Ignacio Ustáriz. Quiso un día presentarle a su madre y hermanos, y Bello fué recibido por los jefes de la familia Ustáriz de una manera tan cortés como jovial. Era la casa de los hermanos Ustáriz en aquel entonces, centro de tertulia culta e ilustrada, a la cual asistían las principales figuras de la capital. Aficionados al cultivo de las letras y del arte, con tono exquisito sabían acoger en su seno los talentos y aptitudes. Aquella tertulia donde la música y la poesía recibían culto, recordaba los *Juegos florales* de Tolosa, y servía de estímulo a una juventud llamada a brillar, más tarde, en los campos de batalla y en los consejos de Estado. A ella asistían, entre muchos otros, el eminente Sanz, Bello, Bolívar, Escorihuela, Muñoz Tébar, Iznardi, Sata y Bussi, García de Sena, Salias, Tejera, Montilla, Alamo, y otros muchos literatos y músicos de aquellos días. La entrada de Bello en esta brillante sociedad fué para éste una enseñanza, pues los hermanos Luis y Javier Ustáriz, jefes de la familia, favorecieronle no sólo con saludables consejos y aplausos, sino que le facilitaron los libros necesarios para el estudio del francés, poniendo a su disposición la biblioteca de obras clásicas que con gran trabajo habían formado. ¡Cómo se grabaron en la memoria de Bello los doce años que pasó al lado de los hermanos Ustáriz, desde 1797 hasta 1810! Antes de esta última fecha había muerto el patriarca de la familia, abrazaron los otros hermanos con entusiasmo la causa de la Revolución, y tres de ellos fueron víctimas. Como veremos más adelante, Bello les consagra un pensamiento, y al hablar de las virtudes de uno de sus Mecenas, parece hacer la apología de toda la familia.

Al estudio del francés que casi aprendió Bello sin maestro, siguió el del inglés, al mismo tiempo que asistía al curso de filosofía. Con la facilidad con que había aprendido el latín, penetraba en el genio de las lenguas modernas, cuyos clásicos comenzó a estudiar. Entre tanto las visitas al campo continuaban no ya solo, como acostumbraba cuando era discípulo de Quesada, sino en compañía de sus amigos predilectos. Aquellos paseos campestres eran otros tantos centros de

expansión y de estudio que servían para aguzar el espíritu y estudiar la naturaleza. Pero lo que más celebraban los condiscípulos de Bello, en estas reuniones familiares, era la facilidad con la cual improvisaba en verso un tema dado. Parecían salir de sus labios los conceptos, como si de antemano hubieran sido vaciados en un molde. La forma de sus juguetes literarios, llenos de giros graciosos y de imágenes felices, revelaban al poeta de fantasía espontánea y brillante. Afortunadamente, mientras que los amigos de Bello se apresuraban a sacar copias de sus improvisaciones, éste abandonaba al olvido las primeras hijas de su ingenio.

Así corrían los años, cuando a principios de 1799 llega a Caracas el gobernador don Manuel de Guevara y Vasconcelos nombrado por el gabinete de Madrid como sustituto del Mariscal Carbonel, que había muerto. Encargado de llevar a término la causa iniciada contra los autores de la Revolución, abortada en 1797, a poco, da a la capital el triste espectáculo de una ejecución política, y lo que es aún más oprobioso, el de la descuartización del cadáver del desgraciado España, cuyos fragmentos fueron colocados en diversos sitios con el objeto de infundir terror y obediencia al monarca español. A esto se unía la prisión de unos cuantos desgraciados que fueron confinados a las fortalezas de Cádiz, Puerto Rico, Habana y Ulúa. Todo había pasado, y aún se debilitaban tan tristes impresiones, cuando llega a la capital a fines del año, el Barón de Humboldt, con valiosas recomendaciones de la corte para sus agentes en América, y del marqués de Ustáriz para sus parientes en Caracas. Bello, joven entonces de diez y ocho años, es presentado al viajero, quien puede calarle desde la primera conversación en francés que con aquel entabla. El prusiano, al ver cómo latía aquel corazón animado del sentimiento de lo bello y del amor a la naturaleza, estréchale la mano y le alienta con frases lisonjeras. A poco existía entre ambos la intimidad respetuosa y digna que une siempre los espíritus cultivados, aunque Humboldt llevaba a su interlocutor doce años más de edad.

Ninguna ocasión más brillante para un joven entusiasta, tan ávido de instrucción como Bello, que la amistad del viajero naturalista. Entre hombres superiores la conversación más sencilla sirve siempre de aprendizaje, y las preguntas, al parecer naturales, son consultas que dejan satisfecha toda duda. Así fué que Bello en sus conversaciones con Humboldt, aprendía al mismo tiempo que se deleitaba; y acompañándole en sus excursiones en el valle de Caracas, adquiría conocimientos enteramente nuevos para un joven que estudiaba en aquellos días la Física experimental. Sorprendióle a Humboldt la contracción al estudio de su joven amigo, y aun llegó a indicar a la familia Bello que tratase de amortiguarla, atendiendo a la naturaleza débil del estudiante; mas éste continuó sin hacer caso de tan repetidas observaciones. Refiere Amunátegui que Bello a los ochenta años no abandonó la costumbre adquirida desde su infancia, de leer aun después de la comida, y que el anciano chanceándose con los que le manifestaban temor de que pu-

diera dañar a su salud el estudio a semejante hora, sobre todo, de cosas serias y áridas como el derecho, les decía: “la lectura de *Las Partidas* es el mejor digestivo que hasta la fecha he encontrado”. (8)

Hablando Humboldt, en su *Narración histórica*, de la capital de Venezuela, entre otras cosas, dice: “En muchas familias de Caracas he hallado gusto por la instrucción, conocimiento de los modelos de literatura francesa e italiana, y una predilección decidida por la música que cultivan con éxito y sirve para unir las diferentes clases de la sociedad, como lo hacen siempre la cultura de las bellas artes”. Estas apreciaciones de Humboldt, se refieren no sólo a Bello, sino también a la juventud que había tratado en el círculo de la familia Ustáriz, y a los hombres eminentes que como Sanz y otros habían dejado impresiones duraderas en el alma del viajero. Cuando éste, antes de dejar el nuevo mundo, escribía a sus amigos de Caracas, calificaba de sabios a los hermanos Luis y Javier Ustáriz, y decía de Sanz que podía hacerse un viaje a la capital de Venezuela para conocer a un hombre tan eminente.

La partida de Humboldt, a fines de enero de 1800, fué para Bello una pérdida. Había recibido de aquel tantas pruebas de afecto, y aprendido tanto en tan cortos días, que difícilmente le hubiera olvidado. Quizá, los conocimientos que adquirió entonces y que se desarrollaron después con el estudio, contribuyeron a que redactase cincuenta años más tarde, ya nutrido con la lectura del *Cosmos* y con los sabios trabajos de Herschell, su “*Compendio de Cosmografía*”, dedicado a la juventud chilena, que han aceptado con honor los institutos científicos de la América española.

El primer año del siglo actual había comenzado. Con él iniciaba Humboldt su portentosa carrera. Su ascensión a la Silla del Avila puede considerarse como la primera etapa de su célebre excursión a los Andes. Dejémosle seguir, después de su salida de Caracas y extasiarse en nuestras dehesas y bosques, estudiar la naturaleza, penetrar en los sepulcros de las razas perdidas, contemplar los astros y la vida de los seres, mientras retrocedemos a orillas del Anauco para escuchar al poeta virgiliano que nos aguarda:

“Tu verde y apacible
Ribera del Anauco,
Para mí más alegre
Que los bosques idalios,
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafas.
Resonarás continuo
Con mis humildes cantos:
Y cuando ya mi sombra

(8) *Amunátegui*, Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos. 1 vol. 1861.

Sobre el funesto barco
Visite del Erebo
Los valles solitarios,
En tus umbrías selvas
Y retirados antros
Erraré, cual un día
Tal vez abandonando
La silenciosa margen
De los estigios lagos”.

Hé aquí la abeja que había libado miel de las flores silvestres para construir las primeras celdas de su colmena. Jamás se borraron de la memoria del poeta estos recuerdos de la dulce pubertad; y cuando, en edad avanzada, escribía su poema titulado *El Campo*, se complacía en evocar los días pasados de su época feliz:

“Pláceme penetrar quebrada umbrosa
Y dando suelta al pensamiento mío,
Fijar la vista en la corriente undosa
Conque apacible se desliza el río,
A cuyo murmurar visión hermosa
Arroba el alma en dulce desvarío
Visión de alegres días que corrieron
Sobre mi vida y para siempre huyeron”.

Estas estrofas fueron escritas al recuerdo del Anauco. Y no contento con evocar la visión de alegres días, el poeta ambiciona volverlos a ver:

“Véalos otra vez aquellos días,
Aquellos campos, encantada estancia,
Templo de las alegres fantasías
A que dió culto mi inocente infancia,
Selvas que el sol no agosta; a que las frías
Escarchas ni aun embotan la fragancia,
Cielo... ¿más claro acaso?... No, sombrío,
Nebuloso tal vez... ¡Así era el mío!”

“Así era el mío”, sí, cuando el hombre no había talado las selvas del Avila y agua abundante sobraba para el consumo, y el hacha y el fuego no destruían la arboleda, y las neblinas de la montaña descendían con frecuencia al poblado, como mensajeras del sol.

Para principios de 1800, había concluido el trienio de filosofía, y recibía Bello el primer premio en la clase de física. Fijado el concurso, fué colocado por sus profesores en el puésto de honor con beneplácito de sus condiscípulos, y después de sufrir examen el 9 de mayo, recibió el grado de bachiller en artes, como se de-

cía entonces. (9) Incorporado a los estudios de derecho y de medicina que se abrían en la misma Universidad, había comenzado con entusiasmo, cuando cartas de su padre que para aquella época era Fiscal de la Real Hacienda en Cumaná, le hicieron desistir del estudio profesional. Fué el caso que su padre le suplicaba que aceptara cualquier carrera antes que la de abogado, lo que despertó en Bello el deseo de buscar su vida con su trabajo, y bastarse en el desempeño de sus deberes. Esta resolución, tan oportunamente tomada, fué la base de su carrera oficial. En aquellos días Vasconcelos había recabado del gobierno español licencia para nombrar dos oficiales en la secretaría de la capitanía general. Los hermanos Ustáriz, conociendo la resolución de Bello, pidieron su venia para recomendarle a Vasconcelos, y éste ofreció favorecer al joven que gozaba de una fama tan justa en los círculos de la capital. Pero asediado el Gobernador por multitud de pretendientes, para resolver la cuestión determinó que se abriera un certamen para apreciar la capacidad de cada solicitante, y fijó un tema de oficio, sobre el cual debían versar los diversos trabajos. Llegado el día de abrir los pliegos, la elucubración de Bello alcanzó el premio, y fué nombrado oficial segundo de la secretaría, quedando para tercero un recomendado del Príncipe de la Paz.

La capacidad que desplegó el nuevo empleado de Vasconcelos en el manejo de los negocios de la gobernación, le colocó en primer término, pues el secretario era un militar inválido ya anciano, a quien debían guardársele ciertas consideraciones por sus achaques. Bello fué el alma de la Capitanía general de Caracas desde 1801 hasta 1810, época llena de zozobras por las complicaciones que surgieron en Europa después de la Revolución francesa y tuvieron eco en las costas venezolanas. Y a tal grado llegó el merecimiento de los servicios de Bello en el desempeño de sus deberes oficiales, que el gobernador hubo de recomendarle al Gobierno de España que premió al caraqueño, enviándole el título de *Consejero de guerra honorario*, que equivalía entonces al grado de teniente coronel. Esta dis-

(9) Como muestra del latín de entonces reproducimos la tesis que sostuvo Bello en su examen de Bachiller en filosofía, que es la siguiente:

PRO PREVIO BACCALAURI EXAMINE SUBEUNDO SEQUENTES PROPONO

THESES.

Ex Logica.

Vim habet sola analysis claras exactasque ideas gignendi.

Ex Physica.

Ex hypothesis hucusque excogitatis nulla omni ex parte sufficit ad phenomena tuborum capillarum explicanda.

Ex Generatione.

Fulmina, fulgura, tonitura, Aurorae Boreales, aliaque ejusmodi Metheora ignea a sola electricitate oriunt.

Ex Anima.

Bruta non sunt automata, sed entia sensitiva.

Ex Metaphysica.

Hoc Axioma: idem nequit simil esse et non esse ita est omnium cogitationum principium, ut labefacto illo ne penitus ruat.

Quas auspice D. D. D. Raphaele Escalona die nona mensis hujus et anni tuebtor.

ANDREAS A BELLO.

tinción, agrega Amunátegui, era puramente honorífica, mas era tan nuevo el que se concediese a un criollo, que hubo de producir en Caracas una verdadera conmoción, pues muchos peninsulares lo tuvieron a mal y se dieron por ofendidos.

Un suceso inmortal aguardaba a la musa de Bello, en estos días. En marzo o abril de 1804 llega a Caracas la Comisión regia portadora del fluido vacuno para las diversas colonias de América; Caracas la recibe con fiestas populares, y Bello escribe una oda que lee durante el banquete con que obsequia Vasconcelos a la comisión. Esta poesía, inédita desde entonces, recibida con aplausos por el concurso que llenaba la sala del gobernador, ha llegado hasta nosotros. Respondiendo el autor a cartas de su familia en las cuales se le decía que su maestro, el obispo Talavera, recitaba de coro aquella oda, contestó: "debe ser muy mala, cuando ni la recuerdo". Así juzgaba Bello sus primeros ensayos y traducciones, todo cuanto había escrito en su primera juventud. Como fray Luis de León, parecía mirar con abandono y quizá con desdén su numen poético; a lo menos así puede creerse en conocimiento de que comenzó a traducir a Virgilio y después a Bayardo, y no dió cima a sus primeros cantos del poema titulado *América*, dejando estos trabajos inconclusos. A la época en que leyó Bello su oda a la vacuna, se refiere la lectura que hizo en la tertulia de Ustáriz de su imitación de la segunda égloga de Virgilio que comienza:

Tirsis, habitador del Tajo umbrío
Con el más vivo fuego a Clori amaba,
A Clori que con rústico desvío
Las tiernas ansias del pastor pagaba. (10)

De 1805 a 1806, el poeta tuvo la desgracia de perder a su buen padre que hacía años, como hemos dicho, residía en Cumaná, como fiscal de la Real Hacienda. Esta muerte fué precedida de un incidente que preocupó por muchos meses a Bello. Solo en Caracas, por la ausencia de su familia, no encontraba distracciones sino en compañía de sus amigos. Una mañana en que, acompañado de algunos de éstos, madrugaba para salir a un paseo de campo, llamaron a la puerta de la casa en el momento en que se aparejaban las cabalgaduras. El sirviente acude y tropieza con un caballero que solicitaba por Andrés Bello, al instante entra el sirviente y notifica a éste que un señor le solicitaba; pero apenas llega Bello a la puerta de la calle cuando a nadie halla: todo estaba sumido en el silencio. Interrogado el sirviente da las señales del solicitante y Bello exclama: "ese retrato es el de mi padre", y comienza a preocuparse. Sus amigos le amonestan, y tratan de distraerle, obligándole a que los acompañe. Días después se sabe en Caracas que el señor Bartolomé Bello había muerto en Cumaná, en el mismo día en que su hijo

(10) Esta imitación de Bello fué celebrada por el eminente filólogo y escritor colombiano Miguel Antonio Caro. Esta opinión es tanto más satisfactoria, cuanto que el señor Caro puede reputarse como el primer virgilista de la literatura española. Independiente de su traducción en verso de la Eneida, tan fiel como elegante, la introducción que la precede es un trabajo de maestro, en el cual campean la dicción, el método expositivo y las tendencias filosóficas más elevadas. El señor Caro es una de las lumbreras de la literatura moderna.

Andrés había sido solicitado por un desconocido. Afortunadamente la calma volvió al corazón del poeta cuando tuvo la dicha de estrechar contra su pecho a la afligida madre y hermanas que vieron en el hijo primogénito al nuevo jefe de la familia. (11)

Bello continuaba en sus trabajos literarios cuando regresó Bolívar de su prolongada permanencia en Europa, a principios de 1807. En la sala de éste, en uno de los banquetes con que el futuro Libertador obsequiaba a sus amigos y parientes, lee Bello la traducción del canto V de la *Eneida* y la *Zulima* de Voltaire. “La primera agradó mucho a la concurrencia y a Bolívar, escribe Amunátegui, cuyo voto era digno de estimación en materia de gusto; pero no así la segunda que fué mal recibida, no porque la traducción estuviera defectuosa, sino por el poco mérito intrínseco de la obra misma. Bolívar hizo notar a Bello que hubiera elegido esta pieza entre las demás del mismo poeta y Bello conviniendo en la inferioridad de la *Zulima*, le confesó que el motivo de semejante preferencia había sido el hallarse traducidas al español las otras tragedias de Voltaire, y el no haber osado competir con los ingenios que las habían vertido a nuestro idioma”.

La fama de Bello había llegado a su apogeo. No había fiesta, banquete o paseo, en que no se le hiciera improvisar. Una noche, en el teatro, después de haber sido muy aplaudida la cantatriz francesa Juana Faucompré, le piden versos los entusiastas, y Bello les dice:

“Nunca más bella iluminó la aurora
De los montes el ápice eminente,
Ni el aura suspiró más blandamente,
Ni más rica esmaltó los campos Flora.
Cuanta riqueza y galas atesora
Hoy la Naturaleza hace patente,
Tributando homenaje reverente
A la deidad que el corazón adora.
¿Quién no escucha la mélica armonía
Que con alegre estrépito resuena
Del abrasado Sur al frío Norte?
¡Oh Juana! gritan todos a porfía:
Jamás la Parca triste de ira llena
De tu preciosa vida el hilo corte”.

A este soneto unamos otro de carácter erótico, también inédito, dirigido en aquellos días, a una amiga:

Tiempo fué en que la dulce Poesía
El eco de mi voz hermoseaba,
Y amor, virtud y libertad cantaba
Entre los brazos de la amada mía;

(11) El abogado don Bartolomé Bello, dejó en Cumaná un nombre honroso. Se ejecutaba en los templos de aquella ciudad la misa que compuso, conocida con el nombre de misa del Fiscal.

Ella mis versos con placer oía,
 Con sus tiernas caricias me pagaba;
 Y al puro beso que mi frente hollaba
 Muy más sublime inspiración seguía.
 Vano recuerdo! En mi destierro triste
 Me deja Apolo, y de mi mustia frente
 El sacro fuego y su esplendor retira.
 Adiós, oh Musa, que mi encanto fuiste!
 Adiós, amiga de mi edad ardiente!
 La mano del dolor quebró mi lira.

El celebrado soneto a la batalla de Bailén fué una brillante improvisación de Bello en los momentos en que todos los templos de Caracas echaban a vuelo sus campanas anunciando a la capital la gran victoria de los ejércitos españoles.

Hubo un sitio predilecto de Bello, el cual visitaba casi todas las tardes, en unión de sus íntimos. Nos referimos al samán del barranco del Catuche, recuerdo inmortal de aquellos años que precedieron a la Revolución de 1810, y a cuya sombra departían en la más pura confianza Bello, Ramos, Loinaz, Iznardi, Ustáriz, Alamo, Navas y otros más. "Me he creído a la sombra del inolvidable samán" escribía Bello, en los últimos años de su vida, y sabiendo que ya la totalidad de sus amigos y compañeros habían bajado al sepulcro, se complacía en nombrar con expresiones de ternura a dos de ellos, a Ramos y a Loinaz, estos patricios del deber quienes, después de haber figurado en primera escala, llevando honrosos nombres, vivieron de los recuerdos, consuelo de las conciencias puras, y supieron morir como habían vivido, con nobleza en el pensamiento, virtudes en el corazón. (12). Todo ha pasado, y sólo el samán del Catuche se conserva todavía y se cubre de flores: imagen del tiempo ha visto desaparecer muchas generaciones y presenciado muchos infortunios; mas a su lado se respira aún el aire embalsamado de los puros afectos, que cuando se extinguen por la muerte, quedan en la memoria de los que nos suceden. Un día el copado samán iba a caer al golpe del hacha cuando el virtuoso Cecilio se interpone y compra al aldeano propietario el árbol frondoso. Desde entonces el samán nos repite con el poeta:

.
 "En este alcor, estos valles,
 Viva su memoria eterna
 Del huérfano desvalido,
 De la infeliz zagaleja,
 Del menesteroso anciano
 El consolaba las penas".

(12) De los condiscípulos de Bello, sólo le sobrevivió por cinco años, el respetable General José Félix Blanco, que murió en 1872, y era un año menor que Bello.

Así decía Bello en el sencillo romance que escribió al pie del árbol en una tarde de primavera, y que se conserva todavía inédito. Esta composición de Bello sirvió después a Baralt, en 1837, para escribir su tierno idilio titulado *El árbol del buen pastor*, en memoria del venerable sacerdote José Cecilio Avila. La idea de Bello está vaciada en el trabajo de Baralt, y el nombre de Dalmiro dado por el poeta al patriarca, se cambia en el de Damis dado por el prosista al rústico labrador, dueño del samán.

Entre ambas producciones no hay comparación; pero puede asegurarse que la de Baralt tiene más bellezas literarias que la de Bello.

A fines de 1807 muere Vasconcelos. Casi con su muerte coinciden los sucesos políticos de Europa que debían tener eco en América y preparar en Venezuela los sucesos de 1808 y 1809 y el grito revolucionario de 1810.

En esta época concluye la infancia y pubertad de Bello, los primeros veinte y ocho años de su vida, tan poblados de ensueños, tan apacibles, tan fructuosos. No deberíamos continuar: la biografía del político y del sabio, la historia de su fecunda peregrinación, de su influjo en el desarrollo de las ideas exige un libro. Pero sigamos con el poeta que va a entrar en la segunda época de la vida del sentimiento y a desplegar las alas del águila y a crearse un culto en el mundo de las letras.

Bello no debía asistir a la Epopeya sangrienta de América; desgracias, zozobras, cosecha de exquisitos frutos le aguardaban. Su ingenio necesitaba del crisol ardiente para ser probado, su cuerpo del movimiento, su constancia del infortunio. Los grandes talentos necesitan del combate para descollar en el mundo de las ideas. Son como el álbator que aguarda la tempestad para cernerse sobre ella, y celebrar el triunfo del ala. Durante quince años el poeta, desde las orillas del Támesis, contempla la revolución americana y asiste a los episodios, a los reveses, a los triunfos, a las hogueras de la guerra a muerte, a la desolación de las aldeas, y ve huir el rebaño de las praderas, el hombre de las ciudades. Absorto, ve caer uno tras otro a los amigos de su infancia, gladiadores cegados en la flor de la edad: a Salias y Briceño que mueren en el patíbulo, a Sanz, Muñoz Tébar y los Ustáriz asesinados en el campo de batalla, a Sata y Bussi, que ahogan las olas, a Iznardi que sucumbe de miseria en los calabozos de Ceuta. Durante quince años de expectativa, con el pensamiento nostálgico, el poeta asiste a todas las peripecias del drama, y divisa los volcanes inflamados, los ríos que se desbordan, los hombres que escalan los Andes, como fugitivos escapados de un gran diluvio. De pronto ve flamear sobre las torres de Cuzco un pabellón, y el iris se despliega ante sus ojos de uno a otro océano. Entonces descuelga su olvidada lira, y lanza a los vientos los primeros cantos de la Eneida americana, y celebra la naturaleza espléndida del Nuevo Mundo, y llora sobre la tumba de las víctimas y festeja a los héroes de la gran jornada. Y cuando arrobado por la inspiración, se detiene un

instante para tomar aliento, ven sus ojos una imagen querida, la de su Mecenas de la infancia, que con dulce sonrisa, ciñe las sienes del poeta con una corona de mirtos, y desaparece. El hijo de las Musas lleva entonces sus manos a la frente como queriendo evocar los recuerdos que trae a su memoria aquella sombra augusta, y escribe:

A tí también, Javier Ustáriz, cupo
Mísero fin; atravesado fuiste
De hierro atroz a vista de tu esposa
Que con su llanto enternecer no pudo
A tu verdugo de piedad desnudo:
En la tuya y la sangre de sus hijos
A un tiempo la infeliz se vió bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela,
Que aún hoy, de tanta pérdida preciosa
Apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
Sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
Debido a tus fatigas, a tu celo
De bajos intereses desprendido;
Alma incontaminada, noble, pura.
De elevados espíritus modelo,
Aun en la edad oscura
En que el premio de honor se dispensaba
Sólo al que a precio vil su honor vendía,
Y en que el rubor de la virtud, altivo
Desdén y rebelión se interpretaba.
¿La música, la dulce poesía
Son tu delicia ahora como un día?
¿O a más altos objetos das la mente
Y con los héroes, con las almas bellas
De la pasada edad y la presente
Conversas, y el gran libro desarrollas
De los destinos del linaje humano,
Y los futuros casos de la grande
Lucha de libertad, que empieza, lees,
Y su triunfo universal, lejano?
De mártires que dieron por la patria
La vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trácea, Marco Bruto, Décio,
Cuanto immortaliza Atenas, Tibre,
Cuanto Esparta y el romano libre;

.

Así rendía el poeta culto a la Patria, a la gloria y a la amistad: faltábale el culto al maestro, y escribe entonces el canto inmortal que el mundo conoce con el nombre de *La agricultura de la Zona Tórrida*. Era homenaje debido a Virgilio, deuda contraída con éste desde la infancia: era la naturaleza americana que

celebraba, hacía diez y nueve siglos, las glorias del Cisne de Mántua, y no había hallado todavía la Musa que reflejara las maravillas del Nuevo Mundo, con las galas del arte antiguo, con el sentimiento de la fe cristiana. Desde este día el genio de Bello no es patrimonio de un pueblo, pertenece a la raza que descubrió la América y fundó una civilización e infundió en sus hijas, amor a la gloria, culto a la belleza, sentimiento en la familia. Un célebre académico español, don Manuel Cañete, hablando de la inmortal producción de Bello, dice: “Tenía yo entendido que los ingenios hispano-americanos (comprendiendo en este número los de las Repúblicas que fueron colonias españolas) estaban en lamentable atraso respecto de los nacidos en la Península. Pero cuando vi en la obra admirable de Bello, tanta grandeza y energía, tanta variedad y tersura, pensamientos filosóficos tan elevados, versificación tan esmerada y rotunda, y tanta riqueza de expresión sabiamente pintoresca, nacieron en mi alma dos deseos que no he podido realizar todavía, a pesar de los años que han pasado: uno, visitar al país que engendra tales ingenios; otro, conocer profundamente las obras de todos los poetas nacidos al amor de aquella espléndida naturaleza”. (13).

Cuando el poeta publicaba su canto, tan digno de este elogio, entraba en la segunda juventud de su vida, tenía cuarenta y cinco años. La prolongada ausencia del suelo natal le había hecho estudiar como en los días de su primera juventud; y las bellas letras encontrándole luminoso le abrieron las puertas del templo de la gloria. Familia, patria, amor a lo bello y a la verdad, talento universal, estética del arte, sentimiento, erudición completa y vasta filosofía, todo llegó a poseerlo. El estudio de las *Bucólicas Virgilianas* le hizo amar la vida sencilla y pura, el de las *Geórgicas*, la vida laboriosa y fecunda, mientras la *Eneida* hizo nacer en su pecho la admiración por los grandes hechos y virtudes excelsas, que son la pura gloria de los pueblos. “Modesto y puro como soñamos a Virgilio; de un embarazo ingenuo y amable y una esquivéz sencilla y llena de atractivo, la ternura de su corazón traspiraba sobre su frente virginal”. Así decía de Bello un literato venezolano. (14). “Virgilio sin Augusto”, le llama otro literato de nuestros días. (15). Hablando Tissot, de Virgilio, dice que es “el Rafael de la poesía”; nosotros diremos de Bello que es el Virgilio de América.

Los últimos cuarenta años de la vida de Bello en el suelo de Chile, constituyen la más admirable síntesis de una labor intelectual, infatigable, fecunda, quizá única. En estos años es cuando aparecen el filólogo, el filósofo, el literato, el publicista, el crítico, el codificador, el hombre de Estado y el vulgarizador de las ciencias. *Hic tandem requiesco*, decía Bello que debía ser su epitafio: sí, había elaborado tanto, producido tanto, que merecía el descanso. Al descender a la tumba,

(13) *Cañete*, Introducción a las poesías del poeta cubano Mendive.

(14) *González*, *Meseniana* a Bello.

(15) *Acosta*, Discurso en el certamen literario de 1869.

a los ochenta y cinco años, el poeta quiere adormecerse a los cantos de Hugo, y evocando los recuerdos del Anauco y la eterna primavera de su cuna, se extingue escuchando de sus hijos *La oración por todos*:

.
"Ruega después por mí. Más que tu madre
Lo necesito yo. . . Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.

.
"Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la Cruz".
.



LAS DOS NOCHES

¿De dónde vienen aquellas carabelas que, impelidas por los vientos y corrientes de Atlante, llevan rumbo hacia las regiones donde muere el sol? ¿Quiénes son los navegantes que por la primera vez se lanzan a las olas de un Océano ignorado, en busca de gloria y de ventura? ¿Han resucitado acaso los Argonautas que buscan de nuevo el Vellochino de oro en costas apartadas, o son por ventura, náufragos perdidos que cautivados por el canto de las Sirenas se alejan del suelo patrio? No, son los Iberos, vencedores del árabe que después de haber borrado el *non plus ultra* de las columnas de Hércules, quieren conquistar la tierra. Un piloto los conduce, Colón, y resueltos y animosos, con la fe por guía, por egida la esperanza, salieron de Palos, y llegaron a las islas afortunadas para dar los adioses a la patria, en los momentos en que el Teide inflamado lanzaba a los aires su penacho de fuego y costas e islas temblaban. Llenos de tristeza vieron las rojizas llamas, escucharon las detonaciones del volcán, y con el corazón preso de recuerdos desaparecieron con la mirada fija en los últimos perfiles del suelo patrio.

¿A dónde van? Inspirados por las narraciones de Marco Polo y codiciosos de riquezas van en busca de Cipango y de Cathay, y piensan en los bosques de canelos y en los diamantes de Golconda y en las orillas del Ganges donde florece el loto, trono de Brahma. Van por el Occidente en solicitud del Oriente y creen ya trepar la montaña Merú coronada de rubíes, “donde las abejas descenden a coger flores del *baḥul*; donde los rojos racimos del *palaya* se tiñen de sangre como las garras del *lama* cuando destroza el corazón de los novillos; donde el *cisara* abierto se parece al brillante cetro de amor, rey del mundo; donde las espigas del *citaso* son los dardos que se bañan en el seno de los amantes; donde las ramas del *patali* están llenas de abejas como un carcaj de flechas y el perfume del *malika* embriaga y seduce hasta el corazón del Yogui, y las trenzas del ámbar se bañan y ondean en las azules olas del Yamura” como nos refieren los poetas de los cantos orientales.

Prolongado es el viaje. Cuenta ya treinta y nueve días y la deseada tierra no aparece. Las nubes los han engañado con fantásticas figuras, sumido la sombra en la tristeza y en la duda. Han pensado en los escollos ocultos y en los abismos poblados de monstruos. La esperanza se ha convertido en decepción: retro-

ceder es el imposible, continuar la muerte. Creen ya acercarse a la tumba que va a cubrilos, por esto, lo desconocido y la inmensidad de las aguas los aterra. Sienten ya sobre sus sienes el demonio del desengaño y sobre sus corazones pesa mortaja de hierro. Durante treinta y nueve días al caer la tarde, las tripulaciones de las carabelas han entonado el *Salve regina*, y las últimas notas han ido a perderse en la inmensidad de las aguas. Ni un eco que responda a su dolor, ni luz lejana que despierte la esperanza, porque la noche sucede al día y el día muere y la tierra no aparece. Ni la estela luminosa, ni la pradera marina, ni el firmamento estrellado, ni el aura llena de emanaciones perfumadas, ni el ave con sus trinos despiertan aquellos corazones sumidos en el desengaño que precede a la muerte.

Ha llegado el momento supremo: la costa o la rebelión. Todos los raciocinios del gran piloto son ya impotentes: poeta, geólogo, astrónomo, filósofo, orador, toda la elocuencia de su genio se ha disipado como sombras. Ha recorrido la gama de todas las inspiraciones de que es capaz el hombre, y está solo. Hay necesidad de una víctima y la víctima debe ser Colón. La desesperación tiene también sus tempestades, inevitables, destructoras. El huracán de las pasiones humanas es más terrífico que el huracán de la naturaleza. Comienza con murmullos sordos, notas disonantes, frases de rabia: pérfido, insidioso, ríe, llora, grita, llama en su auxilio la venganza, el odio, la envidia, la maledicencia, los más depravados instintos de la bestia. Entonces brama, ruge, retuércese como el boa ante la presa que se le escapa; pero astuto como ella vuelve con nuevos vahos para ahogar su víctima.

Antes que estalle la tempestad, ¡conjúrala piloto, levántate a la altura de tu obra, tuyo es el triunfo y el mundo es tuyo! Inspirado de Dios, magníficamente como Moisés sobre el Sinaí, cuando mostró a Israel las tablas de la Ley. Sea la ola la peana de tu grandeza, tu elocuencia la fuerza que disipe los vientos enfurecidos, iris de paz tu presencia!

Colón aparece y por última vez vence a la gavilla de las pasiones humanas. Profeta, habla de nuevo, señala el horizonte lejano, pide un plazo corto y aguarda. Entre tanto las carabelas siguen rumbo al Sur-Oeste, cortan las quillas la ola retozona y los tripulantes con el corazón levantado prestan oído al canto de las aves y a los murmullos de la brisa. Ha llegado el último día. Por la postrera vez el *Salve regina* es entonada al caer la tarde, y nunca la esperanza había dado a las notas del sentimiento timbre más armonioso: los últimos versículos de aquella plegaria se confundían con los cantos de las aves y con los conciertos misteriosos del espacio: Dios, el Océano y el hombre se bendecían mutuamente. ¡Qué noche! Los astros brillaban apacibles y la faja de la Vía-láctea se extendía de uno a otro polo. Asomábase en el Norte la Osa y en el Sur la Cruz, anticipada imagen de la Cruz del Evangelio en el continente que iba a brotar de las aguas. Centelleaban arriba, Sirio y Orión, las Pléyades y las constelaciones de la prade-



Antiguo Convento de San Felipe Neri

F. Lessmann. (Véase página 61).

ra celeste, en tanto que abajo chispeaba la ola, e innúmeras luces brotando del abismo presentaban el Océano cual reguero de diamantes. Reinaba la placidez en la naturaleza, perfumado soplab el viento, y todo presagiaba para Colón la proximidad de la tierra.

Solo, en religiosa actitud con la mirada fija en el horizonte y el corazón henchido de caridad, parece que solicita la solución de un enigma que él sólo debe resolver. El presentimiento es la primera manifestación de los grandes sucesos. Nadie ha visto la tierra, pero Colón la presiente. La solución del gran problema se acerca y el Nuevo Mundo va a surgir de la sombra. La noche tiene un lenguaje que sólo puede interpretar el alma inspirada por Dios. Por otra parte, existe un diálogo constante entre la Naturaleza y el genio del hombre. La caída de una manzana habla al entendimiento de Newton, y la atracción de los mundos es descubierta; la oscilación de las lámparas del templo, en medio de los divinos oficios, revela a Galileo la figura de la tierra; Franklin arrebat el rayo al cielo: Colón busca la luz en la profundidad de la noche, la cual debe mostrarle el faro terrestre que corresponda a la llama que brilla en las regiones de su pensamiento.

Las horas se suceden y Colón las cuenta. De repente cree percibir una luz lejana, movible, la cual persigue con delirio. ¿Sueña el poeta o es el piloto que descubre? Vacila entre la duda y la realidad y comunica su visión a dos de sus compañeros: el genio tiene siempre sus confidencias, porque la inspiración como hija del sol necesita comunicar su luz a las almas privilegiadas.

¿Cuál es la luz que cautiva la mirada de Colón? ¿Es la visión amorosa con la cual ha soñado el poeta, la cual vaga errante como fuego fatuo? ¿Es la luz plácida de algún astro lejano que se asoma por Occidente o la luz animal, inquieta, inconstante, fugaz, al aproximarse el día? ¿Es la estela luminosa que abandona en su camino la estrella cadente y deja enamorada la mirada del pensamiento después de haberse aquélla extinguido, o el fuego del incendio que brilla sobre algún escollo lejano? No, no es la luz celeste, ni la luz meteórica: es la luz del hogar indígena que centellea y aparece como una revelación.

De repente suena un cañonazo lanzado por la carabela "Niña", y el retumbo va de ola en ola hasta perderse en el lejano horizonte, mientras que las tripulaciones cayendo de rodillas, entonan en coro el *Gloria in excelsis Deo*. La luz ha señalado la tierra en lontananza, y la luz es la mirada de Dios. Los perfiles del Nuevo Mundo no debían presentarse a la mirada de Colón sino iluminados por el crepúsculo de la mañana. La sombra es el refugio del espíritu en sus horas de meditación, y a la sombra, se comunica con Dios el corazón del hombre. La luz es siempre una recompensa, alegría de la naturaleza, benéfico rocío que baña el alma y la inunda de celestiales promesas. El Nuevo Mundo no debía aparecer sino a la primera hora del Angel, cuando el mensajero alado saluda con trinos misteriosos el nacimiento del día, cuando los peces embriagados de dicha, saltan sobre la onda, cuando abren las flores, al beso de la luz y toda la creación en unísono concierto bendice al Autor del Universo. La luz de Oriente debía saludar la tierra de Occidente, y ambas contemplarse en presencia del Genio que había resuelto el enigma en el silencio de la noche.

Jamás Naturaleza había ostentado sus galas con más primor que en los días en que el hombre por la primera vez surcó el Atlántico. Pródigo el cielo derramó sus claridades, respetuoso el Océano no irritó sus ondas; antes bien, sonrieron sus praderas al paso de los navegantes, sopló benéfica la brisa, curiosos los peces asomaron la cabeza, y la primera ave marina en caprichosos rodeos, llegó a posarse sobre la casa flotante de los inesperados huéspedes. De Polo a Polo brilló el Firmamento, surcó los aires la estrella cadente, de diademas de fuego coronaron las aguas los animáculos del abismo, vino el ave de remotos sitios, cantó el triunfo de la ciencia y apareció al fin el iris uniendo los dos mundos.

¿Quién podrá describir las horas de expectativa sublime, precursoras de un gran día? Quién puede llegar a penetrar la confidencia entre el corazón abrasado por la Fe y el Dios de la creación? ¿Quién puede comprender la placidez del alma en presencia de la inmensidad donde debe pronunciarse el *fiat lux* por el Verbo creador?

Hé aquí resuelto el más arduo problema de todos los tiempos: la aparición del Nuevo Mundo. Al nacer el día, naturaleza y piloto se contemplan, interrúmpese la inmensidad de las aguas, sale el sol, y Guanahani, como bosque de pal-

mas que surge de las olas, recibe a un tiempo la luz de Oriente y el himno de gratitud que elevan al cielo, los mares y los montes, el animal y el hombre.

Colón es el primer poeta del Océano y el primer orador en las soledades del Atlántico—y el primer conquistador porque venció a los hombres con su elocuencia. Su travesía de treinta y nueve días es la batalla más sostenida que ha dado el genio y la conquista más fecunda de los tiempos. Para Colón fué el primer rayo de luz venido del Oriente y el primer saludo de la tierra de Occidente. Piloto, los mares le obedecen; descubridor, los Andes le proclaman. Vence con la ciencia y complementa su grandeza con el martirio. Profeta de Dios, llega inspirado como Moisés al Sinaí de la gloria, y como los espíritus predestinados que se adelantan a su tiempo, desaparece entre el torbellino de las pasiones humanas, porque él no pertenecía a la época en que brilló sino a la posteridad que le magnifica.

Tres siglos después de esta noche de Guanahani, remate glorioso del más transcendental descubrimiento geográfico, aparece sobre las aguas de Atlante aquel Humboldt a quien llamó Lamartine el Colón científico de los modernos tiempos. Explorador del Nuevo Mundo, continuador de la obra de Colón, como éste, tuvo también su última noche, antes de contemplar las costas del continente. No fué aquella noche de sublime expectativa, en presencia del hogar indígena, noche bañada por las luces de una aurora anticipada: no fué aquella noche precursora de un gran día en la historia del mundo, anunciada por el ave, presentida por la esperanza, por el genio aguardada. No; fué una noche de dolor y de lágrimas y de meditación y de recogimiento en presencia del infortunio, noche iluminada por la antorcha de la Fe y llena de calma ante el corazón que sufre, ora y se resigna a los decretos de la Providencia.

Cuando Humboldt cruzó las aguas de Atlante ya los relieves históricos del mundo de Colón, correspondían a la portentosa naturaleza del Continente. La cruz del Calvario había penetrado en las regiones de América, guarnecidas estaban las costas, victoriosas después de cruenta lucha con el extranjero, y poblados los valles y las alturas. La civilización antigua había cedido ante el empuje de la civilización moderna. De los primeros pueblos algunos habían desaparecido, otros se conservaban. La vorágine que había envuelto durante tres siglos a castellanos e indígenas había cesado: victimarios y víctimas habían corrido la misma suerte; porque en América existe el osario más elocuente que se conoce en la historia del mundo, que en ella no hay tierra que no haya sido regada con sangre indígena y castellana, río que no haya apagado la sed de los moribundos, montaña que no haya sido testigo de crueles infortunios. Las ciudades castellanas fueron levantadas sobre sepulcros; de igual manera se asoman sobre los cráteres de los viejos volcanes submarinos las numerosas islas del Océano Pacífico, y de la muerte surge la vida. Es una ley del progreso; pero hay una gloria pura que cual luz de lo

alto brillará en todos los tiempos y será gloria de la conquista castellana en América: el triunfo pacífico del Evangelio en las muchedumbres indígenas que se escaparon de la lucha armada. Miles de pueblos proclaman esta verdad. En la época de los misioneros, en los días en que manifestaciones del progreso presagiaban el porvenir de América, fué cuando se hizo necesario el estudio científico del Continente. Faltaba el continuador de Colón y surgió Humboldt.

La ciencia corona siempre las grandes conquistas. La nación que había dado calor a la empresa de Colón debía estimular igualmente los proyectos de Humboldt. De las mismas costas salieron y al mismo Continente llegaron. Pero, ¡cuán diversa la civilización de 1492 de la de 1799! El Nuevo Mundo había ensanchado la esfera del progreso universal, tomado vuelo la sociedad humana y grandes conquistas abrían nuevos horizontes. La libertad moderna nacida en la América del Norte y sostenida en Europa, reclamaba su puesto en la América española. La conquista castellana debía ceder el puesto a la conquista americana; mas antes de aparecer Bolívar debía presentarse Humboldt. Así complementaba España su obra, y la sociedad civil que aquélla había formado, compuesta de hombres de iniciativa, aleccionados por las glorias de tres siglos, y sostenidos por las virtudes del hogar, se magnificaba ante las riquezas del Continente y los portentos de una naturaleza que hacía siglos reclamaba la cooperación de todos los pueblos y el ensanche de todas las industrias.

Con la ciencia vence Colón desde el día en que deja las costas canarienses hasta la noche en que se dibuja en su mente la costa de Guanahani. Y con la ciencia vence también Humboldt desde el día en que deja las mismas costas europeas hasta que abandona el continente americano. El pánico se apodera de las tripulaciones de Colón cuando al abandonar las Canarias ven a Teide inflamado que vomita lava y humo. Colón se hace geólogo, diserta acerca de los fenómenos volcánicos del planeta, entretiene a la chusma, la ilustra y la convence. Esta disertación científica fué el primer triunfo de Colón en las soledades atlánticas. Cuando Humboldt llega al mismo sitio, tres siglos más tarde, el volcán en reposo invita al Explorador para que ascienda a su cráter y Humboldt entusiasmado trepa la pendiente, estudia la vegetación que la exorna, huella con su planta la cabeza del gigante y descubre las leyes de la geografía botánica. La ciencia le proporcionaba el primer triunfo. Desde la cima de Teide, el Explorador contempla el dilatado mar que se presenta a sus miradas, y remontándose a los días de Colón cree ver las carabelas de Palos que llegan a las Canarias, cree escuchar las detonaciones del volcán, y con el pensamiento acompaña a los navegantes que desaparecen en el horizonte. Embelesado se hallaba al recuerdo de aquellos días cuando de repente truena el cañón en las costas. ¿Era acaso el volcán que rugía de nuevo? No, era la corbeta *Pizarro* que con las velas infladas anunciaba al Explorador la hora de la partida.

Allá va la *Pizarro* cortando las olas, aves marinas acompañan a los navegantes hasta gran distancia, que el ave es el piloto de todos los mares e imagen del pensamiento es el ala. No surca ya el Océano la carabela que el arte náutico se ha abierto paso. De la galera a la carabela, de la carabela a la corbeta, a la fragata, la conquista va en ascenso. Allá va, entre cielo y agua, solitaria, pero eriguida. Las praderas marinas no infundirán temor a sus tripulantes, ni sorpresa la estrella cadente, ni desaliento la calma. Colón civilizó a Atlante, y Atlante fué la escuela de la náutica moderna. Allá va Humboldt cosechando frutos para la ciencia del Cosmos. En el Polo del Norte encontrará la astronomía antigua, en el del Sur la moderna, vida orgánica en la ola centelleante, y leyes ocultas en las palpitations del abismo. El Atlántico, crucero de los descubridores del Nuevo Mundo y teatro de los filibusteros de los siglos XVI y XVII, conduce en triunfo al Explorador científico de América que va a coronar las lucubraciones de Colón y de Anghiera, a rendir culto al espíritu castellano que supo levantarse a la altura de su conquista y pasear en triunfo el estandarte de Castilla en todos los mares del globo y clavar la enseña del Cristianismo en todas las alturas de América.

Seguir a Humboldt en su travesía por el Atlántico, sería estudiar la Física del Océano, el color, temperatura y densidad de las aguas, la vida orgánica, en todas sus manifestaciones, las corrientes atmosféricas y pelágicas, el color, temperatura y densidad del aire; sería estudiar los fenómenos de la luz, la fuerza del sol y su influencia sobre la vida de los seres; las leyes del magnetismo terrestre, las desviaciones de la aguja imantada, la latitud y el estudio de los cuerpos celestes. Seguir al Explorador en sus múltiples trabajos sería glorificar a Colón, palpar los progresos del espíritu investigador, y recoger el caudal de nuevas observaciones, precursoras de nuevas leyes en la Física del Océano. ¿Para qué seguirle si el caudal de las observaciones científicas no puede sintetizarse en una página?

No cupo a Humboldt la suerte que a Colón al atravesar ambos las olas del Atlántico. Estaba escrito que el Descubridor no encontraría en la dilatada extensión de las aguas eco que respondiese a su voz, que tan sólo el paisaje de la naturaleza debía cautivar sus miradas y hablarle de la eternidad la inmensidad de las aguas. En solicitud de lo desconocido, la tierra y el hombre debían presentársele a un tiempo. No así el Explorador que siente contristado el corazón a poco de haber dejado las costas europeas y es testigo al divisar las playas del Nuevo Mundo, de una escena tan patética como sublime. Una mañana ve pasar los restos de una embarcación cubiertos de yerbas marinas y los pasajeros de la *Pizarro* en presencia de aquellos despojos se contristan. ¿Dónde estaban los tripulantes de aquel baje náufrago convertido en tumba solitaria? En la soledad de los mares los restos de un naufragio, como en tierra las ruinas del hogar cubiertas de maleza, enternecen el corazón del hombre y le hacen más fraternal. El espíritu entristecido piensa entonces en las desgracias pasadas de nuestros semejantes, como queriendo evitar las presentes.

Detengámonos ahora en la última noche que va a preceder a la luz del deseado día, cuando después de prolongado viaje, el alma necesita la expansión para elevarse a Dios y la mirada busca la costa lejana, la choza del pescador de la cual se levanta el humo del hogar. Antes que el Promontorio de Paria descuelle a las miradas del Explorador, antes que la *Pizarro* toque en las islas vecinas, sepulcro de la raza guayquerie y primer yacimiento de perlas que explotó la codicia castellana, asistamos a la escena de dolor que tiene en suspenso la tripulación.

Venían a bordo de la *Pizarro* dos jóvenes asturianos, uno de ellos hijo único de una viuda pobre y desamparada. Era un joven de veinte años que simpatizaba por la dulzura del carácter y nobleza de sentimientos. A instancias de su madre había dejado el hogar para establecerse en Cuba donde contaba con parientes acomodados, y animado de esperanzas lisonjeras creía que podría algún día satisfacer los sentimientos del amor filial. Pero Dios que está en el fondo de todas las cosas humanas tenía reservada para la madre la vida, para el hijo la muerte. Al acercarse la *Pizarro* a las costas del Continente, cunde a bordo fiebre maligna y aquel joven tan querido de la tripulación, cae en estado de letargo, y después de tres días de delirio, muere. ¿Quién llevará a la desolada madre esta cruel noticia, quién podrá calmar el dolor de su desesperación cuando sepa que su única esperanza sobre la tierra yace bajo las olas del Océano? Cuando Silvio Pellico, este mártir de la libertad moderna, fué condenado a sufrir quince años de prisión, en Austria, por su amor a la emancipación de Italia, al entrar al calabozo que le fué destinado, se hacía la misma pregunta: ¿quién consolará a mi madre en este trance de dolor? Y él mismo se respondía: "Aquella que acompañó a su Hijo amado hasta el Gólgota y le vió morir en afrentosa cruz".

Conmovedora escena fué aquella, relata el viajero, cuando el amigo encontrándose solo, abandonóse a un profundo dolor. "Nos reunimos en la cubierta, agrega, entregados a tristes meditaciones. Nuestra vista se fijó sobre una costa montuosa y desierta iluminada de tiempo en tiempo por los rayos de la luna al través de las nubes. Brillaba el mar dulcemente agitado con débil luz fosforescente y no se oía sino el grito monótono de algunas aves marinas que parecía que buscaban la costa. Profunda calma reinaba en aquellos sitios, la cual contrastaba con los sentimientos dolorosos que a todos nos agitaban. A cosa de las ocho sonó lentamente la campana de difuntos, a cuya lúgubre señal los marineros interrumpieron el trabajo, y de rodillas oraron durante un rato; ceremonia patética que recordando aquellos tiempos en que los primeros cristianos se miraban como miembros de una sola familia, parecía reunir los hombres por el sentimiento de comunes desgracias. En la noche el cadáver fué conducido al puente y el capellán consiguió que no se arrojase al agua sino después de la salida del sol, para que así pudieran rendírsele los últimos oficios, según el rito de la iglesia romana. No hubo a bordo quien no lamentara la desgracia de aquel joven días antes lleno de frescura y de vida".

Hé aquí la escena imponente que cambió el curso de una expedición. Las aves de América indicando a Colón el rumbo de la tierra le hicieron seguir al Sur-Oeste y las costas antillanas fueron descubiertas. Así Humboldt, que no había pensado sino pasar algunos días en Cumaná para seguir después a México, itinerario de la *Pizarro*, hubo de cambiar de rumbo y explorar a Venezuela. Los pájaros inspiraron a Colón, la muerte a Humboldt.

¡Cuántos contrastes entre estas dos noches, la de Colón, la de Humboldt! El cañón anuncia en la una el descubrimiento de un mundo, y el canto de gratitud se eleva al cielo en alas de la oración: la campana funeral anuncia en la otra la muerte de una esperanza, y la plegaria se eleva también al cielo en alas de la oración. Allá, la dicha expansiva, la fe radiante que aguarda el nuevo día para entonar el himno de reconocimiento, *Gloria a Dios en las alturas*; acá, la resignación, el dolor, un cadáver que aguarda el nuevo día para descender a la tumba oceánica, al canto de los muertos y a los tañidos de la campana funeral. El estampido del cañón, a vista de la costa de Guanahani, eleva el espíritu; es el triunfo del genio en los decretos de la Providencia. El tañido de la campana, en presencia de la costa árida de Coche, a la claridad de la luna eclipsada por las nubes, y al grito de las aves marinas que buscan la tierra, resigna el corazón; es el triunfo de la muerte en los mismos decretos de la Providencia.



LOS DOS GENIOS

En el Arco de Triunfo que descuella en los Campos Elíseos de París, entre los trescientos ochenta y cuatro nombres de generales y mariscales que se hallan esculpidos en la bóveda de la cúpula, figura el de un venezolano, el del general Miranda, y una de las calles de la moderna Lutecia no hace mucho que fué bautizada con el nombre de Bolívar. (1). ¿Qué nos recuerdan estos dos nombres a orillas del Sena, uno en el monumento grandioso que simboliza las glorias de la Francia republicana e imperial, otro en la antigua calle que llevó el nombre de Puebla? Nos recuerdan la época en que dos venezolanos históricos, separados por la edad y los merecimientos, concibieron una misma idea que acariciaron en los días del Directorio y del Consulado, cuando el pueblo francés, conducido por Bonaparte, hizo flamear el estandarte de la libertad en las antiguas torres de París y escaló con él las cimas de los Alpes, y con él cruzó el Mediterráneo, para clavarlo sobre las Pirámides faraónicas, después de haber conquistado el Egipto. Aquellos dos hombres testigos de los triunfos de la República, apóstoles de una misma causa, eran los señalados por la Providencia para plantear y resolver el problema más fecundo de los modernos tiempos: la emancipación de la América española. A orillas del Sena se inspiran y ambos a orillas del Sena comienzan su labor. Corresponde al uno la iniciativa, al otro la inspiración. Cuando Miranda cree haber llegado a la meta de sus deseos, Bolívar aparece como una esperanza; cuando el uno se precipita y encalla, el otro surge y vence. Representaban dos épocas; una que pasaba con sus hombres y conquistas, otra que nacía con sus peligros y reveses, heroicidades y peripecias, pero segura de alcanzar el triunfo.

¿De dónde habían salido estos dos hombres, hijos de un mismo suelo que, sin comunicarse sus pensamientos, se encontraban en una misma vía, y seguían en pos de una misma idea? ¿Qué hado fatídico precipita a Miranda, después de haber éste figurado en las sangrientas luchas del progreso humano y conquistado nombre glorioso? ¿Qué fuerza misteriosa guía a Bolívar, y en medio del torbellino de las pasiones, lo salva y lo proclama? ¿Fué la táctica moderna que venció a la antigua, fué la inspiración que ahogó el cálculo, fué el águila que con más aliento, conquistó de etapa en etapa las alturas y dominó con su mirada los vastos horizontes? En las tempestades políticas, los viejos pilotos no perciben los escollos; la inspira-

(1) Una de las nuevas calles de Madrid lleva el nombre de Bolívar, y últimamente acaban de ser bautizadas dos calles de París con los nombres de Washington y de Lincoln.

ción que es el alma de las grandes conquistas necesita del corazón joven, del alma ardiente, del carácter impetuoso que desafía los elementos conjurados, salva los peligros, se entrega confiado en manos de la fortuna, e impaciente no se arredra ni ante la desgracia, ni ante los hombres, que siempre constante sigue impelido por fuerzas que se renuevan.

Quizá es Miranda el único americano a quien haya sido concedido hasta hoy figurar en la historia de los dos mundos, como actor brillante en la emancipación de dos pueblos. Alumno de la Universidad de Caracas, a mediados del siglo último, de claro ingenio, de sólida instrucción, abandona muy joven el suelo natal, y a los veinte años se afilia en el ejército español. A los veinte hace parte de la expedición franco-española que favorece la emancipación de la América inglesa y llega a alcanzar el grado de Teniente coronel del Regimiento de Navarra. Más tarde en 1784, el célebre general Cajigal le presenta a Washington, por medio de una carta de recomendación. Aparece después tratando con los soberanos europeos, con los personajes más conspicuos de la época, en sus viajes por Italia, Grecia, Turquía, Austria, Prusia y Rusia. El Príncipe de Potenkin le presenta a Catalina y el afortunado caraqueño es recibido con distinción por la soberana de las Rusias. Recomendado por ésta a sus agentes diplomáticos en varias cortes, continúa viajando, y despierta temores en la nación española. Las cartas laudatorias de la czarina le abren las puertas de las emabajadas rusas, y el coronel Miranda es atendido como un príncipe por todas partes. En Inglaterra Powles le presenta a Pitt, y el joven venezolano comunica al ministro inglés los planes republicanos que abrigaba respecto de Venezuela. Un grito llega entonces a sus oídos, la Revolución francesa, y Miranda sigue inmediatamente a París. Allí tropieza con amigos y compañeros de la guerra americana, se hace nombrar general de división y entra de lleno en el movimiento revolucionario. Hace las campañas de 1792 y 1793, rechaza los ejércitos prusianos y conquista la Bélgica. Mandaba el ala izquierda del ejército de Dumouriez y tenía a sus órdenes a Luis Felipe de Orleans que fué muchos años más tarde, rey de los franceses. Adversa le es a poco la fortuna y pierde la batalla de Nerwinden, en los momentos en que el partido de la Gironda era perseguido. Acusado ante el *Tribunal revolucionario*, sale victorioso, y el pueblo francés le conduce en triunfo a su casa. Por segunda vez vuelve a pensar en la emancipación de Venezuela, reúne a su alrededor a los americanos que encuentra en Europa, establece una sociedad política, se hace centro de ésta, y da los pasos necesarios. Perseguido de nuevo como sospechoso, pasa largos meses en las prisiones de París, y vence por segunda vez a sus enemigos. Expulsado de Francia, vuelve a Inglaterra, estrecha sus relaciones con Pitt, desarrolla el pensamiento de la emancipación americana y despacha con órdenes secretas a sus principales agentes. De nuevo regresa a Francia y Bonaparte le expulsa en 1804. Desde esta fecha no vuelve a pisar el territorio francés.



Simón Bolívar en 1802

Miniotura existente en Madrid.

La tertulia de Miranda, ya en París, ya en Londres fué el centro de reunión de los americanos del Sur. En esta tertulia recibieron las primeras inspiraciones O'Higgins, Nariño, Madariaga, Caro, Fretes, Iznardy y otros más que llegaron a ser en América heraldos de la Revolución de 1810.

¿Qué había hecho Miranda en este período de treinta años, desde que apareció como oficial en el ejército español hasta que fué expulsado por Bonaparte en 1804? Había tratado con todos los hombres de Estado en ambos mundos, con todos los gobiernos, figurado en las dos sangrientas revoluciones del siglo último, proclamado ante las cortes y los gabinetes extranjeros su pensamiento de emancipar la América del Sur. Espíritu ilustrado, hombre de iniciativa, pluma y espada

de la causa republicana, vencedor y vencido, Miranda aparecerá siempre ante la historia como apóstol de la libertad moderna. Bien merece su nombre estar esculpido en el arco monumental que recordará a las generaciones del porvenir las glorias de la Francia republicana.

¿Por qué no desapareciste entonces como Moisés a vista de la Tierra prometida, soñador de la libertad americana? Por qué te lanzaste en mala hora a las olas de un mar ignorado donde tu vieja táctica debía ser tu escollo? Olvidaste que en las luchas políticas la victoria no corona a sus adeptos más de dos veces y que casi todos son siempre víctimas del engaño; olvidaste que Washington comenzó joven y que Bonaparte a los treinta años había ya atravesado los Alpes y liberado a Italia; olvidaste que la prolongada ausencia del suelo patrio hace al hombre extranjero en su propio hogar, y que los genios que brillan al frente de las grandes causas no se presentan con antecedentes históricos, sino que surgen del desorden, de las peripecias sangrientas, y dominan obedeciendo la fuerza de los acontecimientos. Grande fué tu falta, más grande tu martirio; pero la posteridad te hará justicia.

Miranda rayaba en los cuarenta y cinco años, cuando Bolívar de diez y ocho, se presenta en París por la primera vez, en 1801. ¿Qué iba a buscar en aquella capital este joven imberbe, sin práctica de la vida, sin antecedentes políticos, sin más título que el de sub-teniente de milicias que había recibido en 1798 a guisa de honor que tenían en las colonias españolas los hijos de familias distinguidas? Sin el conocimiento práctico del idioma francés, sin aprovechamiento, pues apenas tenía barnices de una educación superior, en cuyo aprendizaje había sido desaplicado, e indiferente; pero con talento claro e imaginación volcánica, con carácter resuelto e impresionable, nada llegaba a arredrarle. Hacía dos años que residía en España, donde encontró la beldad que le fascinara; mas antes de tomar estado aguardó tener más edad. Para un carácter como el de Bolívar, inquieto, inconstante, sensible, París con sus bellezas, placeres y seducciones, hubo de cautivarlo. El joven caraqueño en presencia de una civilización que armonizaba con sus ideas no perdió instante que no dedicara a los placeres. Teatro, circos, paseos, todo lo visita y de todo saca partido. Los triunfos de la República tocan su corazón y se hace frenético bonapartista. Admirador del Primer Cónsul le proclama primer militar del siglo, y panegirista exaltado de las glorias nacionales, se hace notar por el calor de su entusiasmo juvenil. No hay reunión en la cual no hable, ni fiesta popular en que no se una su voz a los gritos de *viva la República, viva el Primer Cónsul*. Parecía que soñaba con un tipo antiguo y que en el Vencedor en las Pirámides encontraba el modelo. Asiste a las grandes revistas del Carrousel, aprende de coro los aires marciales, los retruécanos de Brunet y las estrofas en boga, y llega a hablar casi con perfección el idioma francés. Los genios no necesitan, en la generalidad de los casos, de maestro. Llegan a penetrar en las dificultades de una lengua, por la práctica, ayudados del espíritu luminoso que en ellos es fuerza

sobrenatural. Nada pierden de cuanto escuchan, con retentiva admirable se empapan de todos los asuntos políticos, de todas las disertaciones sobre ciencias y artes, y se presentan después departiendo sobre variados temas, sin haber leído casi nada. En estos hombres el talento natural ayudado de la imaginación, suple al estudio de las aulas y a las viglias prolongadas de la meditación.

Fué en esta época de 1801, cuando Bolívar trató por la primera vez a Miranda. Amigo éste de la familia Bolívar en Caracas, recibió a su joven compatriota con la cortesanía que sabía desplegar el general francés cuando trataba con personas que eran de su agrado. Al escuchar a Bolívar en sus raptos de entusiasmo, pudo sondearle y comprendió que en aquel corazón joven nacía el amor por las grandes causas y el sentimiento de la patria: pero le encontró exagerado, superficial en sus apreciaciones, y más imaginativo que práctico. Era un talento de veinte años que todo lo veía al través de un prisma color de rosa. Cuando no se han sufrido decepciones, el corazón se conserva con todas las ilusiones del momento; entonces el raciocinio se desliza como fuente límpida que no tropieza en su camino con escollos de ningún género. Miranda había ya sufrido mucho, Bolívar pasaba apenas el dintel de la vida. En presencia de Miranda, Bolívar vió en éste, no sólo el hombre llamado a cambiar los destinos de Venezuela, sino también el director que podría servirle algún día de escabel en la carrera a que le destinara la Providencia. Cautivóle sobre todo a Bolívar la variada ilustración de Miranda, el relato de sus viajes por Europa y América, los pormenores de la Revolución francesa y de la emancipación de la América del Norte, su opinión sobre los hombres de la política europea. Y a fe que no faltaba a Bolívar razón para contemplar a su viejo compatriota con todo el entusiasmo de que es capaz el corazón juvenil, pues Miranda era entonces considerado como uno de los espíritus más ilustrados de Francia, no sólo por sus profundos conocimientos del arte militar y de la política militante, sino también por sus estudios de las literaturas antigua y moderna en los cuales descollaba. Tales confidencias, si así puede llamarse la conversación animada de un hombre ilustrado, impresionaban lo suficiente a Bolívar y le servían de enseñanza. ¡Cuán lejos estaban estos dos hombres de pensar que, en el día del naufragio, en 1812, ambos se darían la espalda; que el uno iría a pasar los últimos años de su vida en la oscuridad de una prisión mientras que el otro, después de mil peripecias, llegaría a la meta de la gloria.

Casi al año de haber Bolívar pasado en París los días más felices de su vida, deja la capital francesa para casarse en España y regresar con su esposa a Caracas. Pero a poco en 1804, volvemos a encontrarle de nuevo en París. No era ya el mismo que en 1801: su vida matrimonial había sido fugaz, pues a poco de haber llegado a la ciudad natal perdió a su compañera. Entonces, solo, sin trabas,

vuelto a la vida soltera, rico y con ideas más desarrolladas, preséntase en la sociedad parisiense y establécese en la célebre posada de los Príncipes. En ésta despliega algo de magnificencia, lo que le hace pasar como un potentado americano. Trata con las lumbreras de la época, las obsequia, visita las principales familias de la gran ciudad y se hace conocer. Carácter franco y resuelto, admira por segunda vez a Bonaparte y comienza de nuevo la vida agitada. En su mente brilla una idea de la cual él mismo no podía darse explicación; la de ser algún día un gran general. Poseía una imaginación volcánica, pero carecía de la práctica que dan el conocimiento de los hombres y el estudio de los sucesos.

Presuntuoso, facundo, murmurador, pródigo y en posesión de una celeridad que fué siempre el alma de su pensamiento, todo lo sometía al molde de sus impresiones, lo que le hacía aparecer a cada momento contradictorio. La gloria era su culto, y si amaba el fausto con prodigalidad era porque éste con su falso brillo le hacía soñar con la deidad que halagaba su ambición. Tenía momentos de nostalgia, la nostalgia que engendran los placeres frívolos que lo cautivaran poco sin satisfacerlo. Aquel joven vivía atormentado de una incertidumbre vaga que le hacía ver el presente como un vacío en el cual no nacía un deseo que dejara huellas en su memoria. Por esto lo que le parecía una aspiración satisfecha, era para él objeto de disgusto, como él mismo lo confesaba. En su espíritu se operaba una revolución natural, la de los talentos superiores que se sienten con alas y no pueden volar, que quieren espaciarse y no encuentran medio, que extienden sus brazos en solicitud de una visión y ésta se disipa como sombra.

Poseía Bolívar la coquetería del talento que sabe cautivar, que halaga y se rodea de una aureola que pronto se desvanece. Estaba en la edad de las ilusiones irresolubles, en la cual si todo parece color de cielo, hay también espinas que hieren, hermanándose así las ilusiones y el desengaño. ¡Cuántos contrastes entre la fogosa imaginación de Bolívar y el carácter reposado y sentencioso de Miranda! Carecía aquél de la sólida instrucción de éste y de la práctica que dan las revoluciones y el roce constante con los hombres. Miranda obedecía al cálculo, Bolívar a la inspiración del momento, causas estas de que discrepasen en cuestiones palpitantes. Así, en la manera de juzgar a Bonaparte pensaban diametralmente opuestos. Mientras que para Bolívar, el Primer Cónsul era el representante de la libertad, el genio creador de un gran pueblo, no era para Miranda sino un intrigante afortunado. Ambos le juzgaban de acuerdo con las impresiones que habían experimentado. Bolívar le había conocido como apóstol de una idea nacida entre los escombros de una revolución sangrienta, después del Terror, le había seguido en sus triunfos, emancipando pueblos, acatando la opinión, regularizando el sistema político de Francia. Miranda que se encontraba con una hoja de servicios más antigua que la de Bonaparte, que había militado en dos causas inmortales, debía verle con la reserva y con los celos que inspiran a los viejos militares los hombres desconoci-



Francisco de Miranda

Retrato existente en la "Galería de las Batallas", en Versailles.

dos que surgen después de una situación caótica. Tenía Miranda otros motivos para juzgar mal a Bonaparte. Había tratado a éste por la primera vez después de los días del Terror, en una comida dada por una bella cortesana, Julia Segur, esposa del célebre trágico Talma. Bonaparte, al saber que Miranda era americano, entabló con éste una conversación animada, en la cual se trataron varias cuestiones de interés palpitante. Esto motivó el que Miranda invitara a Bonaparte a la Posada Mirabeau donde aquel residía. "Yo vivía en la mayor comodidad, refería Miranda, pero estaba obligado a ocultarlo exteriormente. El día en que Bonaparte vino a comer conmigo, noté que se había impresionado al observar el

lujo de mis salas. Para esta comida había reunido algunos de los caracteres más enérgicos, entre los restos de la Montaña, los cuales nos expresamos como hombres de convicciones y de idénticos pareceres. Con sorpresa observé que Bonaparte receloso, pensativo, movía la cabeza y pronunciaba palabras contra las opiniones que todos habíamos emitido acerca de la necesidad de una energía extrema. Poco después de concluída la comida, Bonaparte se despidió y supe más tarde, que había dicho de mí: *Miranda no es republicano sino un demagogo*". (2)

Esto bastó a Miranda para no simpatizar con Bonaparte, desde aquel día; mas cuando éste abandonando las ideas liberales, que hicieron brillar los días del Consulado, cambió de rumbo y se hizo el dictador de un gran pueblo, cambió Miranda de parecer y le juzgó como hombre necesario. A poco fué una de las víctimas de Bonaparte.

A mediados de 1804, un suceso inesperado, la llegada a las costas francesas de Humboldt y Bonpland a quienes, por falsos rumores, se creían naufragados a su salida de América, proporcionó a Bolívar cierta expansión y los medios de transportar su pensamiento al suelo patrio, en presencia de los ilustres viajeros que acababan de recorrer el Continente Americano. Los círculos científicos de París se apresuraron a celebrar tan grata nuéva, y apenas llegaron a la capital Humboldt y Bonpland, los sabios naturalistas vinieron al encuentro de los preclaros huéspedes, para comenzar el arreglo de los materiales que han proporcionado al mundo tan rico caudal de conocimientos.

No se hizo aguardar Bolívar cuando supo la llegada de los viajeros, y hubo de presentarse en la tertulia de Humboldt anunciándose de antemano como hijo de Caracas y admirador de los sabios que acababan de explorar la América española. En esta tertulia tropezó Bolívar con los hombres ilustres de la ciencia; en ella conoció a Cuvier, Gay-Lusac, Aragón, Laplace, Berthelot, Vauquelin, y otros más, compañeros inseparables del Nuevo Colón; y en ella pudo recordar con entusiasmo a Venezuela de la cual hablaba Humboldt en términos satisfactorios. Hallábase Bolívar en esta tertulia con más libertad que en la de Miranda, en la cual éste, con más años y experiencia que el joven caraqueño, sabía absorber todas las cuestiones y descollar con su palabra siempre ilustrada. Si en la tertulia de Miranda todo versaba sobre los sucesos de la época, las conquistas de Napoleón, la política del gabinete inglés, contra la cual se expresaba Miranda con la mayor acritud, a pesar de que trataba confidencialmente a Pitt y a Fox, en la de Humboldt todo revestía un carácter puramente americano: era la conversación de los hombres de la ciencia en posesión de los ricos tesoros de la naturaleza. Desde lue-

(2) Este hecho está citado en la obra de *Viarz*: "L'aide de Camp.—Souvenirs de Deux Mondes". 1 vol., obra atribuida al general Serviez, que militó bajo las órdenes de Bolívar.

Nos refiere este oficial, que Bolívar, en sus primeras campañas, entretenia a sus amigos, refiriéndoles por menores variados de su estadía en París, en los días del Consulado, y que recordaba hasta los aires marciales que había escuchado y las coplas más célebres de aquella época.

go, a la historia natural del continente hubo de mezclarse su historia política, el estado de las colonias, el porvenir que les aguardaba, desde el momento que pudieran sacudir el yugo de sus conquistadores. Bolívar y los americanos que, en aquella época vivían en París, se encontraban delante de Humboldt como transportados a sus hogares, a sus afecciones de infancia; que grato es siempre al corazón, en suelo extranjero, una reminiscencia de la patria y de la familia. Desde luego, la cuestión de la emancipación de la América española llegó a ser obligado tema en la tertulia de Humboldt. La revolución de la América del Norte trajo la independencia de las colonias inglesas; la protección ostensible dada por España a este movimiento; la revolución francesa, como origen de futuras nacionalidades; los primeros síntomas de la lucha ahogados en Nueva Granada y Venezuela; la conquista de la isla de la Trinidad; la actividad de la policía española para perseguir la introducción en América de toda publicación liberal, fueron otros tantos temas que entretuvieron a los tertulianos del preclaro viajero.

Humboldt, con ideas liberales avanzadas como todo hombre de ciencia, simpatizó, desde los primeros momentos, con la idea de la emancipación americana. Le parecía que la independencia de la América del Sur era corolario lógico de la creación de la República en la América del Norte: que el continente no podía, en el proceso de su desarrollo, sino tener unos mismos principios políticos y una sola forma de gobierno: que el ensanche científico y por lo tanto industrial, necesitaba de la completa libertad del comercio. Creía que existían grupos de hombres superiores llamados a iniciar reformas políticas; pero dudaba que encontrasen apoyo en pueblos acostumbrados, durante tres siglos, a la obediencia pasiva. Se apoyaba igualmente en la crasa ignorancia de los pueblos americanos y ausencia completa de instrucción elemental. En fin, aunque Humboldt simpatizaba con la idea y la creía tan justa como necesaria, dudaba que hubiera un hombre capaz, un genio que se pusiera al frente de una revolución que debía ser tan dilatada como sangrienta.

Estas apreciaciones de Humboldt no carecían de verdad. Hechos posteriores las confirmaron. La mayoría de los pueblos de Venezuela y Nueva Granada se declaró desde el principio de la Revolución de 1810, por la causa realista, y luchó en los campos de batalla, durante muchos años, hasta que cansada y vencida se incorporó a la causa republicana. Y en tanto que en estas dos secciones del continente, la mayoría fué hostil a la emancipación, los pueblos del Perú y de México defendieron la república, mientras que los círculos superiores sostuvieron, desde muy temprano, la causa española.

Nada podía convencer a Humboldt de que existiera un hombre en las secciones de América que acababa de visitar, con los talentos suficientes para afrontar empresa semejante. Bolívar, que desde muy al principio de la discusión, se opuso

a las ideas del sabio viajero, sostenía con acaloramiento sus opiniones, lo que proporcionaba a Humboldt ocasión para aguzar su espíritu, siempre epigramático y rematar la discusión con alguna frase picante que sabía acompañar de sonrisa burlesca. Más adelante veremos cómo el sabio viajero confesó su error y reconoció la sagacidad de su compañero, quien opinaba todo lo contrario de Humboldt. Sostenía Bonpland que en las revoluciones que llevaban por lema una idea fecunda, como la libertad de los pueblos, mientras más sangrientas eran, más cerca estaban de hallar el hombre providencial que debía conducirlos al triunfo. Alentaba a Bolívar y aplaudía el entusiasmo y convicción con los cuales aseguraba la independencia de las colonias españolas. Así, mientras que Humboldt no veía en su joven antagonista sino un espíritu inquieto, superficial, un corazón delirante, un deseo sostenido por cierta ambición oculta, Bonpland creía divisar el genio, en sus primeras manifestaciones, que se desarrollaba lentamente y que podría realizar más tarde tan nobles ambiciones.

Cuando Chateaubriand, después que fué presentado a Bonaparte, hace el retrato de éste, agrega: "Una imaginación prodigiosa animaba a aquel político tan glacial que no hubiera llegado a ser lo que fué si la musa no hubiera tomado parte; la razón ponía en práctica las ideas del poeta. Todos estos hombres grandes son un compuesto de dos naturalezas, porque es menester que sean capaces de inspiración y de acción: la una engendra la idea, la otra la lleva a cabo". (3). Cuando Bolívar departía con Humboldt acerca de la emancipación de América, en el calor del raciocinio, brillaban dos destellos: la inspiración del poeta, la celeridad del pensamiento. Faltábale entonces el campo donde poner en acción aquellas sobresalientes dotes de su espíritu, y este campo no pudo hallarlo sino diez años más tarde.

La tertulia de Humboldt no debía durar mucho tiempo. En la primavera de 1805 aquel deja a París para seguir a Italia y estudiar una erupción del Vesuvio. Bolívar, mientras tanto continúa recorriendo otros países de Europa hasta fines de 1806 que regresa a Caracas. Si en Bonpland había hallado Bolívar un amigo, dejaba en Humboldt un detractor. El célebre viajero no podía perdonarle el que hubiera osado contradecirle respecto del estado próspero de las colonias españolas que aquel creía haber conocido a fondo. Los espíritus superiores son casi siempre intransigentes en toda discusión en que ellos creen estar en posesión de la verdad, sobre todo, cuando el contendiente es un joven inexperto. Estos genios sin embargo, que no volvieron a verse más, debían aparecer más tarde unidos en la historia del Nuevo Mundo.

No habían pasado doce años de la época en que existieron las tertulias de que hemos hablado, cuando se habían consumado grandes sucesos en ambos mundos.

(3) Chateaubriand, *Memorias de Ultratumba*.

La expedición de Miranda en 1806 había fracasado, y su jefe incorporado por Bolívar a los sucesos de Venezuela en 1810, había sido víctima después de la fatal campaña de 1812. Cuatro años después, sucumbía entre cadenas en los calabozos de Cádiz. La revolución levantada de nuevo por Bolívar a fines de 1812 fracasa por segunda vez en 1814, y el genio que la había conducido, prófugo en las Antillas, avanza de nuevo sobre las costas del continente en 1816. Sangrienta continúa la lucha hasta 1821, en que Bolívar emancipa a Nueva Granada y a Venezuela y funda la República de Colombia. El genio en ciernes que no había podido reconocer Humboldt en 1804, aparecía en toda su plenitud en 1822. En su ascensión a las cumbres americanas, el sabio le saluda desde remotas playas. Eran los días en que el célebre naturalista Zea, Ministro de Colombia en Londres, obedeciendo las órdenes de Bolívar, preparaba la comisión científica que debía fundar en Colombia el estudio de las ciencias naturales y explorar la tierra emancipada por las armas republicanas. De acuerdo con Humboldt, el señor Zea despacha en agosto de 1822 a los sabios jóvenes Rivero y Boussingault, que llegan a La Guaira el 21 de noviembre y comienzan sus trabajos científicos. Fué disposición de Humboldt que éstos visitaran la región desde Caracas hasta Bogotá, mientras que Raulin y los demás de la comisión, entraran por la vía del Magdalena. Los trabajos científicos de estos exploradores, presididos por Rivero, desde 1822 hasta 1828, tanto en Colombia como en el Perú, forman época en los anales de la ciencia y fijan la data de la primera exploración científica creada por Bolívar después de emancipada Venezuela en 1821. (4).

Brillante ocasión ésta que supo aprovechar Humboldt, para saludar al fundador de Colombia y establecer con éste una amistad que no podía cesar sino con la muerte. Con fecha 29 de julio el Explorador de América escribe al Libertador de América:

“Señor Presidente.

“La amistad con la cual el General Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente, me hace esperar que, en medio de los triunfos, coronados por una gloria fundada por grandes y penosos trabajos, el Presidente de la República de Colombia recibirá todavía con interés el homenaje de mi admiración y de mi decisión afectuosa. Me atrevo a recomendar a la grande bondad de Vuestra Excelencia los portadores de estas líneas, dos jóvenes sabios cuya suer-

(4) El señor Zea favoreció al Presidente de la Comisión, señor Rivero, con £ 1.000 para los gastos de viaje.

te y éxito me interesan mucho; el señor Rivero, natural de Arequipa y el señor Boussingault, educado en París, pertenecientes ambos al reducido número de personas privilegiadas, cuyos talentos y sólida instrucción llaman la atención pública, a la edad en que otros no se han ocupado todavía sino en el desarrollo lento de sus facultades. Químicos y mineralogistas muy distinguidos, los señores Rivero y Boussingault llegarán a ser los fundadores de la Escuela de minas que destináis con tanta sabiduría a la parte montañosa de Cundinamarca. Unidos por la amistad, por el talento y por el amor al trabajo, harán bajo los auspicios de Vuestra Excelencia, la *descripción geonóstica* del dilatado territorio de la República de Colombia. La elección de estos dos sabios honra tanto al respetable señor Zea, como a los conocimientos teóricos, base indispensable de todas las artes industriales y el estudio práctico del minero que ellos poseen. Amigo de los señores Rivero y Boussingault, y partícipe de la opinión con la cual les favorecen miembros muy eminentes del Instituto, me atrevo a suplicar a Vuestra Excelencia, que les honre con particular interés y protección. Es la primera súplica que os hago después de quince años, y nada podréis hacer en mi favor que me sea más agradable que asegurarme que mis deseos serán satisfechos. Sin la seguridad de que mis jóvenes amigos tengan la fortuna de seros presentados al mismo tiempo, he dado al señor Boussingault una carta personal. El señor Rivero que tiene el proyecto de pasar algunos años en vuestra nascente República, antes de regresar al Perú, ha recibido sólida instrucción en París, durante tres o cuatro años, bajo la dirección de hábiles profesores de química analítica y de mineralogía. Ha visitado con éxito las minas de mi país, la Alemania, y une al gusto por el trabajo un espíritu penetrante. Y me es tanto más satisfactorio hacer su elogio a Vuestra Excelencia cuanto que, desde mi llegada a Francia, me ha tratado con confianza, en tanto que me ha sido satisfactorio ofrecerle algunos consejos referentes al plan de sus estudios. Me lisonjea que el carácter amable que distingue a los señores Rivero y Boussingault, les hará dignos de la bondad hospitalaria de la cual recibí muestras tan afectuosas durante mi residencia en Caracas, Santa Fe y Quito. La explotación de los yacimientos metálicos y de los lavaderos de Pamplona, de los alrededores de Santa Fe y de la vega de Tupia, de Antioquia, del Chocó y de la región al Sur de Quito; investigaciones particulares sobre la platina, la nivelación del istmo de Panamá y de Cupica; hé aquí asuntos muy dignos de ocupar a estos sabios, y que se connexionan con todos los intereses de la industria y del comercio del país.

“Fundador de la libertad y de la independencia de vuestra bella patria, váis a aumentar vuestra gloria haciendo florecer las artes de la paz. Inmensos recursos van a ofrecerse por todas partes a la actividad nacional. Esta paz que vuestros ejércitos han conquistado, no puede desaparecer, pues no tenéis ya enemigos exteriores y sí bellas instituciones sociales, sabia legislación que preservarán la República de la mayor de las calamidades, las disensiones civiles. Reitero mis votos por la grandeza de los pueblos de la América, por el afianzamiento de una sabia

libertad y por la felicidad de aquel que ha mostrado noble moderación en medio del prestigio de los sucesos.

“Soy con los sentimientos de la más elevada y respetuosa consideración.

“Señor Presidente,

“De Vuestra Excelencia el más humilde y obediente servidor.

“*Alejandro Humboldt.*

“París, 29 de julio de 1822”.

Con fecha 8 de noviembre de 1825, Humboldt escribe de nuevo a Bolívar la siguiente carta:

“General.

“Una persona muy recomendable por su carácter y espíritu de observación, el señor Kiener, natural de Colmar en el Rhin, cuyos negocios mercantiles le llaman a los bellos países que habéis levantado a tan altos destinos y a los que amo como a una segunda patria. Sé que mi amigo Rocafuerte ha pensado dar al señor Kiener algunas líneas para vos General. No me habría atrevido a escribiros en estos momentos en que recogiendo los frutos de la victoria coronáis como gran ciudadano lo que habíais comenzado al frente de vuestros ejércitos; pero, ¿cómo no agregar a estas líneas escritas por un amigo, (Vicente Rocafuerte) el homenaje repetido de mi admiración y simpatía? La carta vuestra que recibí, escrita al pasar por Quito ha sido para mí un gaje precioso de vuestra antigua amistad hacia mi persona; y es con el título de amigo que os hablo de mi reconocimiento, y os recuerdo que en Bogotá se ha establecido, hace tres años, un joven sabio, el señor Boussingault, que está al servicio de la República de Colombia, y cuyos trabajos mineralógicos, químicos y geodésicos merecen la más honrosa aprobación del Instituto de Francia. La suerte del señor Boussingault me interesa sobremanera: no tengo necesidad de decir más a mi amigo el General Bolívar. Yo le agradezco desde el fondo de mi alma los nobles esfuerzos que ha hecho por la libertad del pobre Bonpland con continúa prisionero en el imperio misterioso del *Doctor Francia!*

“Soy con la más respetuosa adhesión, de Vuestra Excelencia el más humilde y obediente servidor.

“*Alejandro Humboldt.*

“París, 28 de noviembre de 1825.

“Excelentísimo señor Libertador Simón Bolívar.

P. D.

“¿Cómo no adornar con vuestro nombre algunas páginas de mi libro? En el volumen del *Viaje* que acaba de salir (Capítulo 27, Tomo III, página 341) he hablado de la emancipación de los negros. Es la República de Colombia la que ha dado el ejemplo, y esta medida humanitaria y prudente a un tiempo, se debe al desinterés del *General Bolívar*, cuyo nombre ha sido ilustrado no tanto por las virtudes del ciudadano y la moderación en el triunfo, como por el brillo de la gloria militar”. (5)

La ilustrada correspondencia que tuvieron estas dos lumbreras del siglo versó siempre sobre temas de interés americano. En ella, sus autores se disputan a porfía el engrandecimiento de una obra que les pertenece, porque ambos tuvieron por teatro una misma región y llegaron a un mismo límite del cual no pudieron pasar. Ambos comenzaron en el Oriente de Venezuela y ambos llegaron hasta los Andes de Bolivia. Un lapso de diez y ocho años los había separado desde 1804, única vez en que se trataron. El sabio no pudo entonces reconocer al futuro Libertador de América, pero cuando años más tarde escuchó nombrarle, ya aquel estaba en su zenit. Paralelos caminan entonces hasta separarse. Cuando el uno, en su descenso natural se oculta en 1830, el otro, en su ascenso continúa en su dilatada órbita. Más afortunado Humboldt que Bolívar, llega al fin de su gloriosa carrera, y se extingue cuando las fuerzas físicas desaparecen. La Musa de la ciencia acompaña siempre a sus hijos predilectos hasta el borde de la tumba; no así la Musa de la historia que los precipita al verlos llegar a la cima de la gloria.

Veinte y tres años más tarde de la muerte de Bolívar, en una conferencia que por orden de lord Clarendon, en 1853, tuvo con Humboldt, en Berlín, el célebre amigo y edecán de Bolívar, General O’Leary, para tratar asuntos conexados con la apertura de un canal interoceánico por el istmo de Darién, Humboldt, después de haber departido con su interlocutor acerca de la cuestión indicada, hubo de ocuparse en seguida, de la emancipación de la América española y del Libertador Bolívar. “Traté mucho a éste, después de mi regreso de América, a fines de 1804, decía Humboldt a O’Leary. Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su entusiasmo sostenido por las creaciones de una imaginación brillante, me le hicieron ver como un soñador. Jamás le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Como acababa de visitar las colonias españolas y había palpado el estado político de muchas de ellas, podía juzgar con más exactitud que Bolívar que no conocía sino a Venezuela. Durante mi permanencia en América jamás encontré descontento; pero sí observé que si no existía grande amor hacia España, había por lo menos conformidad con el régi-

(5) La correspondencia entre Humboldt y Bolívar parece haberse perdido. Sólo conocemos estas interesantes cartas que debemos a la cortesía de nuestro amigo el señor Simón B. O’Leary. Sea éste el momento de presentarle públicamente nuestro agradecimiento por tan valioso obsequio histórico.

men establecido. Más tarde, al comenzar la lucha, fué cuando comprendí que me habían ocultado la verdad y que en lugar de amor existían odios profundos o inveterados que estallaron en medio de un torbellino de represalias y de venganzas. Pero lo que más me sorprendió fué la brillante carrera de Bolívar, a poco de habernos separado, cuando en 1805 dejé a París para seguir a Italia. La actividad, talentos y gloria de este Grande hombre me hicieron recordar sus ratos de entusiasmo, cuando juntos uníamos nuestros votos por la emancipación de la América española. Confieso que me equivoqué en aquel entonces, cuando le juzgué como un hombre pueril, incapaz de empresa tan fecunda, como la que supo llevar a glorioso término. Me había parecido, por el estudio que había hecho de los diversos círculos de la sociedad americana, que si en algún lugar podía surgir un hombre capaz de afrontar la revolución, era en Nueva Granada, que había dado manifestaciones a fines del último siglo y cuyas tendencias no me eran desconocidas. Mi compañero Bonpland fué más sagaz que yo, pues, desde muy al principio, juzgó favorablemente a Bolívar, y aun le estimulaba delante de mí. Recuerdo que una mañana me escribió, diciéndome que Bolívar le había comunicado los proyectos que le animaban, respecto de la independencia de Venezuela, y que no sería extraño que los llevara a remate, pues tenía de su joven amigo la opinión más favorable. Me pareció entonces que Bonpland también deliraba. El delirante no era él sino yo que muy tarde vine a comprender mi error respecto del Grande hombre, cuyos hechos admiro, cuya amistad me fué honrosa, cuya gloria pertenece al mundo". (6).

Hé aquí a Humboldt, el Genio de los descubrimientos, como le llama Víctor Hugo, rindiendo homenaje póstumo al Genio de Bolívar, Libertador del Nuevo Mundo.



(6) Extracto sacado de las *Notas de viaje* del General O'Leary.

LA CRUZ DEL SUR

Unico, bello, sublime, inmensurable como el universo, tal es el libro de los cielos estrellados, sobre el cual está escrita la obra maestra de Dios con caracteres de luz! Abierto a la contemplación del espíritu, en él han leído y continuarán leyendo todas las generaciones, porque al aspecto de los mundos siderales, despierta el recuerdo de los pueblos que existieron y de las conquistas, ciencia, cuna y tumba de las sociedades antiguas.

Luminoso aparece siempre el panorama de los cielos, y sin embargo, la sombra llena el primer término del cuadro inmortal. Los cuerpos opacos que giran en torno al sol, son como aeronautas solitarios que cruzan un Océano aéreo, dilatado, oscuro, pero con riberas luminosas que ocultan en lontananza un más allá impenetrable como Dios y como Dios eterno. Estaríamos sumidos en tinieblas si durante el día, un faro de aquellas remotas playas no nos enviara sus rayos, y, durante la noche, en ausencia del satélite terrestre y de los planetas más cercanos, las estrellas no aparecieran como regueros de luz en la infinita pradera que llena los espacios.

No todos los pueblos de la tierra pueden interpretar este libro de los cielos. Vedada está la mitad a los habitantes de los Polos y de las zonas templadas que sólo pueden leer algunos capítulos, en tanto que el hombre del Ecuador puede contemplarlo en toda su belleza, seguirlo de uno a otro extremo, detenerse en los pormenores y extasiarse ante la sublime narración que refieren los jeroglíficos de la luz, interpretados por la ciencia y siempre elocuentes a la mirada contemplativa. Las regiones celestes están tan delineadas que, a la simple vista, pueden distinguirse. Tachonada de mundos que coronan el Polo de Artos, se presenta la del Norte, y pobre de estrellas pero rica en nebulosas, descuella la de Austro. Para la una, la civilización antigua, desde la primera noche de la historia; para la otra, la moderna, desde el día en que fué complementado el conocimiento de la Tierra, y se revelaron los continentes y dejóse ver la Cruz del Sur, y la zona del Ecuador, desde los nevados Andes, desplegó, ante la mirada de la ciencia, el panorama de los mundos luminosos. Recuerda el hemisferio de Artos al hombre primitivo en su cuna a orillas del Eufrates y en el jardín de Mesopotamia, y sus primeras conquistas en las costas del Viejo Mundo; a los asirios y persas, chinos e indos, caldeos, fenicios y griegos; a los primeros cazadores y pastores que interpretaron el lenguaje de las esferas y a los primeros navegantes del Océano y de los mares in-

teriores; época de los mitos poéticos y de las transformaciones sorprendentes, cuando fué el cielo refugio de todos los crímenes y las constelaciones imagen de las groseras conquistas y aventuras humanas. En el cielo colocó la primitiva sociedad la casa rústica y los animales y objetos que la llenaran: en el cielo el toro, el león y la cabra y la espiga y la fuente y el cazador y la liebre y hasta la púdica virgen siempre víctima de las pasiones mundanas: en el cielo también la lucha entre la Naturaleza y el hombre, la idea científica, la marcha del sol, el encadenamiento de las estaciones, la lluvia, la inundación, la sequía, la primavera como una esperanza y el retorno del sol como germen de la vida; y en el cielo las primeras conquistas intelectuales que nacieron a impulso de la observación y del cálculo.

Cualquiera que sea la mitología que se acepte al estudiar el firmamento, sea la india, la china o la persa, la egipcia o la griega, la idea científica es siempre la misma. Marte significa en todas ellas, *el Rojo*, Venus, lo *Brillantísimo*. La Osa Mayor fija la Osa Menor y con ésta aparece la Estrella Polar que sirvió de Norte a los navegantes fenicios, así como las Pléyades, inseparables de Orion, fueron guía de los navegantes del Mediterráneo. Las Hyades, como su nombre lo indica, anunciaban la lluvia, y Sirio, el más hermoso de los soles, recordará siempre las inundaciones del Nilo, en tanto que Aldebarán, en la cabeza del Toro, recordará el cielo de los árabes. Adondequiera que se dirija la mirada en el hemisferio de Artos se tropezará con algún grupo mitológico, alguna aventura entre los dioses y los hombres, la poesía de los pueblos nacientes y la monstruosidades de una civilización en ciernes: por dondequiera nacerá el recuerdo de los pueblos bíblicos y de las primeras costas en la hoya del Mediterráneo. En el hemisferio del Norte están representadas no sólo la historia y peregrinación del primer hombre, sino también las épocas geológicas más remotas, porque las constelaciones para cambiar de forma, necesitan de períodos seculares, ante los cuales desaparece la cronología conocida. Son las mismas que brillaron en el Paraíso y habían brillado en los días de los grandes monstruos que precedieron a la venida del hombre. Si la Tierra prehistórica ha cambiado en el curso de las edades, y series de cataclismos transformaron los primitivos continentes y archipiélagos, la Tierra histórica, aquella en que apareció la cuna de la humanidad y sirvió de teatro a los primeros habitantes del planeta, se conserva. Aún corren las aguas del Eufrates y dora el sol las cumbres del Ararat, a cuyas faldas se detuvo el Arca de Noé; ahí están las tierras de Lot y los valles que habitaron los patriarcas, y los cedros del Líbano: aún cruza el rayo por las cimas del Sinaí como en los días de Moisés, y asoman su frente de granito las pirámides faraónicas, en tanto que a orillas del Mar Muerto, caen del árbol maldito las manzanas de Sodoma. La civilización griega yace en ruinas y en ruinas la romana. Todo pasó, pero quedaron las costas como recuerdos de épocas inmortales, y las aguas sobre las cuales siguieron los primitivos navegantes el curso de las Pléyades y fijaron sus ojos en la Estrella

Polar, y predijeron, al nacimiento de Sirio, las inundaciones del Nilo. El Viejo Mundo, el mundo conocido de los antiguos, donde comenzaron su faena los descendientes de Adán, no ha desaparecido en el curso de los siglos: así la historia mitológica de los pueblos primitivos ha dejado recuerdos imperecederos en la dilatada página de los cielos estrellados, Los diversos pueblos de la Tierra al contemplar cada noche, en el curso del año, las luminarias del hemisferio de Artos, encuentran una elocuencia muda que trae a la memoria las épocas remotas de la historia del hombre y del origen de las ciencias.

Mas cierto día llega en que aparece de súbito, en la sociedad antigua el genio de Colón, quien con el tridente de Neptuno en la mano, enseña rumbo hacia Occidente. En aquel día el Océano que parecía aguardar la voz de la Pitonisa que hasta entonces se ocultaba bajo las olas, invita al hombre antiguo que se siente con alas y se prepara a cruzar las aguas. No teme la frágil carabela el furor de Atlante que antes bien humilde se deja éste avasallar. Cruza Colón el desierto de las olas y con él los navegantes del Mediterráneo que, dejando atrás las columnas de Hércules, borran así del mapa europeo el *non plus ultra*. A poco descubren los iberos el Nuevo Mundo, en tanto que los lusitanos, siguiendo al Sur y cruzando el cabo austral de Africa, penetran en el Océano Indico. Así fué vencido Atlante, y aparecieron mundos ignorados, y acercóse Asia a Europa, y la ola condujo en triunfo a los descendientes del hombre primitivo que no había podido pasar de las costas Fortunadas. Y de súbito, desgárrase el velo que cubría la creación terrestre, y se hacen visibles sobre las aguas, continentes y archipiélagos, y descuellan en toda su belleza las constelaciones de Austro, y queda abierta la página inmensurable de los mundos estrellados; y los antiguos navegantes, en posesión de cielo y tierra, cantan la hosanna de la ciencia y fijan, con el más portentoso de los descubrimientos, la moderna época de la historia. Y el mundo terráqueo hasta entonces desconocido, recobra su jerarquía, y aparecen las antiguas formaciones geológicas, y los ríos y las selvas y los Andes y el Océano de Balboa; todos dignos de tamaña conquista y agigantados como el sol que los sustenta. Y yénse las tierras aglomeradas al Norte y las aguas al Sur, en armonía con el paisaje celeste, rico en constelaciones en las regiones de Bóreas, desierto en los confines de Austro. La aglomeración de continentes hacia el Polo Artico y la abundancia de aguas hacia el Antártico, es como una imagen del panorama celeste: lo visible, lo tangible, la cuna del hombre en la costra sólida del planeta; lo invisible, lo profundo o ignorado en la cuenca oceánica. Así, la ciencia penetra en el astro luminoso que se deja analizar, y queda en duda en la nebulosa irreducible y misteriosa adonde no puede llegar la mirada humana.

Desde esta época inmortal, el libro de los cielos no es ya un enigma. Está abierto a todas las miradas, y los continentes y las aguas no son sino los diversos

observatorios para interpretar el lenguaje de la luz. La Estrella Polar no es ya el único piloto de la ciencia náutica, que en el Polo del Sur, bella Cruz guía al marino, desde que los modernos argonautas conquistaron el Vellochino americano: en tanto que la Vía-láctea, recobrando su jerarquía celeste, tiene por guardianes al Norte las Osas, mientras la Cruz, en el punto opuesto, le sirve de pórtico austral, al decir de un escritor argentino.

Y en vista de tanta magnificencia, comienzan los viajes de circunnavegación, aventúrase el hombre a todos los peligros, nace el espíritu de conquista, son escaladas las cordilleras, oro y diamantes brota la tierra y el Océano perlas. Y centuplica el hombre sus esfuerzos, y al choque terrible de dos civilizaciones, vencedores y vencidos se confunden, y gime Naturaleza, hasta que flamea sobre las frías cumbres la bandera de Castilla. Así pasan siglos de reposo, y la lucha recommienza y son escaladas de nuevo las cordilleras, y vencedores y vencidos se confunden y gime Naturaleza, hasta que ondea sobre los volcanes andinos el pabellón americano. En todas partes, la lucha de las sociedades buscando siempre el enigma del progreso; y acá como allá, siempre la civilización que penetra a pesar de los errores y de la ignorancia.

Cuántos episodios nos relatan las constelaciones del hemisferio austral, desde la época en que surgió el Nuevo Mundo! Nos hablan de los castellanos y lusitanos, de Colón, Vespucio, Ojeda, Gama, Magallanes, Cabral, Solís, Balboa, Delcano y de los esforzados conquistadores de Atlante y del grande Océano: nos recuerdan a los descubridores de América y de Africa, a los filibusteros que desolaron las costas, a los primeros pueblos levantados al calor del Evangelio y a los misioneros que desmontaron las selvas de nuestros ríos y edificaron entre naciones salvajes los primeros pueblos del Nuevo Mundo: nos hablan de los cruentos sacrificios a que fué sometida la antigua raza de los Andes, así como de sus ritos y creencias y ciencia, que no fué la astronomía vedada a los pueblos que fundaron en las altiplanicies andinas la cuna de la civilización americana, y nos hablan, en fin, de la lucha sangrienta que tres siglos más tarde siguió a la conquista castellana. De esta manera las constelaciones australes que nada pueden decirnos de la sociedad antigua, nos transportan cada noche a la historia del continente americano, desde la época de Colón; y opuestos a las constelaciones del Norte, nos presentan los contrastes de todas las épocas, recorriendo con la mirada, de uno a otro Polo, las diversas fases de la civilización universal. Por esto, el cielo estrellado es un libro donde están consignados, con caracteres de luz, los más sublimes episodios de la historia de la Tierra.

Ninguna de las constelaciones del firmamento ejerce sobre nuestra alma atracción más benéfica que la Cruz de Mayo, el Crucero como la llama el pastor de las Pampas, la Cruz del Sur como dicen los astrónomos. ¿A qué se debe

esta atracción siempre constante y seductora como si fuera una voz querida que nos llama y hubiera en ella algo que nos pertenece desde la cuna y simboliza los nobles afectos del hogar? En el Atlántico, en las islas del mar antillano, en las aguas del dilatado Coquibacoa, a orillas del mar, en las dehesas que fecundiza el Tuy y en las cumbres de los Andes venezolanos, nuestra mirada se ha extasiado siempre ante esa Cruz, símbolo del cristianismo, que en los espacios del cielo austral, ya al caer la tarde, ya al amanecer, ya en el curso de la noche; ora recta, ora inclinada, aparece siempre luminosa durante seis meses del año. Su presencia nos detiene, nos trasporta a los días de la niñez, al dulce regazo de la madre, y despierta en nosotros recuerdos de seres amados que duermen en el seno de la tumba, de alegrías y sonrisas que no volverán, de bendiciones que pasaron, de imágenes que se alejan y de voces que nos llaman con acento dulcísimo a proporción que nos acercamos al lindero de la nuestra.

Y ¿qué niñez no ha tenido su constelación predilecta en la cual el espíritu infantil ha buscado un ideal que no comprende, pero que halla más tarde? Y ¿qué madre no ha mostrado a sus hijos el cielo, como centro de belleza, refugio de esperanza, mansión de Dios? No hay niñez que no tenga su ciencia enseñada por la madre. La contemplación de la Naturaleza es obra no sólo del espíritu ilustrado, lo es también de las aspiraciones infantiles que se detienen ante lo bello y lo bueno y tratan de investigar las causas de la vida y el orden en el mecanismo sublime de la creación. Esta aspiración del alma ayudada de impresiones eternas, es casi siempre el primer núcleo de todos los conocimientos científicos que más tarde nutren la vida del espíritu pensador. La madre, despertando el sentimiento por medio de la oración y de la lectura, levanta el espíritu contemplativo del hijo hacia regiones superiores. Sin el conocimiento de los cuerpos celestes, la astronomía de la madre es puramente alegórica: se vale del simbolismo para fijar ciertos hechos en la memoria de sus hijos. Nos enseña que el sol nace por el Oriente para despertar la familia al trabajo, y se oculta en Ocaso para prepararnos al descanso por medio de la oración. Nos muestra la estrella de la tarde como compañera de los sueños de la niñez y después nos hace ver la misma estrella en la mañana como una recompensa que envía Dios a la familia virtuosa. Así va haciéndonos conocer el curso del sol y de los astros, el movimiento de la Tierra y las diversas faces del satélite lunar: así fija en nuestra memoria la situación de la Estrella Polar, casi siempre brillante sobre la fila del Avila, y nos enseña a conocer más arriba, el Carro de David que trae a nuestra memoria la historia de los patriarcas.

A poco nos enseña a conocer en el cielo la imagen de los Tres Reyes Magos que visitaron el establo de Belén y las las Cabrillas, y las Tres Marías que acompañaron al Salvador en la vía dolorosa. Cuando, en las primeras noches de noviembre, nacen por el Nordeste las tres estrellas del cinto de Orion, lentamente vemos que se elevan hasta que las contemplamos, con indecible júbilo, casi en el Zenit, en la noche de navidad. ¿Cómo olvidar las emociones que despiertan estas

estrellas en el corazón infantil, al repique de las campanas que anuncian el nacimiento del Salvador? Dirigimos la mirada al cielo y allí encontramos que innúmeros astros cantan también hosanna y participan de las alegrías terrestres. Y cerca de los Reyes vemos entonces a las Cabrillas y a las Tres Marías, y cercanos dos luceros siempre juntos, cuya historia todos conocen. Refiere la tradición que Lucía, cuyo nombre significa luz, fué una sublime mártir de Siracusa que sufrió la muerte con valor. Abogada de la vista, se la representa llevando en un plato sus ojos que la tradición ha colocado en dos luceros gemelos que están en la constelación del Toro.

Pero lo que más cautiva la infancia, es cuando al llegar los días de mayo la familia celebra el advenimiento de la Cruz, y levántase el altar campestre y sobre éste el lábaro de la Redención, exornado de flores y de luces. En esas noches de júbilo y de juegos infantiles que dejan en la memoria dulcísimos recuerdos, es cuando la madre muestra a sus hijos en las regiones del cielo austral la Cruz de Mayo, como eterna imagen de la Cruz del Calvario. Oculta durante seis meses, aparece en nuestro cielo en los días de febrero para descollar durante seis meses más, ora inclinada, ora recta en las diversas horas de la noche. En presencia de esta Cruz, el alma infantil parece sumergirse en medio de celestes claridades y recuerda, y reflexiona y medita y cree. Registra entonces ansiosa, la bóveda estrellada, repasa las lecciones dadas por la madre, compara y observa que, cuando el Carro de David brilla todavía en el cielo del Norte, la Cruz descuella en el cielo del Sur, como si nos recordaran a los patriarcas y a Jesucristo en los dos extremos de la vía luminosa.

A la astronomía de la infancia tan sencilla como provechosa, se une siempre la geografía de la infancia, basada en la lectura de la Biblia. Hablamos en aquellos días del Ararat, de Mesopotamia, del Mar Rojo, del Sinaí y del Oreb, del Tabor y del lago de Galilea como si fueran sitios que hemos frecuentado. Disertamos acerca del Jordán como si fuera el río que conocemos desde la niñez; y nos parece que las plantas y guijarros de éste respiran cierto aroma de misticismo dado por el sentimiento religioso que durante muchos años, es el alma de los juegos y emociones infantiles. Estos nombres que recitamos de coro, sin conocer un mapa e ignorantes de las divisiones terrestres, nos sirven más tarde, para estudiar científicamente los lugares teatro de los grandes sucesos del antiguo y nuevo Testamento. Cuando llega esta época de los estudios serios, la ciencia de la infancia parece alejarse, y queda sólo en el sentimiento y en los recuerdos del hogar, conservando el delicioso aroma de cuanto se conexas con la madre, con los juegos de la niñez, sus amores y sus lágrimas. Un cambio radical se efectúa en los estudios, y el cielo no aparece con la sencillez de los infantiles días. El Carro de David se transforma en la Osa Mayor, y la idea del Polo del Norte que buscaron los primeros navegantes, viene a la mente. Los Tres Reyes dejan de ser

soberanos para convertirse en tres mundos que forman el cinto de Orion: la idea mitológica triunfa de la tradición popular, y aparece el cazador de espada flámigera y cota de oro en persecución de las tímidas Pléyades. Las Tres Marías se presentan como parte de la constelación del Toro, en tanto que los ojos de Lucía son las estrellas *gamma* y *beta* de la misma constelación: todas ellas mundos luminosos cuyo curso, origen y fin sólo Dios conoce.

¿Cómo se nos presenta en estos días la Cruz del Sur? Se remonta al origen de los mundos, a la primera noche de la génesis celeste y nos habla de su revolución y de sus cambios de forma, en períodos seculares. Nos transporta a los tiempos en que ella presenció los cataclismos geológicos del Viejo Mundo y fué visible a los habitantes del Báltico; y asistió después a los orígenes de la sociedad humana, y fué más tarde contemplada por los anacoretas de Tebaida y por los astrónomos árabes, hasta que desapareció para los pueblos del Mediterráneo. La constelación predilecta de la infancia recupera así toda su magnificencia. Recuerda no sólo a la madre, al hogar, al sentimiento místico de toda niñez, es también el reloj de los siglos que señala la hora al pastor de las Pampas americanas, como la señaló a aquellos sublimes misioneros que a orillas de nuestros ríos, fundaron en América la sociedad cristiana. Ella, pórtico austral de la Vía-láctea, saludó a los descubridores del Nuevo Mundo que, al contemplarla, encontraron el Polo inmutable que les sirvió de guía en las exploraciones del Grande Océano. Amiga y compañera de los navegantes de Austro, testigo de todos los episodios del Nuevo Mundo, visión amorosa que han ambicionado contemplar los astrónomos de todas las épocas, ha sido también tema fecundo de los poetas y escritores de ambos mundos. Tal es la Cruz del Sur, imagen hermosa de la sublime Cruz del Calvario.

Hé aquí la astronomía de la infancia en posesión de la historia y conquista americanas, del espacio y del tiempo.

A orillas del mar antillano, en una de las más bellas islas, aquella que llamaron los caribes *Borinquen*, la Cruz del Sur fué, durante algunos años, nuestra guía, cuando queriendo recordar la historia del continente americano, seguíamos con el pensamiento el rumbo de la hermosa constelación. Situados al Sur de la isla y en un lugar colocado casi en el meridiano de Caracas, las olas del mar rompían al pie de los cocoteros que decoran la modesta casa que habitábamos. Cuando venían los días caniculares, época en que la Cruz está visible, grato nos era evocar los recuerdos del hogar, la dulce imagen de la madre y las escenas de la infancia, antes de entregarnos al descanso. La Cruz nos señalaba el camino de la patria, como un mentor traía a nuestra memoria la historia del continente. Era la Cruz como imagen palpitante de los episodios de tres siglos, desde el día en que ella mostró su faz a los navegantes lusitanos y castellanos. Con la mirada fija en el cielo, nos parecía ver a Colón en las costas de Paria y a los pueblos indígenas que salían al encuentro de los nuevos huéspedes. Las sangrientas escenas

de la conquista se proyectaban entonces en nuestra mente. Seguíamos hacia el Sur y la naturaleza espléndida de América descollaba con toda la sublimidad de sus formas. Veíamos las moles de los Andes en Occidente con sus murallas de volcanes y nevados, y seguíamos el curso de los ríos, en dirección opuesta, como si todos a un tiempo, quisieran conquistar el Atlántico. Sentíamos el estremecimiento de las selvas y los ruidos de la vida animal, y a proporción que seguíamos, como oasis de verdura, se extendían las dilatadas Pampas. A veces escuchábamos gritos de pelea y veíamos correr en las alturas muchedumbres indígenas, y a veces toques de diana y ejércitos aguerridos que se disputaban el terreno. De cuando en cuando llegaban a nuestros oídos detonaciones de algún volcán, cuyo penacho de fuego se proyectaba en lontananza, o el estruendo del *pororoca*, cuando Atlante vencido, por Amazonas, se vale de la atracción lunar para rechazar las aguas del poderoso Rey y penetrar con éstas en el corazón del continente, estremeciendo selvas e islas.

Asistíamos a las épocas geológicas de América y veíamos las islas que se unían al poder del fuego, y el fondo del antiguo Océano que surgía con sus bancos y arrecifes. Y después, contemplábamos la cuna de la sociedad andina, la conquista, la emancipación y en un instante repasábamos la historia de los siglos. Detenidos alguna vez sobre majestuosa cumbre, a vista de todos los horizontes, de uno y otro Océano, nos parecía ver desfilar en la sombra los hombres preclaros de todas las épocas de América, en interminable procesión que llenaba los valles y altiplanicies, y caminaba silenciosamente. Abría la marcha la figura de Colón encadenado, teniendo a su lado a sus victimarios y émulos, y a Balboa, Vespucio, Magallanes y los célebres pilotos de Castilla; y tras éstos, seguían Manco-Capac, Atahualpa, Incas y Cipas, caciques y guerreros, casi todos mutilados, acompañados de numerosos pueblos. Y venían después, Ordaz y Quezada, Benalcázar, Pizarro, Almagro y Valdivia y los Hypántropas de la conquista seguidos de cohortes de esclavos. Y en pos de éstos, caminaba el grupo sublime de los misioneros. Al contemplar este grupo admirable de los pastores del Evangelio, en América, caía sobre nuestro pecho la cabeza, que a poco levantábamos para ver desfilar a la pléyade de los sabios, a La Condamine, Bouguer, Ulloa, Mústis, Cálidas, Humboldt y Bonpland, Boussingault y los exploradores de los Andes. Y así seguían filibusteros y aventureros de todos los tiempos, amigos y enemigos de todo progreso, hasta que cerraba la procesión el noble grupo de los mártires de la santa causa presididos por Tupa-Amaru, y seguidos de Morillo, Cajigal, Lacerda, Canterac, Rodil y de los heraldos desgraciados de la causa española en América, tras los cuales seguían numerosas legiones, en cuyo centro descollaba la figura de Bolívar. Y después de contemplar absorto tantas generaciones desaparecidas, tornábamos los ojos al cielo y veíamos que el firmamento cubría por todas partes el continente con aureola de luz. De Bóreas al Austro todas las constelaciones iban apareciendo con mágica belleza de Occidente a Oriente. Pero impacientes seguíamos hasta el Cabo de Hornos para contemplar el dilatado Mar po-

lar. Y la Cruz del Sur a proporción que nos acercábamos se alejaba de nosotros, como si quisiera ocultarnos su origen. Y seguíamos hasta el casquete de hielos eternos, límite austral del planeta, y la Cruz del Sur continuaba alejándose más y más.

En la literatura de las estrellas, con Job, Musa del dolor, comienza el canto a las luminarias del firmamento que, desde los días bíblicos hasta hoy, ha producido la inspiración poética de todos los pueblos. “¿Por ventura detendrás los deleites de las Pléyades o desatarás las ataduras de Orion? ¿Por ventura harás salir los planetas del cielo a su tiempo o guiarás el Arturo con sus hijos?” Así dijo el rey Job, y con él los poetas griegos y árabes que sólo pudieron cantar las constelaciones del hemisferio boreal.

Con Dante aparece la Cruz del Sur en los versos de la epopeya. Cuando en la Divina Comedia, el cantor de Beatriz, todavía con el rostro empañado por el humo del Infierno, entra al Purgatorio acompañado del cisne de Mantua, ambos contemplan las constelaciones del cielo austral. En su entusiasmo Dante escribe:

Io mi volsi a man destra e posi mente
All'altro polo e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch'alla prima gente.
Goder pareva lo ciel di lor fiamelle;
O settentrional vedovo vito
Poi che privato so' di mirar quelle:

Y cuando Camoens relata la expedición inmortal de Gama, después de habernos de las costas africanas y de las corrientes del Zaire, alejado ya del polo de Calisto, al cortar la línea ecuatorial, dice:

Já descoberto tinhamos diante
La nonova hemispherio nova estrella,
Nào vista de outra gente, que ignorante
Algum tempos esteve incerta della:
Vimos á parte menos rutilante,
Epor falta d'estrellas menos bella,
Do polo fixo, onde inda ce não sabe
Que outra terra comece, ou mar acabe.

.

Y el cantor a la Zona Tórrida, después de deleitarnos con el relato de la Naturaleza tropical, y mostrarnos los valles que el Aragua riega, nos invita a descansar a la sombra de la palmera:

.
 O reclinado acaso
 Bajo una fresca palma en la llanura,
 Viese arder en la bóveda azulada
 Tus cuatro lumbres bellas,
 Oh Cruz del Sur que las nocturnas horas
 Mides al caminante
 Por la espaciosa soledad errante;

No con menos belleza se expresa Toro cuando nos pinta la caída de la tarde en su oda a la “Zona Tórrida”:

.
 Apenas en la loma
 La tarda grey el labrador levanta
 Con heper que asoma,
 Cuando en su forma santa
 Arde la Cruz del Sur, Orion se enciende
 Sin par en hermosura,
 Y del radiante cinto resplandece
 Un mar de tibia luz que el Orbe baña

Poética, expresiva es la frase de Chateaubriand cuando, al hablar de Napoleón conducido por las aguas de Atlante a la roca de Prometeo, le contempla en presencia de las constelaciones del Cielo austral. “Los poetas de Francia y de la antigua Lusitania, escribe, han colocado mil ficciones elegiacas a orillas del Melindo y en las islas que lo rodean; pero cuánto distan aquellos dolores poéticos de los tormentos reales de Napoleón bajo los astros predichos por el cantor de Beatriz y en las manos de Eleonora y de Virginia! ¿Acordábanse por ventura los patricios de Roma deportados a las islas de Grecia de los encantos de sus ríos y de las divinidades de Creta y de Naxos? Lo que extasiaba a Vasco de Gama y a Camoens no podía conmovér a Bonaparte, que reclinado en la popa del bajel no reparaba que sobre su cabeza resplandecían constelaciones desconocidas cuyos rayos se encontraban por primera vez con sus poderosas miradas. ¿Qué le importaban los astros que él no había visto en sus vivaques y que nunca brillaron sobre su imperio?”

Y al escribir estas frases, como si un recuerdo de tanta gloria cruzara por la frente del poeta, agrega: “Y con todo: ninguna estrella debía faltar a su destino: la mitad del firmamento iluminó su cuna; estaba reservada la otra mitad para alumbrar su tumba”.

En un libro inmortal por el sentimiento, por la descripción de la Naturaleza y por los encantos del hogar, en *Pablo y Virginia*, la Cruz del Sur no debía de-

jar de ser testigo de una historia verificada en una isla de los mares australes. Los dos amantes fraternalmente unidos desde la cuna, en los juegos de la niñez, en las aspiraciones de la infancia, llegan a concebir cierto día el amor pasión que prende en aquellos corazones el aspecto de una Naturaleza tibia, exornada de colores, poblada de cantos y de ruidos. Pero en los momentos en que la pasión estalla y cual nube color de rosa envuelve a los amantes que se estrechan para sostenerse con sus propias fuerzas, el reloj del destino da la hora fatal de la separación. Prolongado es el diálogo en que notas acordes se corresponden en presencia de la noche estrellada. Naturaleza parece suspender sus ruidos para no escuchar sino los sollozos de aquellos dos seres que van a descender de la primavera del amor al invierno de la ausencia. De improviso se acerca al grupo el Viejo de la montaña, confidente de la familia que de lejos los observaba, y a vista de las constelaciones australes les dice: "Ha llegado el momento de separaros, hijos míos; ya es de noche, la Cruz del Sur está recta. Y acatando la voluntad divina, dirigiendo sus ojos al lábaro de los cielos, trémulos de emoción y sin voluntad para deshacerse uno de otro, aquellos corazones son separados por el Viejo de la montaña. Un año después, en una tarde de naufragio, aparece Virginia sobre la popa de *San Gerando*, como el ángel de la castidad. Venía a cavar su sepulcro en la cuna de su amor. Había creído retornar a los días de la primavera y hallaba la mano helada de la muerte.

Tendida cual blanca estatua que surge de las ruinas, así aparece después de la muerte sobre las playas del suelo natal, con las manos cruzadas sobre el púdico seno donde brillaba la imagen de su amor infortunado. Allí recibe por la noche los últimos rayos de la Cruz del Sur, como bendición de lo Alto, y allí recibe las primeras caricias del sol, como saludo de la Naturaleza riente a la naturaleza inanimada.

En la historia de los viajes de circunnavegación, la Cruz del Sur ha sido tema de todas las aspiraciones. Cook, La Perouse, Vancouver, Freycinet, todos los más célebres marinos han podido contemplar, en estos últimos tiempos, la bella constelación. Al gran concierto de los marinos y viajeros no podía faltar el explorador del Nuevo Mundo. Fué siempre deseo de Humboldt, desde su infancia, contemplar la sublime Cruz que habían admirado todos sus predecesores. Deseaba ver el reloj de los siglos que había señalado la hora a los primeros misioneros y pastores de América, observar la Estrella Polar que había revelado el Sur a Gama y a Magallanes. Cierta noche sus aspiraciones se realizan por completo, cuando al cruzar la línea equinoccial se despliega ante sus miradas el panorama austral. Es necesario escucharle para comprender la emoción que se apoderó de aquella alma de poeta a vista de lo ignorado.

"Desde que entramos en la Zona Tórrida, dice, no pudimos sino admirar todas las noches la belleza de cielo austral que, a proporción que avanzábamos ha-

cia el Sur, desplegaba a nuestros ojos nuevas constelaciones. No sé qué sentimiento desconocido se experimenta cuando al aproximarnos al Ecuador, y principalmente, cuando se pasa de uno a otro hemisferio, vemos descender progresivamente hasta ocultarse las estrellas que conocemos desde la primera infancia. Nada recuerda con más fuerza al viajero la inmensa distancia de la Patria que el aspecto de un cielo nuevo. El agrupamiento de grandes estrellas, algunas nebulosas diseminadas que rivalizan en brillo con la Vía-láctea y espacios dilatados llenos de notable oscuridad dan al cielo austral especial fisonomía. Tal panorama impresiona la imaginación aun de aquellos que sin conocimientos de las ciencias exactas, se complacen en admirar la bóveda estrellada, como se admira un bello paisaje, un sitio majestuoso. Cielo y tierra, todo en la región equinoccial reviste carácter exótico.

“Por la primera vez vimos la Cruz del Sur en la noche del 4 al 5 de julio de 1799. Estaba muy inclinada y se asomaba de cuando en cuando por entre nubes, cuyo centro surcado por rayos de calor, reflejaba luz plateada. Si es permitido a un viajero comunicar sus emociones personales, diré que durante esta noche se realizó uno de los sueños de mi primera juventud. En la época en que estudiaba el cielo, no para entregarme a estudios astronómicos, sino para conocer las estrellas, vivía agitado por cierto temor desconocido, natural a los que aman la vida sedentaria. Me parecía penoso renunciar a la esperanza de ver algún día las constelaciones vecinas del Polo austral. Impotente por explorar las regiones ecuatoriales, no podía levantar los ojos a la bóveda estrellada, sin pensar en la Cruz del Sur y sin recordar el pasaje sublime de Dante que los comendadores más célebres han aplicado a la bella constelación.

“El placer que experimentamos al reconocer la Cruz del Sur lo participaron igualmente aquellos de la tripulación que habían vivido en las colonias. En la soledad de los mares se saluda a una estrella desconocida como a un amigo de quien hubiéramos estado separados por largo tiempo. Entre los portugueses y castellanos, razones particulares parece que avivan el interés: cierto sentimiento religioso los une a una constelación cuyas formas les recuerdan el signo de la fe pautado por sus antepasados en las soledades del Nuevo Mundo.

“La Cruz del Sur es un reloj que avanza cerca de ocho minutos por día, y ningún grupo de estrellas ofrece a la simple vista una observación de tiempo tan exacto. ¡Cuántas veces hemos oído decir a nuestros guías, en las Pampas de Venezuela o en el desierto que se dilata entre Lima y Trujillo: “Media noche pasó, ya la Cruz comienza a inclinarse”. Y cuántas veces estas frases nos han recordado la patética escena en que Pablo y Virginia cerca de la fuente de los Lata-neros, departían por la última vez, cuando el Anciano de la montaña a vista de la Cruz, les advirtió que era tiempo de separarse!”

¿Desde cuándo brilla en el hemisferio austral esta hermosa Cruz? ¿Cuándo cambiará de forma? ¿Cuándo será visible a los pueblos del hemisferio opuesto? ¿Cuándo se extinguirá? Refiere la ciencia que hace ya más de cincuenta siglos que la Cruz del Sur es visible y que hubo un tiempo en que la contemplaron las regiones del Báltico, en las remotas épocas de la historia del hombre. Pero llegará un día en que desaparecerá su forma actual, porque caminando sus cuatro estrellas en sentido contrario y con velocidades diferentes, desaparecerá el conjunto armonioso de la actual constelación. En este lapso de siglos, con la Cruz, cambiarán todas las constelaciones y el paisaje celeste aparecerá del todo nuevo.

¡Cuántos hechos tienen que sucederse durante este período! Cuando la Cruz vuelva a ser visible a los pueblos del Norte, y se oculte de nuevo y cambie de forma para volver a lo que es hoy, ¿qué habrá sido entonces de la sociedad humana? La imaginación se pierde al querer penetrar en estos abismos insondables.

Todo tiene que seguir el curso preconcebido por la sabia Providencia. Nosotros desapareceremos y tras de nosotros miles y miles de generaciones; pero tú continuarás con tu historia sublime, bella Cruz del Austro. Entre tanto, antes que descendamos las gradas del sepulcro, cautívanos, trae cada noche a nuestra memoria los puros recuerdos del hogar paterno. En tí encontraremos siempre las bendiciones que ya no podemos recibir, porque a tus rayos apacibles renace la imagen de la buena madre que partió, y se abren aquellos ojos de bondad que se cerraron al decir adiós, y hablan aquellos labios cuya última palabra llena la estancia solitaria, como suave onda sonora que sólo percibe el amor filial. Sea tu luz mensajera de dichas, consuelo de dolores, último eslabón de la vida, escritura profética que anuncia el descanso eterno. Así nos lo dices tú y así lo siente el alma que contempla. Bendícenos Cruz de los cielos, y cuando al fin durmamos en la tumba al lado de los nuestros, brillen tus rayos sobre las flores que nos cubran, como símbolo divino de la fe que nos ha acompañado en la vida, que nos unirá en la muerte.

N. del R.—Ya para terminarse la impresión de estas “Humboldtianas”, tuvimos ocasión de ver un archivo de trabajos inéditos de don Arístides Rojas, que está en poder del señor John Boulton. En vano buscamos la “Humboldtiana” intitulada: “El elemento germano en la historia de Venezuela”, de que se habla en otro capítulo de esta obra y la que don Arístides Rojas dejó en preparación.





"Despedida al Cosmos"

De la alegoría de W. von Kaulbach. (Véase página 34)